EL ECO DEL CRIMEN

EL ASESINO NUNCA SE FUE.
PERO VOLVIÓ



JONATAN CENTURIÓN

ÍNDICE

PARTE I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9

PARTE II
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25

PARTE III
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
TRES SEMANAS DESPUÉS
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

EL ECO DEL CRIMEN

PARTE I
LA LUNA NO OLVIDA

Capítulo 1
12 de mayo de 2025

—Muertos. Sin justicia. Sin respuestas. Y lo peor: todavía está libre. Bienvenidos a una nueva entrega de mi podcast. El caso de hoy… no lo van a olvidar.

La sala está en silencio. Solo se escucha el suave ruido de las teclas al ser presionadas y el sonido del chat llenando el aire. Mil setecientas personas están al otro lado de la pantalla, escuchando y esperando. Me acostumbré a las cámaras, a los micrófonos, a las preguntas que aparecen con rapidez, pero esta vez algo es distinto. Algo en el aire pesa más, y no hablo de la estufa escupiendo aire caliente en mi cara.

Mi voz resuena más fuerte de lo que pretendo, pero no puedo evitarlo. Este caso es el más extraño que toco en los últimos tres años. Un asesino en serie que aterrorizó Valle Verde, mi pueblo, en los 80s y se desvaneció sin dejar rastro. Y lo peor: nadie sabe nada de que pudo haber pasado luego.

El chat se mueve más rápido, comentario tras comentario, todos preguntando por *El Carnero*: ¿Quién era? ¿Por qué nunca lo atraparon? ¿Qué pasó con los cuerpos?

Pero entonces, en medio de la corriente de palabras, aparece un comentario que me choca. Simple. Directo.

"¿Alguna vez pensaste en resolverlo vos?"

Mi pulso se detiene. La pregunta está ahí, como un golpe.

Mis dedos se congelan sobre el teclado. Todos los ojos están en mí, pero no puedo apartar la mirada de esa frase.

Pensar en resolverlo. Yo, Luna Vanzetti, con mi podcast de 5000 seguidores, mi única conexión con un caso olvidado… ¿resolverlo?

Me río, pero es un sonido hueco. La risa no puede contener lo que siento.

El chat sigue, los comentarios se multiplican, pero el mundo a mi alrededor se queda en pausa. ¿Qué digo? Ah, cierto.

—Tal vez… sí, tal vez pueda.

Y lo digo. Y ya está. No sé qué siento, pero algo dentro de mí sabe que acabo de marcar el comienzo de algo. Algo grande.

Por un segundo, el chat se detiene. Como si todos se congelaran al mismo tiempo.

Y después, estalla. Una avalancha de palabras y emojis que no alcanzo a leer.

Ahora hay 2.517 personas mirando. Más que nunca. Más que cuando entrevisté a la madre de uno de los casos más grandes de Europa. Más que cuando hice cualquier otra locura que me parecía "ambiciosa".

Mi corazón golpea con fuerza. No sé si de miedo o de adrenalina. Quizá ambas.

@madzzzzz112: loca, súper loca, pero siempre te apoyo
@lunafansofficiall: Te van a hacer una serie, lol
@mess1fan10: Ya era hora de que alguien lo hiciera

Río. Un poco por nervios, otro poco porque no puedo creer que acabo de decirlo.

Desde que empecé este podcast, siempre sentí que hablaba con fantasmas. Gente del otro lado, desconocidos. Pero ahora los siento más vivos que nunca.

Más reales.

Más peligrosos.

Y ahí aparece:

@vale_xd: Estás loca, luna-tica

Con un gif de un gato tapándose la cara.

Valeria.

—Ay, Dios —digo al micrófono.

Me inclino hacia la cámara y el micrófono, bajo un poco la voz.

—Tranqui, Vale. Solo dije que voy a investigar. No que me voy a casar con el asesino.

El chat se ríe. Yo también. Pero solo por fuera.

Doy un sorbo al vaso de agua.

El silencio dura medio segundo más de lo habitual. Y eso, en un stream, es eterno.

—Bueno —digo—. Creo que los curiosos como yo, ya saben de qué caso hablo. De todos los casos que tuvo mi abuelo, este nunca lo resolvió y luego murió por un paro cardíaco así que todo quedó cerrado y en olvido. Basta con mirar los casos para darse cuenta: todas las víctimas aparecen junto a un cuerno de cabra. ¿Por qué? Nadie lo sabe.

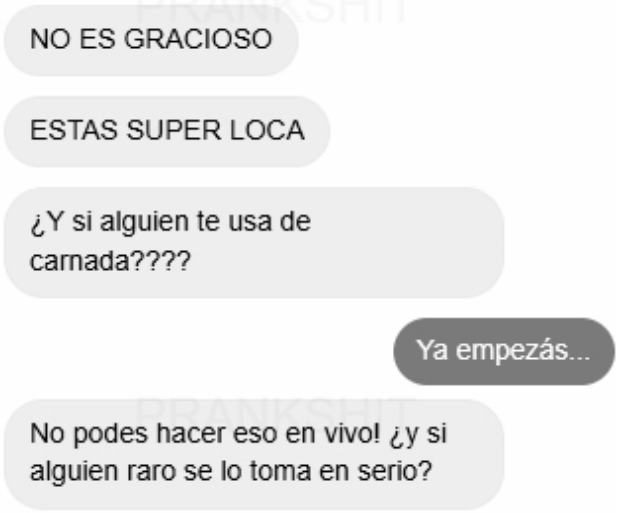
Empiezo a reaccionar a distintos videos sobre el caso, a veces no entiendo como las personas consumen este tipo de contenido. Una persona sentada hablándole a una cámara. ¿Eso es entretenido?

Presiono el botón rojo para cortar el directo, fueron unas largas dos horas.

Stream finalizado.

La habitación queda en silencio, como si alguien hubiera apagado el mundo.

Mi respiración todavía suena amplificada en mis oídos.



El teléfono vibra. Valeria.

Río sin ganas.

Los mensajes vibran otra vez. Y otra.

Y de golpe, todo lo que era divertido hace cinco minutos empieza a sentirse más… pesado.

Me quedo en silencio, mirando la pantalla, sin saber qué contestar.

Porque por primera vez, desde que empecé este podcast, siento que esto no es solo un juego de detectives ni de seguir el legado de mi abuelo.

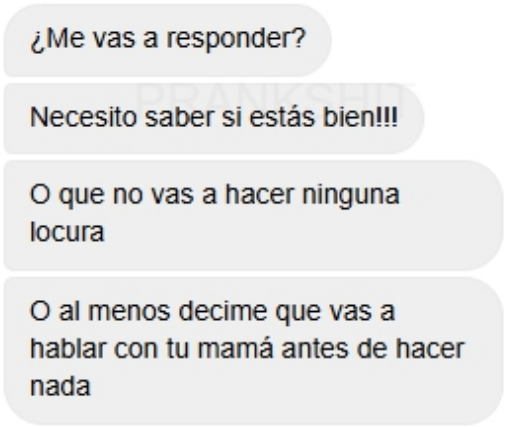
Y en algún rincón de mi mente, una idea oscura se enciende como una cerilla:

¿Qué pasa si el Carnero nunca se fue?

Me tiro en la cama con los auriculares aún puestos, el celular en la mano, con la mente en otro planeta. ¿Marte? No, con la mente mucho más lejos del sistema solar.

El aro de luz todavía está encendido, y proyecta un círculo blanco sobre la pared, como una diana. Como si dijera: "¡Felicitaciones! Ahora estás en la mira", pero no en tono feliz, en plan de ganarse un Iphone en una página de estafas.

El teléfono vibra otra vez. Miro la pantalla.

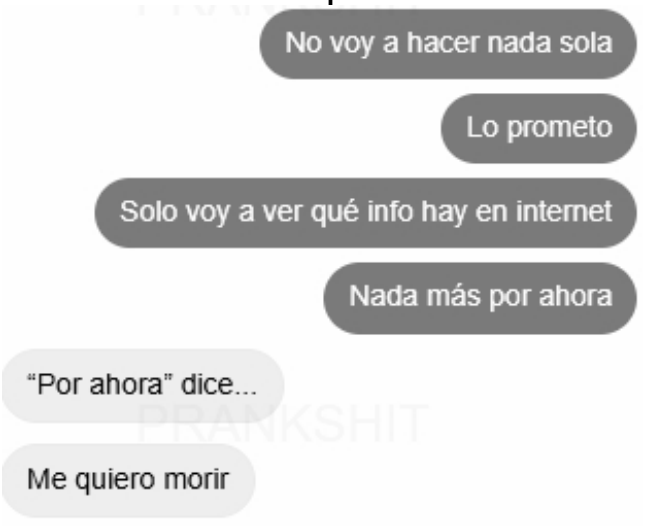


Valeria no paró.

Me siento. El colchón cruje. Miro alrededor.

Mi habitación está llena de cosas que parecen sacadas de una película barata de detectives: libros, posters, una taza con marcadores secos, la vieja grabadora de mi abuelo en el estante, sin el cassette, pero ahí está.

Ahora todo parece una escena de crimen congelada.



Sonrío. Me siento como… un jugador de fútbol antes de un partido importante.

Me levanto y miro mi reflejo en la ventana.

Una chica de 17 años con el pelo castaño revuelto, los ojos color avellana grandes, las manos temblando apenas por nervios, nervios de felicidad. ¿Tiene sentido? Es como cuando vas a hacer algo y no podés esperar más ese momento.

Yo no nací para resolver crímenes, ¿verdad?

Solo me gusta ver documentales, leer expedientes viejos, escuchar las grabaciones de mi abuelo cuando nadie mira.

Pero ahora hay algo distinto.

Ahora tengo un motivo.

Y lo peor es que ni siquiera sé cuál es.

Me acerco al escritorio, saco el cuaderno negro que uso para anotar ideas y en una nueva hoja escribo una sola palabra, grande, en tinta roja:

CARNERO

Capítulo 2
13 de mayo de 2025

El aire huele a pasto mojado y al café barato que venden en la esquina del colegio, de esos que después se necesita comer algo más para no dejarte un sabor amargo. La mañana es de esas grises pero no frías, el cielo decidiendo si va a llover o a abrirse. Camino despacio, mochila al hombro, los cordones medio flojos y la cabeza llena.

Uniforme reglamentario: camisa blanca, pantalón azul oscuro, medias grises, zapatos negros. A la mayoría no le importa cumplirlo al pie de la letra, pero yo sí. Supongo que es mi forma de no destacar... o de parecer normal.

Ahí está. La veo antes de que ella me vea. Viene directo hacia mí, atravesando el patio con esa energía suya que siempre parece fuera de lugar a las siete y media de la mañana.

Aros con forma de planetas, una trenza que empieza detrás de la oreja y cruza toda la cabeza como una corona de su cabellera negra, y ese buzo violeta con el logo de una banda que nunca escuché. Valeria nunca usa el uniforme como se debe.

—Ahí viene con su trenza galáctica —murmuro, apenas audible.

Y en cuanto me ve, alza los brazos como si fuera a interceptar una pelota.

—¡¿Y ahora que tornillo se te desaflojó, Lunática?! —dice en voz no muy alta, pero tampoco muy baja.

Me detengo. Sonrío, medio porque no quiero que se note el nudo en el estómago y medio porque verla a ella siempre es un alivio.

—Buen día, Vale. También te quiero —respondo.

—No cambies de tema. El stream. La promesa. Todo. ¿En qué parte del plan estaba que te volvieras la detective adolescente del pueblo?

Antes de que pueda responder, los veo venir. Mi grupo. Daniel, con su campera siempre medio rota y su pelo revuelto; Nina, con una mano comiendo una barrita de cereal sin sacarle todo el envoltorio y con la otra, peinándose la cabellera rubia; veo a Sara pasar de largo con un estuche de guitarra.

—Vi el directo —dice Daniel, con una sonrisa de medio lado—. Estuvo bueno. Medio creepy al final, pero bueno.

—¿De verdad vas a meterte en eso? —pregunta Nina—. No es como armar una teoría de conspiración sobre ovnis. Esto fue real.

—A mí me dio un poco de cosa —dice Valeria.

Siento las miradas. No muchas. Solo algunas. De chicos de otros cursos, o de los que me siguen y me reconocieron. Nadie dice nada. Pero sé que lo saben.

Me paso una mano por el pelo, que sigue un poco húmedo. No dormí mucho. No soñé nada.

—Tranquilos —digo, y me fuerzo a sonar más liviana—. No voy a ir con una linterna a buscar huellas en el bosque. Solo quiero ver qué encuentro por ahi. Capaz no hay nada.

—Y capaz hay —dice Valeria, cruzada de brazos, pero sin enojarse ya.

Entramos al aula en grupo, como siempre, pero con un par de miradas más de lo habitual.

—Ahí va con su scrunchie fluorescente —murmuro al ver a Valeria adelantarse, caminando con decisión. Su scrunchie verde neón brilla compitiendo contra el sol, si es que hoy el sol se dignara a aparecer. Para colmo, nunca lo usa en el pelo, siempre en la muñeca.

—Es para espantar los malos espíritus —responde sin mirarme, como si me leyera la mente—. O a los profesores que mandan tarea un viernes.

Nos sentamos juntas, como siempre, en primera fila. Vale refunfuña mientras saca sus marcadores del estuche con forma de vaca.

—No entiendo por qué te gusta estar tan cerca del escritorio del profe —dice—. No puedo hacer trampa acá, siento su aliento en la nuca cuando paso en limpio.

—Porque si me siento más atrás, empiezo a pensar en estupideces —respondo—. Como… qué haría si me secuestraran extraterrestres en medio del parcial.

—Vos pensás en eso incluso en la primera fila.

—Punto válido. Además, si yo me sentara atrás le daría ventajas a Jessica Miller y ella pasaría a tener las mejores calificaciones.

—Y dale con Jessica Miller, ustedes dos tienen una competencia secreta. A nadie más le importa quien de ustedes saca las mejores notas.

—Pero a mí sí. ¿No viste la cara que siempre me tira?

—¿Su cara de egocéntrica? Sí, siempre la veo.

Detrás nuestro, Daniel se acomoda en su banco y le hace espacio a Nina, que llega justo cuando suena el timbre. Se tiran un beso en el aire y Nina le revuelve el pelo con cariño. De tan pegados que andan es mejor llamarlos "Danina", en conjunto. La "parejita" más inesperada del curso; Daniel es más suelto, mientras que Nina parece sacada de una película estadounidense de los años 2000. Sara se sienta aún más atrás de ellos, dios mío, alguien avisele a esa chica que no mordemos y que salga de su burbuja.

—Danina suena a bebida energética —digo sin girarme—. "Con cafeína, taurina y cero vergüenza".

Nos reímos justo cuando entra el profesor, taza gigante en mano. Camina hacia el pizarrón, pero antes de escribir una sola palabra, nos mira.

—Bueno, bueno… Miren quién volvió —dice, deteniéndose justo frente a mí y bajando la voz con tono teatral—. El regreso de Víctor Vanzetti.

Mis cejas se levantan. No porque haya mencionado a mi abuelo, sino porque jamás pensé que el profe viera mis vivos. ¿Este tipo sabe abrir un directo?

—¿Usted ve streams? —pregunto, medio divertida.

—Solo los que prometen resolver casos sin resolver. Aunque esperaba más gráficos y menos teorías de aliens.

—Dele tiempo —interviene Valeria—. La próxima, Luna transmite desde un campo con vacas psicópatas.

—Si eso pasa, pido transmisión en el aula —dice Daniel.

El profesor se ríe, sacude la cabeza y finalmente escribe la fecha en el pizarrón.

Me acomodo en la silla, pero no dejo de pensar en algo. En cómo incluso los profesores están atentos. En cómo el nombre de mi abuelo volvió a sonar en voz alta en una sala de clases.

Y en cómo, por primera vez, no se siente como un recuerdo.

Se siente como una advertencia.

—Hoy vamos a hablar de la Guerra Fría —anuncia el profesor, subrayando con fuerza la palabra "Fría" en el pizarrón—. Y no, no es una pelea entre Elsa y Rusia, ni se llama fría porque era invierno.

Un par de risas sueltas. Yo abro el cuaderno, Vale saca su resaltador lila (el "de historia") y se acomoda en la silla como si fuera a meditar en vez de tomar apuntes.

—¿Era necesario que dijera lo de tu abuelo? —me susurra.

—¿Era necesario tu scrunchie? —le devuelvo.

—*Touché*. Pero igual, me dio cosita. ¿Te molestó?

Niego con la cabeza, sin dejar de mirar el pizarrón.

—Me sorprendió. Más porque sabe usar internet, no por lo de mi abuelo.

—Ahora en serio —sigue, apoyando el codo en mi hoja—, ¿vas a investigar de verdad?

—Sí, no lo preguntes mil veces. Pero tranqui, no voy a meterme en un sótano con un asesino.

—¿Promesa Girl Scout?

—Nunca fui Girl Scout.

—Igual. Prometelo o te denuncio al FBI.

—¿Por qué el FBI?

—Porque suena más serio que la policía de Valle Verde.

Me río por lo bajo, trato de volver a enfocarme. El profesor explica algo sobre la carrera armamentista y los misiles nucleares.

—¿Vos sabías que en Cuba casi se pudre todo? —dice Vale en un susurro teatral—. O sea, casi nos extinguen como los dinosaurios.

—Eso se llama la crisis de los misiles.

—Yo le pondría: "el día que todos casi explotan por culpa de tener ego y bombas".

—Nombre técnico.

—Obvio.

Trato de seguir escribiendo, pero ahora Vale se pone a dibujar en el margen de su cuaderno. Algo que parece una bomba con cara feliz.

—Mirá esto —me muestra, empujando su cuaderno hacia mí.

—¿Es… una bomba kawaii?

—La URSS-chan.

Se me escapa una carcajada, justo cuando el profe se gira.

—Chicas —dice, con esa voz que no grita pero suena como si gritara—. Si están en medio de la Guerra Fría, hagan silencio y manténganse neutrales. Gracias.

Vale levanta ambas manos en señal de paz, como si se rindiera.

—Al menos no nos tiró una bomba real —murmura.

—Todavía —digo, y las dos bajamos la cabeza, tratando de aguantar la risa.

El profesor sigue con la clase, ahora hablando de espionaje, satélites y propaganda. Yo anoto a medias, escucho a medias, y en algún lugar del fondo de mi cabeza, la palabra "espionaje" queda flotando.

Porque si hay algo que aprendí de mi podcast… es que para encontrar la verdad, a veces hay que espiar un poco.

Vale se da vuelta y mira al equipo Danina:

—Si ustedes fueran la Guerra Fría, ¿quién sería la Unión Soviética?

Nina deja de escribir y pone su cara más amarga.

—Yo sería Estados Unidos y vos serías Texas en 1847.

—¿Para unirme a vos? Que locura. ¿Escuchaste eso, Dani? Tu novia te va a ser infiel.

Nina se sonroja.

—¡Qué tonta sos!

—Vos lo dijiste.

—¡Me refería a hacerte desaparecer!

—Texas no desapareció, solo fue anexada de México a Estados Unidos, ¿verdad, Lu?

Me río, más por la cara de Nina que por otra cosa. Daniel se entromete al fin.

—Cálmate o nos metemos en un conflicto bélico.

—Uh, se enojó la Unión Soviética. ¿Sabés que ellos perdieron?

—Sí, lo sé. Yo también vivo en la misma línea temporal que vos.

—Bueno, pero Nina me quiere más a mi. Dijo que soy *su* Texas.

—Tonta sos, callate mejor —y Nina le tira un pedazo de borrador en la cara.

En el recreo, me siento en el banco de siempre, bajo la sombra de ese árbol que ya debería ser ilegal por lo feo que está, pero es lo único que nos da sombra. El aire está un poco más fresco que ayer, pero el olor a papas fritas de la cantina me hace pensar que podría estar comiendo algo peor en lugar de estar acá, pensando en un asesino en serie. Sara se acerca, entró recién este año y siento que todavía no se anima mucho a hablarnos, pero bueno, ahí está el intento.

—¿Se enterará tu mamá? —me pregunta Vale, mirando su celular con una expresión de pura curiosidad. Como si la respuesta fuera lo más importante del día.

—Pff, obvio que no. Mi podcast tiene cinco mil personas en total. Suena mucho, pero en redes sociales es lo mismo que nada.

Ella mira la pantalla y me lanza una sonrisa extraña.

—¿Ah, sí? Mirá ahora.

Miro el teléfono y veo el número en pantalla: seis mil. No sé si me lo estoy imaginando o si el contador de seguidores acaba de subir mil en menos de lo que tarda un chisme en esparcirse por el colegio.

—Ni los *bots* crecen a esa velocidad —dice Daniel desde atrás del árbol, con su voz arrastrada de siempre. Nina se asoma por su hombro, con cara de que acaba de descubrir algo raro.

—¿Le pagaste a Jeff Bezos o qué? —añade Nina, sonriendo como si fuera la mejor broma del día.

Río, pero es una risa que no siento.

—Debe ser eso. Y de paso le pedí que me suba las notas de Química —digo, con un tono burlón, pero siento un peso en el pecho que no me había dado cuenta que estaba cargando.

Nina y Daniel se quedan ahí, mirando la pantalla del celular. No puedo dejar de pensar en lo que acabo de ver. No sé si es el número de seguidores lo que me está afectando, o el hecho de que el chat

sigue creciendo. Ahora va a haber más gente viéndome, y no sé cómo sentirme al respecto.

Y lo peor es que no puedo decir que me arrepiento. Porque si lo hago, todos pensarán que sé algo, que ya lo descubrí y ahora me estoy haciendo la tonta. Y no puedo dejar que eso pase.

—Hey —dice Vale, mirándome con esa media sonrisa que usa cuando detecta que estoy en otro planeta—. ¿Por qué no pasamos por otro lugar antes de que vuelvas a tu casa?

La miro, todavía medio en pausa mental, despertando de un sueño raro.

—¿Tipo qué lugar?

—No sé. Caminamos un rato. Te va a venir bien. Así respirás aire no escolar.

Acepto. Me hace bien que me saque un poco de mi cabeza.

Después de clases, salimos por la puerta principal y tomamos por la calle que da al centro. Valle Verde nunca parece cambiar. Las mismas casas bajas, los carteles medio oxidados, los árboles con forma de escoba. Pero hoy lo veo distinto. O más bien, veo las sombras distintas.

Al pasar por la comisaría, no puedo evitarlo. Saco el celular y le saco una foto desde el otro lado de la calle.

—¿Eh? ¿Qué hacés? —pregunta Vale, arqueando una ceja.

—Documentación —respondo. Como si eso explicara algo.

Seguimos caminando. Ella me habla de una nueva serie que está viendo, algo de una espía que en realidad es florista. Yo asiento y le sigo el hilo, pero mi mente se escapa otra vez.

Pasamos por uno de los parques. Uno que conozco demasiado bien, aunque nunca vine mucho. Acá encontraron a una de las víctimas del Carnero. Me detengo. La luz entra entre las hojas como si nada malo hubiera pasado ahí. Saco otra foto. Vale ya no dice nada enseguida, pero noto que me está mirando de reojo.

—¿Lu? ¿Qué pasa?

Guardo el celular despacio y respondo sin mirarla:

—Jack el Destripador se va a quedar sin máscara.

Me suelta una risa nasal, creo que dije la frase más estúpida y vergonzosa de la historia.

—Okey, Sherlock.

Vamos a cruzar la calle cuando vibra mi celular. Pero no es cualquier vibración. Es ese tono especial, el que suena como una vieja máquina de escribir. Vale se da vuelta al instante.

—¿Eso es nuevo? Cambiaste el sonido.

—No —digo, frunciendo el ceño—. Ese es el que tengo para los mails del podcast.

Saco el celular. La notificación está ahí: una marca, una real, quiere patrocinarme. Una empresa chica, pero seria. Me ofrecen una colaboración paga.

—No puede ser —digo, apenas con aire.

—¿Qué? ¿Qué pasó?

Le muestro el mensaje. Nos quedamos quietas unos segundos, mirando la pantalla como si fuera una aparición mariana. Y después, como si alguien nos hubiera apretado un botón interno, las dos empezamos a saltar.

—¡Vamos a ser millonarias! —grita, girando sobre sí misma.

—No te emociones tanto —digo, aunque no puedo dejar de reírme.

—¡Vas a tener tu propio estudio, boluda! ¡Vamos a tener merch! ¡Una taza que diga *El asesino no toma prisioneros*! —sigue, delirando a mil.

Me río más fuerte. Hasta que Vale se detiene y me mira, más seria.

—Pero no te metas en peligro, ¿sí? O sea… simplemente decí que encontraste cosas, pero al final decí que no lo pudiste resolver y ya. Nadie necesita saber más.

Asiento, pero no digo nada.

Porque sé que no va a ser tan simple.

Capítulo 3

Estoy en vivo. Otra vez. Pero esta vez con mejor micrófono, auriculares nuevos, luces LED que cambian según mi tono de voz y un pequeño botón que hace... esto.

Sonido de payaso.

—Sí, la empresa que me patrocinó me mandó todo esto —explico, girando mi cámara para mostrar el set improvisado—. Valeria dice que parezco una youtuber de conspiraciones que vive en el sótano de su madre. Lo cual... es parcialmente cierto.

En la pantalla aparece la típica intro del canal: un logo casero que dice "*Luna Files: pistas y misterios*". Después, silencio. Solo mi voz.

—Hoy no traje una historia cerrada. No es uno de esos episodios con música de fondo y teoría lista para servirse. Hoy quiero pensar con ustedes. Razonar, buscar. Si el asesino de Valle Verde sigue ahí afuera... entonces dejó rastros. Y si los dejó, deben estar en internet. O cerca. Y si ya no está, entonces solo queda retroceder sus pasos.

Empiezo buscando lo obvio: El Carnero + Valle Verde + casos policiales.

Nada nuevo. Las mismas cinco notas de siempre. Pero hoy, gracias a la magia del micrófono profesional, puedo compartir cada clic.

—Acá hay algo raro —murmuro—. Este artículo no lo había visto antes.

Silencio. Leo. Es un blog abandonado, con mala redacción, escrito hace unos cinco años. Pero hay una frase que me hiela un poco.

"El verdadero error de la policía fue suponer que todo terminó con la novena víctima. Hay más. Obvio que hay más."

—¿Qué significa eso? —pregunto en voz alta. El chat se empieza a mover. Alguien escribe: ¿Y si hay una víctima oculta?

Otro dice: Tu abuelo sabía algo, estoy seguro.

Respiro hondo. Me siento observada. No sé por qué. No es miedo, es... conciencia.

—Bueno... el show debe continuar, ¿no?

Y sonrío.

—¿Tu abuelo no tenía cosas? —escribe alguien en el chat.

Me freno. Literalmente me freno. Estaba a punto de leer otra página vieja cuando leo eso y es como si me hubieran gritado en la cara.

—¡Claro! ¡El sótano!

Cierro todo de golpe. Me saco los auriculares. Ni siquiera corto el stream. Solo dejo corriendo el logo del podcast en pantalla con esa musiquita instrumental que uso para rellenar espacios. Subo un cartel que dice: "Volvemos en unos minutos, quizá con pruebas reales" y salgo corriendo de la habitación como si estuviera en una peli de acción.

Bajo las escaleras de a dos en dos, escucho a mi mamá hablando por teléfono en la cocina, le murmuro algo como "es para el colegio, no te preocupes" y me meto al sótano.

Oscuro. Polvoriento. Olor a madera vieja y humedad. Después de buscar entre varias cosas, lo encuentro: dos cajas grandes, una encima de la otra. Una más liviana, otra tan pesada que casi me caigo intentando subirla.

Vuelvo a mi cuarto arrastrando todo. Cuando me siento frente a la cámara otra vez, el chat está explotando. Mensajes sin parar:

@cl4udixx: ¿Dónde fuiste?
@TomiGamer01: ¡ABRILAAAAAA!
@kiwi.aka: ¿Encontraste algo?

—Tranquilos, tranquilos... ¡ya volví! —digo entre risas, el pelo un poco revuelto, la respiración acelerada—. Gente, encontré dos cajas de mi abuelo. Dos. Una pesa como si tuviera un cadáver adentro. La otra... como si tuviera aire.

Levanto la caja más pesada y la acerco al escritorio. Le saco el polvo, que vuela en cámara cómo tráiler de Netflix.

—A ver, vamos a ver... ¿la abro?

El chat se llena de:

@TomiGamer01: ¡¡¡SÍ!!!
@avocad0oo: ABRILOOOO

Y más emojis de ojos, detectives, lupas, brillitos.

—Mmm... no sé eh... solo si llegamos a los diez mil seguidores... —digo, con cara seria. El chat se queda en silencio un segundo.

—¡Naah! Es broma, tranqui.

Abro la caja. Lentamente. Muy lentamente. El cartón cruje. El suspenso se corta con cuchillo. Saco el primer objeto... y lo miro.

—... ¿¡una media vieja!? ¿EN SERIO!?

Empiezo a sacar cosas: una pila gastada, una libreta vacía, unos lentes rotos, un cenicero con una tapa que dice "Valle Verde 1977".

—Gente... me parece que esta era la caja de "cosas sin categoría".

Me río. Pero en el fondo, me quedo mirando esa libreta vacía con algo de desilusión. ¿Y si lo estaba buscando todo en el lugar equivocado?

—Bueno, vamos con la segunda caja —digo, mientras el chat empieza a ponerse de nuevo en modo *hype*.

Es más liviana. Más prolija. Tiene escrita una palabra en tinta negra, algo corrida por el tiempo: "Personal."

Trago saliva. No sé por qué me da un poco de cosa, como diría Vale: me da cosita.

La abro.

Primero, un mapa viejo de Valle Verde, de esos que ya nadie imprime. Pueblos a los que ya no se llega con mapas de papel, sino con Google. Lo estiro sobre el escritorio. No es muy detallado, con marcas a lápiz en ciertas esquinas. Lugares tachados. Algunos con círculos. Otros con cruces.

Sigo sacando cosas: una foto de mi abuelo en sus treinta y pico. Pelo bien peinado hacia atrás, mirada seria. Está parado frente a la comisaría, con su placa brillando en el pecho. Al lado de él, un tal "Oficial Salvat", seguramente su compañero.

Justamente, ahí está: su vieja placa de policía. La paso por la cámara. El chat se llena de corazones.

También hay varios papeles... documentos fiscales. Nada interesante. Hasta que...

—¡No puede ser! —digo, levantando algo—. ¡¡Los cassettes!! ¡Gente, LOS CASSETTES!

El chat explota.

—Esto es oro —sigo, mostrándolos a cámara. Uno tiene escrito "Test. 17-6-95". El otro no tiene etiqueta.

Los dejo a un lado con cuidado. Mi corazón va más rápido.

Debajo, una libreta. La abro.

—Son... ¿apuntes? Sí. Son todos los casos. Todo en letra cursiva. Muy cursiva. Necesito un traductor del siglo pasado.

Paso las hojas y me quedo en silencio.

—Chicos... esto es una mina de oro para el podcast.

Sigo buscando. Encuentro una grabadora de voz portátil, vieja. Con botones enormes. Roja y gris, como sacada de una película ochentosa.

La levanto como a un trofeo.

—¡Esto era lo que nos faltaba para tener un estudio completo! —grito—. ¡Ahora sí somos un podcast en serio!

El chat estalla de aplausos en emojis.

Pero entonces...

—¿Qué es eso? —murmuro.

En el fondo de la caja, hay una bolsa negra. De esas opacas, bien selladas. La agarro con una mezcla de curiosidad y nervios.

—Ok, esto pesa. ¿Lo abrimos?

Abro con cuidado la bolsa. Dentro hay algo... duro. Lo saco.

Es un cuerno. Un cuerno de cabra.

Me quedo mirándolo. El chat se congela por medio segundo. Luego explota.

Yo... no digo nada. Lo doy vueltas en mis manos. ¿Será falso? ¿Será de otro animal? El apodo del asesino era "El Carnero", precisamente porque siempre dejaba uno de estos en la escena.

Y entonces lo veo. En el fondo del cuerno, hay algo más.

—¿Eso es...? —murmuro.

Meto dos dedos. Saco un papel enrollado. Viejo. Amarillento. Me tiembla la mano. Lo acerco a la cámara.

Corto la música. El podcast se queda en silencio.

—Lo vamos a leer juntos.

Me tiembla la garganta, se me acelera el pulso y se me seca la lengua.

Seguí husmeando y tus huesos van a adornar el bosque, igual que los demás. Vos no sos uno de nosotros, Vanzetti. Nunca lo fuiste.

Capítulo 4

—Vale, ¿podés venir a casa?

—¿Eh? ¿Ahora? Lu, son las ocho de la noche, ¿te das cuenta?

—Traé la mochila. Le decís a tus papás que es para un proyecto del cole.

—¿Estás bien?

—No. Es urgente. Por favor.

Cuelgo antes de que pueda preguntar más. Me duele el estómago. Me tiemblan los dedos. Estoy sentada en el piso de mi cuarto, con el cuaderno de mi abuelo al lado y el cuerno sobre la alfombra, envuelto en la misma bolsa negra. El papel con la amenaza lo dejé sobre el escritorio. Cada tanto lo miro como si fuera a explotar.

Diez minutos después, escucho el timbre. Abro la puerta antes de que mi mamá diga nada.

—¡Es por un trabajo! —grito.

—¿Un trabajo? Pero vos nunca te olvidás de… —la escucho decir, mientras ya estoy subiendo las escaleras con Vale pegada atrás.

—¿Qué pasa? ¿Qué encontraste? —pregunta ella.

—Todo. Nada. No sé. Subí, te muestro.

Mi cuarto ahora parece un tornado. Papeles abiertos, cintas de casete tiradas, el micrófono del podcast encendido todavía, luces LED en modo neón morado, música ambiente que olvidé apagar. Vale entra y se queda quieta.

—Ok... ¿esto es parte del trabajo de Historia o de la primera temporada de *Stranger Things*?

—Sentate. Necesito que veas esto.

Abro la compu. Creo un nuevo documento de Word. Título: Anotaciones del caso - Cuaderno Vanzetti. Empiezo a tipear.

—Esta es la libreta de mi abuelo, toda escrita a mano, en cursiva. Algunas cosas no tienen sentido. Otras... me dan miedo.

Abro la libreta con cuidado, paso la primera página. Leo en voz alta a medida que empiezo a escribir:

Anotaciones del caso - Cuaderno Victor Vanzetti

01/03/1983

Caso 03. Víctima hallada en el parque del este. Cuerno de cabra en la mano derecha.

Posible (y fuerte) conexión con el caso 01 y 02.

Vecinos reportan haber visto una figura en un traje negro dos días antes. Sin rostro visible.

Tipeo. Vale se sienta a mi lado, ahora en silencio. Paso a la siguiente anotación.

28/02/1985

Caso 05. Patrón de ubicación empieza a formarse. Los puntos generan una forma...

(En esta parte está tachado con birome negra, no se que dice)

Anotar esto más adelante. Quizá no tenga relevancia.

—¿Una forma? —murmura Vale—. ¿Qué tipo de forma?

—Esperá. Hay más.

01/03/1985

Soñé con la víctima 04. Dijo que "no lo vimos venir". ¿Inconsciente me habla? Estoy cruzando límites. No escribir esto. Los demás me toman de loco, dicen que no es válido.

Me frena una sensación rara en el pecho. Paso al siguiente:

01/03/1985

Testigo nuevo: Mariano G. Dice haber visto una camioneta blanca con una estampa durante la escena del caso 05. No figura en ningún registro policial.

Me pidieron que no incluyera esto en el informe final. ¿Por qué?

Vale silba bajito.

—Corrupción. Como en las películas.

Y entonces llego a la última:

03/08/1991

El círculo tiene sentido, no solo es eso. Hay más, un círculo con esquinas puntiagudas dentro. Sólo falta un punto. Pero nadie me escucha.

¿Y si soy yo el que lo cierra?

Me quedo callada. Vale me mira.

—¿Y eso último?

—No sé... pero si el último punto era esta casa... —no termino la frase.

—Entonces se sabía que él era el próximo. Y no hizo nada —dice Vale.

Nos quedamos en silencio. Los leds siguen iluminando en violeta. Abajo, mi mamá pone la pava. Todo parece normal, pero no lo es. Nada lo es desde que abrí esa caja.

—Hay más cosas —le digo—. Fíjate ahí.

Le señalo una carpeta rota que encontré al fondo. Vale la agarra, la revisa, saca una hoja suelta.

—Lu... ¿Esto no es un sello oficial?

Me acerco. Es una fotocopia vieja. De una declaración policial. El nombre está tachado, todo censurado con marcador negro, pero se nota el membrete de la comisaría. Tiene una nota pegada en la esquina:

No confíes en él.

—¿Quién es "él"? —pregunta Vale.

—No sé. Pero voy a descubrirlo.

Y entonces, la grabadora vieja que traje del sótano hace un click.

Se me hielan los huesos. Vale y yo nos miramos como si el aparato fuera una bomba a punto de explotar.

—¿Eso estaba cargado? —pregunta.

—No lo encendí —murmuro.

La cinta gira sola. Un sonido áspero, como si la estática escarbara en algo muerto. Y entonces, una voz.

—Mi nombre es Victor Vanzetti —dice. Mi corazón se frena. Vale se tapa la boca.

—Tengo... cuarenta y seis años. Hoy es 18 de septiembre de 1995.

Mi pecho se aprieta. Me hundo en la silla. Escuchar su voz es como abrir una puerta que nunca supe que estaba ahí.

—Los últimos días han sido... mucho. No sé cómo explicarlo. Le pedí a Clara que se fuera a casa de su hermana. Dijo que me estoy obsesionando. Que... que el café me está dejando más paranoico que despierto. Tal vez tenga razón.

Pausa.

Se escucha el roce de una taza, un suspiro largo.

—No me creen. Ninguno. En la comisaría piensan que estoy exagerando. Que tengo que tomar vacaciones. ¿Vacaciones? Hay alguien allá afuera dejando cuerpos como si fueran basura y... yo tengo que tomarme vacaciones.

Otro silencio.

Un ruido seco, como un golpe suave sobre la mesa. La voz del abuelo vuelve, más baja.

—Siento... como si llevara a todo Valle Verde en los hombros. Como si nadie viera lo que veo. No sé cuánto más voy a aguantar. Pero si alguien escucha esto...

(tos corta)

...si alguien lo escucha, que sepa que no estoy loco.

La cinta hace un chirrido. Un salto. Luego:

—Tengo que cortar. Este cassette es el último que me queda. Los demás... desaparecieron. No sé cómo. Solo sé que no puedo seguir grabando como antes.

Otro salto.

Estática.

El sonido de una puerta que se abre. Luego, el de una ventana que cruje. Un nuevo corte. Más interferencia.

Y de pronto, la voz:

—¡Hey!

Se corta.

Se escucha un golpe seco. Un arrastre. Una especie de jadeo. Después... casi nada.

Apenas, entre la distorsión, como una aguja en la tormenta, se oye a mi abuelo decir un último hilo de voz:

—¡Lo sabía…!

Silencio.

La cinta se termina con un clac. El carrete se frena. Vale y yo seguimos mirando la grabadora como si todavía hablara.

Pasan unos segundos. Un zumbido en mi oído. Mi respiración se acelera.

—Luna... —dice Vale al fin, casi sin voz—. ¿Cuándo murió tu abuelo?

—En el 95. Noviembre... eso dicen.

—¿Y esto?

Miro la grabadora. Miro la fecha.

—Esto es de... meses antes. Y se supone que murió de un paro cardiaco de tanta cafeína que consumía, combinado con el estrés del trabajo.

Nadie dice nada.

—Entonces no murió —digo. Me cuesta respirar—. Lo mataron.

—Luna, esto es... esto es prueba de que tu abuelo sabía algo. Tenemos que ir a la policía.

—¿¡Vos estás loca!? —le salto encima—. Es obvio que la policía no ayudó en nada. ¿Por qué si no nadie lo escuchaba? ¡Y ni siquiera lo ayudaron a protegerse! Y... ¿qué pasó con lo de que *yo* no me meta en problemas?

Silencio. Nos quedamos las dos inmóviles. Afuera, el mundo sigue girando. Adentro, mi habitación parece una zona de guerra entre el pasado y el presente.

Ding dong.

Ambas pegamos un brinco.

—¡Mierda! —se me escapa. Casi sin pensarlo. Vale se tapa la cara, los ojos bien abiertos.

—¿Quién es? —murmura.

Me acerco a la puerta. Me asomo por la escalera

—¿Mamá?

El timbre suena de nuevo. Tres golpecitos seguidos en la puerta principal. Secos. Como si no fueran del todo amistosos.

—Mierda... —repito, más bajo.

Vale me sigue, pero antes se agacha. Agarra una espátula de metal de la cocina. La sostiene como si fuera un cuchillo de combate.

Afuera, solo oscuridad.

Respiro hondo. Abro la puerta de golpe.

—¡Pizza! —dice un tipo con gorra roja, una sonrisa de plástico, y una caja de cartón humeante.

Ambas soltamos un suspiro al mismo tiempo.

—¿Estaban cocinando? —pregunta él, confuso al ver la espátula.

—No, es solo que no esperaba un repartidor a esta hora —le digo, tomando la caja.

Busco a ciegas sobre la repisa de la entrada, encuentro un billete y se lo doy.

Nos damos la vuelta, entre risas nerviosas.

Ding dong.

Giramos al mismo tiempo. Otra vez el timbre.

—¿Qué ahora...? —gruñe Vale, subiendo de nuevo la espátula.

Abrimos.

—Me olvidé de darte el cambio —dice el repartidor, sosteniendo unas monedas con una ceja levantada.

—Ah... gracias.

Y entonces, justo cuando el tipo se da vuelta, aparece mamá bajando las escaleras, secándose las manos con una toalla.

—¡Ah, chicas! Gracias por recibir la pizza. Olvidé decirles que había pedido. Pensé que iba a llegar más tarde.

Vale y yo nos miramos. Una risa tonta nos escapa a las dos, seguimos tensas como cuerdas de guitarra. Guitarra… ¡El ensayo con Nina! ¡Lo olvidé por completo!

Volvemos al cuarto. La grabadora sigue en el escritorio. Las luces del LED parpadean en modo podcast. Y la libreta del abuelo espera.

Como si nada hubiera pasado.

Todavía no abrimos la libreta cuando el celular vibra encima del escritorio. Una videollamada entrante: Nina.

—¿Y ahora qué...? —murmuro, aceptando.

La imagen aparece en segundos. Nina, en su cuarto, con la guitarra sobre las piernas y el ceño más fruncido que nunca.

—¡Hace media hora que te estoy esperando para la reunión! ¡Ni los mensajes leíste! —grita apenas se conecta, tan fuerte que Vale se encoge a mi lado.

—Ah, perdón, me re colgué...

—¡Encima no invitan a pasar el tiempo! —sigue Nina, mirando a un costado. Vale se asoma por la pantalla y saluda con una mano.

—Hola, buen día… noche.

—¡Más bronca me da! —grita ella, levantándose con todo y guitarra.

Entonces lo veo. En el fondo de su habitación, medio amarillenta por la luz del velador, está Daniel. Sentado, con el celular, como si nada. Él también levanta la mano para saludarme.

—Vos estás con Daniel y nadie te dice nada —le digo, medio en broma, medio molesta.

Vale se mete de nuevo en la cámara, sonriendo.

—Danina… pensé que yo era Texas.

—¡Basta! ¡Ya no da risa!

Y lanza esa mirada. *La* mirada. La que dice "no me importa lo que digas, pero te estoy anotando puntos".

Suspiro.

—Hoy no puedo ensayar. Vale ya se iba, de todas formas.

Valeria asiente exageradamente detrás mío, como si estuviera actuando en una obra escolar.

Nina entrecierra los ojos.

—Más te vale. El concurso empieza dentro de poco. Cada vez hay menos ensayos. No pienso subir sola a ese escenario.

Corto la llamada.

—Me anoté con Nina al concurso de música hace dos semanas. Piano, voz, guitarra. Ella canta. Yo hago lo demás —digo, más para Vale que para mí misma—. Había pensado meterme al de dibujo con vos, pero ya lo había hecho el año pasado y no se puede repetir.

—Qué bajón —murmura Vale, sentándose de nuevo frente al escritorio—. Pero también es mucho.

—Es todo mucho. Y siento que recién empieza.

Afuera, la noche es un líquido espeso que se cuela por las ventanas. Cierro la libreta por ahora. Mañana será otro día. Pero hay algo en esa cinta, en ese cuerno, en esa carta.

El Carnero habló.

Ahora nos toca a nosotras.

Mis anotaciones - 13/05/2025

El abuelo no murió. Lo mataron. Lo silenciaron… pero ¿quién?
1995 – informe oficial: "paro cardíaco". Pero la grabación no miente. Se escucha a alguien entrar… ¿El Carnero?
El mapa tenía una predicción clara. La última escena sería SU casa. Que hoy es MI casa.
Mariano G. es el único testigo nombrado que encontré. Mañana tengo que seguir leyendo más.
¿Por qué guardaron el cuerno?

Una vez hechas mis anotaciones, toca activar el plan B. Necesito información que solo ellos tengan, y con "ellos" hablo de la comisaría.

Correo a la Comisaría de Valle Verde

Asunto: Solicitud de acceso a registros del caso "Carnero" (1980-1995) — Ley de Transparencia
Destinatario: consultas@seguridadvalleverde
Remitente: lunavanzetti@gmail.com

Estimados/as,

Mi nombre es Luna Vanzetti, ciudadana de Valle Verde. Me dirijo a ustedes en el marco de la Ley Nacional de Transparencia y Acceso a la Información Pública, la cual garantiza el derecho de todo ciudadano a solicitar y recibir información en poder del Estado, siempre que no comprometa investigaciones vigentes ni la privacidad de individuos protegidos por ley.

Solicito formalmente acceso a los siguientes documentos relacionados con el expediente del caso conocido como "El Carnero", ocurrido entre los años 1983 y 1995:

- Informes policiales completos (o censurados, si corresponde) del caso.
- Declaraciones de testigos registradas durante la investigación.
- Fotografías de las escenas del crimen (si están desclasificadas).

- Informes de autopsia u observaciones forenses vinculadas al caso.
- Registros de comunicaciones internas vinculadas a la investigación.
- Entiendo que parte de esta información puede estar sujeta a restricciones, por lo que solicito, al menos, acceso a las versiones que estén disponibles al público conforme a la ley mencionada.
- Agradezco desde ya su colaboración y quedo a disposición para cualquier documentación adicional que deba presentar para respaldar este pedido.

Saludos cordiales,
Luna Vanzetti.

La partida entre el asesino y mi abuelo terminó con el rey negro ganando.

Pero esta vez, las reglas las pongo yo.

Y cuando llegue el jaque mate… no va a quedar nadie para levantar las piezas.

Capítulo 5
14 de mayo de 2025

No dormí casi nada. Siento los párpados pesados como los teclados de este piano viejo. En la sala de música hay ruido, risas, cuerdas desafinadas, teclas apuradas, gente que se toma esto como un recreo y otros que se lo toman como si fueran a tocar en el Lollapalooza. Yo estoy en el medio. O al menos lo intento, ese promedio no se construye solo.

Nina está tocando su guitarra con furia mientras recita todas las notas musicales. Tiene una banda elástica en la muñeca y cada tanto la estira, la suelta, se la acomoda. Está tensa. No sé si es por la falta de ensayo o porque me colgué ayer y no entré a la videollamada. Seguro las dos cosas. Es increible verla sin Daniel al menos cinco minutos, por poco y olvido que son dos personas distintas.

La profesora camina entre los alumnos, escuchando, corrigiendo posturas, marcando el ritmo con los dedos. Me sonríe al pasar y dice:

—Bien, Luna, pero más fuerte el primer acorde. Dale presencia.

Asiento, aunque ni la estoy escuchando del todo.

Sara está sentada en una esquina, afinando su bajo. Me mira y se acomoda los lentes. Tiene esa cara que pone cuando sabe algo. Me acerco mientras Nina discute con otro compañero sobre si van a hacer o no un puente instrumental.

—¿Estás bien? —me dice Sara.

—Sí, solo dormí poco.

—Te veo rara.

Me encojo de hombros. Ella baja la voz y suelta:

—Escuché algo.

—¿Qué cosa?

—Un rumor. Hay un chico en la escuela… dicen que es nieto de una de las víctimas del Carnero.

Levanto la vista. La palabra me golpea como una nota disonante en medio de una melodía suave.

—¿Quién?

—No sé. Es callado. Va a la tarde, creo. Tercero o cuarto. Algunos dicen que su familia nunca quiso hablar del tema.

—¿Tenés el apellido?

—No… pero…

Antes de que pueda seguir, la profesora dice:

—¡Vamos con el ensayo general, chicos! ¡Del principio!

Sara me lanza una mirada cómplice. Yo apenas puedo concentrarme. Mis dedos tocan las teclas, pero mi cabeza ya está lejos. En archivos viejos, en listas de nombres, en mochilas que vi en los pasillos.

—¿Y por qué no venís conmigo a ensayar? —se acerca Nina.

—Tenés razón, perdón por lo de anoche.

—No importa, mientras todavía me ayudes está bien.

Ella empieza a cantar, mientras yo le doy golpes a la guitarra, no estoy pensando en coordinar, estoy pensando en más cosas.

Si hay alguien que creció con las sombras de ese asesino encima, quiero encontrarlo.

Quiero saber si él también tiene pesadillas.

Terminamos la canción. No fue perfecta, pero suena mejor que la última vez. Los acordes salen casi sin pensar, aunque mi cabeza esté en otro lado.

La profesora aplaude un par de veces para que todos presten atención.

—Bien. Mejor. Pero quiero más conexión entre ustedes. ¡Esto es música en conjunto, no un concurso de solistas! —dice, con esa voz dulce pero firme.

Todos asienten, algunos más convencidos que otros.

—Sigan practicando. El concurso está cerca y quiero que estén orgullosos del escenario.

Cuando se va a revisar unas partituras al fondo del aula, me giro hacia Sara.

—¿Creés que podrías llevarme a conocer a ese chico? —le digo en voz baja.

Ella se ríe, levanta las cejas como si le pidiera algo imposible.

—¿Qué te hace pensar que lo conozco? Apenas sé que existe. Además, ¿y si ni siquiera es verdad?

Me muerdo el labio. No tengo una respuesta sólida. Solo una necesidad.

La clase termina. La profesora nos despide con una sonrisa. Salimos entre el murmullo de instrumentos guardados, mochilas arrastradas, algún que otro grito de pasillo.

Vale se acerca desde el aula de arte. Tiene un papel en la mano con manchas de pintura.

—¡Me fue re bien con el póster de colores complementarios! —dice. Luego baja la voz, misteriosa—. Me anoté para postularme en el centro de estudiantes. Voy a hablar con Mateo para que me haga una lista.

—Vale... —la interrumpo. Me inclino hacia su oreja—. ¿Conocés a un chico que sea nieto de una de las víctimas del Carnero?

Ella frunce el ceño.

—¿Qué? No. ¿Otra vez con eso?

—Sara me lo dijo recién. Un chico del turno tarde.

—Luna... —dice mi nombre con un tono cansado—. Tenés que parar. En serio. Estás empezando a ver pistas en todos lados.

—Anoche estabas conmigo, ¿te acordás? Viniste de urgencia a mi casa. ¿Ahora no?

Vale mira hacia otro lado. Se acomoda la vincha.

—Una cosa es una libreta vieja. Otra, andar persiguiendo personas por rumores. Capaz y te está mintiendo.

Me quedo callada. Me duele. Me molesta. No sé cuál de las dos cosas más. ¿Cree que esto es un juego?

—No sé. Entonces te anotaste en el centro de estudiantes.

—Sí, quiero ser una dictadora y obligar a todos a que me obedezcan.

—No funciona así…

Salimos al pasillo. Los otros cursos también salen mientras los de turno tarde van llegando. Se escucha la marea de voces, *lockers*

cerrándose, pasos apurados. En medio de todo, un chico pasa caminando. Tiene auriculares en los oídos y está todo vestido de negro. Mira su celular, levanta la vista... y me ve.

Y se frena.

Lo juro, se frena.

Pone una cara rara, entre susto y sorpresa.

Y sin decir nada, gira. Cambia de dirección.

—¿Lo viste? —le digo a Vale.

—¿Qué cosa?

—Ese chico. Me vio y se fue para el otro lado.

—¿Y? Hay gente tímida, Luna. No todo el mundo es un sospechoso.

No digo nada. Pero algo se movió. Algo... encajó. No tengo pruebas, pero tengo ese presentimiento en el estómago. Ese que dice que estoy por abrir otra puerta.

Él acelera. Lo noto al instante. Cambia el ritmo de sus pasos, como si algo lo hubiese empujado a salir volando.

—Nos vemos en Educación Física —le digo a Vale, mientras le paso la mochila.

—¿¡Y qué hay del almuerzo en McDonald's!? —me grita desde atrás. Pero ya no la escucho.

—¡Hey! ¡Hey, pará! —le grito al chico. No se detiene.

Atravieso la calle justo antes de que el semáforo cambie. Él gira en la esquina y yo lo sigo, esquivando a una señora con un changuito y casi chocando con un cartel de "Oferta escolar".

Dobla de nuevo. Me cuesta alcanzarlo, pero no tanto. No soy una atleta, pero algo en mí corre más rápido que nunca.

—¡Te dije que pares! —le grito.

El chico tropieza. Sus *airpods* se le caen de un oído. Cae con las manos al suelo, celular aún agarrado, pero raspado. Me acerco rápido, agitada, con la respiración en la garganta.

—¿Estás bien? —le ofrezco la mano.

Pero él no la toma. Se levanta solo, con torpeza. Se acomoda los auriculares y mira la pantalla de su celular como si fuera su salvavidas.

—No quiero que te acerques a mí —dice. Su voz tiembla de rabia, no de miedo—. Te estás metiendo en lugares personales.

Y ahí lo sé.

Sí. Es *él.*

—¿Me conocés? —pregunto, sin aliento, aunque la respuesta es obvia.

Él me clava la mirada con una mezcla de bronca, cansancio y desprecio.

—¿Sos estúpida? —escupe, como si lo que le digo fuera una broma de mal gusto—. Todo el colegio te conoce. Todo el maldito mundo ve tu podcast.

No entiendo. Estoy por abrir la boca, pero no me deja.

—Muchas gracias, eh —dice, sarcástico—. Gracias por revivir al loco desquiciado que mató a mi abuela hace más de tres décadas. Gracias por convertirlo en entretenimiento.

Mis piernas tiemblan.

Él me mira con furia contenida.

—Ahora todos quieren saber mi historia. Todos se me quedan mirando como si tuviera la marca del monstruo. Y no es así, no soy parte de él.

Veo algo más fuerte que el miedo. Veo dolor real.

Dolor que yo desperté.

—¿Por qué te duele tanto? —le pregunto, sin entender del todo—. Ni siquiera la conociste, ¿no?

Él se ríe. No es una risa feliz. Es seca, amarga.

—¿Y eso qué tiene que ver? —me lanza—. ¿Sabés lo que hiciste? Por tu culpa, en mi casa volvieron los susurros. Las charlas bajitas. Mi abuelo otra vez se encierra, otra vez se le revuelven los recuerdos, otra vez no duerme. Y yo... yo tengo que aguantarme eso.

Me quedo callada por un segundo. Me duele. No voy a mentir. Siento un nudo que no sé si es culpa, confusión o bronca.

—Lo siento —digo. Y lo digo de verdad—. Pero yo también tengo motivos. Mi abuelo también fue asesinado por este tipo. Lo silenciaron, estoy segura.

Él me mira como a quien acabara de decir la peor estupidez del mundo.

—¿Qué? No. Todos saben que Víctor Vanzetti murió en su casa. Paro cardíaco. Lo dijo el parte médico, lo dijo la policía, lo dijeron los diarios. Lo dice todo sitio de internet.

No digo nada.

No tengo que hacerlo.

Yo sé la verdad. Y con eso basta.

Se levanta, queriendo terminar la conversación. Pero no puedo evitarlo.

—¿Cómo se llamaba tu abuela? —pregunto, tratando de sonar suave —¿Dónde ocurrió?

Él frunce el ceño.

—No te voy a decir nada. ¿Qué piensan tus papás sobre esto que hacés? ¿Qué piensa tu mamá o tu papá?

—Yo no… O sea sí tengo pero…

—¿Sabés qué? No me importa.

Se da vuelta, sin más.

Y se va.

Yo me quedo ahí, en la esquina, con la gente pasando a mi alrededor, el mundo no sabe que acaba de pasar.

Pero yo sí lo sé.

Una pieza nueva en el tablero.

Y un nuevo enemigo en un camino que recién empieza.

***

Llego al McDonald's jadeando, con las mejillas ardiendo como si me hubiera metido en una cabina de bronceado con esteroides. Me tiemblan las piernas. Valeria me ve llegar y suelta una risa contenida, con su vaso de gaseosa entre las manos.

—¿Te corrió un perro o lo estabas corriendo vos? —pregunta, y me señala el asiento vacío a su lado.

Me dejo caer, parece que me hubieran disparado. Estiro los brazos, el cuello, hasta los dedos. Suelto un suspiro fuerte como una explosión.

—No funcionó. No quiso hablar. Pero el rumor era cierto, Sara. Tenías razón.

Valeria nos mira a las dos, evaluando si pedir una orden de intervención judicial.

—Genial. Ahora le das argumentos para seguir con su luna-verso —dice. La remata con una mirada de flecha que le clava a Sara.

Ella se encoge de hombros, mientras juega con el hielo de su bebida.

—Solo dije lo que escuché.

Daniel y Nina están enfrente, medio distraídos entre papas fritas y sus celulares.

—¿Qué rumor? —pregunta él, pero no parece interesado. Debe estar editando un vídeo o algo así.

Agarro mi mochila, la que le dejé a Vale antes de correr como si fuera la protagonista de un thriller barato. Saco mi celular, activo los datos móviles y, en cuestión de segundos, empieza a vibrar, pareciendo que está poseído.

Mensajes. Notificaciones. Correos en mi cuenta del podcast.

Uno me llama la atención.

No te metas en esto.

El usuario es un conjunto de letras y números. Aleatorio. Seguro recién creado. Sin sentido, pero obviamente todo apunta a una sola persona.

—Mirá... —murmuro, levantando el teléfono—. Me escribió el chico.

Todos se inclinan. La pantalla brilla entre nosotros.

—¿Qué dice eso? —pregunta Sara.

Valeria es la primera en hablar, cruzándose de brazos.

—¿Ves? Te dije que era una mala idea. ¿Qué esperabas? ¿Un ramo de flores del asesino?

Entonces… llega otro correo, esta vez en mi cuenta personal.

Notificación. Vibración. Correo nuevo.

Mi pulso se dispara.

“Comisaría Central – Respuesta a Solicitud de Acceso.”

Hay archivos adjuntos.

—¡SÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍÍ! —grito. Un sacudón atraviesa mi cuerpo y me arranca de la silla—. ¡LA COMISARÍA RESPONDIÓ!

Todo el local me mira. Clientes. Niños. Empleados. Una señora deja caer su hamburguesa.

Daniel levanta una ceja.

—¿Qué hiciste qué cosa?

Me muerdo el labio. Bajo el teléfono. Pero no puedo ocultar la sonrisa.

Capítulo 6

Tengo los músculos duros como piedra y las piernas que me piden tregua, pero mi cabeza no deja de zumbar.

La clase de Educación Física debería haber sido la última cosa del día, el punto final, el cierre. Pero no.

Acá estoy. Otra vez frente a la pantalla, con una toalla húmeda en el cuello y la piel todavía pegajosa de sudor.

Abrí el correo apenas llegué. Lo vi ahí, como una trampa o una puerta.

Asunto: RESPUESTA A SOLICITUD DE ACCESO A INFORMACIÓN PÚBLICA – CASO N.º 377
Destinatario: consultas@seguridadvalleverde
Remitente: lunavanzetti@gmail.com

Estimada Luna Vanzetti,

Nos dirigimos a usted en respuesta a su solicitud de acceso a información conforme a la Ley de Derecho de Acceso a la Información Pública. Después de una revisión del material archivado correspondiente al caso N.º 377 – conocido públicamente como el caso "Del Carnero" –, hemos procedido a desclasificar y digitalizar parte de los documentos disponibles, en tanto no comprometan investigaciones actuales ni la privacidad de terceros directamente involucrados.

Adjunto a este correo encontrará un archivo comprimido (.zip) que contiene:

- Fotografías escaneadas de la escena del crimen y de documentos anexos (debido a la antigüedad del material físico, la calidad puede no ser óptima).
- Declaraciones de testigos/sospechosos seleccionados.
- Reportes policiales parciales.
- Un resumen redactado por el inspector a cargo en aquel momento, el Sr. Víctor Vanzetti.

Le recordamos que esta información es de carácter sensible y su difusión indebida podría afectar la memoria y privacidad de las víctimas y sus familias.

Cualquier otro pedido adicional será evaluado por nuestro Departamento Legal.

Atentamente,

Secretario oficial A. Re Guzzi
Comisaría Central
Dirección General de Archivos Históricos

Descargué la carpeta comprimida sin pensar dos veces.

Un nombre frío: "Caso N° 377"

La abro.

Adentro hay fotos. O lo que una vez fueron fotos. La mayoría son de tan mala calidad que parecen tomadas por una cámara de seguridad oxidada o por alguien con Parkinson en plena tormenta, ni siquiera vale la pena verlas.

Colores lavados, detalles borrosos. Algunas están mal escaneadas, y puedo ver los márgenes del papel, las manchas de humedad, hasta la sombra de los dedos de quien las sostuvo frente al escáner.

Los documentos están arrugados, con letras desteñidas como si hubieran sido sumergidos en agua sucia y luego secados al sol.

Me cuesta leerlos. Pero no por la tipografía, sino por lo que siento en el pecho. Bueno, también por la tipografía, no voy a mentir.

Es como si el aire se volviera denso en mi habitación. Como si esos archivos cargaran una presencia.

Un eco.

Sé que tengo algo frente a mí que muy pocos han visto.

Y que alguien quiso enterrar.

Tomo aire. Me acomodo en la silla, pongo música en los auriculares. Empiezo a leer.

Archivo adjunto:

Transcripción_Entrevista_Testigo_MarianoG_Vanzetti1985.txt

Fuente: Archivo policial – Comisaría de Valle Verde
Fecha: 1 de marzo de 1985
Lugar: Oficina del inspector Víctor Vanzetti
Estado: Escaneado – calidad baja

Inicio de la transcripción – audio deteriorado parcialmente
VV (Víctor Vanzetti): Nombre completo y edad, por favor.
MG (Mariano G.): Mariano GRAVILOV [—REDACTADO—], tengo diecinueve años.
VV: ¿Domicilio actual?

MG: En la calle [—REDACTADO—], a dos cuadras de donde... donde pasó todo.
VV: Bien. ¿Podés contarme exactamente lo que viste esa noche?
MG: Eh... eran como las nueve, creo. Yo volvía de la casa de mi primo [—REDACTADO—. Paso siempre por ahí porque es más corto. Vi una camioneta blanca, la patente era algo como 000000 y estaba estacionada mal, medio subida a la vereda. Pensé que era raro, pero seguí caminando.
VV: ¿Recordás si tenía alguna marca, logo, algo distintivo?
MG: No... o sea... creo que tenía una calcomanía en la parte de atrás, pero no me acerqué mucho. No quise mirar demasiado.
VV: ¿Viste a alguien adentro?
MG: No, estaba vacía... creo. Estaba cerrada, las luces apagadas. Pero la puerta de la casa... la del pasillo lateral, estaba abierta. Eso me llamó más la atención.
VV: ¿Escuchaste algo dentro de la casa? ¿Gritos? ¿Pasos?
MG: No... o sí. O sea, había un ruido, pero con el viento y la calle... es difícil saber. Era como... como un golpe o algo que se cayó.
VV: ¿Y qué hiciste?
MG: Me quedé quieto unos segundos, pero después me fui rápido. No quise meterme.
VV: Dijiste recién que era "como un golpe", pero en tu primera declaración hablaste de gritos. ¿Cuál de las dos cosas fue?
MG: *(pausa)* Sí, perdón. Me confundí. Fue más como un grito agudo... pero apagado. Como si alguien intentara gritar, pero no pudiera.
VV: ¿Y no te pareció importante ir a pedir ayuda en ese momento?
MG: Yo... yo no sabía qué pensar. Pensé que tal vez era una discusión o... algo privado.
VV: Dijiste que la camioneta estaba vacía. ¿Estás seguro de eso? Porque la escena que encontramos después sugiere que alguien pudo haber escapado por esa zona.
MG: *(larga pausa)* No... no sé. Capaz había alguien... yo no miré bien.
VV: Mariano, necesito que seas muy preciso. ¿Viste a alguien salir de la casa? ¿O acercarse a la camioneta?
MG: No vi a nadie. Ya le dije.
VV: No es lo que dijiste hace unos minutos.
MG: *(más nervioso)* ¡Es lo que vi! ¡Eso vi! ¡Yo no inventé nada!
VV: Nadie dijo que estés inventando. Solo que tus versiones no coinciden. Dijiste que te fuiste rápido, pero ahora decís que estuviste un rato mirando. ¿Caminaste o no?
MG: *(ininteligible – posible tartamudeo o interrupción del audio)*
VV: ¿Mariano, hay algo que no me estás contando?
MG: Ya le dije todo. No vi más nada.

VV: *(voz más baja, tono firme)* Escúchame bien, si estás asustado por algo o alguien, necesito que lo digas ahora. Podés estar protegiendo a alguien sin darte cuenta.
MG: *(otra pausa larga)* Yo no abrí esa puerta. Él ya estaba adentro. Nadie me creyó entonces, y no me van a creer ahora…
VV: ¿Quién es *él*, Mariano?
MG: No... no puedo.
VV: ¿Por qué no podés?
MG: Si lo digo... termino como los otros.
[SECCIÓN INCOMPLETA – audio cortado, documento ilegible en parte]

[Nota manuscrita escaneada – Inspector V. Vanzetti]
"El muchacho oculta algo. Sabe más de lo que admite. Tiene miedo, pero no del asesino… del silencio que lo rodea. Si algo me pasa, empiecen por él."

[FIN DEL DOCUMENTO]

No sé cuánto tiempo estuve leyendo esa entrevista, pero cuando levanto la cabeza me doy cuenta de que ni siquiera parpadeé.

Siento la boca seca. El aire de mi pieza se volvió pesado. Me levanto de la silla despegandome de ella, doy un par de pasos y vuelvo. Releo la parte donde Mariano se enreda, donde titubea, donde dice "si lo digo, termino como los otros".

Mi corazón late fuerte. No por miedo, todavía no... es otra cosa. Es vértigo.

¿Y si todo este tiempo…? ¿Y si el testigo nunca fue testigo?

Es lo que me está gritando la cabeza. Es lo que me está gritando el documento. Lo que a mi abuelo le gritaba en ese momento.

Ese chico, el que se escapó de mí hoy.

Ese que me dijo "te estás metiendo en lugares personales" y me mandó el mail de "No te metas en esto".

Mariano G.

No puede ser.

Pero… ¿y si lo es?

Empiezo a unir cosas sin querer. El silencio. La contradicción. El miedo. El archivo dice que tenía diecinueve años en el 85. ¿Podría

seguir vivo hoy? Claro que sí. ¿Podría tener un nieto? Absolutamente.

¿Podría haberle pasado el secreto… o algo peor?

No, no quiero adelantarme. No quiero hacerme películas.

Pero... ¿y si sí?

Me acerco a la pantalla. Vuelvo a leer esa frase.

"Él ya estaba adentro. Nadie me creyó entonces, y no me van a creer ahora…"

Y ahí lo digo, en voz baja, pero lo digo:

—El testigo no fue testigo.

Mariano G. no fue testigo.

Mariano G. es El Carnero.

El siguiente archivo es más helante todavía, corresponde justamente al caso 05, el que Mariano dice haber sido un "testigo".

INFORME FORENSE N° 05-1985

Departamento de Medicina Legal – Comisaría Central
Fecha del informe: 28 de febrero de 1985
Caso N°: 05-85

Víctima: [redacted]
Documento de identidad nacional: [redacted]
Dirección: [redacted]

Examen externo:

Cuerpo de mujer adulta, aproximadamente 38 años, recibida en sala de autopsias con signos de muerte violenta. Se observan contusiones moderadas en región cervical y muñecas, indicativas de posible restricción o lucha. No hay heridas punzocortantes visibles ni signos de trauma contundente grave.

Estado de conservación y mortis:

- *Rigor mortis:* Completo en extremidades superiores e inferiores, presente en mandíbula y cuello, indica que la muerte ocurrió entre 12 y 18 horas previas a la autopsia.
- *Livor mortis:* Manchas violáceas fijas en zonas declives del cuerpo, confirmando el tiempo estimado

de muerte y la posición en la que fue encontrada.

- *Algor mortis:* Temperatura corporal registrada en 27°C, coherente con el tiempo estimado de fallecimiento en un ambiente fresco.

Examen interno:

Congestión pulmonar severa con edema, compatible con asfixia mecánica. No se detectaron fracturas en costillas ni en estructuras cervicales, lo que sugiere presión externa sin violencia extrema. Corazón con signos de hipertrofia leve, posiblemente por condiciones preexistentes.

Hallazgos toxicológicos:

Se detectó la presencia de *fenciclidina* (PCP) en sangre y tejidos, una droga ilegal de potente efecto disociativo y sedante, no disponible en farmacias ni en tratamientos médicos convencionales. La concentración hallada indica intoxicación aguda que pudo haber comprometido severamente la conciencia y respiración de la víctima.

Estimación del agresor:

Por la cantidad y tipo de sustancia utilizada, se infiere que el agresor tenía conocimiento específico sobre drogas ilícitas y su manejo. La dosis administrada y método de administración sugieren una persona de entre 28 y 40 años, con experiencia y probable acceso a mercados ilegales o contactos relacionados.

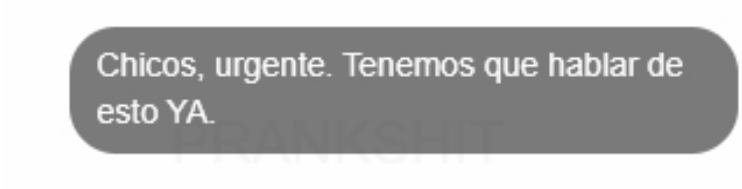
Conclusiones:

La víctima falleció por asfixia mecánica, con contribución directa de intoxicación por fenciclidina. El agresor actuó con planificación, utilizando una droga poco común para asegurar la inmovilización y sedación de la víctima antes de causar la muerte.

Comentario policial:

"El perfil del asesino apunta a alguien joven-adulto, con conocimientos específicos en sustancias ilegales y capacidad para ejecutar un crimen limpio y calculado. Con acceso y extraña obsesión por los cuernos de cabra. La combinación de asfixia y droga ilegal indica sofisticación y un método frío, dificultando la identificación directa del culpable."

Apoyo el celular sobre la mesa y sin pensarlo demasiado creo un grupo de WhatsApp: Vale, Sara, Daniel y Nina. Les mando un



mensaje corto:

En segundos, llegan respuestas de todo tipo: "*Wtf*, qué pasó?", seguido de Sara diciendo "chicos, paren, se me rompió el cargador y no puedo usar el celular".

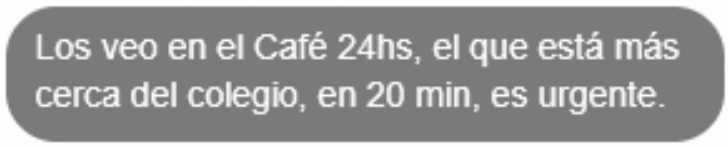
Me río por lo bajo, saco el celular del bolsillo y lo vuelvo a guardar. No necesito que estén pegados al teléfono todo el tiempo, pero sí saber que están ahí, listos para lo que venga.

Vuelvo a los archivos. La droga ilegal... eso cambia todo. No es solo un asesino con ganas de matar, es alguien con contactos, alguien que podía conseguir sustancias que ni la farmacia se anima a vender. El Carnero no actuaba solo. Tenía que tener un cómplice, un proveedor. Pero no uno cualquiera. Alguien que le confiara un negocio oscuro.

Pienso en la escuela. ¿No habrá alguien ahí metido en esto? ¿Alguien que venda estupefacientes? Si la cadena empezó hace décadas, es posible que hoy siga viva, pasándose de generación en generación, como un secreto sucio que nadie quiere revelar.

Voy a tener que acercarme a alguien de la escuela. Pero no puedo sonar obvia, no puedo perder el poco terreno que tengo. Esto se está poniendo más peligroso de lo que imaginé, pero sé que no puedo detenerme. La verdad está ahí afuera, esperando a que alguien la descubra. Y esa persona soy yo.

Abro el celular de nuevo, al nuevo grupo de Whatsapp que se sigue llenando de stickers y signos de pregunta; y escribo:



***

La noche es un manto espeso, el pueblo entero decidió guardar secretos. El café al lado de la estación está casi vacío, salvo por un

par de camioneros somnolientos y una mujer mayor que teje mientras su café se enfría.

Nos sentamos en la mesa del fondo, la más pegada a la ventana empañada por el vapor. Vale pide un latte, Nina un submarino, Daniel un café negro doble, Sara un espresso. Yo no pido nada. Ya estoy lo suficientemente despierta como para derretir el hielo del Ártico.

—Bueno —empiezo, bajando la voz—, lo que vi... no sé ni por dónde arrancar.

Les paso el celular. Ven la autopsia, el nombre del compuesto químico, y se quedan mudos.

—Esto es real... —dice Vale.

—Demasiado —añado.

—¿Y qué querés hacer? —pregunta Nina, ya intuyendo lo peor.

—Necesito encontrar a alguien que, incluso hoy, tenga acceso a esa droga. O a algo parecido. Algún tipo en la escuela que venda, el chico ese que está un curso más arriba nuestro, o alguien que sepa de quién comprarle. No es para comprar, es solo para...

—No. —me corta Vale, tajante—. No te metas en eso. Drogas, *dealers*, gente rara. Ya no es un podcast, Luna. Es peligroso.

—Nadie va a hablarte —agrega Nina—. Y si te hablan, va a ser para meterte en algo que no podés controlar. ¿Crees que alguien confiaría en la nieta del mayor policía de Valle Verde?

Guardo silencio. Me trago el nudo en la garganta. Miro por la ventana. ¿Y si tienen razón?

Daniel, que hasta ahora sólo había sorbido su café en silencio, deja la taza sobre el plato con un golpecito seco.

—Podés esquivar a la gente peligrosa y conseguir lo mismo —dice.

Las tres lo miramos.

—Instagram, TikTok, Reddit. Hashtags. Ubicaciones. Bots. Podemos buscar publicaciones antiguas, fiestas, menciones, lugares donde aparezca la sustancia. O algo relacionado. Podemos rastrear usuarios que hayan etiquetado cosas raras. Hasta podría escribir un script para buscar en perfiles del colegio. O de sus hermanos mayores.

—¿Podés hacer eso? —pregunta Vale, entre asustada y curiosa.

Daniel sonríe. De ese modo suyo, entre "estoy bromeando" y "ya lo hice".

—¿Acaso es más seguro preguntarle a un narco cara a cara? ¿En serio creen que soy tan tonto? Haber reprobado matemáticas no me hace un inutil, también sé cosas.

Miro a los tres. El calor del café, la tenue luz del local, el zumbido de una tele encendida sin volumen.

—Hacelo —le digo.

Y así, bajo la luz cansada de una luz parpadeante, con las manos temblándome por dentro, el caso del Carnero se convirtió oficialmente en un algoritmo.

Capítulo 7
15 de mayo de 2025

No sé cómo explicarlo. A veces una decisión nace en el pecho y no se puede frenar. No es lógica, no es prudente, pero es inevitable.

Le saqué una foto al mapa de mi abuelo, lo sé, mala calidad, mala iluminación, pero al menos es algo. Lo importante es ubicar el punto exacto del caso 05, el de la víctima mujer que apareció con rastros de una droga ilegal y un método quirúrgico milimétrico. ¿Dónde ocurrió exactamente? ¿Dónde la encontraron?

Daniel se sentó a mi lado frente a la notebook con la misma concentración que un francotirador. Buscamos en páginas viejas, foros, archivos filtrados. Fue él quien encontró una nota policial de hace años. La web estaba caída, pero un comentario en Reddit tenía todo copiado y pegado. Allí estaba: el caso 05, con dirección exacta.

—Cuarenta minutos caminando —dice, señalando la pantalla con el dedo.

—¿Vamos? —pregunto, sin siquiera pensar en la respuesta.

—Obvio —responde. Y como si fuera parte del ritual, ambos activamos la ubicación en tiempo real, compartida entre nosotros y en el grupo de WhatsApp que había creado ayer. Seguridad ante todo… o una mínima forma de tranquilizar a quienes aún no entienden del todo lo que estamos haciendo.

Y ahí estaba ella. En la esquina de la cuadra, con los brazos cruzados, cara de pocos amigos, su scrunchie y ese abrigo que usa cada vez que quiere protegerse del mundo: Valeria.

—No puedo creer que estoy haciendo esto —murmura mientras se pone los auriculares—. Odio esto, odio esto, odio esto...

—Podés entrar al aula y listo, total aún queda tiempo para entrar —le digo, sabiendo que no lo va a hacer.

—No voy a dejarte sola con este nivel de estupidez —contesta, mirándome con esos ojos oscuros que conozco desde los siete años

—. Pero si nos matan, vas a escuchar mis quejas desde el más allá.

Daniel se ríe, liviano. Pero en el fondo sabemos que no es un chiste. No del todo.

El camino se hace largo, no por los minutos sino por el silencio. Solo interrumpido por alguna alerta del celular o los pasos que resuenan en la vereda rota. Vamos mirando alrededor como si estuviéramos dentro de un videojuego: atentos a todo, paranoicos, alertas.

Yo tengo la foto del mapa. Daniel tiene su mochila cargada con una linterna, un anotador y su celular con Google Maps. Vale… Vale tiene su instinto, y aunque reniegue, es el que más nos cuida a todos.

Y mientras avanzamos, el aire se pone más frío. Un camino hacía una verdad.

Una verdad que puede doler. Una verdad que quizás, no podamos deshacer.

La casa ya no estaba.

Caminamos más de cuarenta minutos bajo un cielo apagado, con las mochilas medio colgando, los hombros pesando más con cada paso. Nadie habló mucho. Daniel se quejaba cada tanto, pero sin ganas. Vale iba con los brazos cruzados, mirando el piso como si no quisiera ver adónde íbamos. Yo sólo tenía una imagen en la cabeza: el punto marcado en el mapa de mi abuelo. El Caso 05.

Y cuando llegamos acá… esto es todo. Escombros. Silencio. Desidia.

Una reja oxidada medio caída rodea lo que había sido una casa. El pasto está crecido, lleno de maleza. Las paredes que quedan están cubiertas de grafitis. Un cartel viejo colgado de una cuerda deshilachada, ilegible. El lugar huele a tierra húmeda, plástico derretido y algo más... algo rancio, atrapado en el tiempo.

—Luna… —dice Vale, frenando en seco—. No pienso entrar ahí.

—Puede haber algo —murmuro. No suena convincente ni para mí misma.

—¿Qué? ¿Una paloma muerta? —dice Daniel, pero ya me conoce. Cuando me inclino para agarrarme de la reja, suspira—. Uy, por

Dios. Bueno, vamos.

Salto primera. Me raspo una mano, pero no importa. Daniel me sigue con su torpeza habitual y luego Vale, que maldijo todo el camino mientras lo hace.

Adentro, el aire está más denso. El piso cruje bajo los zapatos, cubierto de restos de escombros, papeles húmedos, latas aplastadas. Hay pedazos de muebles, hierros oxidados, y manchas oscuras en los muros. No quiero preguntar si son pintura o algo más…

—Esto… esto está podrido —dice Vale, tapándose la boca.

Caminamos despacio, todo parece que se va a caer en nuestras cabezas. El techo hasta parece hecho de papel. Sólo algunas paredes en pie. El eco de nuestros pasos suena más fuerte de lo que debería.

Pasamos frente a un muro cubierto de graffiti y me detengo. Me inclino. Hay una figura entre toda la pintura roja, como trazada con más fuerza que las otras.

—¿Ven eso? —digo. Acerqué el celular y activé la linterna—. Es una cabra. Está ahí.

Daniel se agacha a mirar.

—No puede ser coincidencia… —murmura.

Tomo una foto. El estómago se me encoge un poco, pero no digo nada.

En lo que queda de lo que supongo fue una cocina, encuentro un mueble tirado. Lo empujo con el pie y entre papeles mojados y casi ilegibles, uno tiene un sello medio borroso. Era de alguna oficina oficial, no puedo distinguir bien. Lo guardo igual. Tengo la sensación de que no se debe quedar acá.

—¿Estás guardando basura? —pregunta Vale desde atrás.

—Puede ser algo. No lo sé aún.

Daniel está callado. En un rincón, una cuerda cuelga de un clavo en la pared. Vieja, amarilla, podrida en los bordes. Al lado, lo que queda de una silla oxidada y rota.

¿Huh? Algo brilla bajo la luz de mi linterna.

Me agacho. Solo es un pedazo de espejo roto.

Me detengo en seco, tiene una “Z” grabada en él. El polvo en el aire es tan espeso que me duele al respirar. Daniel y Vale están unos pasos más atrás, callados. No hay nada más que decir. El dibujo de la cabra en la pared se ve aún más perturbador desde este ángulo, los ojos clavados en mí, aunque sean los ojos de un animal y no de un humano.

—¿Estás bien? —pregunta Vale, bajito. Le tiembla la voz.

Asiento, sin responder.

Entonces me acuerdo del micrófono que llevo en la mochila. No es gran cosa, pero sirve. Lo saco sin decir nada, acomodo el celular sobre una caja caída, apuntando más o menos a nosotros, y me pongo los auriculares.

—¿Luna, qué hacés? —dice Vale enseguida, casi en pánico.

—¿Vas a grabar acá? —agrega Daniel, con los ojos bien abiertos.

—Quiero registrar lo que siento —digo, encendiendo el grabador.

—¡Estás loca! —protesta Valeria—. Si subís eso, van a saber que faltamos al colegio.

—Tranquilos —les digo mientras el LED rojo se enciende—. Lo grabo ahora, lo subo después. Es para mí. Para tener registro.

Se quedan quietos, cruzados de brazos, mirándome como si estuviera filmando mi última voluntad.

Respiro hondo.

—Este es un episodio especial. No sé si lo voy a subir. Tal vez sí, tal vez no. Depende de si salimos vivos de acá —intento reír, pero la broma no tiene fuerza.

¡Qué amargados, nadie se ríe!

Camino despacio, grabando, enfocando con el celular las paredes llenas de humedad y ese grafiti maldito.

—Estoy en lo que queda de la casa donde ocurrió el caso 05. Está abandonada, destruida. Nos llevó 40 minutos llegar hasta acá. Nadie vive cerca. Nadie quiere hacerlo, parece. Hay vidrios rotos, muebles volteados… y, un espejo roto.

Paso la linterna por el vidrio.

—Esto no se siente como un crimen viejo. Se siente... reciente. Vivo. Como si el aire todavía cargara el último grito.

Me agacho junto a una caja aplastada por el tiempo. Dentro hay más papeles sueltos, una hoja con un sello ilegible y moho en los bordes.

—Acabo de encontrar algo —susurro—. Parece... parte de un informe. No se lee bien, pero hay un símbolo oficial. Después lo escaneo.

De fondo, se escucha a Vale decir "por favor, terminá con esto" y a Daniel caminando nervioso por el piso crujiente.

—Vale está enojada. Lo entiendo. Pero necesito hacer esto. Porque esta casa, este crimen, no fueron un error del pasado. Fueron el primer paso de algo que sigue hoy. Y tal vez, si alguien me escucha, podamos evitar que se repita.

Me quedo unos segundos en silencio. Luego agrego, bajando la voz:

—No estamos solos acá. No lo digo por fantasmas. Lo digo porque el Carnero sigue mirando. Estoy segura.

Camino por el pasillo de la casa con pasos contenidos, sintiendo cómo el aire denso me roza los brazos descubiertos. El polvo flota en haces de luz que entran por los huecos de las ventanas rotas. Vale va detrás mío, murmurando que esto es una pésima idea. Daniel no dice nada, pero sé que también está tenso. Su linterna baila sobre las paredes mientras avanzamos.

—Ok, vale la pena, —susurro mientras enfoco un rincón con una vieja estufa oxidada—. Esta casa... esta casa. Acá murió ella. La víctima. La quinta. Nadie la recuerda, nadie la nombra, pero yo sí.

Me acerco a una pared llena de grafitis. Algunos son insultos, otros solo garabatos. Entre ellos, hay uno que dice: "NO ENTRES, EL C*".

—¿Eso es una referencia al asesino? —pregunta Vale, su voz quebrada.

—No sé, puede ser cualquier cosa... —respondo, aunque sí, yo también lo leí de la misma forma.

De repente, un chirrido suena desde el fondo de la casa. Los tres nos congelamos. Daniel apaga la linterna al instante. Escuchamos pasos arrastrándose, lentos pero insistentes.

—¿Quién anda ahí? —grita una voz áspera, rota por el alcohol y los años.

No pienso. Salgo corriendo por donde entramos, con el corazón explotándome en el pecho. Escucho los pasos de Vale y Daniel detrás. La voz del hombre se acerca, más gritos, luego un golpe metálico:

Un fierro arrastrándose contra la puerta.

Salimos a la calle. No miramos atrás. Corremos como si nos persiguiera un fantasma.

Cuando por fin nos detenemos varias cuadras más lejos, jadeando y con las manos en las rodillas, Daniel dice lo que todos pensamos:

—Bueno… eso estuvo cerca.

Vale me fulmina con la mirada.

—¡Estás completamente loca!

Me tiemblan un poco las manos. Valeria me abraza sin decir nada. Daniel mira el espejo que sobresale de mi mochila, esperando que le devuelva la mirada. Esperando un "Oh, espejito, espejito, dime cuál es la solución a todo esto".

***

Volvemos a nuestra sala de reuniones (de muchas de las que tenemos), nuestra *bati-cueva* de información medianamente confidencial: *McDonald 's.*

Se sumaron Nina y Sara. Nina no se despega de Daniel ni un segundo, en cualquier momento va a terminar rompiendo su camisa del equipo de los *Oilers* de Canadá; lo abraza, le susurra cosas al oído, y no para de mirarlo con una mezcla de alivio y enojo, toda su melena rubia cae en los hombros del chico. Sabe que nos metimos en un lío y eso la preocupa, pero también está molesta porque no les avisamos que íbamos a entrar ahí.

—No entiendo por qué se fueron ahí solos, no entiendo por qué se saltearon la clase de hoy —me dice Nina, apretando a Daniel con fuerza—. Podrían haber terminado peor.

Daniel le devuelve una sonrisa tranquila, intentando bajarle la ansiedad, aunque sé que él también está inquieto.

Sara está sentada al lado, en silencio. Parece ausente, con la mirada fija en la mesa, y me pregunto qué estará pasando por su cabeza. O quizá aun no la conocemos mucho, al fin y al cabo, Sara solo lleva tres meses en nuestro grupo de amigos.

Mi teléfono está en el centro de la mesa, con la app que activamos para monitorear cualquier novedad sobre la droga ilegal en Valle Verde. Queremos que el bot nos avise si aparece algo relevante. La espera se hace pesada.

En la mesa, sólo se escuchan las conversaciones apagadas de fondo, el tintinear de vasos y las voces lejanas. Cada minuto que pasa, la tensión crece. Nadie habla, todos esperamos.

De repente, el teléfono vibra y todos nos tensamos al instante. Abro el mensaje con las manos temblorosas, deseando que sea la pista que necesitamos. Pero al verlo, mis hombros se desploman.

—Es spam —digo, mostrando la pantalla con una mezcla de frustración y cansancio.

Daniel suspira profundamente.

—Otra falsa alarma —dice, tratando de mantenerse optimista—. Pero no hay que bajar la guardia.

Valeria pone los ojos en blanco, como si estuviera cansada de la espera y las falsas señales, o quizá cansada de esta investigación. Nina vuelve a abrazar a Daniel, esta vez con un poco más de tranquilidad, aunque no del todo convencida.

—¿Qué hora es? —pregunta Sara.

—Las 5, y veintiocho minutos —responde Daniel—. ¿Por qué?

—Porque tenía que ayudar a mi mamá, vamos a tener un perrito dentro de poco.

—¡Ay, que lindo! ¿Sabés que va a ser? —dice Nina.

—Creo que un perrito salchicha, bueno, ya debería irme. Que aburrido es estar sin celular.

Se levanta, nos saluda y se va. Y es cierto, yo no me imagino a mi sin un aparato electrónico por más de tres horas, que fuerte Sara, deberías escribir un libro.

Me quedo mirando por la ventana.

Cada detalle, cada pequeña pista que encontremos, es importante. Este caso no es sólo historia vieja, es algo que todavía

se mueve bajo la superficie de Valle Verde.

Estoy segura de que la próxima notificación no será un error. Algo nos está esperando ahí afuera, y tengo que estar lista para cuando llegue.

—No va a llegar nada más —suspira Valeria, yo también creo lo mismo.

Justo cuando nos levantamos de la mesa para irnos del McDonald 's, mi celular vibra. Al mirar la pantalla se me congela el alma, se me salen todos los colores de la piel.

El asunto del correo está en mayúsculas, gritando en silencio:

TE DIJE QUE LO DEJES, ¿POR QUÉ SEGUÍS?

Mis dedos se quedan rígidos sobre la pantalla. Mi corazón late con tanta fuerza que parece que va a reventar en el pecho. ¿Quién...? ¿Quién sabe de esto? ¿Quién nos está vigilando? ¿Cómo puede ser posible? Somos solo cinco, y ninguno de ellos ha contado nada.

Miro rápido a Daniel, su rostro se vuelve serio y sus ojos se encuentran con los míos, llenos de confusión y preocupación. Vale se cruza de brazos, intentando entender lo que sucede.

El peso de sus miradas me aplasta, me hace sentir vulnerable, expuesta. El miedo se va mezclando con la rabia y la traición. ¿Y si uno de ellos fue el que habló? ¿El que reveló lo que estábamos haciendo? ¿Alguien que parecía mi amigo? ¿Alguien en quien confié?

Un escalofrío me recorre la espalda. Pienso en el asesino, en cuánto nos está observando, cuánto está más cerca de lo que habíamos imaginado. No es solo un nombre o una sombra del pasado. Está acá, ahora, y sabe exactamente qué estamos haciendo.

Nadie dice nada. El silencio es denso, pesado. Todos esperando a que alguien rompa el hielo, a que alguien dé una explicación que nadie tiene.

—¿Qué pasa? —la voz de Vale es baja, casi temblorosa, pero firme.

No puedo sostener sus miradas ni las de Daniel ni las de Nina ni las de nadie. Mi garganta está seca, un nudo me impide hablar. Sólo logro balbucear:

—Tengo que irme.

Sin esperar respuesta, me levanto rápido y me alejo. Siento las miradas clavadas en mi espalda, llenas de preguntas, dudas y sospechas. Mientras corro hacia la puerta, la cabeza me da vueltas: ¿Quién me traicionó? ¿Quién nos está poniendo en peligro? ¿Será que uno de mis amigos no es realmente quien dice ser?

Mismo usuario, mismas letras aleatorias, ¿cómo es que ese chico se enteró?

Alguien habló.

El nudo en la garganta no avisa. Sube de golpe. Me cuesta respirar. Me arde la cara. Siento las lágrimas acumulándose sin permiso.

Una vez afuera, corro.

Escucho que alguien me llama. Una voz atrás. Es Valeria. Pero no me detengo. Mis piernas no piensan, no preguntan. Solo corren.

Doblo en la primera calle que veo. El corazón me retumba en el pecho como un tambor desesperado. Estoy temblando. El miedo me abraza de golpe, helado, nuevo. Por primera vez desde que empecé esto, tengo miedo de verdad.

No voy a casa. No así. No puedo ver a mi mamá. No quiero explicarle por qué estoy llorando. Me tiro al suelo, en la esquina, detrás de un contenedor oxidado. Las lágrimas empiezan a caer, pesadas, calientes.

Me tapo la boca para que no se escuche el sollozo. Me duele el pecho. Me duele la traición.

¿Quién fue? ¿Quién fue?

—¡¿Qué te pasa, Luna?! —grita una voz, agitada.

Valeria. Está ahí. Se agacha de golpe, sacudiendo la vereda con la mochila. Está enojada. Yo también lo estaría.

—¡¿Qué carajo te pasa?! —dice, jadeando—. ¡¿Te volviste loca?! ¡Corrés, llorás y no decís nada!

La miro pero puedo hablar. El llanto se me escapa con la respiración. Solo la miro. Mis ojos, rojos. El mundo, borroso.

Valeria frena. Se calla. Me ve. Me ve de verdad. Y en un segundo, su cara cambia. Sus cejas caen, su boca tiembla apenas. Se agacha

más, me toca el hombro.

Y de pronto, todo se desdibuja, 10 años atrás, cuando nos conocimos.

El tiempo pierde sentido, nada tiene sentido. ¿Debería tener sentido?

Viajo al pasado y estoy en primer grado otra vez. El aula huele a témpera y papel húmedo. Valeria está sentada al fondo, llorando con la cabeza agachada. Tiene las manos llenas de pintura azul. El dibujo de un castillo —su castillo, dice ella— está arruinado. Se le volcó el vaso y todos la miran raro pero nadie se acerca.

Yo sí.

Me agacho, igual que ahora.

—¿Estás bien? —le pregunté esa vez. Lo mismo que ella me pregunta ahora.

Ella no contestó. Pero levantó la vista. Y asintió. Igual que yo.

Vuelvo al presente.

En el suelo. Me limpio la cara con la manga. Miro a Valeria. Le tiemblan los labios, pero no llora.

—¿Quién fue? —le pregunto en voz baja.

—¿Qué cosa?

—Alguien lo dijo. Lo que estábamos haciendo. Alguien se lo dijo a *él*… al asesino. ¿Quién fue?

Valeria retrocede apenas.

—¿Estás diciendo que… que uno de nosotros…? No, no tiene sentido.

Niego con la cabeza, porque sí lo tiene. No quiero hablar más acá. Me levanto.

—No lo sé. Pero no quiero quedarme en la calle. Vamos a otro lado. Un lugar donde nadie nos escuche.

Ella no dice nada. Solo camina conmigo. No le muestro el mensaje. No puedo. No todavía.

Pero sé que lo vio en mis ojos.

Tengo miedo.

Y ahora no confío en nadie.

Capítulo 8

Una taza de té medio frío entre mis manos. La ventana cerrada, las cortinas corridas, mi cuarto es un completo búnker. Afuera, la noche sigue su curso y nada pasa. Pero adentro... hay electricidad en el aire.

Valeria sentada a mi lado, con una frazada sobre las piernas y ese pijama ridículo que tiene bananas con sonrisas. Yo tengo el mismo. Nos lo regalamos en cuarto grado, cuando estábamos obsesionadas con ese programa. Es suave y bobo. Me da un poco de consuelo.

Mi notebook reluce frente a nosotras. El archivo se llama "*Observaciones personales*". Ella lo mira de costado mientras yo bajo el *scroll* con el dedo.

—¿Escribiste todo esto vos? —murmura, medio sorprendida.

Asiento. A veces me olvido de que no todos están adentro de mi cabeza. De que tengo que explicar.

—Lo fui armando con lo del cuaderno de mi abuelo que aún no terminé de leer, los archivos que encontré en línea y lo que fui conectando —susurro—. Mirá esto.

Le señalo un párrafo.

Mis anotaciones - 17/05/2025

Mariano G. fue el principal sospechoso de mi abuelo, Víctor Vanzetti. En su testimonio se lo nota nervioso, evita dar fechas exactas y cambia de versión varias veces. Por eso también es mi principal sospechoso.

Pero lo que me llama la atención es otro chico, uno que se presentó como nieto de una de las víctimas. Su actitud fue rara. No parecía dolido. Parecía… incómodo. Fingido. Y si no era nieto de una de las víctimas, ¿y si era nieto del asesino? ¿Y si vino a tapar algo?

Todos pueden mentir, ¿no?

Sus mensajes no suenan a súplicas. Suenan a advertencias.

A amenazas.

Por eso creo que Mariano G. debe ser, tiene que ser el Carnero. Y el chico, su nieto, está tratando de encubrirlo.
Y alguien más, alguien más tuvo que avisarle que íbamos a buscar pistas. Hay un traidor.

Cuando termino de leer, siento que Vale no respira. Me mira, pero no dice nada.

—¿Entendés? —le pregunto—. Esto no es un juego. Uno de nosotros…

—Pará. —Me corta de golpe. Tiene el ceño fruncido y la voz más firme que nunca—. ¿Quién te habló de ese chico? ¿El nieto?

La pregunta me deja fría.

Parpadeo. Me quedo quieta. Repaso la noche del podcast, las conversaciones, las caminatas, los detalles.

No me acuerdo.

—¿Quién fue la primera persona en mencionarlo?

Ella me mira con los ojos clavados en los míos. Y entonces entiendo lo que está pensando. Lo que quiere que yo diga.

—¿Y a quién conocemos desde hace menos tiempo? —agrega, más bajo, con miedo de que alguien la escuche.

El silencio se vuelve espeso. Siento un hormigueo en el cuello. El cuarto, tibio hace un segundo, se vuelve pesado.

Nos miramos.

Y las dos susurramos, al mismo tiempo:

—Sara.

Mi garganta se aprieta. Algo se rompe un poco dentro mío.

Y lo peor es que... empieza a tener sentido.

***

La luz azul de la pantalla me cansa los ojos, pero no puedo dejar de mirar. Mis dedos vuelan sobre el teclado mientras Vale revuelve los papeles impresos con su clásico scrunchie verde neón apretándole la muñeca. Me río un poco por dentro. Acá estamos de nuevo, pijamada con ella sola. Como en los viejos tiempos. Antes de que existieran Danina, el podcast, las amenazas por mail o la secundaria misma.

Pero el momento tierno se disuelve tan rápido como vino. Porque la pregunta sigue dándome vueltas en la cabeza: ¿por qué Sara? ¿Por qué alguien como ella querría proteger a un asesino?

—¿Vos te acordás si Sara estuvo en el directo en el que dije que quería investigar el caso? —le pregunto, sin sacarle la vista a la compu.

—Creo que no, ni idea. Había muchas personas comentando.

—Mmm. ¿A la mañana siguiente nos habló?

—No. Justo ese día entró sin saludarnos. Pasó de largo como si no nos conociera.

Me freno. Abro los ojos un poco más. Ya no es solo una corazonada. Sara cambió justo cuando empecé a acercarme al caso.

Miro el mail que me llegó. Quiero saber todo sobre esa cuenta. Quién lo creó, si es Sara o el chico ese sin nombre. Cuándo. Desde dónde. A qué está asociada. Si hay algún error que delate. Si tiene mensajes sin enviar, todo.

Abro una nueva pestaña. No puedo dejar esto así.

Empiezo por lo básico: si consigo el encabezado del mail, puedo saber desde qué servidor lo mandaron, tal vez incluso ver la IP real. Hay herramientas para eso, muchas, pero no todas dicen lo mismo.

MXToolbox, para leer el "*source*" completo del correo.

EmailRep.io, para saber si esa cuenta ya fue usada antes, si está conectada a algo, si es nueva o sospechosa.

Escribo la dirección del mensaje que recibí: qwertyuio@outlook.com.

Abro *EmailRep.io*, la pego. Presiono *Enter*.

Baja reputación. Cuenta creada recientemente. No asociada a redes sociales.

Se me acelera el corazón. Vale se asoma por encima de mi hombro.

—¿Y eso qué significa? —susurra.

—Que es una cuenta nueva. Muy nueva. Casi descartable. Alguien la creó solo para enviarme ese mensaje.

—¿Podés saber cuándo exactamente? Hablo de segundos, todo.

—Tal vez. Si tengo el encabezado original.

Abro el mail. Busco esa opción oculta que nunca usamos: "Ver original".

Me aparece una ensalada de letras, fechas, códigos. Lo copio.

Lo pego en *MXToolbox.*

Tarda.

Mi pie tiembla sin que me dé cuenta. Vale también está en silencio.

Los resultados aparecen.

Recibido: de qwertyuio@outlook.com ([190.92.67.29])
Fecha: 15 May 2025 17:30:00 -0300

Una IP. Busco rápido la localización.

Panamá.

Nada tiene sentido. Esa IP podría estar en cualquier lado. Podría ser un VPN, una IP falsa, un proxy. Ya no importa. Todo parece puesto para confundir.

Pero hay algo más. Algo que me hace tragar saliva.

La hora. 17:30 en punto. Ni un segundo más, ni un segundo menos.

Demasiado exacta, eso significa que estaba automatizado.

—No puede ser —murmuro.

—¿Qué? —Vale se acerca más.

—Sara nos preguntó que hora era. Porque tenia que acomodar las cosas para su nuevo perrito.

Levanto la vista. La escena en el McDonald's reaparece en mi mente como un trueno.

—Pero este mail —continúo.—Fue enviado a las 17:30. Sara se fue antes que el mail llegara, para que no podamos ver su reacción.

Vale traga saliva.

—¿Y si tiene una segunda cuenta? —dice en voz baja—. Una que no usa con nosotros. Pero sí con otros. No digo que sea inocente, digo que quizá no fue ella quien automatizó la cuenta, sino otra persona que funciona de respaldo, ¿me explico?

—¿Y si no es para proteger al Carnero? —digo yo, despacio—. ¿Y si es para protegerse a *ella*?

Vale me mira.

—¿Estás pensando en que…?

Asiento. No solo debe conocer al asesino. Puede ser familia.

Y de repente todo hace click. El hecho de que nadie sabe mucho sobre ella. La facilidad con la que consigue cosas, no es la primera vez que se le "rompe" un cargador. Todo conecta.

No puedo respirar del todo bien. Me paro. Voy a la ventana.

—¡Pará! —dice Vale de golpe, con los ojos bien abiertos—. Daniel y Nina no saben esto.

Me quedo quieta.

—Y si Sara ya les dijo algo raro... —continúa—. O si ellos mismos cuentan algo sin saber... Están en peligro.

Mi estómago se encoge.

—Tengo que llamar a Nina.

—¿Por el celu?

—No —niego—. Por el teléfono de casa. Más seguro.

Bajamos las escaleras casi corriendo. En la cocina, mi mamá está sentada frente al televisor viendo uno de esos programas de pastelería. Un hombre barbudo está decorando una torta con forma de castillo. Ella ni se inmuta al vernos pasar.

—Mamá, ¿puedo usar el teléfono? —le pregunto, disimulando la urgencia en mi voz—. Quiero llamar a Nina, su celular no anda.

Mentira.

Ella asiente sin sacar los ojos de la pantalla.

Tomo el teléfono fijo, ese de cable largo que da vueltas por media cocina.

Marco el número que ya sé de memoria, porque no es la primera vez que tengo que llamarla a su casa y no su celular. La infinidad de veces que tuve que fingir ser mi mamá y decir "Oh, sí, por supuesto. Nina está acá, con Luna. No tenía idea que había venido sin avisar" Pero en realidad, se iba a casa de Daniel en secreto.

Me limpio las palmas en el pantalón. Están húmedas.

Un tono. Dos. Tres.

—¿Hola? —responde una voz grave, su papá.

—Hola, buenas noches. ¿Está Nina?

—Un momento.

Espero. Silencio. Trago saliva. Vale se cruza de brazos y se muerde una uña. El programa de tortas de fondo suena absurdo ahora. Un tipo dice "ganache de frambuesa" y me dan ganas de gritarle que estamos en peligro, que si esto sigue vamos a terminar aplastadas como esas frambuesas, rebanadas en pedazos.

—¿Luna? —dice por fin una voz conocida—. ¿Qué pasó? Estábamos re preocupados. ¿Por qué llamás al teléfono de casa?

—Nina, escuchame —le corto, mirando a Vale con decisión—. Estamos los cuatro en peligro. Tenés que sacar a Sara del grupo. Ya. Encontramos pistas. Todo indica que está metida en el caso.

Silencio. Luego una risa corta, nerviosa.

—¿Qué? ¿Esto es broma? ¿Estás bien?

Valeria me quita el tubo con fuerza. Sus ojos no tienen ni una gota de humor.

—Nina —susurra ella, con una seriedad que nunca le escuché—. Esto no es un juego. Llamá a Daniel. Contale. Hay que eliminar a Sara del grupo. Luna está hablando en serio.

Del otro lado, se escucha la respiración de Nina.

—Oh... okay. Okay. Ya mismo. ¿Nos vemos el lunes?

—Sí —respondo, recuperando el tubo—. Cuídense. Y no le digan nada a Sara. Nada.

—XOXO —murmura Nina, con voz tensa.

—XOXO —respondo.

***

Subí el video al podcast. No era en vivo, pero el chat se activó igual. La gente lo vive como si lo fuera. Y en parte, me gusta. La casa del Caso 05 se ve borrosa por momentos, pero eso sólo la hace parecer más siniestra. Las voces nuestras de fondo, nerviosas, los pasos sobre el piso de madera que cruje, la ventana rota… todo está ahí. Puro material para los adictos a misterios.

Dejé el volumen bajo y puse música. Un par de canciones lentas, tipo esas que ponen en las películas cuando los personajes no saben que algo está por romperse.

Nos sentamos en mi cama. Vale barajó las cartas queriendo hacerse la profesional del casino de Las Vegas. Me reí. La pijamada empezó a sentirse como las de antes, como cuando nada dolía, como cuando éramos solo nosotras.

Jugamos una partida. Y otra. Y otra. El podcast terminó.

Hace como diez minutos que Valeria se fue al baño y todavía no vuelve. Ni siquiera me avisó que le dolía la panza… u otra cosa.

Mi puerta suena.

—¿Vale? —digo. Pero no hay respuesta alguna.

El golpe vuelve a sonar, más fuerte.

—Valeria, en serio, no es gracioso.

La perilla gira suavemente, la puerta se abre unos cinco centímetros. Retrocedo.

—Es tu fin… —dice una voz áspera. Y una mano empieza a entrar.

—Uy sí, qué divertida.

Valeria termina de entrar por completo.

—¿No te la creíste?

—¿Acaso el asesino tendría las uñas pintadas de rojo?

—Detallitos. Capaz sí.

Sí me asusté, pero no se lo voy a decir. En fin, volvemos a la partida de UNO que está a punto de terminar. Vamos nueve rondas a nueve rondas: la próxima en ganar esto, gana todo.

Se levanta, abre los brazos en forma de victoria y grita:

—¡Se acabó! ¡+4, UNO! ¡Gané!

Está por apoyar la carta sobre la pila cuando, al mismo tiempo, nuestros celulares vibran.

Yo agarro el mío, ella el suyo.

Un solo mensaje. El mismo correo. El mismo usuario de antes:

Te advertí que no sigas.

Me quedo helada por un segundo hasta que veo el archivo que acompañaba al mensaje.

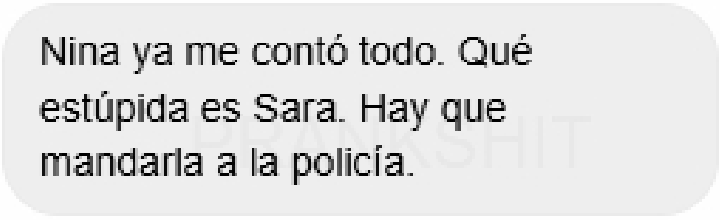
Es una captura de pantalla de mí podcast, sí, mí, pero lo raro no es eso. En la esquina del video se filtra una cámara encendida, donde se ve a Sara.

Vale estalla en risa.

—¡Mirá lo qué hace! ¡Dios, está re metida!

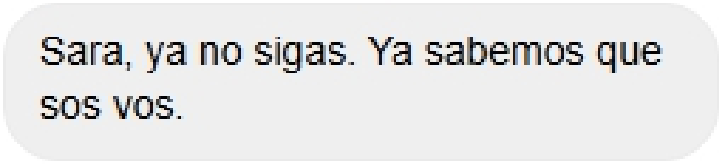
Yo también me río. Un poco por nervios, un poco porque, después de tanto miedo, algo dentro mío necesita que esto se sienta como un juego otra vez. Aunque se que no lo es.

Daniel me escribe.



Le respondo con un emoji de "espera". No es momento. No todavía. Faltan más pruebas.

Vale abre el grupo y, sin siquiera consultarme, escribe:



Me apoyo en la almohada, con los latidos bajando, como si acabáramos de ganar una pequeña batalla.

Hasta que noto algo, la falta de respuestas a continuación.

—Hey —digo, sin dejar de mirar la pantalla—. ¿Te fijaste si el mensaje le llegó a Sara?

—Sí, lo mandé al grupo, obvio. Le tiene que haber llegado.

—Fijate de nuevo.

Toma su celular, abre el grupo. Los íconos de "mensaje entregado" aparecen en todos los nombres. Todos menos uno.

Sara.

Mi garganta se seca.

—¿Por qué no lo recibió? —pregunto, apenas un susurro.

Me mira.

No decimos nada más. Pero las cartas quedan olvidadas. La música sigue sonando bajito.

Todo está muy mal.

Capítulo 9
16 de mayo de 2025

Una bomba en mi puerta, u otra cosa parecida pero algo me despierta. Golpes en la puerta. Muchos. Rápidos.

—¡Luna! ¡Vale! ¡Despiértense, ya! ¡Vengan a ver esto!

Es mi mamá. Y no está usando ese tono porque se nos hizo tarde para la escuela. Vale se incorpora de golpe. Yo también. Bajamos las escaleras casi a los tropezones, con los ojos entrecerrados y la pijama de las Bananas en Pijama colgando torpemente de nuestros cuerpos.

—¿Qué pasa, ma? —pregunto.

—Miren —dice señalando la tele. Su voz... no tiembla. Se quiebra.

Miro la pantalla.

Un noticiero local. Letra blanca sobre fondo rojo.

ÚLTIMO MOMENTO
Encuentran sin vida a una estudiante de 17 años en el pueblo de Valle Verde. La víctima fue identificada como Sara Ferrer, su cuerpo fue encontrado junto al cuerno de una cabra.

Me quedo quieta.

Siento a Vale al lado mío, pero no la oigo respirar. Yo tampoco respiro.

Sara.

Sara Ferrer.

La chica que hasta ayer creímos que era la culpable.

La que iba a venir al colegio el lunes y se iba a enfrentar a todo el grupo.

La que no recibió el mensaje.

La que ahora está muerta.

No sé cuánto tiempo pasa. Podría ser un minuto o una eternidad. Pero sólo logro pensar en una cosa:

Nos equivocamos.

Y en otra, más terrorífica:

El verdadero asesino está de vuelta.

Y yo lo regresé.

Sabe que lo estamos buscando.

PARTE II
HUESOS EN EL BOSQUE

Capítulo 10
18 de mayo de 2025

El lunes huele distinto.

No sé si es el clima, el aire más denso de lo normal, o si soy yo. Capaz es mi culpa la que pesa en el pecho y me hace ver todo como si estuviera envuelto en celofán. Frío, distante, lejano.

Camino hacia el colegio con Valeria al lado. Ninguna de las dos habla. Luego de la pijamada, no cruzamos más que dos o tres palabras. Es raro. Con Vale siempre hay risas, chistes malos, canciones que nos sacan de la cabeza el estrés… pero hoy no. Hoy no hay nada de eso.

Hay gente frente al colegio. Padres, profesores… policías. Un patrullero estacionado justo enfrente. Las sirenas apagadas pero presentes. Como si esperaran el momento justo para gritar.

Entramos.

Todos nos miran.

No es paranoia. Literalmente, todos giran la cabeza apenas nos ven. Susurros. Miradas. Manos en los bolsillos. Compañeros que apenas conocemos nos clavan los ojos. Y yo siento que tengo escrito en la frente: "Ella sabía algo".

Nos encontramos con Nina en el patio cubierto. Está pálida. Daniel llega apenas un segundo después. Se acerca lento. Parece otro. Los cuatro nos quedamos en círculo, sin decir nada por un segundo eterno.

Hasta que Nina rompe el silencio:

—No dormí nada en toda la noche.

Valeria asiente. Yo tampoco. Daniel intenta decir algo, pero se queda sin voz. Todos tenemos en la cabeza la misma palabra. Una que pesa más que cualquier otra.

Sara.

Sara está muerta.

Y nosotros fuimos los últimos en hablar con ella.

Aparece la directora por uno de los pasillos. Está acompañada por dos policías. Todos se callan. El silencio se clava como cuchillos en el suelo. Ella camina hacia nosotros. No disimula. Viene directo.

—Luna Vanzetti, Valeria Ruarte, Daniel Jiménez y Nina García —Increíble, los policías ya saben nuestros nombres—. Tienen que acompañarnos.

Mi estómago se contrae.

No lo dicen en voz alta, pero todos en ese pasillo lo entienden: somos sospechosos.

Nos sacan del colegio por una puerta lateral. La directora intenta mantener la compostura, pero sus manos tiemblan. Nos suben a un móvil policial, sin esposas ni nada, pero con la mirada de medio colegio clavada en la espalda.

Durante el trayecto no puedo pensar en otra cosa: la última vez que tuvimos contacto con Sara le dijimos que sabíamos lo que hacía. La expusimos. Nos reímos. La acusamos.

Y ahora está muerta.

Mierda, me siento horrible.

Valeria me aprieta la mano en silencio. Yo quiero hablar, pero siento que al abrir la boca voy a vomitar. Nina llora por lo bajo. Daniel mira fijo el suelo del patrullero mientras la abraza.

Cuando llegamos a la comisaría, el protocolo se acelera. Nos separan. Cada uno en una sala distinta. Todo gris. Todo huele a café viejo y miedo.

Un oficial me ofrece agua. No la acepto.

Paso a una habitación, otro oficial entra, se acomoda la placa, apoya sus manos en la mesa con unos papeles al lado, se aclara la garganta y arroja:

—Bueno, esto es simple. Te hacemos preguntas para descartar cosas, podés dejar de responder cuando quieras. ¿Entendido?

—Sí, clarísimo.

—¿Cuál fue tu última conversación con Sara Ferrer?

—Fue por mensaje... Bueno, no hablamos exactamente así que una conversación no fue. Le mandamos algo por nuestro grupo de

amigos. Le dijimos que sabíamos la verdad —respondo, con la garganta cerrada.

—¿Qué verdad?

—Que ella estaba conectada con el caso... Con el asesino. Pensábamos que era parte de todo esto.

—¿Tenés pruebas de eso?

—No. Solo... su comportamiento. Algunas ausencias. Una pista.

—¿Discutieron en persona?

—No, nunca.

—¿Creés que Sara estaba involucrada con su asesinato?

—Ya no. Pensaba que sí. Pero ahora... creo que no. Creo que solo... estuvo en el lugar y momento equivocado.

—¿Quién tuvo la idea de enviarle el mensaje grupal acusándola?

Trago saliva. No quiero echar a Vale, pero tampoco quiero mentir. No es como que nunca antes haya visto interrogatorios policiales. Pero la diferencia entre verlo y ahora vivirlo es enorme.

—Fue entre todas las ideas que tuvimos... No recuerdo bien. Estábamos enojadas. Confundidas.

—¿Sara te habló después de ese mensaje?

—No. Nunca respondió. El mensaje nunca le llegó

—Por lo visto, sos una figura pública ¿Pensás que eso la pudo haber afectado?

—No dije su nombre... No... No pensé que algo así podía pasar.

El policía me mira en silencio un segundo largo. Luego cierra su carpeta con calma y se pone de pie.

—Muchas gracias por devolver al pueblo a su pasado.

Y se va.

Yo no me puedo mover. Solo cuando alguien me hace seña que salga de la sala, reacciono. Me levanto y salgo. Los demás sentados frente al escritorio de "Atención al pueblo". ¿Qué están esperando? Nina no me mira, Daniel se rasca la nuca, Vale me espera en silencio.

—Necesito sus celulares —dice otro policía, de brazos cruzados, con la voz áspera de quien no está pidiendo un favor.

Nos miramos los cuatro. Silencio.

Siento un golpe seco en el pecho.

Mierda. Mamá.

No quería que se enterara de nada. Nada.

Nos hacen entregar los celulares. Los guardan en unas bolsas con etiquetas. Pasan cuarenta minutos que se sienten como cuatrocientos. No hablamos. No nos miramos. Solo se escucha el murmullo de los policías pasando, papeles moviéndose, teléfonos sonando en otras oficinas.

Las manos sudan, los cuerpos tiemblan, todo tiembla. No quiero ir presa por algo que no fue mi culpa. ¿O sí lo fue?

Sale un hombre de unos sesenta años, o quizás un poco menos. Lleva el uniforme con naturalidad, aunque el desgaste de la tela habla de años más duros que su propio rostro. Todo en él es gris: el pelo, las cejas, la barba sin afeitar. Lo más llamativo es su estatura, todavía imponente, cerca del metro ochenta.

Ya lo había visto antes. Nunca hablamos, pero a veces lo cruzaba cuando pasaba frente a la comisaría, de chica. Siempre lo vi como una estatua silenciosa en la puerta, como alguien que siempre estuvo ahí.

Mira la bolsa con los celulares. Sus ojos se detienen apenas al leer mi apellido.

—¿Vanzetti...? ¿Tenés algo que ver con Víctor Vanzetti?

Levanto la vista. Asiento.

Sus labios se curvan en una sonrisa nostálgica.

—Conocí a tu abuelo. Mucho. Fue... un buen hombre. Un poco obstinado, pero noble. Siempre metido hasta el cuello en cosas más grandes que él.

Me sorprende el tono. Casi hay cariño en su voz.

—Separados por el tiempo, unidos por el mismo caso —murmura, y ríe por lo bajo, una risa que más parece respiro—. Los Vanzetti nunca supieron quedarse quietos.

No río. Nadie se ríe.

Abre la bolsa y empieza a repartir los celulares. Cuando llega al mío, lo mira un segundo de más.

—Luna, ¿no? —me dice, sin levantar la voz—. Escuchame: dejá esto. En serio. Ahora el caso volvió oficialmente a nuestras manos, y cualquier cosa relacionada es confidencial. Te lo digo como quien

conoció a tu abuelo, no como jefe de policía. No quiero verte metida donde no te corresponde. ¿Está claro?

Asiento. Trago saliva. No digo nada. Siento que me está cuidando, pero me pesa igual.

—¿Dónde murió Sara? —pregunta Vale, dando un paso adelante.

El hombre gira con calma. La observa sin molestia.

—Esa información no la puedo compartir —responde, sin levantar el tono, como quien responde algo inevitable.

Se da vuelta. Se va.

Me quedo quieta en el medio del salón, el mismo lugar donde mi abuelo interrogaba gente, y ahora soy yo la que está del otro lado; no sé qué haría si me viera… o tal vez sí, y eso es lo peor. ¿Luzco como él?

Las puertas de la comisaría se abren.

Y entonces…

Un fogonazo. Luego otro. Luego muchos.

La calle bloqueada. Cintas amarillas, patrulleros alineados. Antenas. Cables por el piso como víboras dormidas. Una oleada de gente que no pertenece a este pueblo.

Periodistas, camarógrafos, fotógrafos, voces gritando.

—¡Luna Vanzetti! ¿Es cierto que tenés un podcast sobre el caso?

—¡Vanzetti! ¿Cuál era tu relación con la víctima?

—¡Miren para acá!

—¿El asesino los contactó a ustedes?

Micrófonos como lanzas, luces cegadoras, cámaras metidas entre nuestros cuerpos.

No podemos avanzar. Apenas podemos respirar.

Intento cubrirme la cara, pero una cámara ya está pegada a la mía. Daniel empuja suavemente a un periodista. Valeria dice algo que no escucho. Nina está a punto de llorar.

Yo me quedo quieta. Por dentro, algo se rompe.

Ya no somos personas.

Somos una historia.

Un titular.

Una imagen viral.

Somos los cuatro asesinos en el caso “Sara Ferrer”.

Nos agarramos las manos y empezamos a empujar a todos, los periodistas nos siguen por detrás con las cámaras. Les grito a los demás que vayamos a mi casa y a ningún otro lugar. Asienten, y disparamos a toda velocidad.

Cinco calles corriendo, empujando, escapando de los flashes que no nos sueltan.

Cerramos la puerta de casa con un golpe seco. Las persianas bajan casi solas, protegiéndose de todo eso que quedó del otro lado. Aún se oyen los gritos de los periodistas, las voces mezcladas, los flashes disparando sin parar.

Y ahí está ella. Mi mamá.

Parada en medio del living.

Con los brazos cruzados y la cara en llamas.

Nos mira a los cuatro.

Y explota.

—¿¡Se puede saber qué carajo fue eso!?

Me quedo helada. Me siento otra vez frente al interrogatorio, pero ahora es peor. Porque es mi casa. Porque es mi mamá. Porque no tengo dónde esconderme.

—¿Qué hacían en esa comisaría? ¿Por qué nadie me avisó nada? ¿Desde cuándo estás investigando un asesinato?

—Mamá, no fue así —susurro.

—¿Y desde cuándo subís esas cosas a internet? ¿Desde cuándo creés que es buena idea hablar sobre el pueblo como si fuera un jueguito? Al principio empezó como algo divertido pero mirá como te pasaste.

La bronca le desborda los ojos.

Yo no sé cómo explicarlo sin romperme.

—No es un juego —digo. Me cuesta mantener la voz firme—. Nadie más lo iba a hacer. Sara estaba en peligro. Y nadie la escuchaba, fue un error pero se puede solucionar.

—¿Y vos sí? ¿Ahora sos policía, Luna?

—No, mamá. Estaba intentando algo nuevo.

—Un día ya no voy a estar y ahí vas a poder hacer todo lo que quieras. Pero hasta entonces yo estoy a cargo.

—¡Otra vez con eso!

Me trago las lágrimas. Valeria me mira, pero no dice nada.

Daniel ni se mueve.

Nina se abraza a sí misma, chiquita.

—¿Sabés cómo me enteré de todo esto? —dice mi mamá, ahora más baja, más fría—. Por la televisión. Vi tu cara. Mi hija entre periodistas. Entre cámaras. Como si fueras... como si fueras una criminal.

Ahí es cuando me derrumbo un poco por dentro. Pero lo sostengo.

—No soy una criminal.

—No, claro que no. Solo sos la nieta del mayor oficial. Metida de lleno en el mismo caso. Haciendo que todo vuelva.

Silencio.

Mi celular vibra pero no quiero leer la notificación yo.

Daniel lo levanta y dice, casi sin aire:

—Tu podcast. Acaba de llegar a los diez mil seguidores.

Yo no digo nada. Miro la pantalla que se enciende.

Mensajes. Hashtags. Comentarios sin parar.

#CasoSaraFerrer

#ValleVerdeAsesinato

#ElCarnero1980

Y uno más.

#VictorYLunaVanzetti

Me quedo helada.

Ya no soy la nieta de nadie, soy la versión nueva. La que continúa lo que no se terminó. Soy la Vanzetti que habla y que puede romper lo que queda del silencio. Y entonces lo entiendo: No me ven como una adolescente curiosa, me ven como un eco, como una repetición.

Daniel y Nina dicen que se tienen que ir.

No los culpo ni tampoco los detengo.

—Suerte —dice Nina, sin mirarme mucho.

—Suerte —repite Daniel, más bajo.

Valeria se queda un segundo más. Mira a mamá, me mira a mí. Está ahí, parada entre los dos mundos. Y elige, también se va, pero

me abraza.

La puerta se cierra con un golpe suave. Y no queda nadie.

Solo yo y mamá.

Me clava los ojos un segundo. Estoy esperando que diga algo. Que grite. Que explote otra vez.

Pero no lo hace. Solo se da vuelta y se va a su habitación, dejándome sola en el living.

La tele sigue encendida. Ahora están hablando de fútbol sobre una jugada polémica, un penal mal cobrado.

Y ojalá la vida fuera así de simple, solo cambiar de canal y *boom*, todo resuelto.

Quiero llorar, romper todo, desaparecer. Pero no me sale nada.

Me siento chiquita. Me siento… vacía.

Me acerco a la estantería, esa que está al lado de la tele, donde están todas las fotos de la familia. La primera que veo es la de cuando era chica, con papá.

Antes de que se fuera del pueblo.

Antes de que todo cambiara.

Fue él quien me dejó el apellido, el famoso "Vanzetti" que ahora es un fantasma en mí.

Por su padre. Por mi abuelo que nunca conocí. Pero que ahora me acompaña como una sombra, que me mira cada segundo y respira el mismo aire que yo.

La siguiente es con mamá. Las dos sonrientes. Pff, qué lejos estoy de esa sonrisa.

Otra foto más con Valeria en la plaza.

Y entonces está él: Victor Vanzetti.

El que lo empezó todo. O tal vez… el que nunca pudo terminarlo.

Tomo su foto. La aprieto fuerte.

Y le empiezo a hablar aunque sé que no me escucha nadie.

—¿Por qué no puedo ser como vos?

—¿Por qué esto tiene que ser tan difícil?

—¿Por qué no puedo simplemente conseguir lo que quiero sin que todo duela?

Me arde la garganta. Me tiembla la voz.

—Sara está muerta. Y es mi culpa. Todo es mi culpa.

—El pueblo está manchado otra vez. Por mi culpa.

Me dejo caer en el sofá, todavía con la foto en la mano.Y entonces, se me resbala.

El marco cae al suelo.

—¡NO! —grito.

Ese marco… tenía años. Esa foto fue tomada por él mismo.

No. No. No. No.

Me tiro al piso. Lo levanto. El vidrio está astillado, pero entero.

Acomodo la imagen.

Pero hay algo raro.

Una esquina está despegada. No rota, sino… abierta.

La levanto con cuidado.

Y cuando la separo del todo, lo veo.

Un papel blanco, escondido detrás. Pegado ahí por años, tal vez décadas.

Un boleto de tren.

Me quedo helada.

No respiro.

Lo saco. Lo miro.

La fecha... es posterior a la muerte del abuelo.

Días después.

¿Qué…?

El mundo se vuelve muy, muy silencioso.

Solo escucho mi corazón.

Golpeando.

Víctor Vanzetti no murió cuando dijeron que murió.

Víctor Vanzetti… se fue de Valle Verde.

★ BOLETO DE TREN ★

Red Nacional de Ferrocarriles

Estación: Valle Verde
Destino: San Eladio
Hora de salida: 10:04 AM
Nombre del pasajero: Victor Vanzetti
ID de Reserva: 047-FZ985

Viaje seguro. Conserve su boleto hasta finalizar el trayecto.

15 de noviembre de 1995

CROS BOOKS

Capítulo 11

Debería estar en vivo ahora mismo. Tendría miles escuchándome, comentando, sumando pistas. Pero no. La policía me lo prohibió. Mamá también.

Sentada sobre mi cama, las luces apagadas, salvo la de mi velador. El boleto de tren girando entre mis dedos. Lo paso de un lado al otro, como si pudiera rasparle las respuestas.

Podría estar con Nina, en videollamada, practicando esa canción que aún no nos sale. Pero no tengo ganas. Y sé que ella tampoco.

Para colmo, dentro de dos días va a ser el funeral de Sara.

No quiero meter a nadie más. No puedo perder a más personas. Solo pensar en Valeria… no. No puedo.

Un golpe suave en la puerta.

—Voy al mercado —dice mamá, desde el pasillo.

Le levanto el dedo en señal de "ok" sin mirarla. Su voz está apagada. La mía, ni aparece.

Diez minutos después, el timbre.

Me congelo.

¿Y si es él? ¿Y si termino como Sara? No voy a abrir, no debo abrir.

¿Y si es Vale pidiendo ayuda? Maldita sea la hora de que me metí en esto, ese imbécil está jugando con mi cabeza.

Bajo despacio. Me tiembla la mano al tocar el picaporte. Abro.

Y ahí está.

El chico.

El supuesto nieto de una de las víctimas.

Pelo peinado hacia atrás. Pantalón oscuro. Buzo negro. Zapatillas. Parece un fantasma saliendo de la noche.

Doy un paso atrás.

—¿Cómo… cómo encontraste mi casa? —pregunto.

Él se ríe.

—Saliste en las noticias. Los camarógrafos te siguieron hasta la puerta. Se filtró todo.

No respondo. No puedo. Siento que el corazón me va a salir por la garganta.

—¿Estás asustada de mí? Seamos sinceros… yo debería estar asustado acá —ríe otra vez—. En fin. Vine a disculparme por lo del otro día. Tal vez me pasé un poco. Lo admito.

Lo miro sin pestañear.

¿Por qué viene ahora? ¿Por qué de noche? ¿Por qué no mañana, en la escuela, como cualquier persona normal?

—Wow… —dice, mirándome de arriba a abajo—. En el podcast parecés alguien que nunca se calla, y ahora sos puro silencio. Qué contraste.

Hace una pausa y sigue.

—El punto es que… también quiero ayudarte. Quiero saber la verdad.

—Está bien —respondo. Me sorprendo al decirlo—. Pero no en mi casa. En el café. Mostrame tus bolsillos.

Él parpadea.

—¿Qué?

—Quiero ver tus bolsillos.

—¿Qué? No… no puedo creer que pienses que tengo algo.

—¡QUE ME MUESTRES TUS ESTÚPIDOS BOLSILLOS AHORA!

Gira los ojos hacia el oscuro cielo. ¿Acaso no se da cuenta que el loco es él?

Y me mira como si la loca fuera yo.

Pero lo hace, me muestra sus bolsillos. Nada raro.

—¿Contenta?

—Okey —respondo. Y cierro la puerta detrás de mí, solo espero que mamá no regrese.

Nos vamos.

***

El café casi vacío. Algunas luces bajas, olor a pan viejo, y un mozo aburrido limpiando vasos detrás del mostrador. Nos sentamos.

Bueno, *casi* nos sentamos.

—¡No! —digo, de golpe. Demasiado fuerte.

Bajo la voz enseguida.

—Es que… yo quiero sentarme de ese lado. Sentate en ese. El que da a la ventana.

Me mira raro, pero lo hace.

Perfecto. Desde acá puedo ver el reflejo de su pantalla en el vidrio.

Saca el celular. Lo desbloquea.

Lo miro con el rabillo del ojo. Patrón de puntos.

Punto bajo medio… izquierda… dos arriba… diagonal al centro… derecha.

Lo memorizo.

—¿Querés un café? —me pregunta.

—No. Solo agua.

Se va a levantar.

—No. Dejá tu celular ahí.

—¿Qué? ¿Por qué haría eso? Tengo que pagar.

Saco un billete del bolsillo de mi jean y se lo doy.

—Usá esto. No confío nada en vos, así que si querés ganarte algo de confianza, hacé lo que te digo.

Lo miro fijo y digo:

—Tengo todo un equipo detrás mío. No podés tocarme un solo dedo.

Mentira. Pero se la cree.

Hace una sonrisa forzada, sin dientes. Toma el billete y se da vuelta.

Y yo agarro su celular.

Me levanto y corro al baño.

Cierro la puerta con seguro.

Me tiemblan las manos.

Respiro hondo.

Pantalla de desbloqueo.

¿Cómo era? Punto bajo medio, izquierda, dos arriba, diagonal al centro, izquierda.

"Patrón incorrecto, intente nuevamente".

¡Dios, pero si era así!

Punto bajo medio, izquierda, dos arriba, diagonal al centro, horizontal.

"Patrón incorrecto, intente nuevamente".

¡No tengo tiempo! ¿Cuál era el último punto?

Punto bajo medio, izquierda, dos arriba, diagonal al centro, derecha.

Se desbloquea.

—¡Sí! —susurro.

Hay mil apps. Pero no tengo tiempo.

Entro en Ajustes. Busco "Cuentas y Datos".

Nada. No hay ningún rastro del mail que me manda los mensajes.

Cambio de plan.

Abro Chrome. Perfil. Configuración. Administrar cuenta.

Entro. Busco todo:

Contactos.

Google Maps.

YouTube.

Gmail.

Drive.

Nada.

No hay ninguna conexión reciente con esa cuenta, ni con Sara, ningún dispositivo vinculado.

Reviso una última vez. Casi rogando que algo aparezca. Pero no hay nada.

Miro la pantalla. Un reflejo de mí misma. Cansada. Perdida.

Y otro sospechoso… descartado.

Cuando vuelvo del baño, él ya está en la mesa.

—Tomá tu celular —le digo, y se lo dejo frente a él.

Va a decir algo, pero no le doy tiempo.

—Bien. Hagamos esta charla rápido.

Prendo mi celular. Abro la grabadora de voz y la coloco entre los dos.

—Vas a ser honesto durante toda la charla. Un paso en falso, y esta información se hace pública.

Se ríe.

—Entonces… ¿sos detective? Qué increíble.

No respondo. Estoy seria. Firme.

—Nombre completo y curso.

Cruza los brazos, se reclina hacia atrás.

—Tobías Gravilov. Voy a cuarto, turno tarde.

—¿Cómo se llamaba tu abuela y qué víctima fue?

—Fue la nueve, la última, si no me falla lo que vi en internet. Amanda Eloise.

La "última"... pienso. Sara es la última.

—El otro día dijiste que a tu abuelo le trajo malos recuerdos este caso. ¿Cómo se llama él?

Le cambia la cara. Se cierra.

—No quiero responder eso. Es un tema sensible.

Le señalo con la cabeza la grabadora.

Suspira.

—Mariano Gravilov. Apellido ruso.

Y ahí. Ahí se me conecta todo.

Mariano Gravilov es Mariano G.

No solo es nieto de una víctima.

Es nieto de un testigo.

—Tu abuelo… es Mariano G. El testigo del caso 05 —digo, más emocionada que seria, aunque intento no romper el papel—. Él conoció al Carnero.

—Es exactamente por eso que quería descubrir la verdad con vos. Mi abuelo no para de repetirlo cada dos segundos.

—¿Lo puedo entrevistar a él?

—¿Qué? No. Él está muy mal. Ya no recuerda las cosas bien… Alzheimer. Vive medicado.

Y ahí es cuando cae la ficha más dura de todas.

Victor se equivocó y yo también, ambos pasamos por alto un dato de suma importancia. Pero yo me acabo de dar cuenta.

Tomo mi celular del centro de la mesa.

Abro el mail. Busco el archivo policial.

Algo se prende, información que me pasó desapercibida desde el primer segundo hasta ahora.

Mariano tenía 19 años cuando fue entrevistado por Víctor Vanzetti.

Y el informe forense fue claro: “El asesino debía tener entre 25 y 35 años al momento de cometer los crímenes”.

Mierda.

Susurro en voz baja.

Tobías me mira confundido.

Me levanto.

—Me tengo que ir.

—Pero… ni siquiera conté nada aún.

No le contesto.

Camino rápido hacia la salida. Cruzo la puerta.

Y corro.

Otra vez en el punto cero.

Otra vez sin sospechosos.

Pero esta vez con descartes. Con pistas.

Y con un asesino suelto.

Uno que todavía no tiene cara.

Pero me mira.

Lo sé.

Desde algún lugar…

Me está mirando.

Capítulo 12

Una puñalada en la cabeza. Imaginaria, pero igual de real.
Llego a mi habitación y suelto un suspiro de alivio. Mamá todavía no llegó. El silencio es un regalo.

Prendo la laptop y abro mi archivo de notas. Empiezo a tipear rápido, necesito sacarme de encima todo lo que acabo de vivir.

Mis Anotaciones - 18/05/2025

- Descartado: Mariano Gravilov

Tenía 19 años cuando lo entrevistaron. El Carnero tenía entre 25 y 35 años. No puede ser él. Victor se equivocó.

- Descartado: Tobías Gravilov

No coincide con el perfil ni con el tiempo.

Extras: Justicia para Sara, cueste lo que cueste.
¿Víctor Vanzetti está vivo? No lo creo

Dejo el teclado y me tiro de espaldas sobre la cama. Respiro hondo y cierro los ojos.

El celular vibra.

Notificaciones viejas. Empiezo a borrarlas sin ganas, una por una.

Hasta que una me frena en seco:

Uso excesivo de datos. Desactivar los datos de ubicación en segundo plano.

El recuerdo explota en mi cabeza como un disparo.

Habíamos compartido la ubicación antes de ir al lugar del caso 05.

Si lo hicimos bien, la última ubicación de Sara está ahí.

Me levanto de golpe, abro WhatsApp y mando un simple "." al grupo. El mensaje llega a todos... menos a Sara.

Eso solo puede significar una cosa: la policía todavía no tiene su celular. Está apagado, sí, pero no reseteado. La ubicación tiene que estar guardada en la nube.

Sin pensarlo, inicio una llamada grupal.

Las cámaras se activan lentamente.

Rostros cansados. Ojerosos. Silenciosos.

Un pensamiento cruza mi mente: ¿Tan mal los dejé? Perdón…

—Chicos —digo sin rodeos—, sé dónde estuvo Sara por última vez. Bueno... todos lo sabemos. Tenemos que ir.

Nadie responde.

La cámara de Nina está apuntando al techo, solo se ve su pelo rubio desordenado.

Daniel está con los cascos puestos, frente a su PC.

Vale dibuja, con la cabeza gacha sobre un escritorio lleno de marcadores.

—¿Hola? —insisto.

Daniel es el primero en reaccionar.

—Mmm… Luna, no sé. Hay un maníaco en la calle. No deberíamos salir. Y menos de noche. Ya nada es seguro.

—No conocíamos taaaanto a Sara, pero era parte del grupo y nuestra amiga… —dice Nina, suave— pero yo voy.

—¿Qué? ¿Nena, estás loca? —Daniel abre los ojos como platos.

Vale levanta la vista y suspira.

—Está bien. Pero solo porque no quiero que mueras sola, no porque quiera ser destrozada en medio de la nada.

Por primera vez en todo el día, sonrío.

—Bien. El plan es este: nos encontramos a la madrugada, a las 2, antes de que alguien nos vea. Nadie debe enterarse. Vamos a usar un emoji para confirmar que estamos listos y despiertos.

—¿Qué? ¿Un emoji de cabra? —bromea Daniel.

—Buena idea, pero si la policía revisa nuestros celulares de nuevo, no es el mejor emoji —digo—. Mejor uno de granjero.

—Oh sí, porque entre una cabra y un granjero hay una enorme diferencia —bromea Nina.

—O quizá un emoji random, y listo —propone Vale, alzando una ceja.

Asiento.

—Okey. Duerman ahora para tener energía. Y porque no podemos volver a faltar al colegio. Otra vez no.

—Yo menos —dice Vale—. Me postulé para presidenta del centro de estudiantes. ¿Qué ejemplo sería si falto siempre?

Cierro los ojos un momento y después sonrío.

—Nos vemos en la puerta del colegio. XOXO.

Corto la llamada.

Apago la luz, pongo la alarma para la 1:40 AM y me acuesto.

Necesito descansar. Lo que viene… va a necesitar toda la fuerza que me quede.

***

El celular suena abajo de la almohada y abro los ojos. Dormir de verdad no pude. No sé si por la ansiedad o por ese tipo de alerta interna que se enciende cuando sabés que algo importante está por pasar. Lo único que conseguí fue descansar a medias, como las ballenas, que apagan solo la mitad del cerebro para no ahogarse. Yo hago lo mismo, pero con los pensamientos. Una mitad duerme. La otra vigila.

Por dentro, estoy vestida desde hace horas. Mentalmente lista. El cuerpo es lo único que queda preparar.

Camino en puntas de pie hasta el armario. Está oscuro, pero no necesito luz para decidir. Busco una blusa blanca de cuello alto, la que tiene el tejido apretado y me da una mezcla de elegancia y seguridad. Encima me pongo la gabardina gris oscuro, pesada pero cálida. Después, el pantalón cargo beige con bolsillos amplios (nunca sabés cuándo necesitás guardar algo). Las botas negras. Bufanda larga, negra también. Y los guantes de cuero que me regaló mamá en mi cumpleaños. Me los puse solo una vez. Esta noche me los gané.

Me miro rápido en el espejo. Parezco una detective gótica o una espía cansada. Bien. Me sirve.

Antes de salir, agarro el celular y abro el grupo. No pienso demasiado. Mando el primer emoji que aparece en la lista de usados: Un pulpo.

¿Raro? Sí.

Pero nadie en su sano juicio sospecharía que significa “estoy bien y lista para arriesgar mi vida”.

Pasan unos segundos. El emoji de Daniel aparece. Luego el de Valeria. Y, con algo de demora, el de Nina.

Los cuatro estamos listos.

Siento un cosquilleo extraño en la garganta. Miedo, tal vez. O anticipación. Me acerco a la puerta de mi habitación y la abro en completo silencio. Casi espero ver a mi madre en el pasillo, con cara de "¿y vos adónde pensás ir?", pero no hay nadie.

—Sin moros en la costa —susurro para mí misma. Lo admito, quería sonar graciosa.

El corazón me late como un tambor. Bajo las escaleras despacio, pegada a la pared. Cada paso es una explosión. Las botas, mis malditas botas, retumban en el suelo como si anunciaran mi fuga.

—Dios mío, ¿por qué me puse botas? —murmuro entre dientes, mientras aprieto los labios para no reírme nerviosamente.

Llego a la puerta principal. Me detengo. Pongo la mano en el picaporte. Respiro hondo.

Todavía puedo volver atrás. Subir las escaleras, sacarme las botas, meterme en la cama y pretender que no sé nada. Que no hay una chica asesinada, un asesino suelto ni un pueblo que guarda más secretos que tumbas.

Pero no. No puedo.

Giro la llave despacio. El sonido es seco, frío. Abro lo justo para deslizarme al exterior.

Y ahí está.

La noche.

El aire frío me golpea el rostro como una bofetada. La oscuridad me envuelve en un abrazo pesado. Silencio. Todo está quieto. Todo parece congelado. El mundo duerme… menos nosotros.

Cierro la puerta con cuidado. Siento el click del picaporte acomodándose. Y ya no hay vuelta atrás.

Camino unos pasos. Siento el asfalto bajo las botas, el cosquilleo en la nuca, el peso invisible de lo que estamos a punto de hacer. Mi aliento se vuelve visible en el aire. Me abrazo a mí misma.

Ahora, a encontrarme con ellos.

A buscar el paradero de Sara.

A enfrentar la oscuridad.

Porque si hay algo que sé con certeza esta noche, es esto:
el miedo no me va a detener.

Capítulo 13
19 de mayo de 2025

Nos encontramos frente al colegio. La calle muda, iluminada solo por unos faroles pálidos y la luna llena que parece vigilarnos desde lo alto. Uno a uno aparecen, cumpliendo con el pacto secreto.

Nina se acomoda la mochila. Daniel bosteza. Valeria juega con el borde de su bufanda.

Abro el mapa en el celular y mis palabras cortan el silencio.

—Bien. Todos tenemos nuestra ubicación en tiempo real, pero también tenemos la última ubicación de Sara. —Pausa—. Está a...

Miro bien. Me tardo un segundo en creerlo.

—... está a casi cuatro kilómetros.

Se hace un silencio pesado, una nube que nos aplasta.

—No hay forma —dice Daniel, más para sí que para nosotros—. No hay forma de que a Sara se le haya ocurrido caminar todo eso sola...

—Tuvo que haber sido obligada —termino yo.

No decimos más. No hace falta.

Empezamos a caminar.

El pueblo duerme mientras nosotros nos adentramos en la noche. Cada paso nos aleja un poco más de la seguridad, de nuestras casas, de la normalidad. El camino es largo, recto al principio, con árboles a los costados que se vuelven sombras deformes con cada farol que dejamos atrás.

Y entonces, Valeria empieza.

—Luna, dejá de mirarme.

Sigo caminando, sin girar la cabeza.

—Luna, dejá de mirarme...

Levanto una ceja. ¿Otra vez?

—¡LUNA, QUE YA NO ME MIRES!

—¡NO TE ESTOY MIRANDO! —le grito.

Ella se ríe y gira la cara hacia el cielo.

—¿Quién te está hablando a vos?

Y señala la luna llena con un gesto dramático.

Daniel suelta una carcajada. Nina se tapa la boca para no reír fuerte.

Yo pongo cara larga. Suspiro.

—Llevás haciendo el mismo chiste hace años y todavía no le veo la gracia…

Luego de cuarenta minutos sin hablar mucho. El sonido de nuestros pasos contra la tierra es lo único que acompaña. Cada tanto, Nina se queja de los bichos.

—¡Ay! ¡Otra vez me picó algo!

Daniel le pasa un brazo por los hombros y le dice que ya casi llegamos, que seguro no falta nada.

Pero cuando por fin el mapa nos marca cero metros... no hay nada.

Solo bosque, los árboles gigantes a nuestro alrededor.

Oscuro, denso, húmedo. El aire huele a savia y tierra. Iluminamos con las linternas del celular, pero la luz apenas corta la sombra de los árboles. Estamos en medio de la nada, en un mundo de completa oscuridad.

—¿Y… llegamos? —pregunto, con la pantalla en la mano—. Según esto… estamos justo en el lugar. Cero metros.

Todos miran alrededor. Silencio. Ni un búho. Ni un grillo. Nada.

—No debería haber, no sé… ¿una cinta policial o algo? —dice Vale.

—Estamos en un pueblucho cualquiera, no en una película de Hollywood —murmura Daniel, sin dejar de observar el terreno.

Entonces lo siento.

Bajo mis pies.

Algo no encaja.

La tierra…

Cede.

Se hunde apenas, pero se nota.

Hay partes removidas.

Olores raros. Humedad distinta. Algo tuvo que haber sido enterrado, o removido.

Y hay más. Alguien fue inteligente.

—Miren esto —digo, en voz baja, agachándome—. Hay marcas de tierra escarbada por todos lados. No solo acá. Acá, allá, ahí también… lo hizo a propósito. Para confundir. Podría haber algo… en cualquiera de estos puntos.

Todos entienden sin que diga más.

Empezamos a escarbar.

Con palos. Con las manos. Con piedras. Con rabia.

No sabemos qué buscamos. Pero lo sentimos. Sara… algo de Sara está acá.

Algo que importa.

Que duele.

El silencio vuelve. Solo nuestros jadeos, nuestros dedos rompiéndose contra raíces duras. La tierra nos raspa. Vale se rompe una uña. Nina llora sin lágrimas. Daniel respira por la boca. Yo… yo no siento el cuerpo. Solo el impulso.

"Por Sara", me repito. "Por ella".

Diez minutos.

Nada.

Y entonces:

—¡Deberíamos rendirnos de una vez, en cualquier momento amanece! —grita Daniel, exasperado.

—¡LO ENCONTRÉ!

La voz de Nina es un estallido en la noche. Nos congelamos.

—¡EL CELULAR DE SARA! ¡LO ENCONTRÉ!

La linterna de su celular lo ilumina: sucio, agrietado, pero intacto. La funda con estrellitas todavía está ahí. Lo sostiene como a un corazón rescatado del barro.

Voy a correr hacia ella pero entonces…

BUM.

Un estallido.

Un rugido.

Y llamas.

Fuego.

Por todo nuestro alrededor.

El calor golpea de pronto. Naranja y rojo iluminan los troncos, todo se vuelve de día. Todo es movimiento. Todo es caos. No entendemos qué está pasando. Nos paralizamos. Nina grita. Daniel retrocede. Vale dice "¿qué carajo…?"

Y yo lo veo.

Entre las primeras llamas.

Una figura.

Un alguien.

Alguien nos estaba esperando.

La silueta se recorta entre el humo. Totalmente de negro. No puedo verle la cara.

Pero lo sé.

—Es él… —susurro.

La adrenalina me estalla en el pecho. Como una bomba.

Ira. Curiosidad. Justicia.

Todo arde.

Corro.

Salto una rama encendida. Vale grita:

—¡LUNA, NO!

Pero ya estoy corriendo.

Persigo la silueta.

La luz de mi celular lo alcanza apenas: mide cerca de 1.80 o creo que un poco más. ¿Edad? No sé. No se ve. No se siente. Pero me lleva más de veinte metros de ventaja.

Todos gritan mi nombre detrás.

Pero no puedo parar.

La verdad está ahí.

Él.

Las ramas me golpean la cara, las hojas mojadas se aplastan bajo mis botas.

—¡HIJO DE REMIL PUTA, DETENETE! —grito con todo el cuerpo, la garganta ardiendo.

No se detiene.

Acelera.

Yo también.

Más rápido. Más rápido.

Como si mis piernas fueran las de una atleta, listas para competir en los juegos olímpicos.

Como si el fuego fuera parte de mí. La oscuridad desaparece, solo tengo un punto en mira, mi visión como la de un francotirador.

Y de repente…

Me tropiezo.

Caigo.

Una maldita raíz de árbol.

Me incorporo, el corazón se me quiere escapar del pecho. Mi linterna apunta hacia la nada.

No hay nadie.

Se esfumó.

Desapareció como si nunca hubiera estado.

A mi espalda, el fuego crece, ruge.

El bosque se convierte en un infierno.

Mis amigos me alcanzan.

—¿¡Qué pasó!? —grita Vale, jadeando.

Estoy de rodillas. Temblando.

—Lo vi… —respondo—. Era él. El Carnero.

Nos quiso prender fuego.

Sabía que íbamos a venir.

Siento las manos de Vale abrazándome fuerte. Daniel sostiene a Nina, que no para de mirar el celular de Sara como si le fuera a hablar.

Yo solo miro la oscuridad entre los árboles.

El Carnero, frente a frente, tan cerca…

Capítulo 14

Me quemo viva.

Físicamente en el aula, pero mentalmente en el bosque. Todavía siento el calor de las llamas rozándome la espalda. El olor a humo parece haberse metido en mi piel. Me arden los músculos, me pica la garganta, y lo peor: tengo el celular de Sara en la mochila.

Pero no puedo abrirlo ahora.

Cierro los ojos un segundo y trato de respirar. No lo consigo. No es sólo ansiedad. Es esa sensación horrible, casi primitiva: me están mirando. No con curiosidad. No con preocupación. Con miedo, desconfianza.

Con odio.

Todo el salón parece girar alrededor nuestro, somos un virus. Se sientan lo más lejos posible. Literalmente nos dejan una fila de bancos vacíos entre ellos y nosotros. Nina se sienta atrás, en diagonal a mi derecha. Daniel está callado atrás mío. Valeria entra última y al ver la escena sólo dice "bueno, al menos ahora hay espacio personal".

Sonríe. Pero es una sonrisa cansada.

No dormí. Volví a casa con el corazón en la garganta, y aunque mis pasos crujieron en cada escalón, mamá no se despertó. Ni una palabra. Me metí en la cama como si nada. Como si no hubiese saltado entre fuego, no hubiese visto al mismísimo asesino con mis propios ojos.

Estuvo ahí. A menos de veinte metros. Y se me escapó.

Lo tuve. Lo tuve y se me fue.

Ahora todo lo que tengo es el teléfono de una chica que está muerta.

Y nosotros... nosotros somos los que aparecimos en las noticias.

—Qué bueno que aprendimos sobre la Guerra Fría —dice el profesor de Historia entrando al aula con cara de dormir poco y ver

la distancia del curso—. No podría haber tema más apropiado.

Apoya su portafolio sobre el escritorio. Miro sus manos. Ligeramente temblorosas. Hasta él se siente incómodo.

—Probablemente no tengan muchos ánimos con todo lo que pasó —dice, sin mirarnos ni una sola vez—. Es una noticia dura lo de Sara. Cayó como un balde de agua... hiper fría.

Qué elegante comentario, profe.

Hace una pausa. Recorre la clase con la mirada, pero no nos incluye. Todo el mundo actúa queriéndonos evitar ¿Acaso no ven que no somos los malos de la historia y hay un desquiciado fuera?

—Así que hoy tienen opción. Podemos tener clase... o hablar de lo que ustedes quieran. Un espacio libre.

Pero es una mentira.

Es una opción para ellos, para los demás. Nosotros no somos parte del "ustedes". Somos los monstruos, los sospechosos, los que la policía escoltó como asesinos. El pueblo entero debe pensar que fuimos nosotros.

O que lo sabemos.

O que lo cubrimos.

O que lo provocamos.

¿Cuántos padres habrán dicho "no te juntes con esa chica, la del podcast"?

¿Con qué cara me miran los profesores?

¿Y si de verdad creen que matamos a Sara?

Nina se cruza de brazos, Daniel ni parpadea. Valeria gira el bolígrafo entre los dedos.. Y yo...

Yo me pregunto si el Carnero está en esta escuela.

Si alguien me sigue.

Si esta manipulación es parte del juego.

Si la justicia es una palabra que se me escurre entre los dedos como agua sucia.

Porque estuve tan cerca… Y fallé.

Pero tengo el celular. Y lo voy a encender.

Y romper esta maldita historia en mil pedazos si hace falta.

Un silencio cargado invade el aula. Viscoso. Que idea horrible haber venido hoy, esto es igual a una ruleta rusa solo que todas las opciones son una bala: Venir hoy significa comerse un balazo, haber faltado significaba que todos crean que me escondo, lo cual es un balazo doble… prefiero recibir uno solo.

El profesor se da vuelta hacia el pizarrón. Agarra un marcador, duda un segundo, y escribe algo completamente fuera de lugar:

"¿Cómo surgió la vida en la Tierra?"

En otro contexto, me hubiera sonreído por lo irónico. Hoy, después de lo de Sara, después del fuego, de ver al Carnero con mis propios ojos, esa pregunta parece una burla cruel del universo.

El profesor quiere ignorar por completo que una alumna fue asesinada y que sus cuatro compañeros más cercanos fueron escoltados por la policía el día anterior. Todo eso es humo para él. O finge que lo es.

Odia admitirlo, pero está cagado de miedo.

Estoy a punto de decirle a Vale que esto es ridículo, que si vamos a hacer como si nada, al menos pongamos videos de YouTube y comamos papas fritas, hasta que escucho un "¡ay!" cortante detrás de mí.

Me doy vuelta.

Nina está sobándose el rostro. Tiene un papel arrugado en la mano.

Daniel ya está de pie. Literalmente no vi el momento en que se levantó. Lo hizo como un resorte.

—¿Qué pasó? —le pregunto a Nina.

Ella abre el papel, lo lee y se le escapa la voz, no fuerte, pero lo suficientemente audible para nosotros cuatro:

—Asesinos.

Al fondo, risas. Risas ásperas. Satisfechas.

Daniel toma el papel de la mano de Nina, lo arruga con fuerza, casi lo convierte en un punto negro de furia, y lo lanza de vuelta como una piedra.

Golpea la mochila de uno de los idiotas.

—Uy, qué pasó, *bad boy* —responde uno, burlón, como si estuviera en un mal videoclip.

Y ahí Daniel explota. Pero no con gritos, sino con ese tipo de ira que se genera en silencio. Agarra un lápiz de su banco y lo lanza, sin pensarlo. No da en nadie, pero no importa. El mensaje está claro.

Uno de los dos se levanta. Es alto. Mucho más que Daniel.

Casi le pasa una cabeza, 1.84 debe tener fácil. Daniel mide 1.76, lo sé porque hace poco lo medimos por un desafío de TikTok. Ese en el que estiras tu brazos para ver cuanto medís.

Pero hoy, esa diferencia no importa.

Daniel ni parpadea.

El otro se le acerca, pecho con pecho. Le choca la frente con la suya, buscando provocarlo.

Nina contiene el aliento. Está roja. No sé si de nervios o de otra cosa.

—¿Me vas a asesinar como a Sara o ahora sigue tu noviecita? —le dice, riendo con esa risa de matón barato que aprendió en películas malas.

Daniel no contesta. Está más allá de las palabras.

El chico lo empuja, apenas, una provocación más.

Y ahí... pasa.

Daniel le escupe en la cara.

Y antes de que podamos entender qué está pasando, lo taclea con una fuerza que no sabíamos que tenía.

—¡El próximo vas a ser vos, por ser un estúpido de mierda! —grita mientras lo derriba.

El aula estalla. Gritos, sillas que se mueven, mochilas por el piso. Santo cielo, pero esto se transformó en un zoológico.

El profesor, al fin, reacciona. Se acerca corriendo y separa a Daniel del otro a tirones.

—¡Fuera del aula! ¡Ahora mismo!

Con la respiración agitada, el pelo en la cara y la mirada inyectada, no se mueve.

Ni un centímetro.

—No me voy a ir cuando primero me joden a mí.

—¿Perdón?

—No me voy a ir, no merezco irme.

Silencio absoluto.

Lo dice sin dudar, hasta puedo asumir que quiere desquitarse con el profesor.

Nina habla bajito.

—Ya está, ya pasó. Ni siquiera me dolió igual.

Y luego vuelve a sentarse tranquilamente.

Le pasa una mano por la espalda, y todavía no sabe si respirar o quedarse sin aire.

El profesor no dice nada. Suspira. Vuelve a su escritorio luego de que el tren le pasara por encima.

¿Desde cuándo Daniel es así?

¿Desde cuándo tiene ese fuego adentro?

¿Qué hizo todo esto con él?

Lo miro. No parece Daniel.

Parece una versión suya nacida en la furia, en la desesperación, en esa mezcla letal que dejó la muerte de Sara, la injusticia, las acusaciones, y el miedo de no saber quién es el próximo.

Valeria tampoco dice nada. Se queda con los ojos clavados en el pizarrón, ¿de verdad quiere saber cómo surgió la vida en la Tierra?

Y me empiezo a preguntar si este lugar es capaz de destruirnos uno por uno.

Y si el celular de Sara va a ser lo único que quede entero.

***

Mientras el profesor sigue hablando sobre el origen de la vida, yo dibujo.

La mano moviéndose casi sola, encontrando el orden en medio del caos.

Una caja, una red, capas superpuestas de algo metálico.

Un esquema en miniatura que, para cualquiera que mire, parecería un simple garabato de alguien aburrido.

Pero no es eso. ¡Por supuesto que no es eso!

Es una idea. Un escudo. ¿Acaso aún nadie vio que nunca me voy a detener?

Valeria se inclina un poco y mira de reojo mi cuaderno.

—¿Qué hacés? —me susurra, con una ceja levantada.

Le doy vuelta al cuaderno con cuidado y le señalo el dibujo.

Lo mira unos segundos y luego me lanza una mirada entre confundida y curiosa.

—¿Una caja? ¿Para qué?

Me inclino hacia ella, bien cerca, para contarle un secreto que nadie más debe oír.

—Una jaula de Faraday —susurro.

—¿Eh?

—Sirve para bloquear señales. Radio, GPS, Bluetooth, todo. Si encendemos el celular de Sara así como está, podrían rastrearlo. El imbécil del asesino... la policía... cualquiera.

Me mira un instante, seria. Después asiente, despacio.

—Claro. El celular debe tener algo. Y seguro lo están buscando también.

—Obvio —respondo—. Y si lo tienen ellos antes que nosotros... perdemos la única ventaja.

Vale respira hondo y baja la mirada al cuaderno.

—¿Podés hacer una?

—Sí. Necesito papel de aluminio, una caja metálica, cable de cobre... Nada raro, pero tiene que estar bien hecha. Si hay una fuga, pueden localizarnos igual.

Ella asiente otra vez, y sin decir nada más, saca su celular del bolsillo y empieza a anotar mentalmente. Se nota en su cara: está conectando cables en su mente, organizando qué puede conseguir y cómo.

Me inclino de nuevo hacia mi cuaderno, pero esta vez no dibujo. Solo paso el dedo por encima del papel, por las líneas de la caja.

Siento que estamos a punto de perder algo.

Y no hablo solo del celular.

Ni siquiera sé de qué hablo, es un presentimiento. Uno demasiado fuerte, el instinto de los ancestros de hace milésimas aún perdura dentro de todos. Mi amígdala en el cerebro me dice que estamos completamente solos en esto.

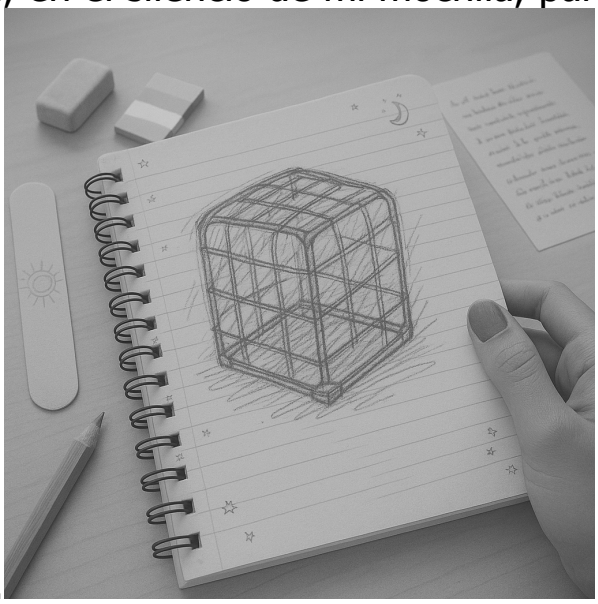
Nadie nos va a ayudar, el profesor ignora todo, los compañeros nos odian.

Y la policía… piensa que es nuestra culpa, *mi* culpa.

Así que nos tenemos solo a nosotros cuatro.

Y este cuaderno.

Y un celular que, en el silencio de mi mochila, parece arder.



El timbre suena.

Un zumbido metálico que corta el ambiente denso de la clase.

Todos salen rápido, a una velocidad brusca atropellandose entre sí.

El profesor también se va enseguida, ni siquiera nos mira. Supongo que no quiere lidiar con más tensión… o con nosotros.

Daniel y Nina están compartiendo auriculares, uno para cada uno. Ella apoya la cabeza en su hombro y él tamborilea suavemente los dedos sobre la madera del banco, al ritmo de lo que sea que estén escuchando.

No lo digo en voz alta, pero esa imagen me resulta... rara. No mal. Solo extraña… y hasta asquerosa, ¡no porque me moleste que sean pareja!, sino por esos auriculares compartidos.

Me sale un comentario sin filtro, de esos que a veces espantan a los demás pero que en internet funcionan muy bien como datos curiosos:

—¿Sabían que los auriculares pueden acumular bacterias del oído y la piel? Y al compartirlos, básicamente las estarías…

Daniel levanta una ceja, se saca el auricular y dice:

—Gracias, Luna, justo lo que necesitaba para arruinar el momento.

—No es mi culpa que sus orejas sean un ecosistema en sí mismo —respondo, encogiéndome de hombros.

Valeria suelta una risa nasal y se acerca más a mi.

Sabe que cuando tiro esos datos es porque estoy incómoda.

Y sí, lo estoy.

—¿Cómo va lo del centro de estudiantes? —le pregunto, bajando la voz.

Suspira. Se deja caer en el respaldo de la silla como si el aire fuera plomo.

—No sé... No hice nada todavía. Me cuesta concentrarme —responde—. Además, dudo que alguien quiera sumarse a mi equipo ahora. Probablemente todo el colegio me vea como una paria por este caso.

Ajgh, me duele escuchar eso. Porque tiene razón.

Y porque, en el fondo, sé que todo esto empezó por mi culpa.

Si no hubiera hecho el podcast. Si no hubiera empezado a investigar.

Si no hubiera... sido yo.

Miro el cuaderno que tengo en las manos. El dibujo de la jaula de Faraday.

Hasta en esto los estoy arrastrando.

Vale sigue hablando, su tono se vuelve más pensativo.

—O tal vez pase todo lo contrario. Capaz ahora me ven como "cool", tipo rebelde, misteriosa, una boluda con cerebro. Pero... tampoco quiero colgarme de tu fama, Lu.

Eso me saca una carcajada real. No forzada, ni sarcástica.

Una de esas que te sacan aire por la nariz.

—¿Qué? ¿Yo? ¿Fama? Lo único que tengo es un archivo de audio con teorías conspirativas y un historial de búsquedas que seguro me pone en la lista negra del FBI.

—Bueno, para este pueblo de descerebrados eso es suficiente para ser una leyenda urbana —responde.

—Una leyenda con ojeras —agrego.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

Afuera se escuchan risas, gritos, pasos corriendo por el pasillo.

Adentro solo estamos nosotras dos, los ruidos suaves de la canción que escuchan Nina y Daniel, y la sensación de ser observados.

—¿Sabés qué? —dice Valeria, mirando hacia la puerta—. Yo sí quiero presentarme. Con o sin equipo. Con fama o sin ella. Si me van a mirar, que al menos me miren por algo que valga la pena.

La miro. Tiene esa chispa en los ojos que le aparece cuando se convence de algo.

Esa chispa que me recuerda por qué somos amigas.

—Entonces vamos a ayudarte a ganar —le digo.

Y lo digo en serio. Porque tal vez no podamos cambiar lo que pasó. Ni a Sara. Ni al pueblo. Ni al Carnero.

Pero sí podemos seguir siendo nosotras.

Y eso, por ahora, tiene que ser suficiente.

—Vení conmigo —dice, con esa energía que me asusta un poco.

—¿Qué? ¿Estás loca? —respondo sin entender nada.

Pero no me da tiempo. Ya me está llevando del brazo por el pasillo, sin mirar atrás.

—¡Vamos! No acepto un no —dice.

Caminar por el colegio en este estado… wow.

No recuerdo haber sentido tantos ojos encima mío.

No sé si es por la pelea de antes, por el podcast, o por el simple hecho de existir, soy una cucaracha bajo una lupa y todos tienen ganas de aplastarme.

Genial.

Valeria camina segura. O lo finge muy bien. Yo me dejo arrastrar.

Llegamos a la puerta del teatro del colegio, ese espacio que nunca visito salvo cuando hay actos obligatorios.

Me suelta el brazo, abre la puerta y, haciendo una exagerada reverencia con una mano en el pecho, dice:

—Pase, *madam.*

Entro. Y la escena parece sacada de una película de secundaria gringa en plena campaña electoral.

Estudiantes pegando papeles, otros imprimiendo cosas, uno dibujando con marcadores fluorescentes un cartel que dice "¡Tu voz, tu elección!".

Las mesas están decoradas como campaña presidencial de Estados Unidos. Brillos, banderines, pancartas.

Es un delirio.

Todas las mesas son increíblemente llamativas, excepto una.

Al fondo.

Una mesa toda triste, desolada, sin decoración, sin cartel, sin espíritu.

Ni yo votaría a alguien ahí.

Dios mío, parece un velorio de ideas.

—Allá está mi mesa —dice Vale, señalando justo... esa.

Qué suerte que no puede leer mis pensamientos.

—Aún no la decoré. No tuve tiempo —agrega, un poco avergonzada.

Saca un papel arrugado de una carpeta, lo apoya sobre la mesa y me da una birome.

—Mirá, tenés que firmar acá, como *subpresidenta.*

—¿Te referís a vicepresidenta?

—Sí, eso. Es lo mismo. Ya entendiste el punto.

La miro. Al papel y a su cara.

No firmo porque quiera. Firmo porque, después de todo lo que hizo por mí, siento que tengo que darle algo.

Una pizca de apoyo. Una señal.

Y esta es mi forma de decir gracias sin tener que decirlo.

Escribo mi nombre.

—Ahora necesito nuevas ideas —dice con los ojos brillando—. Graaaandes ideas. Y una campaña que convenza a todos. Por eso te necesito. Tenés mejor cerebro.

Me río. No puedo evitarlo.

—Si querés llamar la atención, no hace falta decir lo que todos quieren escuchar. Solo importa tu actitud. Y cómo te expresás. Una oveja no va a dominar a cien leones ofreciéndoles comida gratis, pero un león puede dominar a cien ovejas solo porque ruge más fuerte que todas juntas.

Vale se acomoda el scrunchie de la muñeca, se toca la trenza y me mira con media sonrisa.

—¿Huh? No empieces con tus frases filosóficas, Friedrich Nietzsche.

—¿Y quién te dijo que no soy él en versión femenina? —le contesto, guiñando un ojo.

Escapo hacia la parte de atrás del teatro. Acá guardan de todo: escenografía, telones, pelucas horribles y... ¡bingo!

Manteles de colores, rollos de papel, cartulinas enormes, incluso unas luces LED medio rotas pero que tal vez podamos arreglar.

Agarro todo lo que puedo, saqueando este supermercado de apocalipsis decorativo, y vuelvo con Valeria.

—Y... ¿qué tal si hacemos stickers? —dice apenas me ve llegar—. Sí, stickers, obvio.

—¿Stickers? —repito—. ¿Esa es tu gran idea?

—¡Es una gran idea!

Antes de que pueda burlarme, siento que alguien me toca el hombro. Me doy vuelta. Es una chica que no tengo idea de quién es.

Debe ser de tres cursos más abajo. Tiene el uniforme desordenado y el pelo lleno de clips de colores. Detrás de ella hay otras tres que parecen clones en distintas versiones: una con anteojos gigantes, otra con *glitter* en la cara, y una tercera con un mate en la mano.

Sí, un mate.

—Hola… ¿sos Luna Vanzetti, verdad? ¿Nos podemos sacar una foto, plis?

Me quedo congelada. ¿Qué?

—Eh… sí… claro.

Me agacho un poco (Dios, me siento una celebridad bajando al nivel mortal), sonrío, y nos sacamos la selfie. Flash. Sonrisitas. Risas nerviosas. Y se van.

—Eso fue… extraño.

Valeria me mira con cara de "te lo dije".

—Y después decís que no sos famosa.

—No soy famosa.

—No, claro que no, solo te piden selfies en el teatro del colegio y te tratan igual a Taylor Swift.

Me encojo de hombros y empiezo a desparramar las cosas sobre nuestra mesa triste.

—Ya sé —dice de golpe, con un brillo peligroso en los ojos—. Que el logo de nuestra campaña se vea de lejos como algo mal pensable. Así todos se acercan y cuando están a veinte centímetros se dan cuenta de que es otra cosa.

Mierda, no puedo creer la estupidez que acaba de salir de su boca.

—¿Te estás escuchando? No empieces con eso.

—¡Dale! Es una estrategia visual.

—Es una porquería, no seas tarada.

—Es marketing —responde, muy seria— ¿O qué proponés vos, señora creatividad?

—No sé… algo actual, algo que represente conexión, tecnología, educación. Tal vez… un celular con un libro dentro.

Frunce la cara.

—Aburridooo.

—Responsable.

—Sos el Ministerio de Educación con patas.

—Y vos un algoritmo de videos cortos con exceso de cafeína.

Nos quedamos en silencio dos segundos hasta que Vale vuelve a hablar:

—Me quedé pensando en lo de los leones y tu frase rara —dice mientras junta los papeles más grandes—. Entonces tengo que dar un discurso estando enojada, a punto de derribar un gobierno, mientras tiro basura verbal a los otros participantes, ¿no?

Abro los ojos, en serio estoy impresionada.

—Sí… algo así.

Chasquea los dedos, acaba de descubrir América por segunda vez.

—Genial. Entonces voy a hacer uno al estilo Guerra Fría. A ver si el profe de historia nos vuelve a dar atención… ¿viste cómo se puso Daniel hoy? Nunca creí que fuera posible.

Ignoro esa última parte. No quiero pensar en eso ahora. No todavía.

—¿Qué bando de la Guerra Fría vas a elegir?

—Obviamente Estados Unidos. ¿Acaso la Unión Soviética ganó? Obvio no. Hay que hacer un astronauta llegando a la luna. Y ya te tengo acá.

—Esos chistes de la luna nunca me van a dar risa.

—Algún día te vas a reír.

—No lo creo.

—Igual hablando en serio —dice, mientras se cuelga un rollo gigante de papel en el hombro—, deberías ayudarme con eso del astronauta. Podríamos hacer uno con el escudo del colegio. Que sea como una ilusión óptica, ¿entendés? Que sobresalga del fondo. Sería épico.

—Eso sí es una buena idea.

—¡SIIII! —grita—. Me voy a llevar estos papeles enormes. Hoy venís a mi casa. No es pregunta. Es obligación. Vamos a seguir con esto, necesito esa cabeza tuya.

Me río.

—Okey…

El timbre suena con la vibra tan desmotivadora de siempre. Vale suspira, exagerada.

—Pff… ahora hay que volver al infierno del aula. Vamos, Venus.

—¿Venus? ¿Ahora pasé de ser una luna a otro planeta?

—Increíble, ¿no?

Capítulo 15

El garaje de Valeria es un universo propio. Caótico. Antiguo. Polvoriento. Un museo personal lleno de objetos que ya no deberían existir, pero que se resisten a morir.

Sentada en el piso, recortando papeles con una tijera oxidada. A veces se traba. A veces chirría, reclamando que la deje en paz. Pero no me importa. Me gusta eso. Me hace sentir que todo está vivo.

Valeria está del otro lado, sobre una alfombra medio deshilachada que alguna vez fue roja. Tiene marcadores de todos los colores y un cuaderno de hojas gruesas, llenas de dibujos que mezcla entre los afiches para su campaña y los bocetos para el taller de arte. Está concentradisima. La lengua apenas le asoma entre los dientes mientras traza líneas con cuidado quirúrgico.

—¿Te acordás cuando te caíste en esa caja? —dice de repente, sin dejar de dibujar—. Salió una rata y gritaste como loca, parecía que te habían apuñalado.

—Me acuerdo. Vos también gritaste. Y después la rata se metió en un zapato viejo.

—Ese zapato era de mi mamá. Lo tiramos después.

Tenemos a Sabrina Carpenter sonando de fondo desde el parlante que tienen al lado del congelador viejo.

—¿Sabías que ahora estás obligada a ganar, no? Jessica Miller también está metida en uno de los grupos —arroja.

—¿Qué? Nunca me contaste eso.

Y se ríe fuerte.

—¡Mirá tu cara! Le tenés demasiada rabia.

—¡Y si, me hace hervir la sangre! ¡Estoy en mi peor momento de concentración como para pelear contra mi competencia!

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que su "competencia" solo les importa a ustedes, Lu?

—Ahora sí quiero ganar.

—¿Y antes no? —hace esa cara de puchero fingiendo estar ofendida.

—Sí, pero ahora más.

A mi derecha, Nemo, el pez naranja de Valeria, nada en círculos dentro de su pecera. Tiene ocho años. Lo sé porque estuve ahí cuando lo trajo por primera vez. Y sí, lo eligió por ese nombre, obvio. Por la peli. Y también porque tenía una manchita blanca en la aleta. El veterinario dijo que, si lo seguían cuidando así, le da para vivir otros diez años.

Nemo se detiene por un segundo y me mira. Bueno, no me mira. Solo... se queda quieto. Pero yo lo tomo como una señal.

Gracias, pienso.

Gracias por estar desde el día uno. Por nadar como si nada se rompiera nunca. Por seguir flotando aunque afuera todo se caiga a pedazos.

—Gracias —susurro, sin pensarlo.

Valeria gira la cabeza y sigue con un"¿y ahora qué te picó?".

—¿Qué?

Sacudo la cabeza. Bajo la vista. Las tijeras tiemblan un poco entre mis dedos.

—Nada... es solo que... siento que todo esto arruinó las cosas —digo, y me cuesta terminar la frase—. Y aún así... me abrís la puerta. Y haces que no pasa nada. Haces ver que yo no soy el problema, cuando todos saben que si lo soy.

Los ojos me arden. Las palabras también. Hay algo en el pecho que me pesa. Me sale un pequeño sonido de llanto. Apenas. Como un gemido minúsculo.

Ella me escucha igual. Me conoce demasiado.

—Heyyy... —dice, con ternura—. No digas eso. Siempre vas a poder estar conmigo. Pase lo que pase.

Levanto la mirada. Me está sonriendo, pero no como se le sonríe a alguien roto, sino como se le sonríe a alguien que necesitás.

Le devuelvo la sonrisa, aunque me tiemble un poco.

—Gracias —digo.

—Ahora girate, que vas a mojar el papel.

Me río entre lágrimas.

—No, en serio —sigue—. O te girás o llorás en la pecera.

Me tapo la cara con el brazo, justo antes de que una lágrima se cuele en el borde.

Nemo nada sin preocuparse de nada. Las tijeras vuelven a funcionar.

—Voy al baño —dice Vale, levantándose y sacudiéndose las manos llenas de marcador.

Antes de irse, se gira hacia su pecera y se agacha frente a Nemo.

—Nemo, cuidala —dice, y toca el vidrio con la yema de los dedos en un patrón que ya conozco de memoria:

- . --.- ..- .. . .-. ---

"Te quiero", en morse. Le tira un beso en el aire con esa exageración teatral que solo ella sabe hacer. Y lo más loco es que Nemo... ¡le responde! Empieza a nadar en círculos, entendiendo todo. Yo sé que no es magia.

Recuerdo cuando estábamos en la biblioteca y descubrimos que, aunque los peces no pueden reconocer palabras, sí pueden aprender patrones de sonido. Pasamos semanas intentando enseñarle morse con golpecitos en la pecera. Nos obsesionamos. Usábamos cronómetros, planillas, hasta turnos para no marearlo. Ridículo. Perfecto. Nuestro.

Cuando ella desaparece de la cochera, dejo los papeles a un lado y me levanto. Camino entre cajas, latas oxidadas, cables enredados, pedazos de cosas que no sé si son partes de una radio o de un ventilador de los noventa. Siento que estoy en una tienda de antigüedades que chocó contra un centro de reciclaje.

Necesito una jaula de Faraday. Algo que bloquee las señales. Que nos proteja del rastreo. Si enciendo el celular de Sara, aunque sea por un segundo, podríamos estar en peligro.

Veo una vieja bandeja de horno, varias tapas metálicas, papel aluminio en rollo, una vieja caja de herramientas. Empiezo a juntar todo con desesperación. Encuentro también una lámpara rota, le saco el revestimiento de metal, algo que parece un embudo de cocina gigante, un ventilador desarmado. Lo apilo todo sobre la alfombra como si estuviera haciendo un ritual de alquimia moderna.

Cinta adhesiva, cinta aisladora, cinta de embalar, cinta scotch. Uso todas.

Los recortes que había preparado para la campaña quedan cubiertos por una mezcla de pegamento y migas de galletitas.

—Mirá —le digo a Nemo con las manos en alto, mostrando una caja plateada amorfa—. Re fácil fue... ahora puedo prender... —bajo la voz, por si alguien escucha—... el celular de Sara.

Justo en ese momento, Vale entra al garaje, secándose las manos en una toalla.

—Okey *freaky*... —dice, frunciendo los labios al verme—. Acabo de recordar que mañana es el funeral de Sara.

—Lo sé...

—¿Te imaginás si están todos los periodistas de nuevo? —Se apoya en la alfombra vieja y gira un poco sobre sí misma—. Con respecto a eso... ¿qué pasó con el fuego?

La miro.

—¡Es cierto! Nunca más se mencionó eso. Fíjate en las noticias.

Vale saca su celular y abre las noticias locales. Teclea rápido, muy rápido.

—Dice que el fuego fue contenido. Controlado. Intencional. Pero no encontraron al culpable.

Suspiro.

—Casi no encontraMOS al culpable —y exagero el "MOS", remarcándolo.

Antes de que pueda reaccionar, le arrebato el celular de las manos.

—¡Eh! —grita, llevándose la mano al pecho como si le hubiera robado el corazón.

—Tranquila —le digo—. No voy a revisar tus algoritmos extraños.

—No son extraños... —dice bajito, casi que le da vergüenza.

Coloco su celular dentro de mi "jaula de Faraday". Una caja metálica medio deforme, toda forrada en cinta y aluminio. Lo dejo ahí, encerrando un tesoro o una bomba.

Pero sigue recibiendo señal. No mucho, pero suficiente para que la pantalla parpadee con notificaciones.

Vale lo mira y levanta una ceja.

—Te falta cubrirlo más, Alberta Einstein.

—No me llames así —gruño, pero ya estoy buscando otra capa de aluminio tirada en el suelo.

Envuelvo la caja por completo, dejando apenas un pequeño espacio para que no muera de calor.

Y ahora sí. La señal se va. El celular queda desconectado del mundo, ya no existe.

—¿Y ahora, cerebrito? —se ríe—. ¿Cómo vas a ver el celular si lo tapás todo?

Me quedo pensando. Miro a mi alrededor. Las herramientas, las latas, las cajas, las fundas metálicas de los ventiladores... todo.

Y entonces lo pienso.

Todo puede ser una jaula de Faraday.

—¿Podemos correr todo esto y hacer que el garaje sea una mega jaula? —pregunto, mientras mis ojos recorren cada superficie metálica, cada esquina que podría servir de escudo.

Vale frunce la cara, las cejas, todo.

—¿Qué? No. Vamos a morir aplastadas. No quiero ser sushi... sin ofender, Nemo. Encima después voy a tener que ordenar todo yo.

El pez da un giro lento, no le importa el comentario o ni lo escucha.

Miro la mochila a mi lado. El celular de Sara sigue ahí, apagado, un secreto encerrado en una caja fuerte de tela. Lo saco despacio. Todavía tiene tierra entre las ranuras del cargador. La pantalla está agrietada en una esquina. Por favor siga funcionando.

—Tengo que sacarle el SIM card. Ninguna torre, ninguna compañía debería rastrearlo así —digo, más para mí que para Vale.

—¿Y qué tal si solo desactivás el WiFi y los datos móviles muy rápido? —sugiere.

La miro con una mezcla entre decepción y cariño.

—Eso es lo mismo que pensar que la regla de los cinco segundos con comida en el suelo es real. No sirve.

Se encoge de hombros.

Pienso. Mido distancias. El pequeño orificio que dejé en la jaula podría servirme para ver la pantalla con la cámara del celular de

Vale. Si logro prender el celular sin permitirle conectarse a nada… tal vez podamos ver qué hay dentro sin exponernos.

—¿Modo avión? —me dice.

Sonrío. Chasqueo los dedos.

—Exacto. El modo avión corta todas las señales inalámbricas. El celular estaría muerto... pero encendido. Es perfecto.

Me siento más segura. Agarro un clip viejo de la mesa, lo enderezo con los dientes y lo introduzco en el agujerito de la bandeja del SIM. El chip salta y cae al suelo con un leve *cling* metálico.

Vale lo levanta sin decir una palabra, lo examina apenas un segundo... y lo parte a la mitad con una tijera.

—Listo. Un problema menos.

La miro en silencio.

—¿Te das cuenta de que acabás de destruir el único rastro físico que podía conectarnos a esa línea?

—Exacto —sonríe—. De nada.

Respiro profundo. Ahora viene la parte difícil.

Coloco el celular de Sara dentro de la jaula. Vale me sigue con la linterna del celular mientras camino al fondo del garaje, donde hay más herramientas y chatarra metálica. Tapas de autos, una vieja heladera dada vuelta, incluso una caja de herramientas que podría estar viva del óxido que tiene.

Por favor que no haya ninguna rata. Y estoy segura de que Vale está pensando lo mismo.

—Poné la cámara de tu celular ahí, apuntando —le digo, señalando el único agujerito que dejé—. Y apretá grabar. No lo cortes en ningún momento. Tiene que grabar absolutamente todo lo que pase.

—Ok... ok... —Vale mueve las manos temblorosas—. Me voy a hacer pis de los nervios.

Río. Bueno, intento. Me trago la risa al instante.

—No. Nada de pis ni nada. Vamos a concentrarnos.

Pongo el dedo sobre el botón de encendido.

Un segundo.

Dos segundos.

Tres segundos.

Vibra.

El celular cobra vida. Una luz azul aparece como una chispa bajo la pantalla quebrada. El logo de inicio aparece, y esa animación inicial comienza a moverse, lenta, despertando de un sueño profundo sin saber dónde está.

Mi corazón late tan fuerte que podría jurar que retumba en las paredes de metal.

—Está prendiendo... —susurra Vale.

Ella apenas respira. Yo tambíen. El tiempo se estira. Todo se vuelve tenso, suspendido. La pantalla pasa del logo a un fondo negro. Y después, sin previo aviso... aparece el menú de inicio.

Está vivo.

—¿Funciona? —pregunto en un susurro agudo.

—Sí —dice—. Y no se conectó a nada.

Me acerco al agujerito, observo a través de la pantalla de su celular. Mi imagen reflejada, temblorosa, en la grieta de otro mundo. Vuelvo a mi posición.

—Decime dónde estoy tocando —le pido a Vale, sin despegar los dedos de la pantalla. Mis manos están dentro de la jaula, pero yo no veo nada directamente. Solo sigo sus instrucciones.

—Deslizá hacia abajo —dice, con voz tensa, prácticamente estamos desactivando una bomba—. ¡Ahí! Se abrieron las notificaciones. Esperá… tiene un correo de voz.

—¿Un correo de voz? —repito, sin poder evitarlo. Me tiemblan los dedos.

—Sí… bueno, no importa, no lo toques todavía. Deslizá a la derecha. Más… más… ahí. Ahora bajá tu dedo. No, más arriba. Un poquito más abajo… ¡ahí! Listo. Ubicación desactivada.

Suspiro. No me doy tiempo para celebrar.

—¿El de modo avión?

—A la izquierda. Al lado del de ubicación. Apenas un poco más arriba… ¡ese!

Presiono. El símbolo del avión aparece. El celular ya no tiene forma de comunicarse con nadie.

—Ahora hay que apagar el WiFi y el Bluetooth —digo en voz baja, casi sin pensar. Las palabras salen solas. Mi mente va cinco pasos adelante—. Aunque no esté conectado a nada, podría rastrear redes cercanas. No podemos correr el riesgo.

—Okey… deslizá otra vez hacia abajo —me indica—. Hay un segundo menú. El ícono del WiFi está a la derecha… no, ¡esa es la linterna! Más a la izquierda… ahí. Desactivado.

—¿Y el Bluetooth?

—Al lado del WiFi, con esas letritas raras. Dale, ¡ahí está!

Lo presiono.

Silencio.

Miro a Vale. Ella me devuelve la mirada. Nuestras caras lo dicen todo.

Lo logramos.

—Ya está —digo, con un hilo de voz—. Para nosotras, está vivo. Pero para el mundo… muerto.

Retiro el celular de la jaula lentamente. El aluminio rechina. Una vibración leve tiembla en mis dedos. La pantalla sigue encendida, pero no muestra ningún símbolo de conexión. Está solo. Como un sobreviviente rescatado de entre los escombros.

—Es nuestro ahora —murmura Vale, acercándose, con los ojos abiertos

Y por un momento, se hace el silencio. Solo se escucha el filtro de agua de la pecera de Nemo, constante, suave.

Ahora podemos mirar dentro.

Capítulo 16

No lo repito, Ferrer. Vas al punto pactado o te vas a arrepentir toda la vida.

Cinco segundos, nada más.

Número desconocido.

Y el celular vuelve al menú. Pero la amenaza sigue ahí, respirando entre nosotras.

Vale se queda helada. No mueve ni un músculo. Sus labios entreabiertos, sus ojos clavados en la pantalla. Y sin embargo, yo no me inmuto tanto. No es sorpresa. No completamente. En el fondo, lo presentía. Lo esperaba. Lo sabía.

Un mensaje así no aparece de la nada.

—Hay que revisar todo —digo, con la voz más firme de la que esperaba ser capaz.

Asiente, pero sus dedos tiemblan. Toca la pantalla y dice:

—Metete a Instagram. Tal vez tenga algo subido en borradores…

Pulso el ícono, pero aparece la advertencia: "Sin conexión a internet".

La pantalla nos mira en silencio, burlona.

No se puede acceder a nada en línea. Solo queda explorar lo que está guardado, escondido en las esquinas del dispositivo. En lo que no necesita hablar con el mundo para existir.

Vamos a WhatsApp. Otra barrera.

"Por favor, inserte una tarjeta SIM para continuar o ingrese su número de teléfono."

No podemos hacer ninguna de las dos cosas.

La frustración se queda flotando entre nosotras, pesada y muda.

—Notas —digo—. Vamos a las notas.

Entramos. El listado aparece. Fechas, títulos, garabatos rápidos. Todo ordenado desde lo más antiguo hasta lo más reciente. Ahí

están: listas de compras, secretos, tareas para el colegio, pensamientos sueltos, recuerdos que no quiso olvidar. Desahogos.

Hasta que algo se quiebra.

El 12 de mayo. Ese día parte el hilo. Desde ese momento, todas las notas se convierten en un eco: una repetición de un mismo miedo que no se apaga.

Tengo miedo. Mucho miedo. Pero no quiero pedir ayuda. Me están usando. No sé quién es. Creo que está relacionado a lo que hace Luna, pero no le puedo decir a ella ni a su bff, no me se bien su nombre aún… ¿Veronica, Valeria, Valentina?...

Me clava las palabras. Las corta con precisión quirúrgica. Vale me mira de reojo.

—¿"Bff"? —susurra. Su voz suena más pequeña de lo normal.

No le contesto. No puedo. Me trago el aire.

Sigo deslizando. Los dedos me pesan.

Nunca quise venir aquí, este pueblo. Extraño mi antigua casa y la gente que conocía, extraño mi Manizales. No encajo, siento que hablo distinto, me lo dicen cuando me preguntan de dónde soy, o cuando me imitan sin querer. No sé, a veces eso me hace sentir sola y me duele.

No sé qué hacer ahora. Siento que me siguen, que saben dónde estoy. Que me quieren hacer daño. Me da miedo salir, pero tampoco puedo quedarme escondida para siempre.

No entiendo por qué todo esto me pasa a mí. Solo quería estar en paz, y terminé metida en algo que no comprendo.

Quisiera poder retroceder, cambiar las cosas, pero ya es demasiado tarde.

Me arrepiento tanto de haberme acercado a la influencer del colegio, la que ahora juega a ser detective. ¿Por qué tengo la culpa yo si no hice nada? ¿Por qué yo? ¿Por qué me eligen a mí?

Solo quiero que alguien me crea. Que alguien me abrace y me diga que todo esto va a pasar, sin que yo tenga que hablar.

Pero nadie viene.

Y cada vez que cierro los ojos, siento que esa va a ser la última vez que los abra.

Y ahí todo se detiene.

Nada después de eso.

La pantalla queda fija.

La luz parpadea.

Pero nada se mueve.

Temblamos. Las dos. Pero yo más. Yo tiemblo desde adentro.

En el pecho se me aprieta algo que no sé cómo soltar. No hay justificación. No hay un "no lo sabía". No hay un "no fue mi culpa".

Porque sí fue.

Fui yo.

Yo la acerqué.

Yo la empujé.

Yo la dejé sola.

—Soy culpable —murmuro. No sé si en voz alta o solo en mi cabeza. Me arde el estómago. El nudo no se deshace—. Soy culpable de la muerte de Sara. Yo hice que la mataran.

Valeria no dice nada. Pero su respiración se acelera. La noto. Está asustada. Y no la culpo.

El silencio vuelve. Y ahora es diferente. Más pesado. Más oscuro.

La nota sigue abierta. Las palabras siguen ahí.

Y lo único que puedo pensar es en lo que no hice.

En todo lo que no vi y en lo que no detuve.

—Lu… —dice, en voz baja, la cara todavía pálida, los ojos buscando algo que no sea este infierno.

Pero no alcanza a terminar.

Mi celular vibra.

Ese *brrr* corto y seco que parte la escena en dos, me entra una llamada.

Las dos nos quedamos quietas.

Silencio. Aire cortado.

Y al mismo tiempo, casi al unísono, susurramos:

—Cagamos. Estamos fritas.

Ella reacciona antes que yo. Se lanza encima mío, como si su abrazo pudiera detener el tiempo o protegernos de una bomba. Sus brazos me rodean, su respiración contra mi cuello.

Yo atiendo.

Pulso la pantalla. Me tiembla el dedo. El mundo es una burbuja a punto de estallar.

—¿Hola?

Una voz de hombre responde.

Firme. Formal. Limpia. Fría.

—¿Luna Vanzetti?

Me hiela.

—Sí… soy yo.

—Habla el oficial Gutiérrez de la Comisaría de Valle Verde.

Me quedo en blanco. Solo escucho.

—Necesitamos que te acerques a la comisaría lo antes posible. Hay una denuncia presentada en tu contra, y corresponde que te notifiquemos formalmente.

—¿Una denuncia? —pregunto, casi sin voz—. ¿De qué?

—No te puedo dar detalles por este medio. Te esperamos hoy antes de las 18. Vení con un adulto responsable, por favor. Tu madre ya ha sido notificada.

Mi estómago se pliega sobre sí mismo.

—¿Pero quién me denunció? —insisto, aunque sé que no me lo va a decir.

—Te lo vamos a informar cuando llegues. Es importante que vengas.

Y corta.

Así, sin más.

El sonido desaparece. La llamada termina. Y queda ese hueco donde las palabras deberían estar.

No sé cuánto tiempo me quedo mirando la pantalla. No sé si respiro. Valeria se separa de mí muy lento.

—¿Qué te dijeron? —me pregunta.

Pero yo solo puedo decir una palabra.

—Una denuncia.

Las letras me saben amargas en la lengua.

Una denuncia. Y mamá ya lo sabe.

El piso bajo nuestros pies deja de sentirse firme.

Y el reloj avanza.

Y colorín colorado, la cuenta regresiva ha comenzado.

Capítulo 17

COMISARÍA DE VALLE VERDE
ACTA DE DENUNCIA PREVENTIVA – RESERVADA

Fecha: 15 de mayo de 2025
Actualización: 19 de mayo de 2025
Número de caso: 00287-25

Nombre de la denunciante: Sara Mia Ferrer
Edad: 17 años
Documento: [se omite por confidencialidad]

Contenido de la denuncia:
"Presento esta declaración porque tengo miedo. Desde hace días, recibo mensajes anónimos y siento que me siguen. No sé quién está detrás, pero creo que hay algo más grande pasando. Me hablaron de cosas que sólo Luna Vanzetti podría saber. Me dijeron que la detenga, que no hable, que obedezca. Sé que va a sonar ridículo, pero creo que me están usando para llegar a ella. Si algo me pasa, si desaparezco, si muero… por favor, fue Luna. No sé si es culpable, pero está en el centro de todo. No quiero tener miedo más. En este pueblo, quien calla otorga... y quien habla, muere"

Firma del declarante: *Sara.Ferrer*

Observación del oficial interviniente:
La menor denunciante presentó un estado emocional frágil, evidenciando miedo e inestabilidad. Solicitó confidencialidad absoluta por temor a represalias.

La denuncia se mantuvo en reserva hasta nuevo aviso.

Comentario adicional:
Debido al fallecimiento reciente de la denunciante y a las circunstancias poco claras de su muerte, esta declaración adquiere un peso relevante para la investigación. Se considera posible que Sara Ferrer haya sido silenciada, y en ese contexto, la implicación de Luna Vanzetti no puede

descartarse hasta nuevo aviso. La situación requiere revisión judicial inmediata.

Todo está apagado, no entra nada de luz a mi habitación, la pantalla del celular me quema los ojos. 30% de batería, 10pm. No tengo más lágrimas pero igual sigo llorando. La nariz me arde, me sueno cada dos minutos.

Afuera, mamá también lloraba. No me dijo nada, pero lo vi. Se encerró en su cuarto después de darme el papel.

Estoy en videollamada con Nina y Vale. No está Daniel, no preguntaron por él, y yo tampoco lo mencioné.

—¿Querés que vaya a tu casa? —dice Valeria, toda preocupada—. Lo charlamos bien, en persona.

—O salimos a comer algo —sugiere Nina—. Paseamos, no sé. Te hace bien.

Las miro por la pantalla. Siento que están tan lejos. La imagen se sacude porque mis manos tiemblan. La voz me sale como si se me hubiera roto algo en la garganta.

—No puedo salir…

Silencio. Un segundo.

—¡¿Estás presa?! —dicen las dos al mismo tiempo, medio gritando, medio nerviosas.

Me sueno la nariz fuerte, parece una bocina. Me limpio con la manga.

—¿Qué? No... Así no funciona la ley…

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Vale, bajando la voz—. ¿El celular de Sara lo tiro o qué le hago? No quiero guardarlo en mi habitación para siempre.

Me quedo callada. Trago saliva. Pienso. Respiro.

—Sí… tiralo. No te lo quedes. Que nadie se lo quede… o dámelo a mí. Yo me deshago de él.

—Pero recién dijiste que no podés salir —salta Nina, sin dejarme respirar.

—Me refiero a que estoy castigada… Aunque tengo una excusa…

No digo nada más. En mi cabeza, grita una sola imagen: el boleto de tren. Aún no lo investigué. Aún no sé a dónde lleva esa pista.

Vale baja la voz otra vez:

—¿De verdad creen que Sara haya hecho eso?

Me sueno la nariz de nuevo. Me pica la cara del llanto. Las lágrimas no paran. Quisiera gritar y romper la pantalla.

—¿No escuchaste todo lo que conté los últimos quince minutos? ¿Acaso sería falso algo que literalmente tiene un sello oficial por todos lados? Esto es real. Sara fue… una estúpida.

Siento calor en el pecho. La rabia. La frustración que me ahoga.

—No solo se quedó callada como una tarada, sino que prefirió ir y llevar sus malditos pies frente a tipos con una placa de oficial y decir que todo es mi culpa. Y después, ¿qué? La zorra muere.

—¡Hey! —me corta Nina—. Cálmate. Relájate. De verdad… ¿no querés salir?

No respondo. No porque no quiera, sino porque no puedo.

Porque si hablo, me quiebro del todo.

La llamada se hace silencio. Nina suspira.

—Chau, Lu… mejorate. Aunque mañana hay que ir a ya-saben-dónde.

Mierda. El funeral. Lo olvidé por completo.

Cómo se supone que voy a ver una caja, llena de tierra, con flores encima y no gritarle a todos que no me miren así, que no me digan "fuerzas", que no me abracen. ¿Fuerza de qué?

Nina se desconecta. Quedamos solas Vale y yo, las dos en pantalla partida. Yo medio de perfil, ella abrazando su almohada.

—Vale… —digo.

—¿Qué?

—El otro día encontré un boleto de tren… de 1985. De mi abuelo.

Parpadea.

—¿Y?

—El boleto es de unos días después de su supuesta muerte. Estaba emitido para ir a San Eladio.

—¿San Eladio? —repite Vale—. ¿Ahí no es donde vive tu… papá?

—Sí. No hace falta que digas esa palabra con tanto suspenso. Ya no me afecta.

—Perdón.

—El punto es: quiero ir ahí. Y siento que mañana es una gran excusa.

Se incorpora en la cama.

—¿O sea que decís que tu abuelo no murió?

—Bueno… no exactamente. Tal vez sí murió. Tal vez no. Pero no en este pueblo. Ni en esa fecha. Ni por la causa que se dijo.

—Pero hay un problema… —dice Vale, y se inclina más hacia la pantalla—. Si tu abuelo se fue del pueblo… entonces, ¿cómo volvió el boleto?

Silencio. Largo.

Ni ella dice nada, ni yo.

Y en ese silencio me hundo. Como si esa pregunta abriera una grieta más grande de lo que esperaba.

¿Cómo volvió el boleto?

¿Lo trajo alguien? ¿Lo mandó él? ¿Volvió a escondidas? ¿Nunca se fue?

¿Y si alguien más lo encontró… y lo escondió? ¿Quién querría que ese boleto no se viera? O… ¿quién querría que ese boleto sí se viera?

Me acuesto sin apagar la llamada. Ella sigue ahí, pero ya no hablamos. Solo respiro. Pienso. Me duele la cabeza.

El funeral es mañana.

Y San Eladio me está esperando.

***

Abro los ojos y la habitación está completamente a oscuras, salvo por la luz tenue del reloj digital que marca la 1:07. La garganta me arde. No sé si por tanto llorar o por la necesidad de tomar algo caliente. Me levanto despacio, obviamente no quiero hacer ruido.

Bajo las escaleras, intentando esquivar el crujido del escalón. Pero apenas piso el pasillo, noto que hay una luz encendida. Me asomo al living y ahí está mamá. Sentada en el sofá, con la cabeza ladeada, los ojos entrecerrados, la televisión en volumen mínimo pasando algún programa de entrevistas que nadie está viendo. Su cuerpo

está ahí, pero su cabeza está a kilómetros. Medio dormida, medio despierta. Medio entera, medio rota.

No digo nada. Ella tampoco.

Paso derecho a la cocina, abro la alacena y saco un saquito de té de manzanilla. Lo dejo caer dentro de una taza blanca con una grieta en el borde. La pava eléctrica ya tenía agua caliente, me ahorra esperar. Sirvo el agua hasta el borde y abro el frasco de azúcar. Le pongo cuatro cucharadas. Ni una más, ni una menos. Perfectamente equilibrado. Revolver el té me da algo que hacer con las manos. Algo que no sea temblar.

Tomo la taza, me quema apenas los dedos, y vuelvo al living. Esta vez, me detengo frente al sillón.

—Mamá —digo, apenas más alto que un susurro—. ¿Por qué no estamos en San Eladio… con papá?

No levanta la cabeza de inmediato. Pero cuando lo hace, no necesito más que una mirada. Su cara cambia al instante. Sus ojos se llenan de algo que no sé si es miedo, rabia o un agotamiento viejo, gastado. Parece que alguien le hubiera disparado directo al pecho.

—No me hables de ese hombre —responde—. Ya es pasado.

Me quedo parada. Con la taza aún en la mano, bajando el vapor en espirales lentas.

—Quiero ir a su casa —digo.

Ella agarra el control remoto, apaga la televisión con un chasquido seco, y baja la mirada al suelo. Respira hondo, pero no dice nada enseguida. Después de unos segundos que se sienten eternos, habla sin mirarme:

—¿Para qué? ¿Para conseguirte más problemas?

—No —respondo, miento—. Al contrario. Para despejarme de los que tengo.

Mi voz suena demasiado serena. Eso es lo que pasa cuando estás al borde de desmoronarte: una parte de vos se enfría tanto que hasta vos misma te asustás.

—Andate a tu habitación —dice. Pero no me mira. No me levanta la voz. Solo lo dice. Sin más.

No me muevo. Me quedo ahí, con la taza empezando a quemarme la piel.

—¿En qué parte de San Eladio vive? —pregunto. La última vez que fui tenía como once años. Me acuerdo vagamente de una avenida con árboles bajos y un puente rojo que cruzábamos cada vez que volvíamos.

Ella no responde. Solo aprieta los labios. La mandíbula se le tensa como si estuviera mascando una piedra.

—¿Qué barrio era? ¿Te acordás? —insisto.

Y entonces me mira. Pero no con ternura ni con tristeza. Me mira como si yo acabara de cometer un crimen frente a ella.

—A tu habitación, Luna Vanzetti Rivas.

Me congelo. ¿Desde cuándo me llama así? Nunca dice mi nombre completo. Ni enojada. Ni en los peores gritos. Suena extraño, y me hace tragar saliva.

No le contesto. Me doy vuelta y vuelvo por el pasillo, esta vez sin importar si los escalones suenan o no. La taza me sigue quemando un poco las manos. Pero me la quedo. No por el té. Por la necesidad de sostener algo, lo que sea, mientras todo lo demás se cae.

Mi cuarto me recibe nuevamente y cierro la puerta con el seguro, más por rutina que por miedo. Me siento en la cama, apoyo la taza en la mesa de luz y agarro el celular.

La pantalla me ciega un segundo. Abro Google Maps. No sé exactamente qué estoy buscando, pero algo tiene que haber. Escribo San Eladio. Elijo la opción de viaje en tren. Me muestra los horarios, los nombres de las estaciones. Donde se sube. Donde baja.

Paso el dedo por el recorrido. Atravieso pueblos, campos, ciudades diminutas que jamás escuché nombrar. Deslizo lento, cruzo líneas, me acerco, me alejo, vuelvo a acercarme. Y entonces… ahí está. La estación de San Eladio.

Cambio al modo satélite. El mapa cambia de colores, se vuelve más real, más sucio, más humano. Y empiezo a buscar. Puente, puente, puente. Me acuerdo de un puente rojo. Mi dedo va para arriba. Luego a la izquierda. Me paso. Vuelvo. Diagonales. Cruces.

No hay nada. Me doy por vencida por tres segundos. Hasta que lo veo.

Ahí está. Justo al lado de la estación. No muy largo. Rojo. Recto. Viejo. Es ese.

Pulso el ícono naranja y entro al *Street View*. La imagen me ubica sobre el asfalto. Empiezo a avanzar. Calle tras calle. Esquinas sin nombre. Árboles sin hojas. No reconozco nada… hasta que algo hace *click* dentro mío. Una especie de electricidad. Lo conozco. Este lugar lo conozco. Es acá.

Sigo una cuadra más. Otra. Doy vuelta en una esquina que huele a verano, aunque la foto esté sacada en invierno. Cambio el mapa a la versión más reciente. Las casas están más pintadas, más limpias. Algunas tienen alarmas nuevas. Y entonces la veo.

Una calle tranquila. Cinco casas iguales. Pero una no lo es. Tiene un buzón viejo, medio oxidado, con una palabra escrita en letra torcida: "Vanzetti".

Eureka.

Anoto la dirección en las notas del celular. Copio el nombre exacto de la calle, el número. Lo repito mentalmente como si fuera una contraseña.

Tomo todo el té de un sorbo. Ya está casi frío, pero no importa.

Mañana... va a ser un gran día de cambios.

Capítulo 18
20 de mayo de 2025

El sol parte el cielo en dos. Las doce en punto y el cementerio de Valle Verde no tiene una sola sombra en pie. El calor aprieta, más entre la ropa negra. Me puse lentes oscuros, un sombrero y el cuello alto de un tapado que no es para esta estación. No porque me crea una estrella de cine ni quiera esconderme del mundo. Es que mi cara está en todos lados.

Valeria me ve. Corre hacia mí esquivando tumbas y personas. Genial, mi disfraz de Batman versión luto no funcionó. Ella no intentó ocultarse. Vestido negro largo, sandalias de tiras, su scrunchie de siempre en la muñeca.

—Lu —me dice apenas llega—. ¿Estás bien?

Le hago un gesto que no significa nada. Estoy todo menos bien.

Desde atrás aparecen Daniel y Nina. Dios santo. ¿Es un funeral o una sesión de fotos para *Vogue*? Él está de traje, corbata ajustada, pasos lentos. Ella le llega al lado con un peinado que no tenía antes, un peinado bien de los 90´s. ¿Se trajo un secador portátil?

Todos parecen tristes. Agotados. Culpables. O tal vez eso sea solo yo. Culpable, furiosa, temblando por dentro. La chica dentro de ese cajón cerrado podría estar viva. Podría estar respirando. Pero no. Antes de morir, decidió vengarse. Dejar esa maldita denuncia.

Gente de otros cursos. Profesores que no sabían su nombre. Parientes que hablan sin parar. Escucho entre el llanto de los padres de Sara:

—Ni siquiera pudimos verla para despedirnos una última vez…

Los que estaban más lejos se acercan y todos se acomodan. El cura empieza su oración. Tiene una voz suave, piadosa. No me llega una sola palabra.

Y entonces lo veo. A lo lejos. Entre la multitud, apoyado contra un árbol. Tobias Gravilov. Sí, el nieto de Mariano G., acá, en este mismo

espacio y tiempo Algo se activa dentro mío. Me acerco, rápido. Él me ve venir, definitivamente mi disfraz para ocultarme no sirvió.

—Hola —dice con voz baja—. Lamento mucho lo que pasó.

—Sí —respondo—. Fue una tragedia.

Tiene un ramo de rosas. Que lo va a llevar hasta el borde donde dejan las flores. Su mirada es firme. Pero cansada.

—Mi abuelo me dijo que vengamos —dice de repente—. Insistió aunque le dije que no. Y acá estamos.

Honestamente, no sé qué responder. Pero se va y coloca las flores, entonces ahí lo veo. Un hombre en silla de ruedas. No tan viejo, pero su cuerpo lo contradice. Su rostro. Su temblor.

Mariano Gravilov.

No lo puedo creer. Está acá. A diez pasos. Saco el celular del bolso. Aprieto el botón del grabador de voz. Me acerco. Me arrodillo frente a él, despacio.

—Hola señor —le digo—. Soy Luna Vanzetti. Quería hacerle unas preguntas sobre…

—¿V… Vanzetti? —dice. La mirada empieza a perderse. Su voz se descontrola—. ¿Víctor? No… no fui yo. Créame. ¡CRÉAME!

Me congelo. Algunos se dan la vuelta. Trato de calmarlo.

—No, no soy Víctor —le digo—. Soy su nieta. Yo sé que usted es inocente. Usted no hizo nada.

Me mira. Algo cambia en su expresión. Algo que no entiendo.

—¿Nieta…? —susurra. Entonces me toma la mano. Aprieta fuerte. El temblor sube por mi brazo—. Sálvenos. Sálveme, señorita. Yo vi al asesino con mis ojos. Lo sé. Lo he visto con esos cuernos… y ese traje. Lo vi, señorita. Intentó callarme, pero no pudo. Mató a mi mujer. Él no paraba de gritar "maldita hermana" mientras le arrebataba la vida a mi esposa, a mi Amanda. No pude hacer nada… sálveme. Salve al pueblo. No puedo dormir.

Y yo no puedo respirar. Su mano me aplasta los dedos. Su piel arde. El miedo en sus ojos no es fingido.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

Tobias se acerca corriendo.

—¡Abuelo!

—¿Qué pasa con él? —le digo, sin sacar los ojos de Mariano.

Tobias no me responde. Saca una pastilla de su bolso. La parte. La mete en la boca del abuelo.

—No importa. Es normal últimamente.

—Lo siento —le digo, aunque no sé si me escucha. En realidad no escucha nada.

Me alejo. Camino de nuevo hasta donde están Valeria, Daniel y Nina. El cura ya terminó. Todos aplauden lentamente. Aplauden un cajón. Aplauden una mentira.

Yo solo pienso en lo que dijo ese hombre.

"Maldita hermana".

La multitud empieza a hacer fila. Lenta, silenciosa, una fila que no lleva a ningún lado salvo al cajón que nadie quiere mirar. Pero todos van. Como zombis vestidos de negro.

Pasan los familiares. Caras borradas por las lágrimas. Pasan profesores que jamás la llamaron por su nombre completo. Pasan extraños con flores plásticas en las manos. Y luego, Daniel. De la mano de Nina. Avanzan igual que protagonistas de una película de domingo. Él serio. Ella conteniendo el llanto, pero sin lograrlo.

Debería seguir yo.

Pero no quiero.

Me quedo donde estoy, a unos metros. El aire se vuelve más denso. Me ahoga. Me empuja hacia atrás.

—Vamos —dice Valeria. Me despierta de golpe.

El mundo se detiene. El viento se paraliza. No es una metáfora: se paraliza. Y los ojos, todos los ojos, giran hacia mí.

Es mi culpa, ¿verdad?

La chica del podcast.

La nieta de Víctor Vanzetti.

La que despertó al Carnero.

Eso soy ahora. Un mito andante. Un rumor que camina.

Mis piernas se mueven solas. Camino hasta el cajón. Sencillo. De roble beige pulido. Con una foto pegada arriba. Sara sin anteojos, sonriendo, el paisaje de fondo no parece ser de acá, sino de Colombia. Parece otra persona. Una que nunca conocí.

Miro a Valeria. Llora en silencio. Llora de verdad. Se le rompe la cara, los hombros, todo. Yo no puedo romperme. Hay algo malo en

mí. Una pieza que falta. Una emoción que se niega a aparecer.

"Maldita hermana", repito en mi cabeza.

Una y otra vez.

¿Quién? ¿Sara? ¿Tenía una hermana? ¿Decía eso de su madre? ¿De alguien más? ¿La esposa de Mariano era hermana del asesino? ¿Qué hay de las otras víctimas?

No encaja.

Nada encaja.

Valeria se aleja del cajón. Daniel y Nina la abrazan. Le dicen palabras vacías que suenan como bocinazos en la niebla.

Yo me quedo. Fija. Como un tronco enterrado.

Sara sabía cosas.

Lo sabía todo.

Y no dijo nada hasta el final.

¿Por qué ella? ¿Por qué así? ¿Por qué denunciarme?

Algo falta.

Una verdad escondida.

Un hilo que conecta todo y todavía no veo.

—Tengo que irme —digo. Apenas susurro.

Vale me toma del brazo.

—¿Qué? ¿Ahora?

Miro al cielo. El sol ya se desplazó un poco. Pero San Eladio me espera. Me llama. Me grita en susurros.

—Ya no puedo seguir acá —le digo.

—Te acompaño —responde sin dudar.

La miro. Le agradezco en silencio. Pero no. No esta vez.

—No —digo—. Esto es algo que yo debo averiguar sola.

Vale baja la mirada. No responde.

Yo tampoco.

Me doy media vuelta y empiezo a caminar. Sin sombrero. Sin lentes.

Que miren.

Que piensen lo que quieran.

Al salir del cementerio, bajo ese sol que parece burlarse de todos, siento que el aire vuelve a entrar en mis pulmones. Camino rápido,

dejando atrás el peso del cajón cerrado. Pero entonces, no veo el maldito cable tirado en el piso. Tropiezo.

Caigo con una rodilla al suelo. Ardor. Tierra.

—Ay no... no de nuevo —murmuro, sabiendo ya lo que viene.

Cuando levanto la cabeza, ahí están. Una ola de micrófonos. Flash. Gente empujando. Cámaras que me ciegan. Una periodista me toma del brazo. No me da tiempo. No me da espacio. Su micrófono casi me perfora la nariz.

—¿Fue usted la asesina de Sara Ferrer?

¿Qué? No.

¿Qué?

—No, yo no hice nada. ¡Yo no hice nada! —grito intentando abrirme paso.

Pero es imposible.

Empujan más.

El calor de tantos cuerpos me aplasta. Me mareo. Respiro mal. El sudor me recorre la espalda como una cuchilla.

—¡Señorita Vanzetti! —grita otro—. ¿Es usted cómplice del Carnero?

Mis ojos arden.

Mi garganta también.

No puedo más.

La periodista me aprieta el brazo. No me suelta. Me acorrala. No me ve. No me escucha. No le importa.

Y entonces...

—¡NO! ¡Y PUDRANSE EN LA MIERDA! —grito.

Y mi mano se va sola. Directa. Seca. Contra la cara de la periodista.

Paf.

Se escucha fuerte.

Todos hacen un "Wow" al mismo tiempo. Coreado.

El camarógrafo baja la cámara. Algunos se quedan en shock. Otros intentan seguirme. Pero yo no los escucho.

Ya no.

***

El tren avanza sin apuros. En mis oídos suena *The Winner Takes It All*. La voz me abraza y me parte. No sé si es consuelo o sentencia.

Miro el paisaje. Todo se mueve rápido, pero yo estoy quieta. Quieta y revuelta. Hora: 12:50. Faltan unos quince minutos más. No parece tanto. Sí lo es.

Voy a ver a mi papá después de seis años.

Voy a ver a un fantasma.

Voy a ver a un hombre del que apenas tengo recuerdos.

Me acomodo el pelo. Hay gente en el vagón, pero nadie me presta atención. Excepto una señora mayor que se sienta a mi lado. Huele a crema de manos y a caramelo de menta.

—Tenés unos ojos muy lindos, pareces una muñeca —dice, con voz pausada.

—De hecho son color avellana —respondo sin pensar—. Pero gracias.

Me observa un poco más. No con juicio, sino con una curiosidad tibia, casi maternal.

—¿Quién de tus papás los tiene así?

Me quedo en silencio un segundo.

—Mi papá. Justo es a donde voy.

—¿Te deja suelta tan chiquita? —pregunta.

—No… lo voy a ver ahora, después de años. Además tengo diecisiete —aclaro.

Suelta una pequeña risa.

Yo intento reír también, pero no me sale del todo.

Solo quiero que los minutos pasen, o que no pasen nunca.

Y en mi cabeza siguen las preguntas:

¿Me va a recibir?

¿Me va a abrazar?

¿Me va a cerrar la puerta?

¿Y si mi abuelo fingió su muerte y se escondió acá con él?

¿Y si todo esto fue planeado?

¿Y si vine al lugar equivocado?

No sé, solo sé que tengo que seguir.

El tren frena.

Me bajo y Google Maps toma el control.

Camino.

Siete minutos más.

"Gire a la izquierda y a veinte metros estará su destino", me dice esa voz robótica con tono feliz. Qué ironía.

Giro.

Camino.

Y ahí está.

Una casa de dos pisos, blanca con azul, líneas limpias. Un pequeño jardín lleno de gnomos y gansos de cerámica. Parece salida de una maqueta. Perfecta, seca y casi irreal.

Abro la valla. Cruje.

El buzón a la derecha me da la bienvenida con un golpe al pecho.

Vanzetti.

Mi apellido.

Camino hacia la puerta. Un paso. El corazón se me acelera. Otro paso. Me tiemblan las piernas. Otro. El calor me sube por la espalda. Otro. Estoy sudando. Otro. Y estoy ahí. Frente a la puerta. Frente a mi pasado.

Mi dedo tiembla.

Toco el timbre.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro segundos.

Escucho la llave girar desde adentro.

Y se abre.

Una mujer de unos cuarenta o cuarenta y cinco años me mira. No parece sorprendida. Tampoco amable.

—¿Sí? —pregunta.

Trago saliva. Siento la garganta seca como lija.

—¿Está el señor Vanzetti en casa? Puedo pasar... —mi voz no es mi voz.

Ella duda. Me escanea a mi y al entorno.

Pero luego asiente.

—Sí. Adelante.

Entro.

Y lo veo.

Ahí está.

Un hombre con el pelo castaño igual al mío. Con los mismos ojos avellana. Sentado. Vivo.

Se levanta de un brinco.

—¿Nox?

Yo respiro hondo.

Mis piernas todavía tiemblan.

—Hola, papá...

Capítulo 19

Nos sentamos en el living. La casa huele a madera y a café recalentado. Afuera, los gansos del jardín se ven quietos, inmóviles detrás del ventanal.

Mis primos, mis tíos, y la mujer que me abrió la puerta, todos en un mismo lugar. Saludo a cada uno de mis familiares, uno de mis primos favoritos de la infancia, Esteban, está con la mano vendada.

—¿Qué te pasó? —le pregunto.

—¿Esto? Fue hace como dos o tres días. Esto es lo que pasa cuando se te ocurre hacer un café a las dos de la madrugada —ríe —. ¿Muy loco, verdad? Ni siquiera podés gritar porque vas a despertar a medio hemisferio.

Me río también

—Sí, conozco ese dolor. Aunque yo soy más de té que de café.

La mujer que me abrió la puerta resulta ser la nueva pareja de mi papá, me analiza y luego dice "Vamos, dejemoslos solos, se ve que tienen mucho de qué hablar".

Me hace una sonrisa falsa, yo le hago una igual, y todos se van. Quedamos solo yo y papá.

Él se sienta en un sillón gris, con los codos apoyados en las rodillas. Me mira como si aún no terminara de creer que estoy acá. Yo me hundo en el sillón de enfrente, incómoda. El silencio se pega a las paredes.

—Pensé que nunca ibas a volver, Nox —dice.

Me trago el nudo en la garganta. Hacía tanto que nadie me decía así, que la palabra suena oxidada, lejana.

—En Valle Verde nadie me llama por mi segundo nombre. Es solo Luna —respondo, con la mirada fija en la alfombra.

—Oh… perdón. Estás más alta. Treinta centímetros, fácil.

Se me escapa una sonrisa mínima. No por lo que dijo. Por la necesidad desesperada de que notara el cambio.

—Sí.

Vuelve el silencio. Esta vez más incómodo.

—¿Por qué viniste? ¿Sola?

Siento que algo me aprieta el pecho. Todas las palabras que había ensayado se me deshicieron.

—Papá... ¿qué pasó con el abuelo?

Su expresión se endurece. Baja la mirada y se queda mirando sus propias manos. No dice nada al principio.

—Sabía que ibas a preguntar eso. Uno de los chicos me mostró que saliste en la tele —dice al fin—. También vinieron a buscarme los periodistas. Los mandé al carajo.

Los ojos se me nublan. Las lágrimas se asoman sin pedir permiso. Parpadeo. No sirve de nada.

—Ey, Nox, perdón, Luna… ¿qué pasa?

No respondo. Meto la mano en el bolsillo de mi campera. Saco el boleto, arrugado, tibio de tanto apretarlo.

—Encontré esto. Es del abuelo. Dirección: San Eladio. Fecha: después de que "murió".

Él lo toma. Lo mira apenas unos segundos.

—Días después del fallecimiento —murmura.

—Ese boleto no tiene lógica. No debería existir.

Me mira. Y en su mirada hay algo distinto. Una chispa, una sombra, una verdad que no quiere decir del todo.

—Ojalá hubieras crecido conmigo. Esa cabeza tuya... —dice, entre un reproche y una caricia—. Sabía que ibas a terminar metiéndote en esto. Era cuestión de tiempo.

Mira hacia el techo. Se nota que quiere decir algo más. No lo dice.

—Me vine a vivir a San Eladio por eso, bueno, entre las peleas con tu madre. Pero principalmente quería dejar de vivir bajo la sombra del mayor policía del pueblo, no quería un legado que no me pertenece. Pero ahora… la sombra sos vos.

Suspira. Un suspiro largo. Familiar.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien me habla en mi idioma.

—¿Creés que el abuelo está vivo? ¿Que escapó? —pregunto.

Baja la mirada. Se queda en silencio dos segundos, apenas dos, pero pesan como minutos.

—No lo creo, Luna. No tendría sentido. ¿Por qué se iría? El pueblo lo adoraba. No tenía motivos para desaparecer y mucho menos para dejar a su familia sola.

No digo nada. Siento que las palabras me apretujan la garganta. Miro alrededor, el living es cálido, familiar en un modo extraño. Respiro y cambio de tema.

—¿Hay computadoras acá? Necesito buscar algo. Si me dejás, claro. La policía me sacó la laptop por un tema nuevo que surgió y ya no la tengo.

Él me mira con sorpresa… y orgullo.

—Sí, claro —dice mientras se levanta y cruza el living—. Sé que sos famosa en internet últimamente.

No contesto. ¿Cómo puede ser tan fácil hablar con él? No lo entiendo. No siento que esté frente a un desconocido.

Vuelve con una laptop negra. Me la alcanza.

—Tenés 17, ¿no? Ya estás grande —dice, y su voz de pronto se ablanda, se rompe un poco—. Me perdí de todo…

Inclino apenas la cabeza, le sonrío con tristeza mientras enciendo la laptop. Dudo. Pero al final lo digo.

—¿Por qué te fuiste?

Él juega con sus manos. Evita mirarme.

—Yo no me fui. Tu mamá me echó. Dijo que llevar el apellido Vanzetti era demasiado llamativo después del último caso de tu abuelo. Le propuse irnos del pueblo, empezar de nuevo, pero no quiso. Esa casa debería haber sido mía por herencia. Y vos también. Pero no me quedé con nada. Y terminé acá.

Muerdo el interior de mi mejilla. No sé si creerle. Pero algo en su voz… pesa.

Trago saliva.

—Papá… el abuelo no murió por un paro cardíaco.

Él me clava la mirada.

—¿Qué?

—Fue asesinado. Por el Carnero, el asesino que está suelto.

Se hace un silencio. Solo se escucha el zumbido suave de la laptop encendiéndose y sigo hablando.

—Hay una grabación que tengo en casa. En ella se escucha cómo alguien entra. De forma brusca. El abuelo grita. Y antes de que se corte, dice algo. Dice "lo sabía". Después… todo se vuelve silencio.

Suspiro, me cuesta respirar. Las palabras me salen entrecortadas.

—Él sabía quién era el asesino. Estaba por revelarlo. Pero el asesino también lo sabía. Y lo silenció. Lo desapareció.

Siento que me falta el aire. La cabeza me da vueltas. Me llevo una mano al pecho.

—Hey, hey, hey —dice papá, y se acerca con rapidez. Me alcanza un vaso de agua—. Tomá, respirá. Te ofrecería algo tibio, pero hace dos semanas no hay agua caliente o gas en esta zona, siempre son estos "trabajadores" que dicen arreglar calles y solo las rompen más.

Tomo un sorbo, ya no lo escucho. Y otro. El vaso me tiembla entre los dedos. Lo apoyo con cuidado sobre la mesa.

Todavía siento el corazón en la garganta, pero ya no tiemblo tanto. En la pantalla, la computadora termina de iniciar. Fondo negro, sin contraseña. Por lo visto confía en que nadie más la va a tocar. O simplemente no tiene nada que esconder.

Abro el navegador. Las pestañas se abren como portales: uno al pasado, otro a la duda. Tecleo despacio, pensando en cada palabra: *falsificación de boletos de tren década del 80*. Enter.

Él se sienta a mi lado. No dice nada, solo está ahí, con los codos apoyados en las rodillas y el cuerpo inclinado hacia adelante. Miro de reojo su perfil. Es raro verlo tan cerca. Raro y, de algún modo, reconfortante.

—¿Creés que alguien podría haber cambiado la fecha? —le pregunto, mientras cargo una página con un foro de coleccionistas de trenes. De esos que se obsesionan con horarios, pasajes viejos, boletos troquelados.

—¿Cambiarla cómo? —responde él—. ¿Tipo borrarla y escribir otra?

—No. Más como… hacer un pasaje nuevo con una fecha posterior, pero con el nombre del abuelo.

Se queda pensando. Yo hago clic en una imagen de un boleto antiguo. De papel, con el logo del ferrocarril del pueblo, y la tinta un poco corrida. El número de serie en rojo. Veo que algunos están tipeados a máquina, otros escritos a mano.

—En esa época —dice al fin—, los boletos se hacían en boletería. Algunos te los escribían, otros los imprimían ahí con la fecha y destino. No existía nada digital. Pero si alguien tenía una máquina parecida, o una copia del talonario…

—¿Podría falsificarlos? —interrumpo, girando para mirarlo.

Él asiente, lento.

—Sí, podría. Pero no sería fácil. Tendría que conocer muy bien el sistema, los materiales, la forma exacta. Y además… —hace una pausa— si quería que pareciera real, tendría que usar tinta original o una copia perfecta. No bastaría con imprimirlo en casa.

Asiento, tiene sentido. Bastante sentido, es igual a falsificar billetes, no se puede buscar la imagén en .*png* de un dólar y luego imprimirlo.

Miro la pantalla. Encuentro un artículo sobre estafas con boletos en el 94. Al parecer, un grupo falsificaba pasajes con fechas distintas para poder viajar gratis o evadir controles. Nada demasiado sofisticado, pero efectivo. No es tan descabellado.

—Mirá esto —le muestro.

Leemos juntos en silencio. Las manos me sudan un poco, pero no del nerviosismo, sino de la tensión. Estoy cerca. Lo siento. Entre estos sitios tiene que haber algo, tiene que estar la respuesta más directa.

Las posibilidades de qué pudo haber pasado me explotan en la cabeza. El sonido del *click* del mouse parece lejano. Tecleo ahora: *puede comprarse un boleto con nombre falso años 90*. Y después: *puede cambiarse la fecha de boleto de tren*. Encuentro otro artículo. Habla sobre cómo en algunos casos se hacían reservas para días posteriores. Podrías sacar el boleto y poner la fecha que quisieras, si pagabas un adicional.

—Mirá esto —le señalo—. Podías elegir la fecha de viaje. Incluso semanas antes. O sea… si alguien quería despistar, bastaba con comprar un pasaje para después de la supuesta muerte.

Él asiente, en silencio. Se queda así, mirándome. Me doy cuenta de que tiene los ojos un poco vidriosos.

—No me sorprende que estés metida en esto —dice,—. Sos una Vanzetti.

Yo bajo la mirada, entre orgullo y miedo.

—Si de verdad lo mataron… —digo— y el boleto es una pista falsa… entonces alguien quería que creyéramos que estaba vivo. Que siguiera la duda. Que yo siguiera buscando.

Papá se frota la cara. Suspira.

—No es solo el boleto —susurro—. Hay algo más. Lo siento.

Se estira en el sillón, tensa los hombros. Lo noto. Siente lo mismo que yo: que estamos al borde de algo.

Sigo bajando en la página. Un foro viejo, de aspecto gris, casi muerto. Pero en un hilo enterrado entre comentarios sin importancia, alguien habla de la textura del papel de los boletos de tren emitidos durante los años 90.

> El papel era rugoso, similar al cartón liviano. Se usaba papel obra, y el troquelado tenía cierta resistencia al roce. La mayoría de los boletos tenían tinta azul o roja, con el logo de la estación correspondiente impreso a sello o en relieve.

Abro otra pestaña. Otro blog. Es más técnico, más obsesivo. Hay imágenes.

—Pará —dice papá de golpe—. Detenete ahí.

Me enderezo. Él señala una imagen: un boleto de tren de Valle Verde, año 1985. Color sepia por el paso del tiempo, pero todavía nítido. El logo, una letra "V" curvada dentro de un círculo, con una espiga al costado. El nombre del pueblo en tipografía antigua, redondeada, como salida de una máquina de escribir vieja.

Miro el boleto que tengo sobre la mesa. El que encontré en casa. Lo agarro. Lo apoyo junto a la imagen.

Y entonces lo vemos.

—No es el mismo logo —digo, con un nudo en el estómago.

—Y la tipografía… es distinta también —añade él, su voz baja, como si no quisiera que los del piso de arriba escucharan—. Mirá la

"V", la "d"… las curvas son más modernas. Esto lo hizo alguien con una computadora.

Paso el dedo por la esquina del boleto. Ya no me parece una joya del pasado. Ya no me parece una pista legítima.

—Es papel antiguo, sí… —susurro—. Pero lo que está impreso encima… no lo es.

Nos miramos. ¿Cómo un boleto puede tener letra moderna y papel antiguo? Y sin decirlo, lo entendemos. Lo decimos al mismo tiempo, apenas un murmullo:

—Fue hecho recientemente.

Silencio.

Mi pecho se contrae. Todo se reordena, y a la vez, se desmorona.

—Papá… —mi voz tiembla—. El boleto es falso. Y no solo eso.

Él lo entiende antes que yo lo diga. Veo cómo cambia su expresión. Se pone serio. Ya no hay orgullo, ni tristeza, ni distancia. Solo un miedo concreto. Un miedo real.

—Lo colocaron en tu casa —dice—. Lo dejaron para vos.

—El asesino estuvo en mi casa —termino por él.

Las palabras duelen más que cualquier herida.

—Estuvo en mi casa. No hace cuarenta años… no hace veinte. Ahora. Hace días.. Lo suficiente como para entrar, dejar esto y salir sin ser visto.

Mi respiración se acelera. Me acuerdo de la foto. La esquina rota. Pensé que era por el paso del tiempo, por descuido. Pero no. Fue arrancada. Manipulada. Alguien necesitaba hacer espacio, necesitaba colocar el boleto ahí, justo donde lo encontraría.

Todo fue un mensaje.

—¿Me está siguiendo? —pregunto, más a mí misma que a él.

No responde. Pero el gesto lo dice todo.

Lo estoy buscando, sí.

Pero él también me está buscando a mí.

Ahora todo está en la pantalla. En cada línea de texto. Ya no quiero saber solo cuándo fue hecho el boleto. Quiero saber cómo. Dónde. Con qué.

Tecleo sin parar: *Dónde conseguir el tipo de papel usado en boletos de tren antiguos*.

Enter.

La respuesta aparece rápido, demasiado amigable para lo que busco:

> Los boletos de tren antiguos a menudo se imprimían en papel especial que podría ser difícil de encontrar en tiendas convencionales hoy en día, pero hay opciones similares que podrías considerar…

Paso a la siguiente búsqueda. Esta vez, más directa. Casi como si la voz dentro de mi cabeza lo gritara por mí:

¿Quién tenía acceso a ese tipo de papel en los años 80?

Enter.

La respuesta tarda más. Dos segundos. Tal vez tres. Pero cuando la lista aparece, mi piel se eriza. Una sensación densa, eléctrica, empieza a subir por mi nuca.

Leo en voz baja.

—"En general, el papel de los boletos de tren antiguos lo tenía y gestionaba la empresa ferroviaria, también podían tener acceso la comisaría y el gobierno en caso de que se tratara de una empresa estatal"…

Papá se inclina, sus cejas se fruncen.

—El tren de Valle Verde es estatal.

La idea se forma en mi cabeza como una sombra espesa. Paso a la siguiente pregunta. Mis dedos tiemblan.

¿Quién podría tener hoy ese tipo de papel?

La respuesta carga.

Una línea azul se desplaza por la parte superior de la página.

Y entonces aparecen.

Las respuestas.

Una tras otra.

Frías. Precisas. Demoledoras.

> – Un comisario con influencias
> – Un oficial con orden de allanamiento
> – Un jefe de estación retirado
> – Un boletero jubilado

– Un coleccionista de objetos ferroviarios
– Un curador de museo ferroviario
– Un empleado actual del ferrocarril
– Un técnico de mantenimiento de trenes
– Un archivista del Ministerio de Transporte
– Un impresor que trabajó con la empresa ferroviaria
– Un guardabarreras veterano
– Un ferroviario que trabajó durante los cierres de líneas
– Un historiador local especializado en transporte
– Un ex trabajador del tren

Mis ojos escanean las frases, una tras otra… hasta que se detienen.

Encontré lo que debía encontrar:

Un oficial con orden de allanamiento.

Mi cuerpo se queda quieto. El *click* se produce en mi cabeza. No es una idea. Es un estruendo.

Papá lo nota. Me mira.

—¿Qué pasa?

Pero yo no respondo.

Solo pienso.

La policía. La orden.

El allanamiento. Mi computadora incautada. La denuncia.

—Papá —digo, con la voz apagada por el terror—. El asesino no solo está vivo… está en la fuerza. Y tuvo que ser compañero del abuelo…

Silencio.

Capítulo 20

Ese cielo anaranjado de las siete de la tarde y el McDonald 's está más cargado que mi cabeza. Me vuelvo a sentar en nuestra mesa del fondo, la que da a la ventana sucia. Afuera, Valle Verde parece dormido, pero yo sé que no es así. Me mantengo con la ropa negra, el sombrero puesto y los lentes de sol. No es por estética, es por estrategia. Que no me vean los ojos es una ventaja.

Valeria está vestida como un mural en un jardín de infantes: suéter celeste, pantalón beige con dibujos. Pero la cara la tiene gris. Y no es por el color.

—Me duele la cabeza, Luna —me dice mientras se apoya sobre el respaldo—. El cementerio hoy a la mañana y encima estás contándome todo muy rápido.

No la culpo. Hoy pasaron cosas que ni siquiera yo termino de asimilar.

—Bueno, disculpá por intentar resolver un asesinato antes de que me encierren —le respondo, girando el hielo derretido de mi vaso con una cucharita de plástico. No tengo ganas de tomar nada.

—Pará —me dice, abriendo sus ojos como planetas, recapitulando todo lo que le dije—. ¿Entonces golpeaste a una periodista? ¿Sabés que eso puede ser peor para vos? Con la denuncia esa...

—Vale, por favor. No te centres en eso.

Me está mirando con esos ojos que reflejan que soy yo la criminal, y no la que está siendo enredada por un extraño psicópata que vaya a saber el mundo quien es. Me saco los lentes de sol un segundo para mirarla bien. Está tan pálida que parece dibujada con lápiz.

—Entonces… —dice, rascándose la cabeza—. ¿Pensás que el Carnero es…?

No la dejo terminar. Le tapo la boca con una mano y me acerco más.

—Shh. Susurrá te dije.

Miro a mi alrededor. Nadie parece prestarnos atención. Dos tipos discuten sobre si la ruta 3 o la 6 es más rápida. Una moza revuelve azúcar, aburrida de todo. Un matrimonio se pelea por el precio de unas hamburguesas. Pero igual, yo susurro. No me confío ni un milímetro.

—Y sí. Pienso que el asesino está trabajando ahora mismo en la comisaría. O al menos sigue teniendo comunicación.

Vale se queda helada. Abre aún más los ojos, acaba de entender qué tan profundo es todo esto.

—El boleto de tren —sigo—. Es falso. No sólo eso: es nuevo. Pero no cualquiera puede hacer uno así. Ese papel no se consigue en ningún lugar ahora. Solo lo tienen los ferroviarios… o alguien con acceso institucional. Y quién tiene orden de allanamiento para entrar a casas, ¿eh? ¿Quién tiene el poder de manipular las pruebas como si estuviera jugando al ajedrez conmigo?

Valeria traga saliva. La veo quebrarse un poco.

—¿Y tu mamá? —pregunta con un hilo de voz mientras se restriega los ojos.

—Le dije que estuve todo el día con vos.

Ella se queda en silencio unos segundos. Después me lanza una mirada cansada.

—¿Ahora soy tu niñera?

Me saco el sombrero, ya me empieza a molestar en la cabeza. Me inclino hacia adelante, los codos contra la madera pegajosa, y le hablo bajito, con una media sonrisa.

—No. ¿Sabés cómo se llama eso, Vale?

Ella parpadea y yo sigo.

—Coartada.

—Increíble —dice, mientras revuelve su submarino con cara de no creer en qué se metió—. Ahora soy tu guardaespaldas.

Yo me río. Una risa medio seca, medio de alivio. De esas que te salen porque si no te reís, llorás.

—En fin —agrega—, ya hice un montón de carteles para el centro de estudiantes mientras vos estabas con todo esto. Nemo aprobó todo. Y terminé mis dibujos para el taller de arte.

La miro. Qué distinto es su mundo del mío. Qué envidia me da. Colores, afiches, dibujos, discusiones sobre si poner "vota por tu futuro" o "ganemos juntos" en un cartel. Qué hermoso sería estar preocupada por eso.

—¿Entonces por qué Nemo no firma por mí? —le digo con una ceja levantada—. Hagan un equipo ustedes y ya. Total, yo estoy al borde de terminar en un calabozo.

Me río de nuevo, pero ya ni sé si me sale bien.

—Taller… —repito—. ¡Ay, Dios! ¡Olvidé ensayar para lo de música! ¡Nina me va a ahorcar!

Y en ese momento… vibra.

El celular tiembla en mi bolsillo congelado de miedo. Lo miro. Es otro correo.

Remitente: un nombre generado aleatoriamente, otra vez. Una combinación de letras y números que no dice nada, pero ahora me dice TODO.

Buena paliza diste hoy a la cámara, ¿no? Me impresioné.
Ahora te voy a impresionar yo.

Se me vacía el cuerpo.

¿Cómo...? ¿Cómo sabe? ¿Estuvo ahí? ¿Lo vio? ¿Desde dónde? ¿A qué se refiere con “impresionar”?

Miro alrededor. Cada persona podría estar trabajando junto a él, alguien que lo encubre. Miro el techo. ¿Cámaras? ¿Micrófonos? Me siento espiada incluso dentro de mi cabeza.

Valeria me sigue hablando, pero no la escucho. Todo está bajo el agua, no puede haber otra Sara Ferrer. Tengo que evitar todo, nadie puede sufrir más, nadie más tiene que estar encerrado bajo una caja..

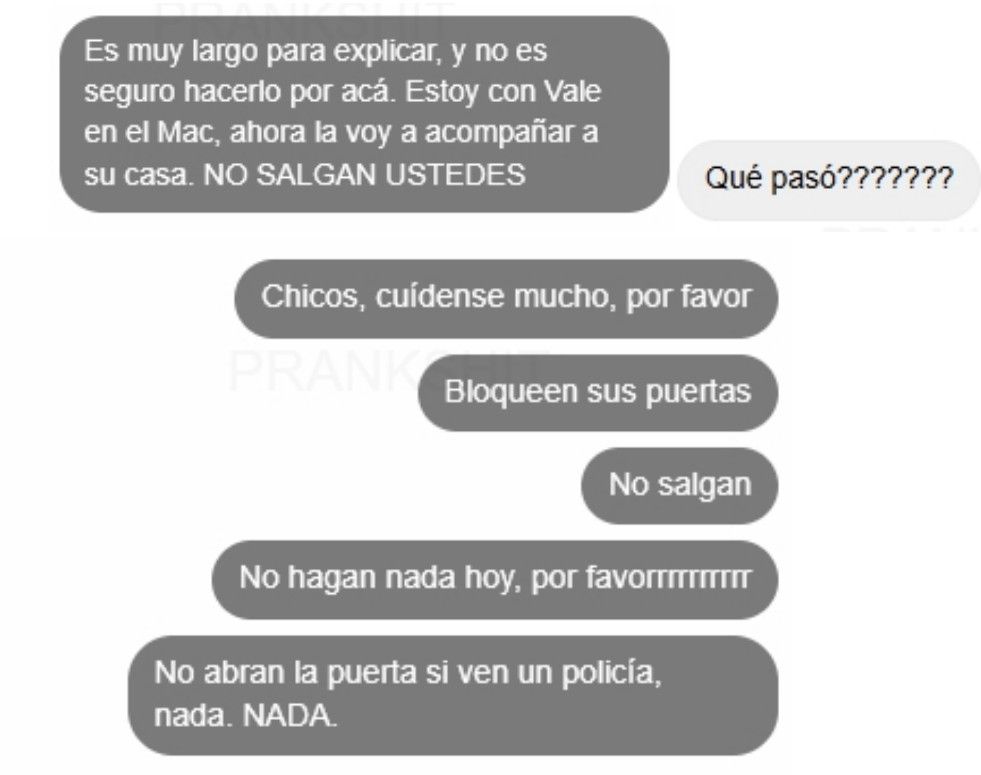
—¿Qué pasa? —me dice Valeria, y su voz suena con miedo real.

Le muestro el mensaje.

—Mierda —susurra.

No pienso. No dudo. No respiro. Agarro el teléfono y abro el grupo.

Les mando captura. Escribo rápido, sin filtros, con los dedos helados.



Las letras se hunden en la pantalla. Ojalá pudiera meterme en sus casas y encerrarlos yo misma. No puedo perder a nadie más. No otra vez.

Vale me está mirando fijo. Ella no dice nada más. No hace ningún chiste.

Yo me quedo mirando la ventana empañada. Afuera, Valle Verde parece seguir su curso. Autos que pasan. Faroles que parpadean. Vidas que no saben que hay un monstruo respirándoles en la nuca.

Pero yo sí lo sé. Y esta vez, ese monstruo me está mirando directo a los ojos.

El celular vibra otra vez. Mensaje de Nina.

Miro la pantalla. Escribo lo que sé, lo que tengo en el pecho, lo que arde y no puedo tragar:

Sé dónde está el Carnero y acaba de hacer una amenaza . Cuídense. No quiero que terminen como Sara, solo eso les puedo decir

No vamos a morir, ¿cierto?

No, no sé. Bloqueen sus casas o escóndanse, nada es seguro. Y Daniel, ¿por qué no responde? ¡¡¡¡No le llegan los mensajes!!!!

Está entrenando. Tiene un partido de fútbol ahora mismo. Debe haber dejado el celular en su casa apagado. ¿Lo voy a buscar?

Sé dónde está el Carnero y acaba de hacer una amenaza . Cuídense. No quiero que terminen como Sara, solo eso les puedo decir

No vamos a morir, ¿cierto?

No, no sé. Bloqueen sus casas o escóndanse, nada es seguro. Y Daniel, ¿por qué no responde? ¡¡¡¡No le llegan los mensajes!!!!

Está entrenando. Tiene un partido de fútbol ahora mismo. Debe haber dejado el celular en su casa apagado. ¿Lo voy a buscar?

Sé dónde está el Carnero y acaba de hacer una amenaza . Cuídense. No quiero que terminen como Sara, solo eso les puedo decir

No vamos a morir, ¿cierto?

No, no sé. Bloqueen sus casas o escóndanse, nada es seguro. Y Daniel, ¿por qué no responde? ¡¡¡¡No le llegan los mensajes!!!!

Está entrenando. Tiene un partido de fútbol ahora mismo. Debe haber dejado el celular en su casa apagado. ¿Lo voy a buscar?

Sé dónde está el Carnero y acaba de hacer una amenaza . Cuídense. No quiero que terminen como Sara, solo eso les puedo decir

No vamos a morir, ¿cierto?

No, no sé. Bloqueen sus casas o escóndanse, nada es seguro. Y Daniel, ¿por qué no responde? ¡¡¡¡No le llegan los mensajes!!!!

Está entrenando. Tiene un partido de fútbol ahora mismo. Debe haber dejado el celular en su casa apagado. ¿Lo voy a buscar?

Antes de que pueda decir algo, Valeria abre su celular, entra al grupo, y manda un audio gritando tan fuerte que parece que explota:

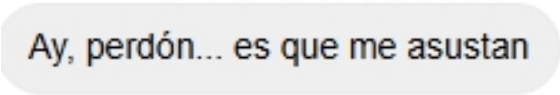
—¡NO! ¿QUÉ PARTE DE "NO SALIR" NO SE ENTIENDE, PELOTUDA? ¡DIOS MÍO, NINA!

Todo el McDonald 's se queda en silencio. Las cucharitas se detienen, las cabezas giran, las miradas se clavan en nosotras.

Genial. Ahora todos saben que estoy acá. El asesino, si tiene ojos en todos lados, ya lo sabe también.

Vale se tapa la cara con las manos.

Yo aprieto los labios y miro la pantalla. Nina escribe:



No le contesto. No puedo. Me arde la garganta. Siento el nudo subiendo hasta los ojos.

Tengo miedo.

Pero tengo que seguir. No puedo perder, no debo perder.

Porque si me detengo ahora, alguien más va a terminar con una bolsa negra encima y su nombre en la radio a la mañana siguiente. Y no pienso permitirlo.

Estoy a un paso de encontrarlo y todo esto se va a acabar.

Capítulo 21
21 de mayo de 2025

ÚLTIMO MOMENTO

Detuvieron al presunto asesino del caso "El Carnero"

En un operativo conjunto entre la policía local y fuerzas especiales, Daniel Jiménez, de 17 años, fue arrestado esta madrugada tras ser hallado culpable del asesinato de su compañero de entrenamiento, Lautaro Aguirre, ocurrido tras un partido informal. El joven llevó a su compañero hasta el lago del pueblo donde cometió el crimen.

Según fuentes policiales, en el bolso de Daniel se encontró un cuerno de cabra, elemento característico que el infame asesino serial "El Carnero" dejaba junto a sus víctimas en los años 80. Este descubrimiento ha reavivado los miedos de la población y dado un giro inesperado a la investigación.

El joven, que pronto cumplirá la mayoría de edad, será evaluado por la justicia para determinar si es enviado a una prisión común o permanece en un centro de contención de menores.

Además, se difundió un video registrado hace días, donde se lo ve golpeando violentamente a un compañero de clase en una discusión sin motivo aparente. La policía afirma que el material "demuestra un perfil agresivo y desequilibrado".

Daniel mantenía una estrecha amistad con Sara Ferrer, víctima reciente del asesino, lo que profundiza las sospechas en su contra.

Fuentes judiciales también investigan su vínculo con Luna Vanzetti, nieta del reconocido comisario Víctor Vanzetti. La joven ha sido una figura clave en las últimas semanas por sus declaraciones públicas. También se investiga la relación sentimental entre Jiménez y otra adolescente: Nina García, quien podría ser citada a declarar en las próximas horas.

Con este avance, las autoridades aseguran que la tranquilidad vuelve a Valle Verde y que la figura del Carnero ha sido neutralizada.

"Gracias a un operativo eficiente, hoy podemos decir que el atacante ya no está en las calles", declaró el jefe de policía en conferencia de prensa.

Seguiremos informando.

Capítulo 22

Nina no dijo una sola palabra en todo el día.

Está sentada dos bancos más atrás de lo habitual. No uno. Dos. El espacio se siente enorme, literalmente nos marca una frontera. Se nota como intenta esconderse bajo ese buzo negro con la capucha puesta, aunque se le ven los ojos rojos y el maquillaje corrido. El poco pelo que sobresale está despeinado, seco. Está destruida.

Y está enojada. Se le nota en el cuerpo, en la mandíbula apretada, en cómo no mira a nadie, ni siquiera cuando la nombran en voz baja. Valeria la observa en silencio durante un rato. Después se inclina hacia mí y me susurra:

—Deberíamos acercarnos aunque ella no quiera… se debe sentir sola y frustrada.

No le respondo a eso. En cambio, lo escupo sin pensarlo:

—No fue Daniel.

Vale parpadea y asiente muy despacio.

—No, es obvio que no. Lo sabemos.

—Daniel no es lo suficientemente alto. El tipo que vimos en el bosque era más grande. El porte, los pasos… no concuerda.

Vale frunce el ceño. Mira de reojo a Nina, después a mí.

—Y los mensajes… ¿le siguen sin llegar?

—Nada. Siguen sin entrarle. Y eso tiene sentido, ¿no? El celular apagado, capaz desde antes que lo arrestaran. Pero sigue sin tener sentido.

—Mientras desayunaba, vi en la tele como las cámaras de seguridad lo muestran —me dice, en voz baja—. El bolso, el cuerno de cabra, a él llevando a su compañero… ¿cómo explicás eso?

¿Cómo explico eso? Simple, de la misma forma que vengo explicando todo. Ese clip de video me quedó grabado mentalmente.

—Las cámaras lo muestran de espaldas. Nunca de frente. Cualquiera pudo haberse puesto un buzo como el suyo y caminar

igual. Además… ¿cuántas veces editan cosas así? ¿Cuántas veces las usan como excusa?

—Pero ahora el caso está cerrado…

—Obvio que está cerrado. Porque alguien *quiere* que esté cerrado. Porque alguien *puede* cerrarlo.

La rabia me sube por el pecho. Arde. Me brota por la garganta. La misma sensación de impotencia que tengo cada vez que alguien me dice que el caso de mi abuelo fue "una tragedia sin culpables". Cada vez que escucho "no se puede hacer nada más".

—A mi abuelo le hicieron lo mismo, Vale. Caso cerrado. Archivado para siempre. Nadie investigó. Nadie peleó. Perdió. Y yo no pienso perder. Ahora que el caso está cerrado, mi podcast puede volver a abrir.

Ella me mira. Se queda unos segundos en silencio antes de preguntar:

—¿Y quién tiene el poder de cerrar un caso así?

No respondo al instante. Miro al frente, pero ya no veo al profesor. Veo la libreta de mi abuelo en mi cuarto. Las anotaciones. El mapa. El papel de boleto de tren con fecha posterior a su muerte.

Las piezas encajan. El rompecabezas sangriento que no quiere mostrarse por completo.

Y entonces, lo digo.

—La misma persona que estuvo con mi abuelo en este caso en los 80. El mismo que nos devolvió los celulares, que podría tener un boleto tan viejo sin que figure en ningún registro, que puede limpiar cámaras, cerrar investigaciones, mandar a detener a un inocente, que me pidió que cerrara el podcast, que incautó mi laptop y que ahora culpó a Daniel de su propio crimen.

Vale me clava los ojos, congelada.

Yo respiro hondo y suelto la verdad:

—El jefe de policía.

El "capitán", como lo llamaba mi abuelo.

Su compañero.

Su amigo.

Él es el asesino.

Él es el Carnero.

Él mató a mi abuelo.

Vale se queda helada. No respira. No pestañea. Su boca se entreabre apenas, como si hubiera querido decir algo y las palabras se le hubieran caído en el camino.

Está quieta, demasiado quieta. Y eso me asusta más que cualquier grito.

Yo sigo mirándola, con los músculos tensos y el corazón golpeándome desde adentro, como si estuviera intentando salir. Porque sé que lo que acabo de decir no es un delirio. No es una sospecha vaga ni una teoría de las que uno suelta por desesperación.

Es real.

Lo siento en los huesos.

Y Vale… lo sabe también.

—Decís que el jefe de policía… —murmura, al fin—. ¿Que el capitán…?

No puede terminar la frase. Mira hacia el frente, pero no está viendo el pizarrón. Está viendo otra cosa. Tal vez un mundo desarmándose. Tal vez todas las veces que lo vimos caminar por los pasillos de la comisaría, con esa sonrisa de abuelo bonachón. Tal vez recordando que fue él quien mandó a los agentes a buscar nuestros celulares.

Y que ahora, cuando el caso parece "resuelto", todo encaja demasiado bien.

—Estuvo en el caso con tu abuelo… —dice en un susurro tembloroso—. Sabía cómo funcionaban los códigos, las claves. Sabía que podías estar cerca… mató a Sara…

—Y sabía cómo hacer que dejemos de buscar. ¿Qué mejor forma que culpar a alguien cercano? A Daniel. ¿Quién lo va a defender ahora?

Ya tiene un historial armado, un video violento, un bolso con pruebas.

Caso cerrado.

Todos felices.

Todos seguros.

Vale aprieta los labios. La veo cambiar. Literalmente. Se quiebra desde adentro y tratara de no llorar en público.

—Y si vos tenés razón… —susurra—, entonces no es que el Carnero volvió. Nunca se fue.

Trago saliva. Me duele el cuello de tan tensa que estoy.

—Exacto.

Nos quedamos en silencio. Afuera el mundo sigue girando, pero adentro del aula se ha roto algo que no se puede arreglar. La distancia entre Nina y nosotras ahora parece una metáfora gigante. Ella dos bancos atrás. Nosotros acá, en la línea de fuego.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Vale, casi sin voz.

No sé si decírselo. Pero se lo debo. Porque ya no hay marcha atrás.

—Voy a demostrarlo.

Voy a abrir la caja que todos quisieron enterrar hace cuarenta años.

Y esta vez, voy a terminar lo que mi abuelo empezó.

Veo cómo se lleva las manos a la cara, no por frío sino por miedo. Miedo de mí. Porque sabe que si voy a enfrentarme a él…

Puede que no haya nadie que venga a salvarme.

Se saca lentamente las manos del rostro. Me mira con los ojos brillosos, pero ahora hay algo más que miedo. Hay confusión. Duda. Grietas que la mente intenta cerrar antes de que se conviertan en abismos.

—Pero, Lu… —dice con la voz tan baja que apenas se escucha entre el murmullo de la clase—. ¿Cómo justificás que un tipo de sesenta o setenta años pueda correr, esconderse en el bosque, moverse como si todavía tuviera treinta?

Y entonces…

Se abre un abismo en mí también.

Esa pregunta. Esa maldita pregunta.

Es la misma que yo enterré en mi cabeza, como quien entierra una bomba sin cables.

Pero ahora está estallando.

Porque tiene razón.

El hombre que vimos en el bosque era rápido, fuerte, ágil. Un cuerpo entrenado. ¿Y si el jefe de policía tiene más de sesenta? No hay manera. No es lógico. No es físico. No es humano.

¿O sí?

Pienso.

Pienso porque mi vida y la de todos depende de eso.

Y entonces lo entiendo.

Es tan simple que me siento estúpida por no haberlo visto antes.

Tan obvio, tan brutal.

Le clavo la mirada a Valeria. Me tiemblan los labios.

—No es uno.

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—No es uno, Vale. Son dos. Siempre fueron dos.

Me mira sin entender del todo, pero yo ya no puedo parar.

—El Carnero que firmó las cartas. El que dejó el cuerno. El que mató en los 80 y borró los registros. Ese es el jefe. Él es el original. Pero alguien más… alguien más hace el trabajo sucio ahora. Alguien más mata, corre, se esconde, persigue. Es una copia. Un aprendiz. Un eco que se arrastra desde el pasado.

Vale se lleva la mano a la boca.

—¿Un cómplice?

—No. —niego con la cabeza—. Peor. Un sucesor.

Sus ojos se agrandan.

—¿Un segundo Carnero?

Asiento.

—Un segundo Carnero. Que hace el trabajo. Que imita los pasos. Que mantiene viva la leyenda… mientras el verdadero se esconde en uniforme y da órdenes desde su despacho.

Y ahí lo digo. En voz baja. Pero con una fuerza que jamás tuve antes:

—Uno mata. El otro lo protege.

El murmullo de la clase es un zumbido lejano, sin sentido. Voces que se repiten. Frases que no llegan a tocarme. Palabras que flotan en el aire sin intención.

Todo es fondo. Todo es ruido.

Cierro los ojos por un segundo.

Escucho mi respiración, mi pulso.

Y entonces Valeria habla.

—¿Creés que volvamos a estar bien?

Abro los ojos despacio. Me toma unos segundos recordar dónde estoy.

El aula. Las sillas. La profesora escribiendo en la pizarra.

Todo eso existe, pero yo no estoy ahí.

—¿Bien en qué sentido? —digo. Me cuesta que salga la voz—. Nosotras estamos bien.

Asiente. Pero esa mueca no es verdad.

No la convence, ni a ella ni a mi.

—Lo sé… nosotras sí —dice—. Me refiero a que éramos cinco. Sara… ya no está. Daniel va a estar encerrado. Y Nina… Nina no creo que nos vuelva a hablar después de esto.

Se me enfría el pecho.

La garganta se me cierra.

Me quedo mirando al frente, pero no veo la pizarra.

No veo letras ni números.

Veo el momento en que todo comenzó.

El comentario en el directo, ese impulso y el deseo de entender. De revivir algo que ya estaba muerto. ¿Esto es culpa mía?

Me hago la pregunta y no quiero responder.

Pero la respuesta ya está escrita.

Está en las lágrimas de Nina.

En el silencio de Daniel.

En la silla vacía de Sara.

¿Por qué no lo dejé pasar? ¿Por qué quise jugar con fuego? ¿Por qué escuché el eco del crimen?

Trago saliva.

Y cuando hablo, mi voz ya no tiembla.

—Voy a sacar a Daniel de ahí dentro. Él no merece estar ahí.

Vale me mira. No dice nada, pero sus ojos me siguen.

—Es una carrera contrarreloj —digo—. ¿Cuánto tiempo pueden retenerlo? 72 horas. Tres días, eso es tiempo suficiente.

Estoy segura. No de cómo, pero sí del porqué.

Y justo ahí, en el centro de esa seguridad nueva, algo se rompe.

Una sombra me atraviesa el costado.

Nina.

Camina entre los bancos. Va rápido, torpe, sin dirección.

Pasa a nuestro lado y nos choca con la cadera. Fuerte, y se detiene.

Gira y nos mira.

—¿A quién vas a salvar? —escupe, con la voz rasgada—. ¡Si lo único que hiciste fue arruinar el pueblo!

Me quedo sin aire.

—¡Me arruinaste a mí! ¡Arruinaste a Sara! ¡Arruinaste a Daniel! ¡Arruinaste familias!

Las lágrimas le corren por la cara.

No se las limpia.

No se esconde.

Llora con furia, con vergüenza, con bronca.

—Y lo único que pensás es seguir… ¿de verdad creés que esto es un maldito juego de detectives?

Sus gritos ya no son gritos. Son heridas.

Grietas.

Dolor puro.

—¡Pero no lo es! ¡No sos Sherlock Holmes, Vanzetti!

Toda la clase se da vuelta.

Los murmullos se cortan.

La tensión es una cuerda a punto de romperse.

La profesora deja de escribir y camina hacia Nina. La abraza, le acaricia la espalda, le dice algo que no escucho y luego nos mira. A mí y a Valeria. Esa mirada duele más que cualquier palabra. Nos acusa sin decirlo.

—Vamos, Nina —murmura.

Y se la lleva.

La puerta se cierra detrás de ellas.

Pero las miradas se quedan.

Uno por uno, los compañeros nos observan.

Algunos se tapan la boca para no reír. Ríen por lo bajo. Susurran cosas que no alcanzo a entender.

En el lugar donde antes había un grupo de cinco ahora hay dos y una culpa que ya no puedo disimular.

Y… salvadas por la campana. Hora del recreo.

—Voy al baño. Después veo si te alcanzo para lo del centro de estudiantes —digo sin mirarla mucho.

Valeria se achica al instante.

—¿Te puedo acompañar? No quiero ir ahora a lo del centro de estudiantes.

La miro, después miro alrededor, suspiro.

—Sí, está bien.

Caminamos juntas al baño. No hablamos. Por alguna razón, está vacío. Ella entra en uno de los cubículos. Yo me quedo frente al espejo.

Me limpio la cara. Pero lo que veo en el reflejo me deja fría. Esa no soy yo. No es la chica que imaginaba de chiquita. No es la persona que quiero ser.

Abro la canilla. Me tiro más agua. Me raspo. Me paso las manos una y otra vez. No alcanza. No sirve.

Y exploto.

Grito fuerte. El puño se me va contra la pared. El dolor me atraviesa. Empiezo a sangrar. Furia. Lágrimas. Todo se mezcla en un solo lugar.

Valeria abre la puerta del baño de golpe.

—¡Luna! ¿Qué pasó?

Se queda helada un segundo, después gira, arranca un pedazo de papel higiénico y me lo pone en la mano.

—Tranquila —me dice.

Pero no puedo. No puedo más. Ya no queda nada de mí. Sé quién es el asesino, pero sigo perdiendo. Perdí a mi grupo. Perdí la confianza. Me perdí a mí.

Mi cabeza no para. Conecta cosas. Piezas. Nombres.

—Fenciclidina —digo en voz baja.

—¿Qué? ¿La droga esa del bot? —pregunta, abrazándome.

Abro los ojos. Me arden.

—Sí. Es lo que quise hacer desde el primer momento. Ese chico... el que está en un curso más grande. Todos saben que vende. Es

evidente.

—¿El que tiene tatuajes y siempre huele a porro? ¿El de los piercings?

—Sí. Tengo que buscarlo.

Me seco las lágrimas con la manga.

—No. Ni loca. De ninguna forma —me frena.

—Valeria, en serio. Esto se tiene que terminar. O él le vende al jefe de policía, o es el que fingió ser Daniel en las cámaras.

Valeria suspira largo. No dice nada más.

—Perdón. Pero tengo que hacerlo —le digo.

Me suelto de sus brazos. Camino por los pasillos con el papel apretado en la mano. La cara roja. Las lágrimas ya no salen, pero siguen ahí.

Cruzo por el pasillo, paso a paso, esquivando grupitos y profes que charlan entre aulas. Sigo buscando. Y ahí lo veo. El chico de los tatuajes. Está solo en un aula con una chica que tiene el mismo aire de haber repetido de año y estar metida en cosas raras. Se nota en la mirada, en el cuerpo... en la forma en que se acomodan en la mesa.

Entro despacio. Él se gira y me clava los ojos. Me mira de arriba a abajo, analizándome con una expresión que no sé descifrar. Me da miedo. Trago saliva.

Se estira hacia atrás, suelta la mano de la tipa y dice:

—¿Necesitás algo?

Camino un poco. El olor me golpea. Fuerte. Ese olor que queda cuando fumás cosas grandes. Todo en él grita peligro.

Me sale una especie de tartamudeo. ¿Qué se supone que se hace en esta situación? ¿Se pide directamente?

La otra me mira sin decir nada. Él se ríe:

—¿Hola? ¿Todo bien?

—Ah, sí... este... ¿tenés algo?

Los dos cambian la cara. Él se endereza, se separa de la chica, agarra la mochila. Está casi vacía.

—Flores, pintura, caramelos verdes o surtido —dice.

Me quedo helada. ¿Qué carajo se supone que significa eso? ¿Flores? ¿Caramelos?

Le miro los brazos a la chica. Tiene un corte. Viejo, pero visible.

—¿Estás bien? Tu brazo está...

Ella baja los brazos de golpe, los esconde bajo la mesa.

—¿Qué te importa?

Se pone a la defensiva de golpe. Algo raro hay ahí.

—Si querés puedo buscar papel, o podemos buscar desinfectante, o sino...

—¡Ya te dijo que no te importa! —grita él.

Pego un salto. Me enderezo enseguida.

—Sí, perdón.

—¿Y? ¿Qué querés?

—No sé... estoy buscando un dulce blanco. Pero no Coca-Cola.

Él se ríe fuerte:

—Ah, jaja. Ya sé cuál querés vos, eh. Y mirá, te tengo que subir el precio porque está difícil de encontrar ahora. Pasame tu celular.

—¿Mi celular? ¿Por qué?

Abre más la mochila. Le veo una navaja. Un encendedor. No dice nada más. Me está amenazando.

Le doy el teléfono. Me tiembla la mano.

—Desbloquealo, boluda.

—Sí, perdón. Ahí va.

Lo desbloqueo. Él anota algo en Contactos. Lo guarda como "Delivery".

Me lo devuelve.

—Cuando quieras más, mandame un emoji cualquiera. Fierro me llamo.

—¿Fierro? Bien... Fierro. ¿Cuánto sería?

—No te preocupes. Ya te saqué diez.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Velocidad de dedos. Ahora andate. Y ni se te ocurra abrir la boca.

Vuelvo a mirar a la chica.

—¿No querés ayuda?

—Cerrá la boca, pendeja.

Me frena. Pero en su cara... hay algo. Algo que no cuadra. No sé qué es pero mejor la dejo ahí.

Salgo del aula, me guardo la bolsa bien al fondo del bolsillo y bajo al primer piso de nuevo. Suena el timbre.

Me cruzo con Valeria.

—¿Seguís viva?

—Sorpresivamente sí. Pero ya tengo la última prueba que necesitaba.

Capítulo 23

Tres de la tarde marca el reloj y estamos en la comisaría otra vez, antes de venir me deshice de la bolsa tirándola a la basura. Otra vez el puto interrogatorio. Vale se sienta a mi lado. Nina está adentro, tras esa puerta. Supongo que la están desarmando con preguntas. Me muerdo el labio. Miro todo: las luces que parpadean, el reloj apenas suena, los papeles que van y vienen en las manos de los oficiales. Me cuesta respirar. Él está acá. El Carnero está en estas cuatro paredes.

La puerta del fondo se abre. Nina sale con la cara lavada en lágrimas. Va como flotando. No nos mira. Y detrás de ella, ahí aparece él.

El oficial. El mismo que me apagó el podcast, que nos sacó los celulares. Tiene una maleta en la mano. La abre sin decir nada. Saca una laptop y me la entrega.

—Bienvenida de nuevo. Tomá —dice.

Tomo la laptop. La miro. No es la mía.

—Esta no es mía —le digo—. A la mía le falta la tecla F5.

La agarra de nuevo, se la pasa a otro oficial más joven.

—Revisala bien —le ordena.

Lo observo. Lo analizo de arriba abajo. Tiene que ser él. Es el único que tiene edad para haber conocido a Víctor. El único que pudo haber estado involucrado en lo que pasó hace tantos años.

—Valeria, ¿cierto? —dice entonces, sin mirarme—. Te toca.

"¡No!", grito en mi cabeza. Se me aprieta el estómago. No quiero que ella entre. No quiero que esté sola con él. Pero no puedo hacer nada.

Vale se pone de pie, temblando. Lo noto en sus manos, en la forma en que se acomoda el pelo, en la manera en que mira al piso. La puerta se cierra.

Cinco minutos.

Cinco malditos minutos.

Otro oficial aparece. Uno más joven, no debe tener más de veinticinco. Lleva una laptop en las manos.

—Esta sí es —digo cuando la veo—. Le falta la F5.

—Perfecto —dice él—. Me alegra haberla encontrado.

—Gracias.

Él sonríe apenas y vuelve al escritorio de recepción.

Me quedo sola. Pasa un minuto. Dos. Tres. Cuatro. Cada segundo es un castigo. Me pican las palmas. No puedo dejar de pensar en Daniel. En lo que está pasando allá adentro con Vale. En lo que piensa Nina.

La puerta se abre. Vale sale. Está pálida, pero entera.

Suspiro. Me pongo de pie.

Ahora sigo yo.

Camino hasta la puerta. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis pasos. Entro.

—Cerrá la puerta —me ordena.

La cierro. Antes de que lo haga, miro a Valeria una última vez. Me está cuidando la laptop, la tiene en el regazo. Me clava una mirada que me quiere decir fuerza, pero también miedo.

Me siento.

La oficina tiene olor a cigarrillo viejo y papel húmedo. Sobre la mesa hay fotos, papeles arrugados, una grabadora. Es igual a la de mi abuelo. El Carnero me queda justo enfrente. Su cara no se inmuta. Examino sus manos. Tiene tierra bajo las uñas. Y un pequeño corte en el dedo índice, rojo, casi reciente.

El oficial enciende la grabadora.

—Bueno, Luna Vanzetti. Bienvenida nuevamente. Ya sabés: no estás obligada a responder lo que no querés. Pero nos ayudaría mucho. ¿Notaste algún comportamiento extraño en Daniel Jiménez l os últimos días?

Tengo miedo. Me trago la saliva.

—No. Todo normal.

—¿Mencionó algo sobre venganza?

—No.

—¿Dónde estabas al momento del incidente? A la madrugada.

—Antes de la madrugada estaba en el McDonald 's. Con mi amiga. La acompañé a su casa y después para la madrugada ya estaba durmiendo en mi casa.

—¿Contactaste a Jiménez antes del incidente?

Mi corazón se frena. ¿Y si Nina o Valeria dijeron que sí? ¿Y si él ya sabe? Me sudan las manos. ¿Qué hago?

—No.

El oficial me clava la mirada.

—¿Segura? Te noto más nerviosa que la última vez. Sabés que Daniel confesó el asesinato de Sara Ferrer, ¿no?

Me quedo en blanco.

—¿Qué?

—Sí. Ahora quiero mostrarte algo. Un video registrado donde se ve a ustedes cuatro y al sospechoso. Caminan en dirección al bosque. Justo donde se reportaron incendios.

Gira la pantalla. Pone un video.

Pero no es ese. Es otro.

—No. Video equivocado —dice, apurado.

—¡Eh! Esperá —le digo—. Volvé atrás. ¿Qué fue eso?

—Señorita Vanzetti, esa información es confidencial.

—No puede ser confidencial si el caso ya se está cerrando. Ya tienen a su "culpable", ¿no? Quiero ver ese video.

—Denegado. Ahora pasemos a lo nuestro.

Me muestra otro video. Una cámara de seguridad. Se nos ve a nosotros cuatro entrando al bosque. El día que fuimos a buscar el celular de Sara.

—¿Qué fueron a hacer?

Lo miro fijo.

—Quiero ver el otro video. Ese es el trato. Yo hablo si usted me muestra lo anterior. Ese era Daniel, ¿no? Con el chico al que después mató.

—Por favor, no esquive mis preguntas.

—¡Y usted no esquive las mías!

Sin pensarlo, toco la flecha para retroceder.

El video anterior vuelve.

Daniel. De espaldas. Arrastra a un chico. El chico está desmayado, drogado o borracho, no sé. Apenas camina. Daniel lo lleva hacia el lago. Es de noche. La hora aparece arriba a la derecha. Todo coincide.

Pero hay algo raro. Lo noto de inmediato.

—¿Por qué Daniel tiene una mano blanca?

El oficial se tensa. Gira la computadora para su lado. No voy a dejar que me ignore.

—¿Hola? Le estoy hablando. ¿Por qué Daniel tiene una mano blanca? ¿Y por qué no le llegan los mensajes?

—Entonces sí le escribiste recientemente. Interesante. El celular no fue encontrado. Debe tener la mano vendada para tapar sus huellas.

—¿Y por qué alguien se vendaría una sola mano? Nadie hace eso. Usan guantes. ¿Dónde está Daniel ahora?

—Vanzetti, estás desviando la charla. Tu amigo será trasladado a un centro de contención para menores. Cumple los 18 en pocas semanas. Y ahí quedará. Proseguimos...

Miro la cámara en la esquina de la oficina.

—Terminamos. Usted dijo que no estoy obligada a seguir. No quiero responder más. Buenas tardes.

Me pongo de pie. Camino hacia la puerta. La abro con fuerza. Valeria está ahí, esperándome.

—Vámonos —le digo, casi jadeando.

Ella ve mi cara. Agarra la laptop y se pone de pie.

—Ahora —repito, y la agarro del brazo.

Salimos. Pero antes de irme, giro la cabeza una última vez.

El oficial de recepción me mira raro.

El viejo no sale de su oficina.

Lo sabe.

Yo también.

Sabe que yo sé que él es el asesino, sabe que lo descubrí.

***

Caminamos sin rumbo. Hace frío, pero ni siquiera lo siento. 16:30 y llevo la laptop pegada al cuerpo como un escudo, aunque no me

sirve de nada. Ni Valeria ni yo hablamos. Solo los pasos una detrás de la otra. El sonido de las zapatillas contra el asfalto húmedo es lo único que me mantiene conectada al presente. Ya pasamos por esta calle como cinco veces en los últimos diez minutos. El mismo kiosco cerrado, la misma pared pintada con grafitis del centro vecinal, la misma reja oxidada. ¿Y ahora qué? ¿Perdí? ¿Así termina la historia?

El Carnero vuelve a ganar. El supuesto "oficial". Y su secuaz quién sabe dónde está. Cuántos son. Qué quieren exactamente. Pero el resultado es el mismo: silencio, miedo, y nosotros con las manos vacías. Así acaba todo. ¿No di mi jaque mate? ¿Eso fue todo lo que logré?

Perdí a tres de mis cuatro amigos. Perdí la confianza de mis seres cercanos. Perdí mi podcast, que era lo único que me hacía sentir que tenía una voz en este pueblo. Perdí mi privacidad. Y si la denuncia sigue su curso, también voy a perder mi libertad. Me están sacando todo y lo peor es que siento que se lo estoy entregando yo misma, con moño y todo. Por jugar a detective. Por pensar que podía hacer algo. Que podía resolver lo que ni los grandes pudieron. Que podía salvar a alguien.

Boom.

Mis pensamientos se rompen en mil pedazos cuando doblamos una esquina y pasamos frente a una tienda de chocolates. No tengo hambre ni me interesa. Pero entonces la veo. Ese buzo largo, ese andar entre cansado y posado, esa postura recta que intenta esconder el dolor: Nina. Sin capucha esta vez. Ojerosa. Pálida. Pero es ella. Está ahí, justo al otro lado del vidrio empañado, agarrando una barrita de chocolate sin entusiasmo.

Valeria da un paso hacia la puerta, pero la agarro de la manga justo antes de que el maldito *"ting-ting"* de bienvenida nos delate. No quiero verla. No quiero que me vea. No sé qué decirle. No sé si debería decirle algo. Me quedo congelada, clavada al piso.

—No sé si debamos hablarle… No sé si *yo* deba hablarle —murmuro.

Valeria me mira. Parece que por dentro también se le está desmoronando todo, pero sigue intentando. Se toma dos segundos y responde:

—Solo está enojada. Lo podemos solucionar. Podemos empezar desde cero.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Nunca más vamos a empezar desde cero, Vale. Nunca más voy a tener la conciencia limpia.

Me doy vuelta. Miro para otro lado. No quiero que me vea llorar. Apreté tanto los puños que me dejaron marca en las palmas. Respiro. Pero me tiembla el pecho. Todo me tiembla. Le hablé sin querer con la voz de la rendición, esa que odio.

—Dijiste que ibas a sacar a Daniel de ahí. Que 72 horas eran suficientes —me lanza ella, casi con reproche.

Aprieto los párpados. Me aprieta el alma.

—Lo sé… pero no puedo. No soy lo suficientemente inteligente ni capaz de salvar a nadie —mi voz se quiebra—. Nina tenía razón. Solo quise jugar a ser una detective y arruiné a todo el pueblo. A Daniel lo van a encerrar en un centro de contención de menores. Así, sin más. Sin chance. Sin defensa. Sin nadie que lo crea inocente. Y todo es mi culpa.

Trago saliva. Me arde la garganta. El corazón me late tan fuerte que lo siento en los oídos.

—No abro mis redes hace días porque no quiero leer ni un solo "Luna Vanzetti, la sucesora de Víctor Vanzetti" —escupo con bronca —. Porque no lo soy. Nunca lo fui. Solo era una chica obsesionada con los crímenes, con ganarse puntos en el colegio, con demostrar que servía para algo… nada más.

Y de pronto, siento el calor. El abrazo de Vale. No dice nada. No necesita decir nada. Me rodea fuerte y se queda ahí, aguantándome. Una acción vale más que mil palabras, ¿verdad?. Y entonces me doy cuenta: estuve hablando en voz alta mirando un punto fijo, mirando a Nina. Toda esta confesión miserable salió de mi boca sin filtro, sin freno, sin pensar.

Sigo con la mirada fija en la tienda.

Y entonces, Nina sale.

Mierda.

Su cara está desencajada. El chocolate quedó adentro. En la mano tiene el celular. Lo aprieta fuerte. Me mira. Directo. Con esos

ojos que ya no son los de mi amiga, sino los de alguien a quien traicioné.

—¿Qué? ¿Ahora también sos mi guardaespaldas? —escupe, seca, cortante. Se pone la capucha y pasa rápido, casi corriendo, chocándome el hombro. Fuerte. Tan fuerte que me tambaleo un poco hacia atrás.

No me detengo a responderle.

No puedo.

Mi garganta está cerrada, mis pensamientos son un eco repetido, y el golpe de su hombro aún me vibra en el pecho.

Me quedo quieta.

Congelada en la vereda.

Y por dentro, me quiebro del todo.

Nos quedamos ahí. Paradas. Viéndola alejarse. Desaparece doblando la esquina, caminando rápido.

No digo nada.

Vale tampoco.

Clavadas en el medio de la vereda, entre los restos de hojas secas que giran con el viento y un pueblo que no se detiene, aunque para mí se haya frenado hace rato.

Entonces, se abre la puerta del local.

Escucho el "*ting ting*" que intenté evitar. Un chico de unos veintipico sale al frente del comercio. Tiene el pelo rojizo natural, muy brillante bajo el sol, una bata con un chocolate sonriente bordado en el pecho. Se seca las manos en una servilleta de papel y se nos queda mirando.

—Hey… vos sos Luna podcast, ¿verdad?

Levanto la cabeza con esfuerzo. Asiento con desgano.

—Cool —sigue, sonriendo—. ¿Está todo bien?

Asiento otra vez. No tengo ganas de explicar nada. No tengo ganas de hablar con nadie.

—Sí. Todo bien.

—¿Podemos tomarnos una foto? —pregunta, entusiasmado—. Te sigo desde antes de que tuvieras más de 24 mil seguidores.

Mi cerebro tarda dos segundos en registrar lo que dijo.

—¿Veinticuatro mil? ¿En qué momento?

Él se ríe. Genuino. Medio tímido.

—Sigo esperando que regreses. Quiero saber todo. Amo tu forma de narrar las cosas, el ambiente que armás, cómo vas llevando la tensión. Es adictivo.

Y entonces empieza a tararear la canción que yo uso en los cortos del podcast. Esa instrumental media tenebrosa, con ruiditos de vinilo viejo y un par de campanas distorsionadas. Le sale horrible. Pero me saca una risa. No porque tenga gracia, sino porque… no sé. Porque me olvido por un segundo de que estoy en el piso.

Le sonrío. Es una sonrisa rota, pero él no lo nota. Nos sacamos la foto. Me agradece mil veces y vuelve a meterse al negocio, contento, saludando con la mano.

Me doy vuelta. Vale sigue ahí, parada. Me mira. Yo repito en voz baja:

—¿Veinticuatro mil?

Ella sonríe también, suave.

—Qué loco, ¿no?

Busco mi celular. No por vanidad. No por curiosidad. Solo… quiero verificar si de verdad la vida siguió sin mí. Lo enciendo. Me tiemblan un poco los dedos. Abro las notificaciones y ahí está.

Una sola.

Una que me arranca de golpe del mundo real.

El bot revive.

Parpadeo.

Vale se acerca.

El bot. Ese que habíamos dejado programado cuando todavía Sara era nuestra principal sospechosa. El que estaba vinculado a una cuenta secundaria de Daniel, conectado a palabras clave, nombres de usuarios, lugares. El bot que ya dábamos por muerto. Se activó. En una historia de Instagram.

"FIESTAAAAA RUMBAAA", grita el mensaje. Y abajo una ubicación etiquetada.

El bot me redirige de inmediato a la cuenta. Una cuenta nueva. Recién creada. Pocos seguidores, muchas vistas. Historias por todos lados. Videos. Luces de colores. Imágenes cortadas de internet y un texto larguísimo explicando cómo entrar a la fiesta: sin remeras de

equipos de fútbol, con bebida propia, sin filmar a los demás, sin nombres reales. En uno de los bloques de texto aparece una frase que, al parecer, el bot interpretó como una coincidencia con los registros que Daniel le cargó.

"Traigan fenciclidina, lo que quieran NAAAA solo bromeo".

Ese "solo bromeo" no me hace gracia.

Vale me lee por encima del hombro. La ubicación está marcada en una de esas construcciones abandonadas en la salida norte del pueblo. Los esqueletos de cemento que alguna vez iban a ser edificios modernos, torres de quince pisos que nunca pasaron del segundo. Ahí. En uno de esos sitios donde solo queda el esqueleto del sueño.

—Hay que ir —digo.

Mi voz suena distinta. Llena. Directa. Con el tono que creí haber perdido.

—¿Qué? ¿Estás loca? *Luna-tica* —dice, mirándome con los ojos bien abiertos.

La miro de vuelta. No con desesperación. No con angustia. Con certeza.

—Esa sustancia solo el asesino la tiene. El primer asesino, el jefe de la comisaría, no va a ir porque causaría la mayor sospecha. Pero el segundo sí y ya se quién es, es el chico de los tatuajes, se hace llamar Fierro. Me dijo que ya no le queda mucha de esa sustancia, está buscando más.

Se queda callada.

—Vamos a esperarlo ahí —le digo—. Porque ese mensaje no es una broma. Y si lo es, igual lo escribió él, Fierro.

Nos quedamos en silencio otra vez. Pero ahora no es un silencio muerto. Es un silencio que carga tensión, que empuja hacia adelante. El viento vuelve a girar en la esquina, levantando hojas. El pueblo sigue, pero esta vez, también nosotras.

Mi cuerpo sigue roto.

Mi ánimo está por el suelo.

Pero por primera vez en días, siento algo parecido a un nuevo plan.

Un día. Mañana.

Eso es lo que tengo hasta el día de la fiesta.
Un día para entender cómo volver al tablero.
Un día para hacer jaque mate.
Ya no tengo nada que perder, y eso ahora es una ventaja.

Capítulo 24
22 de mayo de 2025

—Hola, soy Nina. Ahora mismo no puedo responder. Dejá tu mensaje a continuación del tono.

Piiiip.

Hago un "pfff" tan largo que me duele el pecho. Bajo el celular y miro al cielo, brazos caídos, ojos entornados. Ni siquiera sé por qué sigo intentando llamarla. Me bloqueó, se fue del grupo, no lee mis mensajes. Estoy sola otra vez.

Frente a mí, el centro de contención parece un colegio común y corriente… si no fuera por las rejas dobles, las cámaras en cada ángulo, y la falta total de color en las paredes. Gris. Blanco. Opaco. Todo el edificio parece estar hecho con la misma tristeza que se respira en Valle Verde desde que esto empezó.

Me revisan la mochila, me hacen pasar por un detector y un policía de gesto seco me hace una seña con la cabeza. Lo sigo en silencio. Camino por un pasillo que parece nunca terminar, con los pasos retumbando en el piso encerado. Cada tanto, una puerta cerrada, una luz de tubo parpadeando, el sonido de una voz apagada tras una pared. Me siento más en un hospital abandonado que en un lugar donde deberían "rehabilitar" a adolescentes.

Voy vestida con mi cargo negro, la remera de mi podcast (que ahora me da vergüenza usar) y unas zapas blancas de suela alta. Me había olvidado lo cómodo que es este conjunto. Lo había usado para entrevistar a uno de los médicos del pueblo en un episodio de la temporada dos. Hoy lo uso para enfrentarme a mi propio desastre.

Me hacen sentar en una sala que huele a desinfectante. No hay decoración, ni ruido, ni ventanas. Solo una cabina con un vidrio templado al frente. Me siento. Apoyo las manos sobre las piernas. Respiro.

Cuarenta y siete segundos después, Daniel aparece.

Frente a mí.

Separados por un cristal grueso que me devuelve una versión pálida de mi cara reflejada.

Se lo nota cansado, confundido. Tiene ojeras, los hombros más bajos, la mirada más apagada. Nos miramos fijamente. ¿Qué pensará de mí? ¿Cree que lo traicioné? ¿Que lo abandoné? ¿Que todo esto es culpa mía?

Abro la boca para hablarle, pero él me hace un gesto: no me escucha. Señala su costado. Hay un teléfono.

Por supuesto. Esto es como en las películas. Agarro el tubo.

—Tenés cinco minutos —dice el oficial parado detrás de mí, sin siquiera mirarme.

Apoyo el teléfono en la oreja y por fin escucho su voz.

—¿Cómo estás? —pregunto.

—Estuve en mejores situaciones. ¿Cómo estoy? No sé. —Suspira.

—¿Qué pasó ese día? Antes de esto…

—¿Vas a insinuar que yo maté a mi compañero? Literalmente no recuerdo nada.

—No, no. Sé que sos inocente. De hecho… —bajo la voz— ya sé quienes son los dos asesinos.

Él se queda en silencio un segundo. Luego levanta las cejas.

—Genial. ¿Por qué no me sacás de acá, entonces? —dice, sarcástico.

—Lo voy a hacer.

—¿Cómo está Nina?

—No sé. Pensé que iba a venir también, pero me bloqueó. Se fue de todo. Pero no vamos a hablar de eso ahora, entiendo que la amas y todo pero no se puede. Nos quedamos sin tiempo. ¿A qué te referís con que no recordás nada?

Apoya el codo en la mesa y se rasca la frente.

—No sé. Estaba jugando y fui a tomar agua. Y después empecé a sentirme mareado, adormecido… y de un momento a otro, *pum*. Me desmayé. O me dormí. No sé.

—¿Y cuándo despertaste?

—No sé qué pasó. Me desperté y lo primero que sentí fue frío. No tenía mi buzo, ni mi mochila, ni mi celular. Abrí los ojos y no era mi

habitación. La cama era dura, el techo era blanco, todo era blanco. Me sentía mareado, desorientado. Estaba en la comisaría.

—Fenciclidina —susurro.

—¿Qué?

—Dijiste que fuiste a tomar agua. Tu agua debe haber tenido fenciclidina. Te drogaron. El segundo asesino tomó tu buzo.

—¿Hay dos?

—Sí. Y el segundo mató a tu compañero. Lo lamento mucho.

Traga saliva. Se cruza de brazos.

—No sé cómo llegué acá. No vi televisión, no fui a mi casa. No pude hablar con nadie.

—Voy a sacarte, lo prometo. Ya sé dónde encontrar al segundo y revelarlo al mundo. El primer asesino es… —me inclino hacia adelante, susurrando aún más bajo— el jefe de la comisaría. Pero necesito una confirmación más. Más pruebas.

—¿Y cómo se llama?

—Eso es fácil. Solo tengo que buscar un poco. Pero dijo que vos confesaste el asesinato de Sara. ¿Cómo es eso?

Frunce el ceño, confundido.

—¿Qué hice qué? Nunca pasó eso. Nunca hablé con él todavía.

Siento que el corazón me salta en el pecho.

—¿O sea que manipuló esa confesión? ¿Y todos los archivos?

—¿Sí?

—Todos los archivos… —mi voz se quiebra— Mi denuncia…

Me mira en silencio.

—Tu denuncia… —dice.

—Fue manipulada —digo—. Exacto. Sara nunca me denunció por nada, él lo hizo ver así para que yo abandonara esto.

Y en ese instante, la alarma suena. Un zumbido agudo llena la sala y me sobresalta. El teléfono se apaga. Daniel lo cuelga de inmediato. Un oficial entra y lo agarra del brazo. Él me mira una última vez, y antes de que lo giren para sacarlo de la sala, me guiña el ojo.

Yo levanto la mano y lo despido con un gesto suave.

Se lo llevan.

Me quedo sola en la sala.

Sola con el tubo colgando, el reflejo de mi cara cansada en el vidrio y una certeza que me quema en la lengua:

Sara nunca me denunció.

El jefe falsificó TODO.

Y el tablero acaba de girar, le saqué otra pieza.

***

Limpio mi entorno.

No por obsesión, sino por necesidad.

Mis manos primero. Después el escritorio. El lente. Las perillas de volumen. Todo.

Cada superficie que toco me recuerda que estoy a segundos de encender la magia.

De abrir la puerta.

De rebobinar el pasado y fundirlo con este presente que aún me late raro.

"El caso quedó oficialmente cerrado", dijeron las noticias.

"El pueblo está en paz", dijeron también.

Claro. Pero... ¿de qué clase de paz hablan cuando la verdad sigue enterrada?

La pantalla se enciende. Me refleja.

El botón de *"Transmitir en vivo"* brilla en rojo, iluminándome la cara.

Coloco el micrófono en su lugar, ajusto los cascos que me mandó la marca que empezó a patrocinarme. Todo parece tan profesional ahora… tan distinto.

Hace apenas unos meses tenía cinco mil seguidores.

Hoy… veinticuatro mil.

Suspiro. Trueno los dedos.

—Acá voy —digo en voz baja, más para mí que para nadie.

Luces, cámaras… y revelación.

Aprieto el botón.

La transmisión arranca.

Durante los primeros tres minutos, no digo ni una palabra. Solo miro.

Miro cómo la cifra de conectados sube.

Mil. Dos mil. Tres mil.
Nueve mil.
Nueve mil cuatrocientos.
La pantalla se llena de emojis.

@manzaranja28: Mirá vos, sigue viva
@lunafansofficiall: Increíble *comeback*

Cierro los ojos un segundo. Vuelvo a abrirlos.

—Sé quién es el Carnero —digo, despacio, sin adornos—. Y hoy les voy a contar absolutamente todo. No me importa si esta es mi última grabación, pero no pienso morir sin antes decir la verdad. No se va a repetir la historia. Lo primero que quiero decir es: lo siento, a todas las personas que se sintieron tocadas, expuestas, heridas con todo esto… A la familia de Sara. A Daniel. A Valeria. A Nina. Mis amigos. O al menos… lo eran.

Suspiro. Largo. Real.

—Durante este tiempo me sumergí en el caso más que nunca. Vi cosas que no voy a repetir acá porque hay cosas que simplemente no se deben decir en voz alta. Pero seguí rastros. Pruebas. Primero lo básico: El Carnero está vivo y sigue acá, en este mismo pueblo, en Valle Verde. Tenía muchos sospechosos. Uno de ellos fue Mariano Gravilov porque estuvo presente en dos de los casos del Carnero. Y sí, mi propio abuelo, Victor Vanzetti, creyó que Mariano era el asesino. Pero había un detalle que no cerraba: Mariano tenía 19 años; y el informe forense hablaba de alguien entre 25 y 35. No coincidía y nunca coincidió. Y después, algo peor: Cada vez que me acercaba a una pista concreta, la policía intervenía o aparecía para hacer nada. O directamente me cerraban el paso. ¿Nunca les pareció raro que nadie quisiera investigar el incendio del bosque?

Suspiro de nuevo, trago más aire.

—Pero fue el propio Carnero quien cometió el error. Él me reveló todo sin querer y entró a mi casa, no sé cuándo, ni cómo. Y colocó un boleto de tren antiguo, escondido dentro de una foto de mi abuelo. Un boleto con fecha posterior a su muerte,es obvio que quería que yo pensara que él estaba vivo y que había fingido todo para escapar. Pero el boleto tenía un problema y es que no coincidía

con la información ferroviaria de Valle Verde. Era falso. Falsificado recientemente. Y eso solo podía hacerlo alguien con acceso a papel viejo. Papel verdadero, de época. ¿Quién guarda cosas así durante décadas? ¿Quién no tira nada nunca? ¿Quién tiene ese perfil? Solo apuntaba a una persona. Una persona que también tenía acceso a todos los archivos policiales. Que podía modificar testimonios. Cambiar denuncias.

Vuelvo a suspirar, pero este es un suspiro con más ira que tensión.

—El jefe de policía. Sí, gente. El Carnero es el jefe de policía de Valle Verde, y Victor Vanzetti nunca murió por un paro cardíaco, él lo mató porque Victor lo descubrió, muy tarde. Y no trabaja solo. Hay un segundo Carnero y se los voy a revelar hoy. Me enviaron amenazas, me sacaron la laptop, me intervinieron el micrófono, me prohibieron seguir con mi podcast. ¿Quieren saber por qué? Porque sabían que yo estaba cerca. Cerca de todo.

El número de espectadores asciende a los quince mil.

Silencio. No uno vacío, sino de esos que se sienten pesados, llenos de expectativa. Solo suena una melodía en segundo plano: mi canción. La del podcast. Esa que me acompañó durante todo este tiempo y que por fin vuelve a sonar. Escucharla de nuevo me eriza la piel.

Miro el chat. Al principio son pocos. Luego decenas. Y en cuestión de segundos, cientos de personas escribiendo lo mismo.

Nazario Salvat es el jefe de Valle Verde.

Nazario Salvat.

Nazario.

Salvat.

El nombre se repite, una y otra vez. Mi respiración se acelera.

—¿Están seguros? —digo en voz baja, pero mis dedos ya están tecleando el nombre.

Abro una pestaña nueva y escribo: Nazario Salvat. *Enter.*

Y ahí está. Decenas de notas, fotos, menciones. Y arriba de todo, una transmisión en vivo. Sin pensarlo, hago *click*. El video carga. Aparece él, hablando con una reportera. El jefe de policía. El hombre

al que toda mi investigación parece haber estado señalando desde el principio.

Activo la opción de compartir pantalla. El chat sigue subiendo, pero ya no lo miro. Divido la pantalla, abro Word. Empiezo a escribir. No quiero perder ni una sola palabra.

—¿Qué nos puede contar sobre el asesino? —pregunta la periodista.

Nazario responde con su voz áspera, con una sonrisa que me resulta insoportable:

—Me parece una falta de respeto lo del chico. ¿Cuál es la necesidad de tomarse todo como un chiste?

Escribo rápido, casi mecánico. La periodista sigue hablando:

—¿Valle Verde está seguro ahora?

—Sí, más que nunca. Vamos a empezar a restringir la información que circula por internet. Especialmente esos "podcast", o como se llamen.

Mi mandíbula se tensa.

—¿Va a retirarse? ¿Qué pasó con el verdadero asesino?

—Nunca lo sabremos. En los 80, Victor Vanzetti y yo investigamos el caso. Él nunca pudo resolver nada. Lo vi estresarse, volverse loco. Tomaba demasiado café. Y un día, simplemente desapareció. Cuando supe la noticia de su muerte, quedé igual de sorprendido que el resto —ríe como si todo fuera una broma interna que solo él entiende—. Sobre retirarme... no lo sé. Soy un hombre mayor, casi setenta. Pero no puedo dejar al pueblo. Valle Verde ocupa todo mi corazón.

La periodista hace una pausa antes de lanzar la pregunta que más me duele:

—¿Cuánto tiempo permanecerá el chico, Daniel?

Nazario se ríe otra vez.

—Asesinó a dos personas. Revivió el terror en el pueblo. Afectó la vida de toda la comunidad. Más de veinte años preso, le aseguro. En este pueblo... quien calla, otorga. Y quien habla, muere.

Cierro la transmisión de inmediato.

Esa frase.

Esa maldita frase.

En este pueblo… quien calla, otorga. Y quien habla, muere.

No me muevo. No hablo. Ni siquiera escucho la música del podcast o veo los comentarios en el chat. Mi cabeza está haciendo eco. Ya la escuché antes. Lo sé. Pero ¿dónde?

Me levanto de golpe. Camino hasta el cajón donde guardo todos mis papeles. Tiro cosas al suelo, carpetas abiertas, notas sueltas. Hasta que mis dedos tocan una hoja distinta. El papel es más grueso. Lo saco, temblando.

COMISARÍA DE VALLE VERDE
ACTA DE DENUNCIA PREVENTIVA – RESERVADA

Trago saliva. Bajo la mirada. Empiezo a leer.

Contenido de la denuncia:

"Si algo me pasa. Si desaparezco. Si muero… por favor, fue Luna. No sé si es culpable, pero está en el centro de todo. No quiero tener miedo más. En este pueblo… quien calla, otorga. Y quien habla, muere."

Mi cuerpo entero se paraliza.

No puede ser.

Esa frase. Exactamente esa frase. Está acá. En este documento. En una supuesta denuncia de Sara. Pero Sara nunca hablaría así. Nunca. No escribiría eso. No de mí. No de nadie.

Fue fabricada.

Manipulada.

Sara nunca me denunció y lo puedo confirmar.

Ella también fue víctima. Usaron su voz, su nombre, su muerte. La convirtieron en excusa, en arma. Y la frase que Nazario repite como una bandera es la prueba que faltaba. El círculo se cierra.

Ahora lo sé con certeza.

Nazario Salvat es el Carnero.

Y usó todo lo que pudo, el miedo, la autoridad, el poder; para construir su coartada perfecta. Pero cometió un error. Me subestimó.

Yo tengo las pruebas.

Y no pienso callar.

Miro la pantalla, veo la cifra que sigue subiendo, miles y miles conectados, todos atentos. El chat no para de llenarse de mensajes, emojis, preguntas, apoyo. El corazón me late fuerte, pero sé que tengo que parar. Por ahora.

Respiro hondo y digo en voz alta:

—Gracias por estar de nuevo. Nos vemos de nuevo en un rato.

El silencio en el chat es instantáneo, casi se siente el desconcierto a través de la pantalla. "¿En un rato?", "¿Qué quiere decir?", "¿Se va a desconectar?", "¿Qué está pasando?".

Sin esperar respuestas, corto la transmisión. La pantalla se vuelve negra y todo se detiene.

Me quedo mirando la oscuridad con los ojos bien abiertos, consciente de que esta pausa solo aviva más la llama.

Ahora empieza lo verdaderamente peligroso. La fiesta.

Capítulo 25

Faltan unas diez cuadras para llegar al lugar. Bajo la luz chillona de un local de juegos y frente a un comercio de ropa sin alma. Lo suficientemente lejos para considerar este punto "seguro". Mi reloj vibra y marca las 23:00. Perfecto. La excusa fue simple: *Mamá, voy a lo de Valeria a seguir con la postulación del centro de estudiantes.* Listo. Problema solucionado. Ni preguntas, ni sospechas. A esta altura ya se acostumbró a que ande metida en cosas.

Miro el celular de nuevo. Solo pasaron dos minutos. Valeria todavía no llega.

No me vestí para una fiesta. Primero, porque no me gustan. Segundo, porque nunca fui a una. No sé cómo se supone que se va. Me puse lo primero que vi: campera de cuero negra ajustada, remera básica gris oscuro, jeans azul muy oscuro que parecen parte de mi cuerpo, unos tenis discretos y un anillo grueso con puntas puntiagudas… útil si alguna vez necesito defenderme. Esperemos que no llegue a tanto, pero no descarto nada.

Al fin.

Al final de la calle, entre sombras largas y faroles parpadeantes, la veo venir. Lento. Demasiado lento.

—Por dios, Valeria, ¡caminá rápido! —murmuro, sabiendo que no me escucha.

A diferencia de mí, ella sí parece que va a una fiesta de verdad. Jean celeste claro, largo hasta sus zapatillas extra altas, una remera que deja ver el ombligo y una riñonera cruzada en diagonal. No hay scrunchie esta vez. Ni trenza. Ni nada de su look de siempre. Me sorprende un poco verla así. Pero supongo que todos nos disfrazamos un poco antes de hacer algo peligroso.

Apenas me ve, sonríe como si viniera al cumpleaños de alguien y no a una cueva infestada de potenciales criminales. Abre la riñonera apenas llega a mi lado y me muestra lo que trajo.

—Traje unas agujas, cinta decorativa, tijeras pequeñas y una engrapadora, todo lo que me pediste "por si acaso".

—¿Y tu celular? —le digo con la mirada afilada.

—¿De verdad pensás que no voy a traerlo?

Giro los ojos. Ella sigue sonriendo.

—Bueno… vamos. Rápido. La fiesta empezó hace una hora. El asesino debe estar ahí.

Caminamos. Dejamos atrás los últimos comercios abiertos. El ruido de la civilización se va apagando. Ya no hay luces cálidas ni sonidos reconocibles. Solo ese vacío frío que tiene la parte "triste" del pueblo. Casas con persianas podridas, estructuras abandonadas que parecen más huesos que edificios. Calles llenas de tierra y manchas de humedad en los muros. Nadie vive acá. Ni siquiera los perros.

Y a lo lejos, luces. Música fuerte.

Un ritmo vibrante, distorsionado. Graves que se sienten en el pecho. Voces gritadas, sonidos de metal golpeando metal, bajos que se filtran por las paredes sin terminar. Vale me grita desde atrás:

—¡Heyyy! ¡Te estás apresurando! ¡No puedo caminar rápido yo! ¿No ves?

Me planto en seco y me doy vuelta.

—Es tu culpa. ¿Por qué viniste así? No vamos porque sea una fiesta de verdad.

Ella no responde. Solo me alcanza. Bajamos la voz.

Al llegar al lugar, nos damos cuenta de que no hay puerta. Solo un pedazo de metal suelto entre bloques de concreto despintado, lo que alguna vez fue la entrada de algo que nunca se terminó. El edificio parece haber quedado congelado en el tiempo, dos pisos a medio levantar, cables colgando como serpientes muertas, ventanas sin vidrio, escaleras truncadas. Un tercer piso es solo una plataforma vacía con columnas.

El candado del ingreso se cae apenas lo toco. No está cerrado. Solo estaba apoyado. Claro que no iba a estar cerrado.

Entramos.

Por instinto, le tomo la mano a Valeria. Ella se ríe. Le susurro al oído:

—No te separes.

Hay demasiada gente. El olor es lo primero que me golpea: tierra húmeda, alcohol barato, cigarrillos, humo quemado, perfume barato, transpiración. Hay basura por todos lados. Bolsas vacías, colillas, botellas rotas. Un chico borracho se choca contra mí sin siquiera disculparse. Me estremezco. Trago saliva.

Hay personas sentadas en el piso fumando cosas que no reconozco, otros durmiendo en sillones rotos, empapados de quién sabe qué. Un par de chicas se ríen a carcajadas en un rincón mientras dibujan algo en la pared con un lápiz labial.

No hay ni un solo celular a la vista. Nadie graba nada. Ni una sola luz azulada.

Y hay demasiadas máscaras.

Algunos con máscaras completas, otros solo con antifaces. Uno tiene una máscara de bebé gigante. Otro una de payaso. Otro lleva puesta una capucha negra con dos agujeros para los ojos y un símbolo en la frente, muchos encapuchados. Veo orejas de animal, narices postizas, filtros de gas. No distingo caras. No sé quiénes son. Eso lo hace peor.

Vale aprieta mi mano. Ya no le causa gracia.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta, apenas audible.

—Buscar. Y tratar de salir vivas.

Traga saliva. No responde.

Sigo mirando, memorizando cada detalle. Al fondo, entre columnas peladas, hay una especie de mesa improvisada con bebidas, luces verdes, alguien tirado en el piso. Un parlante gigante vibrando. Gente bailando sin ritmo, sin sentido. Como *zombies* con colores neón.

Esto no es una fiesta. Esto es una trampa abierta, esperando que alguien cometa el error de respirar demasiado fuerte.

Empezamos a caminar entre la gente. No es caminar, en realidad: es esquivar, esquivar cuerpos que se tambalean, vasos derramados, miradas que no enfocan. Un chico se nos cruza de golpe. Mira a Valeria, le sonríe con un gesto asqueroso, borracho perdido. Le toma la mano y la aprieta.

Ella le da un cachetazo. Seco. Fuerte. Le cruza la cara. Sus amigos, todos igual de pasados, se ríen. Ríen como hienas. No por lo gracioso, sino porque no sienten nada. Ni vergüenza, ni respeto. Nada.

Seguimos avanzando. No decimos nada. No hace falta.

Damos toda la vuelta por el costado del "edificio". Atrás no hay música, ni luces, ni gente. Solo tierra húmeda, paredes despintadas, cables colgando y un olor ácido que no puedo ubicar. Podrido, como metal mojado. No hay ni una planta. El silencio es relativo, pero al menos podemos escucharnos sin gritar.

—Quedémonos acá —le digo, apoyándome contra una de las paredes sin revoque—. Podemos vigilar todo desde este punto.

Valeria está temblando. No solo la voz, también las manos. Le tiemblan los brazos, los hombros. La barbilla le vibra.

—Tengo miedo.

—Después de esto —le digo, con la voz más suave que puedo sacar—, te prometo que voy a hacer lo que quieras por un día entero.

Ella me mira, parpadeando despacio. Sus ojos están brillosos, dilatados. Hay algo de enojo en ellos también.

—Una semana.

Suspiro. Intento forzar una sonrisa, pero creo que me sale más como un gesto de cansancio.

—Sí. Una semana.

Nos cruzamos de brazos. Ella se abraza a sí misma. Yo me dedico a observar. Miro todo. Arriba: más gente en el segundo piso, algunos bailando, otros caminando en círculo, uno se asoma por el borde y tira una botella que se hace trizas cerca de nosotras. A los costados: rostros ocultos, figuras borrosas. Y yo... yo no traje nada para cubrirme la cara. Qué idiota. ¿Nadie me reconoce? ¿O ni siquiera me conocen? Estos *zombies*, entes con cuerpos prestados. Esta no es mi especie.

Me doy vuelta. Valeria también. Saco el celular del bolsillo.

—Voy a poner un directo.

Ella se gira rápido, abre los ojos.

—¿¡Estás loca!? ¿Y si tu mamá lo ve? ¿Y si alguien cercano se da cuenta?

—Prometo que no va a pasar nada.

Dos promesas en menos de dos minutos. Estoy quebrando todos mis récords.

—No sé... no lo hagas, en serio...

No la escucho. Ya estoy transmitiendo.

—Escuchen —digo mientras la cámara me graba y los espectadores empiezan a aparecer, enfocando solo mi rostro en penumbra—. Recuerden que dije "nos vemos en un rato". A esto me refería. Estoy en el presunto lugar donde se encuentra el segundo asesino. No puedo decir la ubicación. Voy a fijar un mensaje en el chat para que a medida que se unan más personas sepan qué está pasando.

Valeria empieza a respirar raro. No lo noto al principio. Pero después sí. Sus manos se aprietan contra el pecho.

—¿Estás bien? —le pregunto, dejando el celular apenas más abajo.

—Sí… solo necesito agua.

Pienso. Agua no. No acá. No en este lugar.

—No podés tomar agua, debe estar contaminada con esa sustancia.

—… por favor. Necesito algo.

Miro alrededor. El chat explota en tiempo real, cada vez más rápido. Caritas asustadas, mensajes que no alcanzo a leer, "¿Dónde estás?", "¿Es real esto?".

Y entonces mis ojos lo ven.

Un grifo. Frente a lo que parece una habitación sin terminar, una especie de cuartito con techo bajo. Puede que ni funcione. Pero no puedo no intentarlo.

Meto el celular en el bolsillo. La cámara sigue grabando.

—Bien. Voy a ir ahí. Está a unos quince metros. No te vayas. Respirá.

Vale se sienta en el piso. Se hace bolita. Como una nena chiquita en medio de un terremoto.

Camino entre la tierra húmeda. La linterna del celular, apenas encendida, alumbra mis pasos. Me acerco al grifo. Me agacho. Extiendo la mano.

Y entonces…

Manos.

Una en mi boca. Otra en mi cuello.

No hay aire. No hay sonido. No hay explicación.

Una pierna golpea la parte trasera de mi rodilla y se me va el mundo. Caigo hacia atrás, dura, sin control. Todo en mí se mueve, menos yo. El cielo oscuro gira en espiral sobre mi cabeza. No veo el rostro. Solo siento la fuerza. El olor agrio de una persona cerca. El hierro oxidado de una mano cerrando mi garganta.

Intento girar el cuello. Nada.

Intento soltarme. No puedo.

Mis manos manotean el vacío. Araño. Pateo. Golpeo con los talones la tierra. Mi pecho se contrae. Las uñas me duelen. La desesperación me arde.

Me están arrastrando.

No hay gritos. Solo la respiración pesada de quien me lleva. Siento la tela húmeda debajo de mi espalda. El roce áspero. Piedritas que se clavan en mi piel.

Una puerta se abre detrás de mí. Madera vieja. Un chirrido largo.

Y entonces la escucho.

—¡Luna!

Valeria grita mi nombre.

Pero no la veo.

La puerta se cierra. Con un golpe hueco. El mundo queda negro.

Me atrapó.

PARTE III
La máscara cae

Capítulo 26

Me suelta de golpe, la cabeza me da vueltas. Huele a humedad, a encierro. Intento levantarme y siento una patada en mi costilla, me tiemblan todos los huesos, crujen. Grito de dolor como nunca antes grité.

Una voz. No me habla, me grita.

—¡De pie!

Me arrastro torpemente, las piernas tiemblan, pero me obligo a ponerme en pie. Me tambaleo. El dolor me hace apretar los dientes. Abro los ojos. Están llenos de lágrimas, no sé si por el miedo o por el dolor. Tal vez por todo junto.

Y entonces lo veo.

El Carnero. El del bosque. No el original. El segundo. El impostor. El maldito.

Está ahí parado, mirándome. Todo de negro. Ropa pesada, chaqueta gruesa, capucha sobre la cabeza, una máscara completamente negra cubriéndole la cara. Sólo la forma de un rostro vacío, hueco. La mano vendada, el puño cerrado.

No dice una palabra. Se agacha, abre un bolso y saca algo.

Un cuerno.

Un maldito cuerno de cabra.

Camina hacia mí. No corre. Camina.

Yo retrocedo, pero no tengo espacio.

Se me tira encima.

Me agarra del cuello. Me empuja. Siento el golpe seco de mi cabeza contra el suelo de cemento. Un ruido sordo. Me marea. Me falta el aire. Su peso encima mío.

Y entonces lo siento.

La punta del cuerno.

En mi costilla.

Presiona.

Gira.

Gira muy despacio.

No puedo gritar. No me sale. Quiero mover los brazos, empujarlo, pero no tengo fuerza. El dolor es todo lo que hay.

Se terminó.

Mi vista se nubla, mi cerebro también, solo pienso. ¿Son estos los famosos últimos siete segundos que uno recuerda antes de morir?

Pienso en Valeria. Le prometí que iba a estar bien. Lo último que hice por ella fue intentar conseguirle agua. ¿Eso me convierte en una buena persona?

Pensé que salvar a Daniel me hacía una buena persona.

Pero otra voz aparece en mi cabeza. Una que dice que todos estos problemas también son culpa mía. Que esto nunca debió haber llegado tan lejos. Que nunca supe frenar. Que nunca pude dar vuelta el tablero. Que, como Victor Vanzetti, voy a terminar muerta, olvidada, convertida en una historia más.

Pienso en mamá, en el estrés que le di estas últimas semanas. Fui una estúpida todo este tiempo.

El jefe lo dijo: "Separados por el tiempo, unidos por el mismo caso."

¿Así termina todo?

¿Así de fácil?

¿Después de todo lo que hice?

¿Después de sacrificar todo?

¿Perder?

No. No puede terminar así.

NO.

Me sacudo y vuelvo a la realidad.

Mi mano, libre. Busco su cara. Siento la máscara. La estiro con fuerza.

Y tiro.

La arranco.

Él se echa hacia atrás de inmediato, tapándose el rostro. No quiere que lo vea. No quiere que lo sepa. Pero yo no suelto. Yo no me rindo. Yo sé quién es.

Me arrastro. Me incorporo como puedo. Me toco el costado, y mi campera tiene sangre. No sé cuánto, pero no me importa. Miro a la puerta. Cierro el puño.

La puerta no cede.

Él se mueve.

Levanta el cuerno y me lo lanza. Lo esquivo por poco. Su voz explota de repente:

—¡QUÉDATE AHÍ, MIERDA!

No lo miro.

Miro mi mano.

El anillo.

Me acerco.

Él gira la cabeza. Pero no lo suficiente.

Le bajo la capucha de un tirón.

No me lo pienso.

Le meto un puñetazo con toda la fuerza que me queda. Mi anillo le rasguña la cara y la sangre empieza a salir en forma de línea.

Él se da vuelta.

Nos miramos.

Cara a cara.

Y en ese instante... no entiendo nada.

Mi cuerpo se queda frío.

Mi mente, en blanco. No era Fierro el segundo asesino.

—No... —balbuceo—. No puede ser...

Lo miro a los ojos.

—¿Primo?

Capítulo 27

No dice nada, se queda ahí. Trato de procesar todo:

—¿Por qué…? —mi voz tiembla—. ¿Por qué hiciste todo esto? ¿Por qué mataste? ¿Por qué me traicionaste, Esteban? Mi propia sangre…

No responde al instante. Mira el suelo, las manos temblorosas.

—Me obligaron —dice al fin.

—Tu mano… —susurro—. Nunca te quemaste con agua caliente. Te quemaste en el bosque.

Alza la vista.

—No. Nunca me quemé con agua caliente.

Lo miro. Lo entiendo todo. Las palabras de mi papá vuelven, como un golpe directo al estómago: "Te ofrecería algo tibio, pero hace dos semanas no hay agua caliente o gas en esta zona". Obviamente no se quemó con agua, se quemó en el bosque, queriendo prendernos fuego. Estaba ahí y me pasó desapercibido.

—Fui tan tonta… —murmuro—. ¿Cómo ibas a quemarte con agua caliente si ni siquiera hay?

Él se ríe. No es una risa feliz. Es amarga, rota.

—Hasta creí que sabías que era yo y que por eso viniste. Entregame de una vez.

—¿Qué?

Su voz se quiebra:

—No quiero seguir con esto. Me obligaron. Nunca quise hacerlo.

Y empieza a llorar. Se tapa la cara. Se acurruca. Ya no parece un asesino. Parece un chico atrapado en un incendio que él mismo ayudó a prender.

—¿Quién te obligó? —pregunto.

—No lo sé. Nunca lo vi. Siempre obedecí a lo que me pedía. Me amenazó con que si no te detenía... dijo que si no te detenía, iba a matarme. A mí, a mis padres, a los tuyos… a todos.

—Pero podés dejar de obedecerlo —insisto, apretando los dientes —. Ya no tiene sentido seguir haciéndole caso.

Él niega con la cabeza. Está destruido.

—No. No merezco nada más. Solo desprecio —baja la vista, nota algo—. ¿Estás grabando?

El directo. Lo olvidé por completo.

—¡Mierda!

La puerta se abre de golpe. Valeria entra. Sus ojos se agrandan al vernos. No sabe a quién mirar.

—Hola —susurro—. Estoy bien... más o menos.

Ella corre a mi lado. Él se tapa la cara otra vez. Valeria no dice nada, solo tiembla.

Me acerco a él.

—¿Dónde está la droga? ¿Qué hiciste con Daniel?

—Ya no tengo más. Para eso era la fiesta. Para terminar todo. Y no sé quién es Daniel… ¿el chico que arrestaron?

—¡Sí, perro imbécil de dos patas! ¡Mi amigo! ¡Por tu culpa está preso! —le grito, con rabia desgarradora.

—Lo siento…

—¡No! ¡"Lo siento" nada! —mis ojos se llenan de lágrimas—. ¡Mataste a mi amiga, encerraste a otro, otra ya no me habla, mi mamá no me habla, mis profesores me ignoran! ¡Todo es tu culpa por no hablar antes!

Saco el celular. Lo levanto. A la mierda Esteban, que se cague muriendo, que se pudra en la cárcel y en el infierno.

—¡*Reposteen* esto AHORA! ¡El segundo asesino! ¡El mugriento, el asqueroso, la plaga de Valle Verde!

Valeria sigue en shock. No articula palabras. Yo tiemblo. Demasiado.

Corto el directo.

—Llamá a emergencias —le digo a Vale. Me cuesta respirar.

Ella obedece. Marca. Atiende una voz femenina.

—¿Sí? Comisaría de Valle Verde.

—Eh… sí… tenemos al verdadero asesino… del caso de El Carnero.

—¿Está usted en peligro?

—Sí. Perdón. No. No lo sé. ¿Puede venir?

—Necesito su ubicación.

Valeria duda. No sabe qué decir. Yo tomo el celular.

—¡Estamos en la zona de los edificios abandonados! ¡Iban a construirlos y nunca lo hicieron! ¡Hay luces, música fuerte, van a escucharlo! ¡Vengan rápido, es urgente!

Corto.

Esteban se sienta, resignado.

—Últimos minutos de libertad…

—Te odio, Esteban. Te odio como nunca odié, nunca vas a recibir mi perdón. No sos parte de mi familia. Nunca más lo vas a hacer. ¡Te mereces los peores castigos, burro sin cerebro!

Y entonces...

Todo se pone blanco.

Mis piernas flojean.

Mi costado...

Sangre.

Sangre que nunca dejó de salir.

Mis labios tiemblan. Mi visión se apaga.

Valeria grita mi nombre.

Pero ya no la escucho.

Caigo.

Capítulo 28
25 de mayo de 2025

3 DÍAS DESPUÉS

Abro los ojos.

Una luz blanca, intensa, me golpea directo en la cara. Parpadeo. Me arde todo. ¿Dónde estoy? O mejor dicho… ¿en qué tiempo estoy? La última imagen que recuerdo es su cara, su máscara cayendo, la sangre, el cuerno, su voz. Esteban. Todo parece una pesadilla armada a retazos.

Intento mover los dedos. Los pies. La lengua. Puedo. Eso es una buena señal, sigo completa.

Giro la cabeza apenas y noto algo que no esperaba: cables. Muchos. Estoy conectada a cosas. Siento una aguja en el brazo, una venda en la costilla. Otra camilla a mi lado. El techo blanco. El olor a desinfectante. Esto es un hospital. Estoy viva.

—Está despertando —escucho. La voz es suave, femenina. La reconozco.

Miro hacia el costado con esfuerzo. Apenas puedo enfocar. Y ahí están. Los veo. Y no puedo creerlo.

—¿Valeria? ¿Daniel? —digo, con un hilo de voz que ni yo reconozco.

Daniel sonríe, parece que me estuviera esperando hace días.

—¡Sorpresa!

—¿Cómo? ¿Qué hacés acá?

Valeria se ríe bajito y saca su celular.

—Bueno, tranqui. La doctora dijo que no te agobies, que necesitás descanso.

—¿Doctora...? —repito, todavía atontada. Esto es real, pero mi mente sigue medio desconectada del cuerpo.

Valeria baja la vista al teléfono y empieza a leer:

—"Una adolescente de Valle Verde vence al sistema judicial." "Vanzetti, el legado que sigue por generaciones." "El caso del Carnero revive por segunda vez y hay nuevo culpable." "Adolescente humilla al jefe de policía tras un falso movimiento." —Hace una pausa, sonríe—. Podría seguir, pero ya te hacés una idea.

Apenas levanto la mano, la estiro hacia Daniel y lo señalo con el dedo.

—¿Qué hacés acá? —repito, sin entender nada.

Él se cruza de brazos, relajado.

—Bueno, resulta que gracias a que revelaste al verdadero asesino, y encima lo hiciste en directo para que nadie pudiera taparlo ni editarlo, el tribunal revisó mi causa. Me limpiaron todos los cargos. Literalmente. Hasta me ofrecieron una compensación económica por el error… Y pensé que sería justo darte la mitad.

Lo miro sin palabras. Después miro al techo, que de golpe me parece lo más hermoso del mundo.

—Wow. ¿Así se siente ganar?

Me quedo un rato en silencio. La cabeza todavía me late. La costilla también. Aun así, no puedo evitar preguntar:

—¿Me morí?

Vale se ríe.

—No, tarada. Sobreviviste. A lo sumo moriste pero solo dos segundos.

—¿Y cómo llegué acá?

Se acomoda en la silla y me mira con una mezcla de cansancio y cariño.

—Bueno… el asesino era tu primo. Aunque eso ya lo sabías. Pero lo que tal vez no sabías es que cuando te desmayaste, él te sostuvo. Estaba llorando. Se agachó, te frenó la hemorragia con sus propias manos. Hasta que llegó la policía. Cuando se lo llevaron, todo el resto se fue corriendo. A vos y a mí nos subieron a una ambulancia aparte y nos trajeron directo al hospital. A mí me interrogaron como testigo. Y a vos… bueno, dormiste durante todo el proceso.

Trato de armar esa imagen en mi cabeza, pero es como si alguien hubiera arrancado varias páginas de mi memoria. Me llevo una mano a la frente.

—¿Cuánto pasó?

Se ríe de nuevo, medio orgullosa.

—Bueno… hiciste récord. Tres días enteros. Dormida como una roca.

—¿¡TRES DÍAS!?

—Sí —interviene Daniel—. Casi nos volvemos locos.

Y justo cuando estoy por decir algo más, él se adelanta.

—Ah, y nos reservamos una sorpresa para cuando te despertaras.

La puerta se abre.

Una figura entra en silencio. Melena rubia, mirada baja.

Nina.

Se acerca despacio. Me observa con los ojos llenos de algo que no sé si es culpa, alivio o tristeza. Cuando está lo suficientemente cerca, no dice nada. Solo me abraza. Fuerte. De esos abrazos que no necesitan explicación.

—Perdón —me susurra. Y ese "perdón" se me queda clavado en el pecho. Me eriza la piel.

Yo le respondo, igual de bajo:

—No pidas perdón. Te entiendo. Está bien.

Ella se sienta al lado de Daniel. Y yo los miro a los tres. A Valeria. A Daniel. A Nina.

Y no puedo evitar sonreír, aunque me duela hasta eso.

—Es una trampa.

—¿Qué cosa es una trampa? —pregunta Nina, confundida por mi tono.

Lo pienso.

Y digo:

—El jefe. Nazario. Estoy segura de que no arrestó a Esteban solo por justicia. Lo hizo también para salvarse él. Para no quedar como un inútil. ¿Te imaginás lo que pasaría si todo el pueblo supiera que el verdadero asesino siguió libre, bajo su nariz? No le quedó otra opción más que obedecerme y traicionar a su propio equipo. Estebán no sabe que él lo obligó, no está cerrado aún, puede buscar una nueva persona y empezar otra vez…

Valeria me corta el pensamiento.

—Basta. Tenés que descansar.

Respiro hondo. Me dejo caer en la almohada. El cuerpo me pesa de nuevo. Me quedo en silencio un segundo… y entonces pregunto:

—¿Y mi mamá?

Vale responde, suave:

—Justo se fue antes que nosotros. Estuvo mucho tiempo acá. Se quedó a dormir una noche. Y también vino tu papá. Se sentó dónde está Nina ahora. No dijo mucho. Pero vino.

Abro bien los ojos.

—¿En serio?

—Sí. No hablaron mucho entre ellos, pero… estuvieron. Y no se pelearon. Eso ya es algo.

Cierro los ojos un momento. Me cuesta imaginar esa imagen. Mamá y papá sentados uno al lado del otro. En silencio. Por mí. A pesar de todo.

—Igual creo que no se animaron a quedarse —agrega Nina—. Tal vez pensaron que ibas a enojarte si te despertabas y los veías.

—Probablemente —digo con una sonrisa apenas dibujada—. Igual no me acuerdo de casi nada. Solo sensaciones.

Daniel se acerca un poco más.

—Entonces mejor no te lo recordamos, ¿sí?

—Gracias.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Pero es un silencio cómodo, de esos que no pesan. El primero en mucho tiempo que no es tenso, ni incómodo, ni lleno de sospechas. Solo paz.

Nina agarra una de mis manos sin decir nada. Me la sostiene. Y yo no la suelto. Valeria se cruza de piernas, saca un chocolate del bolsillo de su campera y me lo muestra.

—Te traje esto, pero no sé si podés comer. Está un poco aplastado y húmedo.

—Dámelo igual, me hace sentir viva.

Todos nos reímos. Es un sonido raro después de tanto llanto, pero nos sale con facilidad. Natural.

—¿Sabés qué? —dice Nina—. Estuve pensando en algún viaje que podríamos hacer.

—¿El del campamento de la sierra?

—Ese. Deberíamos hacerlo cuando estés bien. Llevar linternas, mantas, hablar hasta tarde, mirar estrellas, no pensar en asesinos ni profesores ni padres.

—Ni en policías —dice Daniel.

—Ni en centro de estudiantes —agrega Vale.

—Exacto —responde Nina—. Solo nosotros. Un mundo simple otra vez.

Me cuesta contener las lágrimas. Pero esta vez no son de miedo ni de dolor. Son de alivio. De ternura. De cansancio feliz.

—¿Y si se nos mete un oso? —pregunta Daniel, con una sonrisa.

—Lo domesticamos —dice Vale.

—O lo convencemos de que se una a nuestra banda secreta —agrego yo.

—Y le ponemos nombre —sugiere Nina—. Uno que suene amenazante, tipo… "el nuevo asesino".

—No, por favor, eso ya no —digo entre risas, aunque me cuesta por el vendaje.

Nina me acomoda la almohada con suavidad.

—¿Querés que llamemos a la enfermera?

—No. Quiero quedarme un rato más así. Con ustedes.

Los tres me miran. Y me doy cuenta de algo: no sé qué va a pasar mañana. Ni qué va a decir el pueblo. Ni si voy a tener que declarar de nuevo. Pero en este momento, con ellos tres alrededor mío, el mundo parece un lugar soportable.

Y eso… eso ya es muchísimo.

—¿Pueden prender la tele? —pregunto de repente.

—¿La tele? —responde Nina.

—Sí. Quiero ver qué dicen. Qué dicen de todo.

Ella asiente, se estira hasta el control y apunta al aparato. La pantalla cobra vida con un zumbido leve. El volumen está bajo, apenas un murmullo.

Valeria le arrebata el control con una sonrisa traviesa.

—Bueno, Lu, a ver... ¿Qué preferís? ¿Este canal infantil para aprender el abecedario? “A es de Ardilla, B es de Bote, C es de Cocodrilo”…

—Muy graciosa —digo sin poder evitar reírme un poco.

—O este de noticias deportivas. Mirá, hablan de la selección de hockey sub-17 de pueblos invisibles.

—O este —agrega Nina, pasando sin querer a un canal de noticias.

Valeria frunce el ceño.

—No, este no… —dice mientras cambia otra vez.

—Sí, ese. Volvé —la detengo.

El *zapping* se detiene. En pantalla aparece un estudio de noticias. El título en rojo abajo dice:

VALLE VERDE: EL JEFE HABLA TRAS LA CAPTURA DEL VERDADERO ASESINO

Todos dejamos de hablar.

Ahí está. El jefe. Nazario. Con su clásico saco marrón, ojeras disimuladas y la mandíbula apretada como siempre. Frente a los periodistas. Sostiene un micrófono con la mano izquierda, mientras la otra descansa (cómodamente, claro) sobre la mesa.

«...sabemos que la comunidad estuvo angustiada, pero quiero decir que la situación está controlada. Gracias al excelente accionar de nuestro equipo y de la colaboración ciudadana —dice, sin ni siquiera nombrarme— pudimos dar con el segundo implicado en los hechos.»

Daniel resopla.

—Colaboración ciudadana. Claro. Como si vos no te hubieras jugado la vida.

Valeria me mira de reojo, como esperando una reacción.

«El joven implicado será trasladado a la capital provincial —sigue Nazario—. Estamos analizando todas sus conexiones y sus motivaciones. El caso aún no está cerrado, pero dimos un paso enorme hacia la verdad y la tranquilidad del pueblo.»

—Qué hábil —comenta Nina—. Se atribuye el mérito mintiendo y sin nombrarte.

—Lo hace para que no lo cuestionen —digo. Mi voz suena ronca, pero clara—. Si el pueblo supiera que fui yo, una chica de secundaria, la que le sacó la máscara al asesino… nadie confiaría en él otra vez.

—Igual todos lo saben, Lu —responde Vale—. Aunque no te nombren, las redes están llenas de tu cara, de capturas del directo, de los posteos. No pueden borrarte.

—El problema es que él sí lo intenta —digo—. Y eso significa que todavía no terminó. Él sigue teniendo el control... por ahora.

Daniel me mira con una mezcla de orgullo y preocupación.

—Podés desenmascarar a un asesino. Pero al poder... al poder hay que pelearlo más tiempo.

Cierro los ojos un segundo. No porque quiera dormir, sino para ordenar el enjambre de ideas que tengo girando. Pero cuando los abro otra vez, sonrío.

—¿Saben qué? —les digo—. Me da igual si no me nombra. Lo importante es que ya no puede ocultar lo que pasó.

Valeria sube apenas el volumen.

Nazario dice:

«Repetimos que no hay peligro inminente, y que el culpable se encuentra bajo custodia. Agradecemos a todos los ciudadanos por su confianza... y por su paciencia.»

Y entonces, de fondo, alguien le grita desde fuera de cámara:

—¡Y gracias a Luna Vanzetti también! ¡La verdadera heroína!

La cámara se mueve. Nazario se incomoda, como si no supiera qué hacer con esa mención inesperada. Sonríe forzado y simplemente dice:

—La colaboración de todos fue valiosa. Fin de la conferencia.

La transmisión se corta. Pasan al pronóstico del tiempo.

Nadie dice nada por un momento. Hasta que Daniel rompe el silencio:

—¿Escucharon eso?

—Lo escuchó todo el país —dice Valeria.

—Hasta el oso del campamento lo escuchó —agrega Nina.

Y ahí estallamos en una risa suave, que por fin no está teñida de nervios. Me duele un poco el cuerpo al reírme, pero no me importa. En ese momento, en esa habitación blanca, rodeada por esas personas, por fin me siento a salvo. Por fin siento que ya no estoy sola.

Y aunque sé que todavía hay verdades sin revelar, por ahora está bien así.

Por ahora... ya hicimos suficiente.

—¿Se puede? —dice una voz calma desde afuera.

La puerta se abre despacio, y entra una mujer de unos cincuenta años, con el guardapolvo apenas arrugado, el estetoscopio colgando como un collar de responsabilidad. Tiene el cabello recogido, unas gafas apoyadas sobre la cabeza y una sonrisa paciente, de esas que no se aprenden en la facultad, sino con los años de cuidar gente rota.

—Ah, están todos despiertos —dice, y nos mira con una mezcla de alivio y ternura—. Bien. ¿Cómo se siente la protagonista de la semana?

—Un poco como si me hubiera pasado un tren por encima —respondo, y todos se ríen.

—Bueno, el tren ya se fue —dice ella, mientras se acerca a revisar la máquina que mide mi pulso—. Y usted sigue acá. Bastante entera, diría.

Nina, que está sentada a mi lado, se levanta para darle espacio.

—¿Está fuera de peligro, doctora?

—Sí, está estable —responde, con tono profesional pero amable —. Todavía débil, pero es normal. Lo que necesitás ahora es descanso. Nada de investigaciones por unos días. Ni entrevistas, ni directos, ni rescates enmascarados. Solo descanso.

—¿Y después? —pregunto, casi en un susurro.

La doctora me mira con suavidad.

—Después… el mundo va a seguir girando, Luna. Pero vos vas a estar lista para girar con él. Te lo prometo.

Me toma la presión, revisa unas anotaciones en la historia clínica y luego se despide con un gesto breve.

—Les dejo unos minutos más. Después necesito que salga la visita, ¿sí?

—Gracias —decimos todos al unísono.

Cuando se va, el silencio queda flotando unos segundos. Me acomodo entre las almohadas, sin decir nada. Siento el peso de las palabras de la doctora. El tren ya se fue.

Miro a mis amigos. A mi gente.

La doctora se despide con una sonrisa y cierra la puerta suavemente detrás de ella. El silencio vuelve, cómodo y sereno. Valeria se sienta en el borde de la cama, Daniel se estira en la silla y Nina acomoda el control remoto entre sus manos, con los ojos puestos en mí.

Aprovecho el momento, me incorporo un poco, apoyando los codos para hacer fuerza.

—Ey, esperen —digo, y mi voz ya no suena tan suave—. No se vayan todavía. Escuchen.

Los tres levantan la vista. Mis ojos están firmes.

—Sé cómo acabar con todo esto. Sé cómo cerrar todo de una vez. Pero necesito su ayuda. Toda. Sin medias tintas. No hay margen de error. Y solo tenemos un intento.

Daniel frunce el ceño. Nina se endereza. Valeria se queda quieta. El aire se tensa, solo por un segundo.

Vale se levanta de golpe, camina hacia mí y me toma con cuidado de los hombros, como si estuviera sosteniendo algo valioso que podría romperse en cualquier momento.

—Nonono, basta, Luna. Escuchame bien: descansar. Eso es lo que hay que hacer ahora. Des-can-sar.

Intento protestar, pero no tengo fuerzas para resistirme. Me empuja suavemente hacia el colchón, ajusta la sábana y me acomoda como si fuera su tarea personal que yo me quede ahí.

—Ya pensaste demasiado. Ahora te toca dormir. Mañana, o pasado, o cuando sea… pero no hoy.

Daniel se pone de pie y se despereza.

—Ella tiene razón. Te apoyamos en todas, pero no te vamos a dejar romperte justo ahora.

Nina se acerca, me acomoda un mechón de pelo que se escapó de mi cara, y me sonríe.

—Estás viva. Y eso ya es una victoria.

Respiro hondo. No digo nada más.

Y en ese silencio, donde nadie habla pero todos entienden, me dejo caer de nuevo contra la almohada. No estoy rindiéndome. Solo tomando impulso.

Mañana será otro día.
Pero esta noche… puedo dormir sabiendo que no estoy sola.
O dormir pensando en el plan…

Capítulo 29
31 de mayo de 2025

6 DÍAS DESPUÉS

Mi habitación está en penumbras, solo la pantalla de la laptop ilumina mi cara. La impresora escupe hoja tras hoja, el mismo zumbido, el mismo golpe al salir, cada una con un pedazo de la vista satelital que tomé de Google Maps. La casa de Nazario Salvat. Calle sin nombre, techo sin pintura, un cuadrado exacto en medio del polvo pero se puede distinguir un auto, su auto. El plan ya no es solo una idea: tiene coordenadas, horarios, nombres propios.

Tengo la videollamada abierta. Mis tres amigos están en pantalla, cada uno desde su casa. Ninguno sabe aún lo que voy a hacer. Pero todos saben que hay algo.

—Lu… —pregunta Nina, mirando de reojo— ¿Qué se supone que estás haciendo?

—Hagan caras graciosas —digo, sin apartar la vista de la pantalla —. Voy a sacar captura.

—¿¡Qué!? ¡No! No quiero que me hagas un sticker —responde Nina, tapándose la cara con la manga—. ¡No quiero terminar escrachada!

—Yo no tengo problema —dice Valeria. Y antes de que alguien pueda reaccionar, sale corriendo.

La vemos abrir la puerta del fondo, cruzar el patio y meterse en la cochera. Se acomoda al lado de la pecera, justo donde alguna vez armamos la jaula de Faraday para prender el celular de Sara. Se pone al lado de su pez Nemo y hace una cara… rara. Como si también fuera un pez.

Estallamos todos de risa.

—¡Listo! —digo—. Captura tomada.

—Estás armando algo muy raro —dice Daniel.

—Bien —respondo—. Ahora necesito que cambien de pared. Fondo distinto. Esta vez, Daniel, hacé algo vos.

Él se queda pensando. Mira alrededor. Después agarra su laptop, busca imágenes cualquiera y se pone al lado de la pantalla. Aparecen resultados de búsqueda, un montón de fotos absurdas que no tienen ningún sentido.

Otra captura. Ya tengo lo que necesito.

—Perfecto —digo—. Ahora necesito que vengan a mi casa.

Los tres se callan. Silencio.

—Pero no cuelguen la videollamada. Para nada. No toquen la puerta. No traigan sus celulares. ¿Se entiende?

—¿Y cómo se supone que vamos a avisarte que llegamos si no podemos tocar la puerta ni usar el teléfono? —pregunta Nina.

—Para eso les doy el horario. A las 00:00. Quiero que estén parados frente a mí, en persona, no en la pantalla.

—¿Y qué ropa usamos? —dice Vale, cruzada de brazos.

—Toda negra. De la que menos usen. Tapen toda la piel, la cara también. Un papel, una máscara, lo que sea. Nada casual.

—¿Vamos a asaltar un banco o…? —dice Daniel, alzando las cejas.

—No puedo contar.

—¿Por qué? —pregunta Valeria.

Me inclino un poco hacia la cámara, con la luz azulada reflejándose en mis ojos.

—Después les digo.

***

Presiono "Transmitir en vivo".

La pre-transmisión que edité en el hospital comienza su función: yo, con expresión agotada, reflexionando en voz baja sobre las primeras semanas del caso. Unas luces suaves, el mismo fondo de siempre, mis palabras grabadas con pausas naturales y gestos sutiles. Incluso parpadeo despacio y miro hacia otro lado cada tanto, como si estuviera leyendo el chat o recordando algo.

El video corre. El chat también. Algunos comentan cosas sin sentido. Otros saludan. Nadie nota nada. O tal vez ya se acostumbraron a los videos pregrabados. Me gusta pensar eso. Me gusta pensar que todavía me creen y que no soy una mentirosa.

Cierro la laptop y bajo las escaleras. En silencio. Mamá está en su habitación. La tele encendida, un murmullo de fondo. Cierro la boca para no respirar fuerte, y me deslizo como sombra por el pasillo.

La cocina está fría. Bajo la luz blanca busco en los estantes: bolsas de plástico, muchas. Me llevo casi todas. Abro el botiquín de primeros auxilios que siempre está junto a la heladera: guantes descartables, vendas. Abro el mueble bajo la pileta: alcohol etílico, dos encendedores. Perfecto. Todo a la encimera. Vuelvo a apilarlo y lo subo apretado contra el pecho.

Corro las escaleras con los pies descalzos, sosteniendo cada objeto. Entro a mi cuarto. Cierro. Trabo la puerta.

La mochila vieja está en el fondo del placard. Negra, arrugada, con las correas rotas y olor a encierro. Hace años que no la usaba. Hoy vuelve a ser útil. Meto todo dentro: bolsas, guantes, alcohol, encendedores, incluso una linterna chiquita.

Después, abro el placard del todo. Meto la mano hasta el fondo, ahí donde nunca se guarda nada útil, pero donde uno guarda lo importante. Encuentro una remera térmica negra. Pantalón oscuro. Polo negro. Medias hasta la rodilla. Zapatillas negras con suela borrada. El uniforme perfecto para pasar desapercibida en un pueblo que duerme sin saber lo que está por pasar.

Me cambio rápido. Tardo seis minutos. Ni uno más. Me hasta ato el pelo con fuerza, lo cubro con una capucha fina, y me pongo el barbijo negro que usábamos durante la pandemia. Parezco alguien sin identidad. Y esa es la idea.

Miro la videollamada.

Nina no está.

Vale tampoco.

Daniel sí. Tirado en la cama, auriculares puestos, mirando el techo como si esperara que le caiga una respuesta divina.

—¡Daniel! ¡Hey! —digo sin levantar demasiado la voz—. ¿Estás listo?

Se quita un auricular, medio dormido.

—¿Qué? Ah, sí, en dos minutos estoy listo. No te preocupes.

Resoplo.

Valeria aparece al instante. Está con una campera grande y la cara roja.

—Bueno, bien, hola de nuevo —le digo—. Les voy a mandar una foto que hice. Es un mapa del pueblo. Marqué dónde están las cámaras de seguridad. Tienen que evitar todas esas. Las líneas verdes son los caminos seguros. Síganlos y no se desvíen.

Nina vuelve justo en ese momento. Se conecta en silencio.

—¿De qué hablan? —pregunta, mientras se arregla el cabello.

—Mirá el grupo —le responde Valeria, entre seria y divertida—. Te lo explicó por ahí… ¿te estás peinando?

—¿No? —responde Nina, escondiendo el peine fuera de cámara.

—¡Hay que tapar el pelo también! ¡Todo! —digo, subiendo el tono —. Capucha, bufanda, lo que sea. No puede haber piel ni cabello a la vista. Nada reconocible. Ni marcas, ni colores, ni detalles. Somos invisibles esta noche. Nadie puede vernos. Nadie puede saber que estuvimos ahí.

Todos se quedan en silencio por un segundo, nadie comprende del todo que estoy tramando.

El reloj de mi escritorio marca las 23:41. En menos de 20 minutos, esto va a comenzar.

Me acerco al celular, reviso la llamada. La conexión sigue estable. En pantalla, los rostros de mis amigos reflejan concentración, algo de duda y miedo.

—Quiero agradecerles —digo de pronto—. Por confiar. Incluso sin entender del todo.

—¿Qué vamos a hacer exactamente? —pregunta Nina, ahora sí con el pelo cubierto.

—Les prometo que lo van a saber. Pero todavía no. Por ahora, necesito que hagan lo que les pedí.

—¿Y si algo sale mal? —pregunta Daniel.

—No va a salir mal —respondo—. Solo tenemos un intento. Y no hay margen de error.

***

La calle está vacía.

Las luces naranjas de los faroles titilan en la distancia. No hay autos. No hay pasos. Solo un viento suave que empuja hojas secas por el asfalto, el pueblo parece contener la respiración.

Frente a mi casa, tres figuras vestidas de negro se detienen, sincronizadas, sin decir palabra.

Valeria es la primera en levantar la vista hacia mi ventana del segundo piso. Lleva puesta una campera de al menos dos talles más grande, bufanda hasta los ojos y guantes de lana negra. No dejó ni un solo centímetro de piel al descubierto. La linterna en su mano apunta al piso, apagada. Se mueve como un animal que conoce la noche.

Daniel camina detrás. Lento, pero seguro. Su mochila apenas hace ruido. La capucha le cubre el rostro por completo, y unos lentes oscuros le borran la mirada. Aunque está oscuro, los lleva puestos igual. Sabe que todo detalle importa. Hasta cómo brilla un ojo si lo enfoca una cámara equivocada.

Nina cierra el trío. No habla. No ríe. No pregunta. Lleva ropa deportiva negra y una campera sin marcas. Un pedazo de tela oscura cubre su cabello. En la espalda, un bolso apretado. Sus pasos son rápidos, pero controlados. Mira a ambos lados antes de doblar la esquina. Tiene los ojos bien abiertos. Parece una versión distinta de sí misma. Más letal. Más enfocada.

La verdad es que solo los reconozco por su forma de caminar, porque es imposible saber quienes son. Y más mientras simplemente estoy viendo a través del agujero de la puerta.

Los tres se alinean frente a casa. No tocan la puerta. No sacan el celular, porque no tienen. La videollamada sigue andando, desde sus habitaciones vacías, con imágenes fijas. Sus ubicaciones digitales no se movieron en ningún momento. Perfecto.

Mi corazón late más rápido, pero no me tiembla el cuerpo. No ahora. No cuando todo lo que hice fue prepararme para esta noche.

Agarro mi mochila, ya cerrada, ya cargada, y me la coloco en la espalda. La laptop sigue transmitiendo el video editado desde mi habitación. Con el chat moviéndose y los espectadores creciendo.

Nadie sospecha.

Todo sigue como lo planeé. Miro a mis amigos otra vez. Parados como soldados sin uniforme, listos para algo que no entienden del todo, pero que igual están dispuestos a hacer. No por justicia. No por rabia. Por mí.

Mi respiración se calma. No estoy sola.

Hoy el Carnero deja de existir.

Hoy Nazario Salvat se queda sin sombra donde esconderse.

Hoy, la historia cambia para siempre.

Abro la ventana.

Silbo bajito.

Y los tres se mueven al mismo tiempo.

La noche empieza a caminar con nosotros.

Abro la puerta despacio, apago la luz del living y pongo el seguro. Lo mismo que hice con la puerta de mi habitación, bloquearla para que parezca que estoy durmiendo.

Al salir a la calle, los saludo y camino al frente, mis pasos son más ruidosos en mi mente que en el suelo. A esta altura, ya ni siento el cuerpo. Todo es cálculo. Todo es silencio. Cada cuadra que cruzamos, cada esquina, cada farol que parpadea o cada rama que cruje bajo las suelas desgastadas de mis zapatillas, es un recordatorio de que no hay margen de error.

No esta noche.

Atrás mío van los tres: Valeria, Daniel y Nina. En fila cerrada. Ninguno habla. El frío se cuela en la ropa, pero no temblamos. No podemos temblar.

La ruta está marcada en mi cabeza. La estudié mil veces. Líneas verdes para pasar. Puntos rojos para evitar. Dieciséis cuadras exactas.

Primera cámara. La casa de mis vecinos, los Andrada.

Me detengo en seco y levanto la mano.

Los escucho frenar detrás de mí.

Cinco metros de ángulo muerto. Lo medí con una regla sobre Google Maps y con pasos desde la esquina. Paso yo primera. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Corro.

No hay alarma.

No hay luces.

Funcionó.

Ellos me siguen, cada uno repitiendo la ruta sin hablar. Sin mirar atrás.

Llegamos a la esquina y cruzamos al mismo tiempo.

Calle 7.

Bien.

El sensor de la casa siguiente está al ras del suelo. Las alarmas nuevas siempre tienen un sonido agudo cuando se desactivan. Esta lo tiene. Pero si pasás por detrás del árbol viejo, entre el banco de hierro oxidado y el alambrado… no detecta nada.

Me agacho. Paso.

Valeria pasa.

Daniel también.

Nina se engancha con una rama, pero no hace ruido. Solo se sacude, tensa, y sigue.

Segundo obstáculo superado.

Me duele el estómago. Pero no de hambre. Es otra cosa. Una especie de eco interno que me dice que esta noche no es una más. Que cada paso, cada respiro, cada mirada, es un paso menos hacia algo que no tiene vuelta atrás.

Calle 9.

Faltan siete calles más.

Nos detenemos. A lo lejos, un patrullero encendido. Sin luces. Estacionado en la esquina, como si nos estuviera esperando. El motor está encendido. No hay movimiento, pero sabemos que alguien está ahí. Quizás Nazario. Quizás no. Pero no vamos a averiguarlo.

Me giro despacio.

—Hay que cambiar de ruta. Bajen.

Saltamos el borde del zanjón. La tierra está húmeda y blanda. Nos agachamos. Los yuyos nos tapan hasta la cintura. Una rata sale disparada entre la basura y escucho a Valeria contener un grito, respirando hondo con los ojos apretados.

—Ya casi… —susurro.

Caminamos agachados hasta pasar por debajo de un puentecito de chapa oxidada. Justo cuando lo hacemos, un motor pasa por arriba. Es el patrullero. La vibración de las ruedas me hace apretar los dientes.

No nos vio.

Seguimos.

El zanjón termina detrás de una casa abandonada. Trepamos el alambrado. Me corto el brazo, pero no es profundo. Valeria me alcanza y me empuja del pantalón hasta que caigo del otro lado.

Calle 13.

Estamos cerca.

El mural del Club aparece a nuestra derecha. Un cuervo pintado, con la palabra "Justicia" casi borrada por el tiempo. Lo miro. Me acuerdo. Ese cuervo fue la primera pista en el caso original. Victor lo mencionó en sus notas, notas bastante irrelevantes la verdad, luego de leer todo no había nada bueno. Ahora, el cuervo está ahí. Mirándome.

Doblo a la izquierda.

Y ahí está.

La casa.

La maldita casa.

Nazario Salvat vive como un fantasma. Sin luces. Sin música. Sin vecinos.

Frente a su casa hay una cámara. Lo recuerdo. Apunta a la entrada. Gira cada 20 segundos. Ya la estudié. Ya sé lo que hace.

Levanto una mano. Todos se detienen.

Saco el cronómetro.

Miro el giro.

Cinco… seis… siete…

—¡Ahora!

Corremos por el ángulo muerto. Saltamos la reja. Cayendo de lado. Aterrizo sobre el pasto mojado. Mis manos arden del golpe. Pero no me importa.

Los otros aterrizan detrás. Sin quejas. Sin un solo "ay".

Los llevo por el costado.

—Atrás. Rápido.

No hay luces. No hay alarmas. No hay perros.

Solo nosotros.

Y un plan que está a punto de empezar.

Damos la vuelta hacia el patio que vi tantas veces en el mapa satelital. Cada paso que damos por este patio trasero es un paso que ya recorrí en mi mente mil veces. Pero en la mente no se siente este temblor en las rodillas. Ni esta presión en el pecho. Ni la garganta reseca. En la mente todo es perfecto. Acá, todo da miedo.

Caminaríamos más rápido si no fuera porque algo en nuestro cuerpo, un instinto casi animal, nos pide moverse lento. Muy lento.

La casa de Nazario es más oscura de lo que imaginaba. Más fría. Menos viva.

Me saco la máscara. Respiro. Hondo. Profundo. Mis pulmones duelen.

—Gracias —les digo. No me sale la voz como quiero. Suena como si me doliera hablar, pero no es eso. Es otra cosa.

Los tres me miran. Aunque no les veo bien las caras, sé que están nerviosos. Lo siento en cómo se quedan quietos, en cómo aprietan los puños, en cómo respiran.

—El plan es este —suelto, y tengo que volver a respirar antes de decirlo completo—: acabar con Nazario para acabar con el caso.

Valeria se baja la bufanda de la cara tan rápido que casi se la arranca. Sus ojos están gigantes.

—¿¡Qué!? ¿Asesinar?!

Le vuelvo a subir la bufanda sin mirarla directamente.

—Me voy a meter a su casa. Vamos a hablar. Es obvio que me quiere muerta, que me quiere borrar. Así que… o muere él o yo.

Nadie dice nada. Por un instante, todo el universo parece esperar.

—Llevo días sin dormir bien —sigo—. Prácticamente sin dormir. Pensando esto. Sintiendo esto. Analizándolo. Voy a subir la tensión, decirle que voy a contar que él fue el verdadero asesino, que el Carnero original fue él. Y cuando se dé cuenta de que lo descubrí... se va a enojar. Se va a desesperar. Y ese es el único momento en el que va a bajar la guardia.

—No, no —dice Nina, dando un paso hacia mí—. Eso no es un plan, Luna. Es un suicidio. ¡Perdiste la cabeza!

No la miro. Saco la mochila. La abro.

—Tomen. —Les paso bolsas de plástico, arrugadas pero limpias—. Para los zapatos. Y estos guantes son de látex. Saquen los de lana y usen estos.

Todos obedecen, el shock los convirtió en máquinas. Me miran, pero no protestan.

Yo también me pongo los guantes, y luego me pongo arriba los de lana. Aprieto bien las muñecas con cinta. Las bolsas, una en cada zapato, bien cerradas con cinta también. Me observo un instante: parezco una sombra con forma humana. Y eso está bien.

—Listo —digo.

Camino hacia la medianera.

—Esperen acá. No se muevan. No respiren fuerte. No hagan ruido. En media hora… el mundo va a cambiar.

Salto la reja del patio sin mirar atrás. Tiene que parecer que entro por la puerta, no que aparecí de la nada misma.

Mis pies pisan la vereda. Miro alrededor. Silencio.

Camino al frente. Siento que las luces de la calle tiemblan. O soy yo. O el mundo. Todo es demasiado quieto.

Y frente a la casa, me detengo. Miro la puerta.

Un paso. Dos. Tres.

Toco el timbre.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

La puerta se abre.

Y ahí está.

Nazario Salvat.

La misma mirada que vi en la comisaría. Pero ahora está más vacía. Más sabia. Más peligrosa.

No dice nada.

Ni yo.

Capítulo 30

—Hola —digo, con la voz frágil, y me esfuerzo por bajar la mirada, fingir vulnerabilidad. Hago una mueca, algo entre un suspiro y un sollozo contenido.

Nazario me recorre con los ojos, de arriba abajo. Su mirada se detiene en mis zapatillas. En las bolsas.

—¿Puedo pasar? —pregunto, tragando saliva, con esa angustia falsa que vengo practicando hace días. Me froto la nariz, limpiandome lágrimas invisibles.

Él asoma más la cabeza, observa a ambos lados de la calle. Valle Verde es un pueblo fantasma ahora. Sólo farolas, viento y silencio. Mira la cámara arriba de la puerta, una que está viendo todo.

—Pasá —dice.

Lo hago. Piso la casa del monstruo. Fase uno: completada.

No es lo que esperaba. Es aún más triste. Más vacía. Más real. Sin placa, sin traje, sin autoridad. Nazario ahora es solo un hombre. Uno sin esposa, sin hijos, sin mascotas. Un sofá viejo en medio de una sala enorme, una tele que parece de otro mundo en ese espacio decadente, una mesa de madera en el centro frente al sofá y al fondo, una escalera hacia un segundo piso. A la izquierda, un baño cerrado. A su lado, otra puerta. Tal vez un sótano.

Me siento sin pedir permiso. En el centro. En el corazón de la cueva del asesino bajo la luz anaranjada.

Nazario cierra la puerta con llave. La gira dos veces. La guarda.

Se para frente a mí. La mesa baja es lo único entre nosotros que nos separa. Me observa con atención, sin hablar. Se detiene en mis manos.

—¿Querés agua?

Mi corazón late tan fuerte que me cuesta oír otra cosa. Pero sé que no puedo perder el control.

—No, gracias —tartamudeo.

—¿Y? ¿Qué querés? —Su tono es seco.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —pregunto.

—Ahora dos —responde. Chiste de porquería. No me río.

—¿Sabe qué pasó con mi abuelo? Me hubiera gustado conocerlo...

Miro al suelo. Trago saliva. Hago ruido con la nariz, otra vez.

—No —dice, sin pensarlo.

—¿Se acuerda de Mariano Gravilov?

Algo se quiebra. No sé si es su cara, su postura o su alma. Le doy en el centro. Se da vuelta. Ya no quiere mirarme. Sabe lo que viene.

—No. No sé quién es. Me suena, pero no sé.

—¿Le suena? ¿Será porque usted trabajó con mi abuelo? ¿Y cuando él descubrió quién era el asesino murió? Perdón, no. Lo asesinaron. Usted lo asesinó.

Nazario se gira. La cara roja. Los ojos inyectados.

—Discúlpame... ¿qué dijiste?

—¿Qué lo impulsó? ¿Por qué esconderse bajo una placa, fingir justicia mientras mataba?

Él se lanza con palabras, no con puños.

—Será mejor que cierres esa maldita boca.

—¿O qué? ¿Va a matarme también? ¿Va a agregar otro cadáver a su colección?

—¡Que te calles! —grita, una bestia liberada.

—¡¿Y SI NO QUIERO?!

Su mano cruza el aire como un látigo. Me da en la cara. El cachetazo me gira la cabeza. Me quema la piel. Pero no caigo. Me enderezo en un segundo. Siento el ardor. Siento su marca. El golpe. Pero lo miro. Y no bajo la vista.

Él retrocede. Dos pasos.

—Entonces será hacer que permanezcas en silencio —dice, respirando agitado—. Otro Vanzetti más que se echa a perder...

Me paro. Lentamente. Los ojos fijos en él. No bajo la mirada. A su derecha, contra la pared, veo un paraguas largo. Uno con punta metálica. Camino hasta ahí. Lo agarro. Lo levanto. Apunto directo al pecho.

—Quiero respuestas.

Nazario me mira. Se ríe. Una risa podrida. Sin humor.

—¿De verdad? ¿Así querés gastar tus últimos minutos? ¿Querés saber cómo empezó todo?

No contesto. Pero me quedo firme. El paraguas apuntando.

—Todo empezó cuando yo era un crío de once años. Mi hermana prendió fuego la casa con mis padres adentro. Por una discusión. Ellos murieron. Yo escapé. Ella desapareció. Nunca más la volví a ver. Juré que iba a encontrarla, costara lo que costara.

Sus ojos se encienden y me grita:

—¿Sabés lo que es crecer sin nadie? ¿Lo que es vivir en un orfanato? ¿Lo que es no tener ni un apellido limpio?

Siento un escalofrío. El recuerdo de Mariano me sacude: "maldita hermana".

—¿Y qué? ¿Recorrió todo el pueblo, matando, solo para encontrarla? Desquiciado.

—¿Desquiciado yo? —ríe, fuera de sí—. ¡Vos sos igual! Vos también rastreás gente, buscás verdades. ¡Tu amiga está feliz! ¡Descansa en su habitación!

—¿Su habitación? —repito, confundida.

—Hay cosas que uno se lleva a la tumba sin siquiera saber, Vanzetti.

Y entonces se lanza.

Me arrebata el paraguas. Siento el vacío en mis manos. Me da una patada en el estómago. Grito. Siento que el aire me abandona. Me doblo. Me quiebro. Caigo. Me arrastro.

Nazario abre el cajón de la tele.

Saca un machete.

El brillo me ciega. Es enorme.

Corre hacia mí. Yo corro también. Él golpea con el machete contra el piso. Saltan astillas del suelo. El sonido retumba.

Corro a las escaleras del fondo, llego al segundo piso. Una sola puerta. Cerrada. Giro el picaporte. Nada.

Más fuerte, más fuerte. ¡ABRITE PEDAZO DE PORQUERÍA!

Nazario sube, sin apuro. Con pasos pesados. Ya no está apurado. Está disfrutando.

Toca el machete contra la pared. Raspa. Gruñe.

El timbre suena.

—¡Ya voy! —grita.

Se gira hacia mí.

—Después de acabar con esta sabandija.

Levanta el machete. Sus músculos se tensan. Va directo a mi cuello.

Todo se desacelera.

Respiro.

No hay otra opción.

Le pego una patada directa en la rodilla.

Su hueso cruje, Nazario grita. Su cuerpo pierde equilibrio. Rueda.

Cae.

Uno, dos, tres escalones.

Siete, diez.

Quince.

Golpe seco.

Cabeza contra mármol.

Silencio.

Bajo temblando.

Él no se mueve.

Lo miro y gira los ojos. Se retuercen. Pero no se levanta.

Parapléjico.

La vida no se ha ido. Aún no.

Tomo el machete.

Pesa, y mucho.

Camino. Me detengo frente a él.

Y bajo el brazo.

Rápido.

Fuerte.

En el pecho.

El machete en mi mano lo atraviesa.

El cuerpo se sacude.

Convulsiona.

Los ojos pierden color.

El Carnero ya no respira.

Ya no existe.

Está muerto.

Capítulo 31

El timbre suena de nuevo.

No me muevo.

No puedo.

Miro el cuerpo al pie de la escalera, todavía con el machete clavado en el pecho.

No se mueve. No respira. No hace nada.

Pero yo no dejo de esperar.

Espero que abra los ojos. Que diga algo. Que salte.

Que vuelva.

Pero no vuelve.

Mis piernas tiemblan. Las manos también. Tengo las palmas húmedas. El cuello lleno de sudor.

El timbre suena otra vez. Los oídos me van a explotar. ¿Qué hice?

Respiro.

Una vez.

Otra.

Y otra.

Camino lo más despacio que puedo. Me arrastro con los pies.

Me detengo junto al cuerpo. El machete sigue ahí, clavado, atravesando la carne.

No miro su cara. No puedo.

Meto la mano en su bolsillo y saco la llave. Me cuesta. Me tiemblan los dedos.

Voy hasta la puerta. Miro por el orificio.

Están ahí.

Mis tres amigos, sin máscaras. Esperando.

—Ahora abro —digo con la voz quebrada, rota. Tan bajo que no sé si me escuchan.

Respiro hondo y abro. Cuando terminan de entrar los tres, cierro de nuevo.

Daniel es el primero en reaccionar. Mira mi cara. Después mira por detrás de mí, al cadáver.

—Pero qué carajo...

Nina se da vuelta al instante y se pone en cuclillas.

—Ay Dios. No. No no no no...

Valeria no dice nada. Me mira. Camina hacia mí y extiende los brazos para abrazarme.

Pero retrocedo al instante.

—¡No! ¡No me toquen! —grito—. Van a contaminar su ropa.

Nina no se levanta, nadie se mueve, nadie sabe qué decir.

—Ahora... —me trabo— hay que... no sé... sí sé… hay que deshacerse.

Los tres se quedan quietos. Ni siquiera respiran fuerte.

Camino hacia el centro del living. Vuelvo a mirar el cuerpo. Evito los detalles. Evito pensar. Solo actúo.

—¿Lu...? —Nina rompe el silencio con un hilo de voz—. ¿Lo mataste?

Asiento.

—Lo hice.

Daniel da un paso.

—¿Cómo fue?

—Me amenazó. Me iba a matar. Sacó un machete. Me golpeó. Me gritó. Me defendí. Lo tiré. Se cayó, no se movía pero estaba vivo. Y yo... —mi voz se corta— lo terminé.

Me agacho. Agarro mi mochila y suspiro tan profundo que se me va todo el aire que me quedaba.

—Ahora hay que acabar con todos los rastros.

Nada de huellas. Nada de ADN. Nada que los relacione.

Les paso los guantes. Les muestro el alcohol. Las bolsas.

La preparación final.

—Vamos a quemar todo —digo, seca.

—¿Todo? —pregunta Daniel.

—Todo. Esta casa, esta escena, su historia, su nombre. No puede quedar nada. Nada. Esto no fue un crimen, fue una limpieza. Una extirpación.

Valeria se sienta en el piso, contra la pared. No llora. Pero está rota.

Camino hasta la cocina, mi visión se borra. Todas las luces se ven más fuertes, más nítidas. ¿Qué hice?

Abro las alacenas.

Gas. Aceite. Alcohol. Encendedores.

Perfecto.

Miro mis manos, temblorosas. Pero a la vez firmes.

—Yo lo empecé —susurro—. Yo lo termino.

Regreso con ellos.

—Vamos a dejar todo como un accidente. Un cortocircuito. Un error eléctrico.

Nada más.

Daniel traga saliva. Nina sigue dándome la espalda. No puede mirar.

Valeria me observa con ojos nuevos, señalando que yo ya no soy yo.

—No somos culpables —digo. Aunque no sé si lo creo.

—¿No? —pregunta Vale.

—Somos sobrevivientes.

Y con eso… se hace el silencio otra vez.

Miro el reloj de la cocina: 00:56.

—Bueno… —digo, tragando la amargura— son casi la una de la madrugada.

Tenemos cinco horas más antes de que el sol salga.

Silencio.

Los tres me miran. Quietos. Descompuestos.

No saben qué hacer. No quieren ver. Pero tampoco pueden dejar de mirar.

Yo no pienso. No puedo. Si pienso, me caigo. Si siento, me quiebro.

Así que sigo. Sigo con lo que sigue.

—Daniel —lo señalo con la barbilla—, ¿ves ese tubo en la esquina de la pared? Sí, justo ese. Es de la cámara de seguridad. Arrancalo.

Rompé la cámara. Sacá todo lo que tenga adentro. Ningún registro puede sobrevivir, hay que destruir su memoria.

Él asiente, mudo, y empieza a buscar con desesperación algo filoso, alguna herramienta. Abre cajones, patea una caja, saca una especie de destornillador, vuelve al rincón.

Nina está a un metro de mí. Pálida. Todavía no parece haber respirado desde que entró. Se cruza los brazos queriendo contenerse. Como si fuera a romperse al mínimo movimiento. Me acerco despacio.

—Nina, necesito que busques productos de limpieza. Lo que haya.

Limpiamos primero. Quemamos después. Parece simple, ¿verdad? Pero no lo es.

Ella apenas asiente. Camina hacia la cocina sin decir palabra. Como un fantasma que todavía no entiende que está muerto.

Valeria se me pone enfrente, con los brazos cruzados y una mueca que no sé si es ironía, dolor o locura.

—¿Y yo, mi general? ¿Qué tarea me deja a mí?

Respiro hondo. Me cuesta responder.

—Ayudame a mover el cuerpo —digo por fin—. De los pies. Hay que llevarlo a su auto. Después nos deshacemos.

Me mira. Su ceja sube. Pero no discute.

No me dice que estoy loca.

No me dice que no lo va a hacer.

Simplemente dice:

—Ok.

Doy un paso hacia el cuerpo. Miro el machete. Está tan clavado que siento que si lo saco… todo va a volver. El grito. El odio. El miedo. Se va a volver a mover

No lo toco. Lo dejo.

Me agacho. Le tomo los brazos. Ella toma los pies.

El cuerpo pesa. La sangre se mueve por el peso de la gravedad, no por un corazón bombeando.

Porque ya no hay corazón.

Las bolsas de mis zapatillas hacen ruido al arrastrarse contra el piso. El aire huele a metal.

A muerte.

Daniel empieza a pelear con la cámara. La arranca de un tirón. Se cae. Se escucha el *crac* del plástico al partirse.

—¡Listo! —grita—. La saqué.

—Bien. Llévate eso. Lo rompés en el patio de atrás y que nadie te vea. Le sacás lo que tenga adentro. Lo tirás al inodoro si hace falta.

—Hecho.

Nina reaparece. Trae una bolsa con esponjas, trapos viejos, limpiavidrios, lavandina.

Camina como si no sintiera el piso. Como si flotara.

—Gracias —le digo—. Empezá por las escaleras. Que no quede nada.

Vale y yo llegamos a la puerta de la cochera. Busco la llave que saqué antes del bolsillo del muerto.

Abro la puerta. Nos arrastramos hasta el auto. Es un sedán oscuro. Nuevo. Casi sin uso, con la palabra "POLICÍA" bien enorme en sus costados.

Abro el baúl.

—Ahora hay que meterlo adentro.

Valeria abre los ojos, se acomoda y…

El cuerpo cae adentro con un ruido sordo. Cierro, rápido y fuerte.

Volvemos a entrar.

La casa tiene olor a alcohol, a productos, a sangre vieja y miedo nuevo.

Nadie habla.

Daniel está destrozando la cámara con una piedra en el patio.

Nina está en el escalón número 4, arrodillada, limpiando la mancha más grande, la que quedó justo donde el cuerpo rodó.

Me quedo en el centro del living.

Miro mis manos.

Todavía tengo puestas las dos capas de guantes.

Todavía me tiembla la boca.

Todavía escucho el eco del golpe.

Del machete.

El golpe que me da mi pecho cortando el aire a medio respiro.

Pero no me permito flaquear. No ahora.

Ahora estamos dentro.

Y si ya llegamos hasta acá, no hay otra opción más que terminar.

El sol todavía no sale.

Pero el reloj corre.

Respiro. Una vez. Dos.

Tenemos que terminar. Quiero salir de esta casa. Quiero volver a la mía. Y no hablar de esto nunca más.

—Tengo que hacer que parezca que escapó —digo en voz baja, aunque todos me oyen.

Corro al escritorio. Abro cajones, tiro papeles. Busco algo para escribir. Una birome. Un marcador. Lo que sea.

—¿Qué hacés? —pregunta Vale desde la escalera mientras ayuda a Nina.

—Un rastro. Un mensaje. Tiene que parecer que el Carnero se fue. Que alguien lo ayudó. Que aún está libre. Necesitamos que el pueblo sepa que fue su jefe de policía quien los aterrorizó.

—Pero se van a dar cuenta que no es su letra.

Es verdad. Necesito una laptop.

Vuelvo a la cocina, hay un montón de llaves colgando. Gracias al cielo tienen etiquetas… "dormitorio". Justo esa necesito, la del segundo piso. La tomo y vuelvo.

—¡Pero qué tarada! —me grita Nina.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Ensuciaste las escaleras de nuevo!

—Bueno, perdón. Tengo que ver algo.

—Yo también voy —dice Valeria.

—¡Pero dejen de pisar tanto las escaleras!

Las quejas se quedan atrás, subimos los escalones. Donde yo debería estar muerta acá, con el machete en mi cuello, con mi cuerpo sin vida. Pero no pasó.

Saco la llave, la ingreso en la puerta, la giro, la manija cede y la puerta se abre.

Valeria busca una luz y la habitación se ilumina.

Una sola cama con una televisión antigua enfrente, una radio al lado de la cama. Un ventilador de techo y unas cortinas amarillas, ropa por el piso.

—Es un chiquero —comenta Valeria.

—Tiene que haber alguna laptop, fijate abajo de ese mueble donde está la tele.

Mientras ella parece más estar mirando la habitación que buscando. Yo si busco, el tiempo es nuestro mayor enemigo en este momento.

Abro el placard de ropa, no hay mucha, pero sí suficiente. Hay cajas también, ahí debe haber una laptop.

La saco, un poco polvorienta, cubierta con una cinta vieja. Trato de romper la cinta sin tener que romper mis guantes y la caja abre.

Mi corazón se paraliza.

—¿Qué pasó?

—Vale… mirá esto.

Casetes, muchos casetes, documentos, fotos a baja calidad pero al fin fotos. Objetos afilados, cuernos, notas y más cosas turbias.

Los casetes tienen etiquetas,.

Todas con el mismo nombre.

El mismo hombre detrás.

Todos del mismo sujeto.

Victor Vanzetti.

Las raptó, este asesino tomó todo lo que mi abuelo había investigado.

—Es tu abuelo…

—Sí, toda su búsqueda. Todos los años que estuvo detrás del Carnero. Y cuando se dio cuenta que este era su compañero, fue asesinado.

—¿Qué hacemos con esto?

—No sé, me los quiero llevar a casa. Pero entonces nadie nunca sabría la verdad.

No me importa, merezco conocer las cosas también. Agarro unos cinco casetes, muchos papeles y dejo las fotos e información de víctimas.

—¡Acá estaba la computadora! —dice Vale.

—Y encima al lado de una impresora, que ciega soy.

La compu enciende, carga lento pero abre. Abro un Word, escribo una especie de carta-confesión y luego imprimo el archivo.

Me fui. No porque me hayan atrapado. No porque me hayan descubierto.
Me fui porque el hedor a mentira, a secreto y a mugre disfrazada de rutina me dio asco.
Porque incluso yo, el Carnero, tengo un límite.
Ustedes me creyeron un monstruo. Y tal vez lo fui. Pero sólo les mostré el reflejo.
Fui el resultado de lo que ustedes escondieron bajo la alfombra durante generaciones.
Nunca me buscaron bien. Jamás quisieron ver. Porque en el fondo, sabían.
Sabían que estaba entre ustedes. Que hablaba con ustedes. Que sonreía, que saludaba, que me sentaba en la misma mesa.
Y aún así nadie dijo nada.
No busquen redención. No busquen justicia. Eso murió hace mucho.
Lo único que queda es silencio. Y miedo.
Estoy lejos ahora. Pero no muerto.

Rasgo un poco el papel para que parezca viejo. Lo doblo y lo arrugo para más efecto.

Salimos de la habitación y mancho el papel con una gota de lavandina del piso. Que parezca sucio, real, como si lo hubiese tirado en su apuro.

En ese momento, Daniel entra de nuevo.

Trae la cámara en sus manos, o lo que queda de ella:

—Misión cumplida —dice entre jadeos—. La rompí contra el poste del fondo. Y después la pisé. Mil veces.

Tira los restos en una bolsa negra. Le asomo una sonrisa cansada, de esas que no llegan a los ojos.

Pero entonces Daniel frena.

—Ey, Luna... vení.

Me acerco. Está viendo el cajón del mueble de la tele, justo donde él sacó el machete.

—¿Qué hay?

—Abajo. Abajo del todo. En el fondo. Mirá.

Abre el cajón. Primero hay papeles, polvo, envoltorios vacíos.. Nada útil.

Pero más al fondo...

Un arma.

Una pistola negra. Corta. Intacta.

No tengo tiempo de asustarme. Estoy anestesiada de miedo, cansancio y ansiedad.

Y a su lado, más arrinconado aún… un cuerno.

Un cuerno de cabra.

Curvo, tallado en espiral.

Lo levanto. Lo giro entre mis manos.

El cuerno. El que no llegó a usar, y era para mí.

—¿Y qué hacemos con eso? —pregunta Daniel.

Miro el cuerno. Lo elevo. Me mira de vuelta.

—Lo vamos a dejar acá.



Me doy vuelta.

—Valeria, Nina… ¿cómo vamos con la limpieza?

—Faltan los escalones de arriba —dice Nina con la voz áspera, los ojos húmedos.

—Yo voy a quemar trapos en el lavadero —agrega Vale—. Tiré también algunos guantes. Cero huellas.

—Bien. Muy bien.

Voy hasta la cocina. Abro la mochila. Saco el alcohol, los fósforos, el encendedor.

Empiezo a rociar el piso, con cuidado. Un camino, desde el living hasta la puerta trasera.

Después vuelvo y rocío más, donde cayó el cuerpo. Dónde se arrastró la sangre. Dónde gritamos. Dónde existimos.

Miro el arma. Dudo.

Pero la dejo donde estaba. En el cajón, abierto. Que la vean. Que imaginen. Que investiguen sin llegar.

No pueden probar nada. Nada. No somos culpables.

Vale me frena justo cuando estoy por sacar el encendedor.

—Pará, pará, pará… —dice con la respiración agitada, todavía con la cara empapada en sudor—. Estuviste re inteligente con todo esto... hasta ahora.

La miro, sin entender.

—¿Qué?

—La carta que hiciste. Si quemás la casa, la carta también se va a prender fuego. ¿Qué sentido tiene?

Suelto el aire. Cierro los ojos un segundo. Sí. Tiene razón. No puedo creer que se me haya escapado. Después de todo el maldito trabajo.

—Es verdad —digo, casi decepcionada de mí misma.

Daniel y Nina también me miran. Están empapados en el silencio, sin palabras, sin aire.

Pero entonces se me prende una idea. Fuerte. Rápida.

—Ya sé. Vení, mirá —le digo a Vale y la llevo a una de las paredes de afuera.

Toco los ladrillos, los siento. Están rugosos, viejos. Uno está un poco flojo. Meto los dedos en la ranura y lo muevo. Se corre apenas. Lo saco con cuidado. Atrás hay un hueco chico, como un escondite natural.

—¿Y esto?

—El escondite perfecto —digo—. Los ladrillos no se queman fácil. Por algo se usan en los hornos de barro, ¿no? Si metemos la carta acá, el fuego no va a llegar. Al menos no como para destruirla. Y cuando investiguen, la van a encontrar. Como un mensaje que sobrevivió.

Doblo la hoja bien ajustada, la deslizo dentro del hueco. Que sobresalga, que se vea.

Me detengo un segundo. Lo acomodo mejor.

—Ahora sí —murmuro—. Que empiece la última escena.

Entramos de nuevo y miro a mis amigos.

Sus rostros no son los mismos. Ya no son adolescentes. Están sucios, manchados, cargando algo más grande que ellos. Que nosotros.

—Vayan al auto, lleven objetos de limpieza, alguno debe conducir. Voy a buscar las llaves de su auto, abrir la cochera, prendo fuego todo, me subo al auto y arrancan.

Todos asienten, la última parte del plan.

Un golpe seco nos levanta.

Y de nuevo, otro más, se repite por cuarta vez.

Nos miramos en silencio, con miedo, el sonido proviene de al lado del baño, del presunto sótano.

Nina se esconde detrás de Daniel.

—Revivió, estamos muertos.

Valeria se ríe un poco.

—Es una rata, hacen ese ruido. Aunque debe ser más grande.

El golpe sigue.

Me acerco a la puerta, toco el botón para destrabar, la abro, está todo oscuro.

Muevo mi mano en busca de algún interruptor y cuando lo encuentro prendo la luz,

revelando una figura encubierta.

Una persona. El resto se acerca detrás de mí.

—¿Hola? —dice Nina.

Pero no hay respuesta. Es alguien, debe haber alguien ahí dentro, de esa bolsa enorme.

—*Ew*, huele horrible acá —dice Valeria.

Bajo un poco las escaleras, el olor invade más, unas ratas huyen y se esconden.

Me da piel de gallina.

Daniel vuelve corriendo con un palo de escoba y me lo pasa.

Uso la escoba para intentar mover la bolsa. Se siente extremadamente blando.

La bolsa se abre.

No, no es posible. No es real.

—¡¿Sara?!

Capítulo 32

Alcohol rociado, muerte y cenizas antes de arder. Nina y Valeria no se despegan. Daniel está de pie al lado mío, con las manos en la cabeza, sin saber si llorar o salir corriendo.

Yo camino. No paro. Giro sobre mí misma, reviso cada rincón con los ojos. Cada vez que recuerdo el cuerpo de Nazario me da un escalofrío y ahora el de Sara. El rostro sin vida, la sangre, la certeza de lo irreversible. Está muerta. Y el horror todavía no se va de mis ojos.

No dejo de pensar: ¿cómo? ¿Cómo estaba el cuerpo de Sara acá? ¡Le hicieron un funeral! Los diarios, los comunicados de la policía, la escuela, los padres llorando frente a un cajón… y eso. El cajón. Nadie lo abrió. Dijeron que no pudieron verla. Yo pensé que era una forma de hablar, que les dolía no haberle dicho adiós. Pero no… literalmente no la vieron.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Daniel. Me sacude de mi espiral. Lo miro. Sus ojos están rojos.

—No lo sé… no tenía esto planeado. No podemos salir así nomás.

La imagen de Sara de nuevo. Nina se tapa la cara. Yo vuelvo a mirar a Daniel.

—No podemos ir al hospital. ¿Con qué excusa? ¿"Nos metimos en la casa del jefe de policía, encontramos a nuestra amiga y luego él huyó"? No tiene sentido. No podemos salir sin decir que hacíamos.

Daniel levanta la cabeza y me dice, con esa voz baja que usa cuando está agotado:

—Podemos llamar a emergencias, tirar el cuerpo del asesino, y luego volvemos rápido caminando antes de que el sol nos delate. Para eso era la videollamada, ¿no? Para que parezca que nunca salimos.

Río. No sé si porque me parece brillante que se haya dado cuenta o porque estoy al borde de una crisis.

—Exacto. Las antenas del pueblo van a decir que nuestros celulares no se movieron en toda la noche.

Nina empieza a llorar. Llora como una nena perdida. Y nadie sabe qué hacer. No estamos entrenados para esto.

—Dios mío, no sé qué decir ahora —dice Vale—. Estoy en shock. Sara… hubo un funeral con su nombre. Velamos a nadie.

—¿Cómo escapamos ahora? —pregunta Nina, cruzando los brazos, mirando al suelo.

Y todos, al mismo tiempo, sentimos la misma pared enfrente. Ya no es un cuerpo, son dos. Y no podemos salir con ella y seguir con el plan sin ponerlo todo en riesgo.

Suspiro. Me muerdo el labio. Tengo que pensar. Tengo que hacerlo ya.

—La única opción es que, mientras nos deshacemos del cuerpo, llamemos a un hospital.

—¡¿QUÉ?! —grita Nina— ¡Recién dijiste que eso no tenía sentido!

—O alguno puede ir a alguna casa a pedir ayuda —dice Vale.

—¡Eso también está mal! —protesta Nina—. ¿Y si nos delatan?

—Entonces que vaya alguno a la estación de policía —digo, perdiendo la paciencia.

—¡Pero es lo mismo que mandarse al hospital!

Exploto.

—¡¿Y QUÉ QUERÉS ENTONCES?! ¡Todo lo negás! ¿Querés que vayamos todos a la cárcel?

—Luna tiene razón, *mon chéri* —dice Daniel, con una media sonrisa mientras mira a Nina.

Valeria se ríe y rompe un poco la tensión.

—¿Desde cuándo hablás francés? Ese apodo… ay, perdón, qué risa.

Nina le pega en el hombro con una mueca de fastidio, pero sé que la risa les sirve. Nos sirve. Aunque sea por tres segundos.

Vuelvo al foco.

—Bueno, ¿qué hacemos entonces? La casa hay que quemarla. Eso no se cambia.

—No es por asustar, pero van a ser la 1:30 —agrega Daniel.

Me empiezo a mover otra vez. Camino en círculos. Veo todo desde arriba, como si mi alma estuviera flotando. Mi cuerpo sigue, pero yo ya no sé dónde estoy.

—Vayan al auto, como planeamos antes. No podemos salvarnos y hacerle justicia a Sara al mismo tiempo. ¿Listos?

Daniel y Valeria asienten al mismo tiempo. Sus voces se mezclan:

—Siempre. Sí.

Nina gira la cabeza hacia el sótano. Su rostro está invadido de preocupación, desconfianza, miedo. Esa mezcla que sólo aparece cuando el llanto y el peligro se chocan.

—Sí… —dice, pero en su voz hay un nudo que no se termina de soltar.

Solo me sale decir lo que sigue:

—¡Ahora vayan, vayan, vayan!

Todos se mueven. No hay dudas, ni tropiezos, ni preguntas. La decisión arde en el aire..

Yo corro a la cocina. Las llaves del auto están ahí, en la mesa. Las agarro con fuerza. No pesan, pero en este momento siento que cargan el peso de la justicia, la venganza y la libertad. La imagen de mi amiga muerta. ¡Salí de mi cabeza!

Abro mi mochila, tomo el encendedor y la adrenalina acumulada de una vida entera. Lo sostengo. Lo prendo.

El fuego nace. Una pequeña chispa, un rugido azul y naranja, apenas un suspiro… y de pronto, una llamarada. Todo lo que rociamos, las cortinas, los sillones, las maderas, empieza a arder. El calor es inmediato. La venganza tiene olor. Y quema.

Salgo corriendo. Mis piernas son un rayo. No sé de dónde saco tanta fuerza. Aprieto el botón del control remoto. Se escucha el chirrido mecánico de la cochera levantándose. La noche afuera es espesa, pero mis ojos ya no temen a la oscuridad.

El auto está ahí. Esperando. Daniel en el asiento del conductor. Valeria y Nina atrás, con los bidones de lavandina sobre ellas, siendo parte del asiento. Sus ojos están abiertos al máximo.

Abro la puerta del copiloto, me tiro adentro.

—¡Vamos! —grito, mientras le paso las llaves a Daniel. Las agarra al vuelo, las mete en el encendido, gira. El motor arranca. Vibra.

Todos contenemos el aliento.

—¡¡AHORA, AHORA, AHORA!!

Los neumáticos chillan, raspan contra el suelo y nos lanzan hacia adelante. La velocidad se convierte en un salvavidas. La adrenalina es nuestra gasolina.

La casa detrás de nosotros ya no es una casa. Es una hoguera viva. Las ventanas explotan, el humo se enrosca en el cielo.

—¡IZQUIERDA! —le grito a Daniel—. ¡AHÍ NO HAY CÁMARAS! ¡VAMOS, VAMOS, VAMOS!

Gira. El auto dobla con violencia. El mundo vibra. Las luces del pueblo se alejan. Los edificios se reducen a sombras. Mi pecho no deja de golpear. Pero por primera vez en toda la noche, sé que el final está en marcha.

Por primera vez, estamos saliendo vivos.

—¡A LA DERECHA, YA! —grito con toda la voz que tengo, mientras el reloj del tablero marca 1:42 AM. El fuego ya debe estar devorando la casa completa, y yo todavía siento el calor en la espalda, me persigue.

Daniel gira el volante con fuerza. Las ruedas chillan, muerden el asfalto húmedo y el auto se sacude, pero mantiene el curso. No es un coche nuevo, no es veloz, pero en este momento es todo lo que tenemos.

—¡SEGUÍ DERECHO! ¡HAY UNA CÁMARA EN 200 METROS, EVITALA! —mi voz se quiebra, pero no freno. No puedo. Todo depende de mí ahora.

Nina está en el asiento trasero, con los brazos rodeando el bidón de lavandina como a un hijo, un escudo, una promesa. Tiene los ojos bien abiertos, pero no dice una palabra. Está temblando. Sus nudillos están blancos.

Valeria va al lado de ella, izquierda, el cinturón puesto y la mirada fija en el parabrisas. No parpadea. Parece una estatua de concentración. Cada tanto la escucho murmurar números, no sé si está rezando, contando los segundos o intentando calmar su cabeza.

Yo apenas puedo pensar.

El aire dentro del auto está cargado, denso, irrespirable. Siento el corazón retumbando en mis orejas. Quiero vomitar. Quiero llorar.

Pero no hay tiempo. No hay margen de error.

—¡IZQUIERDA! ¡ENTRÁ POR EL CAMINO DE TIERRA! —señalo con desesperación. Ese sendero no tiene cámaras. Es una de las rutas viejas que bordean los campos, usada por los recolectores y algún que otro ciclista aburrido.

Daniel no duda. Gira. La tierra suelta salta a los costados. El auto rebota y chirría. Las luces delanteras apenas iluminan el camino lleno de baches, pasto crecido y ramas bajas. Pero avanzamos. Avanzamos.

—¿Cuánto falta? —pregunta Nina, sin levantar la vista del bidón.

—Unos veinte minutos si seguimos a esta velocidad —respondo. Me odio por saberlo tan exacto. Lo calculé mil veces. Cada ángulo, cada vuelta, cada poste de vigilancia. No podía haber errores. No los hay.

El reloj del tablero ahora marca 1:47. Siento las agujas golpeando mi pecho. Es tarde. No tarde para el plan, pero sí tarde para la cordura. Mis amigos no hablan. Están al borde del quiebre, y yo también.

—¡EVITÁ EL PUENTE! —grito de nuevo—. SEGUÍ POR LA VIEJA VÍA DEL TREN.

El camino se angosta, pero Daniel no duda. No lo reconozco. Sus manos están firmes. La mandíbula apretada. Atrás dejó de ser el chico de los stickers tontos, comentarios sarcásticos. Ahora está hecho piedra.

Pasamos el viejo molino. La estructura oxidada aparece a la derecha como una sombra olvidada. Seguimos. Los faros del auto apenas alcanzan para distinguir lo que viene. 1:53. Todo tiembla.

Valle Verde empieza a quedar atrás. Las luces son manchas amarillas a lo lejos. No hay gente, no hay autos. Solo nosotros. Y el peso de un secreto que arde más que la casa que dejamos.

—¿Estamos bien? —pregunta Valeria, sin sacar los ojos del frente.

—Sí —miento—. Falta poco.

El auto da otro salto. La suspensión cruje. El barro nos escupe, pero seguimos.

—¡AHÍ, A LA IZQUIERDA, AHORA! —apunto otra vez—. POR ESA LOMA, PASAMOS JUNTO A UNA ANTENA, PERO NO TIENE CÁMARA

FUNCIONAL.

Daniel obedece. El auto se inclina, trepa. El amanecer no espera.

Nina murmura:

—Esto es una locura…

Valeria le toma la mano.

—Vamos a lograrlo —dice. Y por un momento, lo creo.

1:59.

—Estamos a diez minutos o menos —digo en voz baja—. Después de la siguiente curva, vamos a pasar por un cartel verde. Ahí ya estamos fuera del rango de vigilancia. De ahí en más, todo es campo.

Daniel acelera más. El motor ruge. El volante vibra.

—Ahí está el cartel —dice. Y en efecto, el cartel verde que indica el fin del partido rural y el comienzo del campo abierto aparece frente a nosotros. No hay luz, no hay cámaras, no hay testigos.

—Doblá a la derecha y frená detrás del montecito, hay un lago —le ordeno. Es un punto ciego que marqué en el mapa. Nadie nos ve ahí.

Daniel gira. Frenamos en seco. 2:06.

Nadie habla.

El auto queda detenido. El motor se apaga. Todo se vuelve silencio.

Miro por la ventana. El infierno está desatado en Valle Verde. Y nosotros somos sus arquitectos.

Pero también somos sus sobrevivientes.

Tomo aire. Mis pulmones se llenan de campo, humedad y gasolina.

—Una parte terminó —digo en voz baja—. Ahora, falta la peor.

Y nadie se atreve a preguntar qué significa eso.

Capítulo 33

Daniel y Nina se abrazan.

No dicen nada. Solo eso. Se aprietan fuerte, necesitan asegurarse de que el otro sigue existiendo. Todavía pueden sentir algo humano después de todo esto.

Estamos fuera del auto, de pie, Valeria con los brazos cruzados y la mirada clavada en la nada. El campo es oscuro, apenas vemos el alrededor. El cielo tiene un tono azul extraño, entre la noche que no se va y el amanecer que aún no llega. El único color real viene de las luces del auto, que proyectan sombras largas, deformes.

Yo... no sé qué hacer. No sé si sentarme, correr, gritar, o vomitar. Siento algo creciendo dentro, en el pecho, en la garganta, y no es miedo. No es un alivio. Es otra cosa. Es risa.

Y me dejo llevar.

Empiezo a reír. Fuerte. Me río tan fuerte que me duele el estómago. Me tiro al suelo. El pasto está helado y mojado. Siento cómo la humedad traspasa la ropa. No me importa. Me estiro ahí, con la risa explotándome en el pecho. No sé si lloro, si río, si me estoy desmoronando o reconstruyendo.

—¿Estás...? —dice Daniel, sin moverse, sin soltar a Nina.

Yo sigo riendo.

—¿Qué le pasa...? —escucho murmurar a Nina.

Valeria se gira y me ve.

—Lu... —me llama, suave.

Me siento, sigo con la risa entrecortada, la cara llena de lágrimas. Me limpio los ojos con la manga negra empapada. Me río más. Pero también tiemblo. Las manos me tiemblan. Todo me tiembla.

—¿Se dan cuenta...? —digo, con la voz completamente rota—. ¿Se dan cuenta de dónde estamos?

Ellos no responden.

—Detrás de un maldito montecito, con el baúl de un auto lleno de bidones de lavandina... ¡y un cadáver adentro! —grito riéndome—. ¡No cualquier cadáver! ¡El Carnero! El mismísimo asesino maldito de este pueblo. El monstruo. El intocable. El jefe. El símbolo. El loco. ¡Y está ahí! —señalo el baúl con una carcajada que se convierte en tos —. En un maldito baúl.

—¿Y ahora qué? —pregunta Valeria.

Mi risa se apaga despacio. Me seco los ojos de nuevo, aunque siguen ardiendo.

—Ahora tenemos que seguir, ¿no? Ya llegamos hasta acá.

Nadie responde.

El silencio nos cubre como una sábana pesada. Y el frío del campo se cuela por todas partes, incluso por los huecos que dejamos abiertos en el alma.

Me acuesto otra vez. Miro el cielo.

Hay una estrella que se resiste a desaparecer. Quiero pensar que es un buen presagio. Pero a esta altura, ya no sé si creer en señales. Solo creo en lo que hicimos.

Y eso ya no se borra. Pero se tapa.

Abro el baúl.

El chirrido metálico corta la madrugada. El cadáver está ahí, doblado entre las sombras y el miedo. Todavía no tiene olor a podredumbre, pero el aire huele mal, a encierro, a metal caliente, a muerte. Nazario está con los ojos semicerrados, la cabeza apoyada en una postura antinatural. El cuerpo, deformado por la rigidez y la posición, parece más una cosa que una persona.

Daniel da un paso atrás. Nina no se acerca. Valeria se cruza de brazos, tensa.

—¿Y ahora? —pregunta Daniel, sin alzar la voz.

—Ahora lo metemos en la bolsa.

Abro la mochila. Saco la bolsa de consorcio negra que habían traído. Es enorme, más gruesa que las comunes. Me arrodillo al lado del auto. Miro el cuerpo. Tomo aire. No tiemblo. No ahora.

—De los pies —le indico a Valeria—. Daniel, vos el torso. Yo sostengo la cabeza.

Nos agachamos. Aún con guantes, siento el peso en mis huesos. El cuerpo está más blando, más pesado de lo que pensaba. La gravedad parece duplicada. Cuando lo levantamos, la cabeza se ladea y cruje. Me muerdo la lengua para no vomitar.

Tendemos la bolsa en el suelo. Lo dejamos caer. Encaja justo. Daniel anuda la parte superior, pero no muy fuerte. Queda sellado. El Carnero está dentro. Por fin, encerrado.

Nos miramos. No decimos nada. Solo caminamos juntos, con la bolsa colgando entre nosotros, hasta la orilla de la laguna.

El agua está quieta. Negra. Es profunda, muy profunda. Se ve en el reflejo de las estrellas que tiemblan.

—Uno… —digo yo.

—Dos… —sigue Daniel.

—Tres.

Soltamos.

La bolsa cae al agua. Un golpe hueco, denso, y después... el silencio. Se hunde despacio, el lago se lo traga. Desaparece. No hay burbujas. No hay retorno.

Nazario ya no existe.

—Listo —dice Valeria con la voz entrecortada.

—No. Falta una pieza más —respondo, sin dejar de mirar la superficie que se cierra sobre él.

El auto.

Nos acercamos de nuevo. Daniel abre la puerta y se mete al volante. Lo pone en punto muerto. Valeria y yo empujamos. Lo movemos hacia la orilla, hacia la misma muerte silenciosa que se tragó a su dueño.

Limpiamos todo. Asientos. Volante. Palanca. Perillas. Daniel rocía lavandina en el baúl. Valeria pasa un trapo por la manija.

El auto queda alineado. Luces apagadas. Puertas cerradas.

Lo miro por última vez.

—Jaquemate —susurro.

Los tres empujamos.

Rueda.

Desciende por el barro.

Y entonces…

SPLASH.

El impacto no es violento. Es inevitable. El agua se abre, lo traga. Primero el capó, luego el parabrisas, el techo, las puertas, las luces traseras. Todo desaparece bajo la superficie. El círculo se cierra. Las ondas se alejan. Y el silencio regresa.

Río.

No puedo contenerme. Es una risa que nace en el pecho y estalla en mi garganta. Me tomo los pelos, los jalo un poco, mis piernas tiemblan. Grito.

—¡SE ACABÓ!

Miro hacia arriba. Las estrellas siguen ahí, como testigos eternos.

—¡¡SE ACABÓÓÓÓ!!

Mi voz se esparce por la laguna, por el campo húmedo, por los árboles que nos rodean. Un grito de guerra que ahora suena a victoria. O a locura. ¿Qué importa?

Detrás mío escucho a Daniel reír también, una risa extraña, cortada. Valeria se apoya las manos en las rodillas y deja salir un suspiro mezclado con carcajada. Nina solo se ríe por imitación, por desahogo, o por no llorar. Nadie sabe qué emoción es esta. Solo... explota. Como todo lo que fuimos conteniendo por días.

Entonces la risa se corta de golpe.

—¿Y Sara? —pregunta Nina.

Mi cabeza vuelve a la realidad. Giro hacia ella.

—Seguramente ya llegaron los forenses. La parte más difícil ya pasó... ahora viene la más tonta pero igual de importante.

Los miro, uno por uno. Mis hermanos en el crimen.

—Ahora hay que correr a casa. Correr porque el mundo se viene abajo, porque lo que hicimos se va a borrar sólo si llegamos a casa a tiempo.

—¿Y luego qué? —pregunta Daniel, aún con la respiración agitada.

—Entrar en silencio. Sin ser vistos. Bañarse. Tirar toda la ropa. Cortarla en pedacitos si hace falta. Que no quede ni un hilo. Todo debe desaparecer esta misma noche.

Valeria asiente.

Daniel se estira los brazos, sonríe de lado.

—¿Y qué esperamos entonces?

—Corramos —digo.

Y disparamos.

La tierra húmeda salpica. El pasto roza nuestros tobillos. Las zapatillas gastadas devoran kilómetros. La noche nos cubre. Correr. Solo correr. Respirar y correr.

Siento cómo me revientan los pulmones. El frío de la madrugada me corta la cara. Pero no me detengo.

Nina grita desde atrás:

—¡Me están dejando! ¡Esperen!

—¡Yo guío por donde no hay cámaras! ¡Siganme! —respondo entre jadeos.

Daniel va a mi derecha. Valeria a mi izquierda. Nina más atrás, pero no mucho.

Es una maratón contra el reloj. Contra la justicia. Contra la historia. No por cobardía. No por maldad. Por libertad. Por justicia verdadera. Por nosotros.

Y mientras corro, algo se me clava en el pecho.

No miedo. No culpa.

Paz.

El monstruo ya no me sigue, nadie me sigue, todo va a ser normal. "Normal".

***

Cuarenta minutos. Eso dice mi cuerpo.

Cuarenta minutos de correr por tierra mojada, esquivando las luces, el miedo, la culpa.

Y ahora Valle Verde. El pueblo duerme. Las casas respiran un silencio perfecto. Las luces amarillas de los postes hacen brillar la humedad del asfalto.

Nos acercamos a paso lento, pero el corazón late haciendo parecer que seguimos corriendo. A esta altura deben ser las tres de la mañana. Lo adivino por cómo arde mi garganta, por el ardor en las plantas de los pies, por cómo el sudor seco se pega al cuerpo como una segunda piel de sal.

Voy señalando con el dedo, sin decir palabra.

A Daniel le muestro una calle paralela.

—Andá por allá. Doblá en el galpón.

A Nina le marco una zanja escondida entre arbustos.

—Seguí ese caminito hasta tu patio trasero. Sin ruido.

A Valeria le apunto el viejo portón oxidado detrás del minimercado.

—Tenés diez minutos de ventaja si cruzás por ahí.

Nos despedimos con miradas. Nadie habla. Solo hay respiraciones agitadas, manos temblando, y ese silencio espeso que se instala cuando todos entienden lo que acaban de hacer.

Los veo alejarse. Uno a uno desaparecen en la oscuridad.

Yo camino.

Dos cuadras más.

Entonces las escucho.

Las sirenas.

Primero lejanas, casi parte de la imaginación. Luego más claras. Dos camiones. Bombas rojas cruzan la calle como cuchillas.

Siento que el aire cambia. El olor... humo. Cenizas. El incendio ya es oficial. Las llamas ya devoraron la casa del asesino.

Saben. Ya saben.

Saben que el jefe de policía no está.

Saben que su casa arde.

Y van a pensar que él huyó.

Que se fue. Que borró sus pasos.

Pero no.

El Carnero no huyó.

Yo lo vi. Yo lo enterré.

***

Llego a casa.

Saco la llave.

La puerta gira sin hacer ruido.

Abro. Paso. Cierro. Cada movimiento es una ceremonia.

Oscuridad.

Silencio.

Camino directo al baño. No quiero ni prender la luz, pero lo hago. Y ahí está.

Yo, mi reflejo, pero no soy yo. La chica del espejo tiene la cara salpicada. La boca cortada. Las manos manchadas. El pelo revuelto. Las pupilas dilatadas. Sangre seca entre las uñas, en los pliegues de los dedos, en los bordes del cuello. Hasta una gota en la oreja. Me observo. Siento que me mira alguien más. Que esa... no soy yo.

Y, sin embargo, lo soy.

Soy yo.

La que mató. La que corrió. La que mintió. La que incendió. La que sobrevivió.

Abro la canilla. El agua suena fuerte. Cae metálica. Fría.

Meto las manos.

Las froto. Una, dos, tres, diez veces.

Raspo la piel. Uso jabón, fuerza, desesperación.

La sangre no se va fácil.

Está pegada.

Es casi parte de mí.

Pero poco a poco cede.

Marrón. Rojo. Rosado. Nada.

Me miro otra vez.

Sigo siendo yo.

Pero algo murió esta noche.

Algo dentro. Algo muy hondo.

Y no hablo de él. Hablo de mí, como la chica del podcast murió, dejó de mirar casos para crear uno y acabarlo.

Respiro y salgo del baño, directo a mi habitación. Cada escalón parece pesar más que el anterior. El pasamanos está frío. Mi cuerpo también. Mi alma ni siquiera sabe dónde está.

Llego a mi puerta, la desbloqueo y la empujo despacio. *Crac.*

Oscuridad.

Dentro está todo igual.

Mi celular sobre la cama, con la pantalla encendida. La videollamada sigue viva.

Me acerco.

Apenas apoyo el dedo y corto la llamada.

El silencio se hace más grande con mi computadora, al lado, apagada.

Miro la pantalla negra. Toco una tecla.

Nada. Está dormida. El video pregrabado terminó hace horas.

Miro el reloj, la esquina del celular lo dice todo.

3:47 AM.

—Increíble… —susurro. Apenas un sonido. Apenas mi voz. En unas dos horas el pueblo entero va a estar despierto, va a saber qué pasó, pero nunca cómo pasó.

Dejo el teléfono al costado, y me empiezo a sacar la ropa.

Primero la remera. Después el pantalón.

Los guantes. Las medias. Todo.

Cada prenda se siente pesada, cargada de una historia que no quiero volver a contar. Que ojalá pudiera olvidar.

Las meto en la mochila. Ni las doblo. No puedo ni mirarlas.

Cierro el cierre. Lo hago lento, hasta ese sonido me trae recuerdos horribles. La imagen vuelve a mi cabeza por un segundo.

¿Qué hice?

Abro el armario y me estiro hasta el fondo, entre cajas viejas, una frazada que huele a humedad, y escondo la mochila. Detrás de todo.

La empujo como quien entierra algo que no quiere volver a ver.

Cierro la puerta del placard.

Respiro.

Mi cuerpo tiembla sin que yo lo autorice.

Abro el cajón. Saco una remera rosa pastel, suave, inofensiva, absurda en contraste con lo que soy ahora.

Después, el pantalón de pijama de rayas verdes.

Lo visto todo.

No manchado.

No con olor a humo.

No con rastros de sangre.

Solo limpio.

O al menos, más limpio que yo.

Me tiro en la cama, aunque ni siquiera sé si voy a dormir.

Ahora soy una asesina.

Capítulo 34

EL CARNERO REVELA SU IDENTIDAD Y HUYE

El misterioso asesino conocido como El Carnero habría revelado su verdadera identidad y escapado.
Según informaron fuentes oficiales, en la madrugada se registró un incendio de gran magnitud en una vivienda de Valle Verde, que resultó ser ni más ni menos que la casa del jefe de policía, Nazario Salvat. Al arribar al lugar, las autoridades encontraron restos calcinados de muebles, documentos y cuernos de cabra entre los escombros. Pero lo más relevante fue el hallazgo de una nota que, según los oficiales presentes, habría sido escrita por el propio Salvat. Aunque el contenido no ha sido difundido en su totalidad, se habla de una confesión indirecta.
Las cámaras de seguridad de la zona no captaron ningún movimiento y el vehículo oficial del jefe de policía tampoco ha sido localizado, lo que llevó a especular que Salvat habría huido antes de que las llamas se expandieran por completo. Algunos, incluso, sostienen la posibilidad de que se haya quitado la vida.
Pero eso no es todo. En medio del operativo, los oficiales fueron sorprendidos por el cuerpo de una adolescente sin vida: Sara Ferrer, la joven que había sido enterrada desde hace semanas. Fuentes médicas confirmaron que su cuerpo estuvo en un estado delicado antes de fallecer y con la gran posibilidad que se trate de un caso de asfixia.

La imagen en la televisión se queda congelada por unos segundos. El presentador aún aparece en pantalla, serio, sin pestañear, ni él puede procesar lo que acaba de leer. Yo sí. Yo sé.

Agarro el control y apago la tele. Todo queda en silencio. El mismo silencio que reinaba anoche cuando salí de mi casa para asesinar al asesino.

Estoy sentada en el sofá, con una manta fina sobre las piernas. La taza de té que me hizo mi mamá tiembla un poco en mi mano. No porque tenga frío, sino porque no sé cómo se siente todo esto. ¿Paz? ¿Vacío? ¿Orgullo? ¿Culpa?

Mamá me había despertado. Lo que hizo que saltara de mi cama de un susto enorme, me preguntó si dormí bien, si quería desayunar algo dulce o salado. Yo respondí con lo primero que se me cruzó por la cabeza: "Dulce". Y me trajo una medialuna tibia.

No sabe nada y nadie sabe nada.

Hasta ahora, el mundo cree que el Carnero huyó. Que quemó su propia casa. Que desapareció con su patrulla. Que secuestró a Sara y que, por alguna razón, la dejó en su sótano.

Eso les conviene pensar, y me conviene que piensen eso.

Pero yo estuve ahí. Yo lo vi caer por las escaleras, lo vi levantar el machete, lo vi mirarme con odio. Y después, lo vi morir.

Sara está muerta. Nazario está muerto. La casa es cenizas. El auto, en el fondo de la laguna. No hay cámara, ni pista, ni testigo.

Me abrazo a mí misma.

Esto no lo soñé. Esto fue real.

Y todo se acabó.

Me quedo mirando la pantalla negra de la tele. Refleja mi cara. Ojeras. Labios partidos. El cabello todo revuelto. Ya no hay rastros de anoche, pero yo lo sé. Lo llevo adentro. La ansiedad no se fue todavía.

Escucho pasos suaves detrás de mí. Mamá aparece en la entrada del living, secándose las manos con un repasador.

—Qué locura —dice, con ese tono de quien todavía no cree lo que vio en el noticiero—. La mentira tiene patas cortas ¿no? Aunque tarde pero llega.

La miro. Sus ojos están llenos de sorpresa, pero también de alivio. Tal vez hasta de justicia.

Ella sigue:

—¿Cómo vas con el trabajo de música y eso que hacías con Valeria? ¿Bien? —pregunta, para ella es la cosa más lógica del mundo.

Tardo un segundo en reaccionar. Siento que me tragaron las palabras.

—Sí… —respondo, apenas, con la voz entrecortada, y asiento con la cabeza—. Sí, voy a verla después. En el colegio.

Mamá sonríe, sin sospechar nada.

Cruza el pasillo en silencio, se pierde en su cuarto sin decir palabra. Me quedo en el sillón. El timbre suena, seco, como un disparo, y siento un escalofrío recorrerme el cuerpo. Cada sonido fuerte me atraviesa como el machete atravesando el pecho del Carnero. El eco del timbre me retumba en los oídos, punzante, violento. El cuerpo me tiembla, la respiración se me va, la imagen vuelve.

Me levanto. Camino hacia la puerta. El sol de las once me golpea directo en la cara cuando la abro, y por un segundo me siento expuesta.

Volvió.

Nazario volvió por mí, parado en la puerta.

Ese traje… ¿Cómo? ¡LO VI HUNDIRSE!

Pero no es Nazario, es otro oficial, mi mente revive.

Un oficial parado frente a casa. Lleva un micrófono en el pecho, un anotador en la mano. Joven, de no más de treinta años. Me observa con una media sonrisa formal, pero yo ya aprendí a ver más allá de las sonrisas.

Mi mente se enciende:

¿Qué? No, no… ¿Qué pudo haber fallado? Oculté todo. Cada detalle. Nada pudo llevarlos a mí.

—¿Puedo hacerle unas preguntas? —dice—. Son rápidas. Solo para descartar ideas. No hace falta movernos.

Miro hacia atrás, buscando a mamá. Ya se metió a su habitación. Estoy sola. Respiro hondo.

—Sí, claro —respondo—. ¿De qué se trata?

—Bueno, como ya habrá notado, el jefe de policía de Valle Verde está desaparecido. Presuntamente fuera del pueblo.

Levanto una ceja. Mi mejor cara de sorpresa.

—Ajá. ¿Y? Es una lástima.

—El equipo baraja la posibilidad de que no se haya ido, sino que se lo hayan llevado.

Hace una pausa, midiendo mi reacción.

—No estoy diciendo que seas vos. Mucho menos que esta hipótesis sea cierta. Pero es una línea que surgió por lo metida que estuviste en el caso, y las acusaciones que arrojaste.

Sonrío. No sé cómo lo hago, pero lo hago. Me trago la adrenalina. Actuar me sale natural últimamente.

—Ah, sí. Bueno. Mis acusaciones fueron certeras, ¿no? Por algo se fue. Se habrá visto atrapado. Después de todo, fui yo la que reveló al verdadero asesino —digo con orgullo contenido.

El oficial asiente, anota algo.

—Determinamos que el jefe salió durante la madrugada. Pero ninguna cámara lo registró. Por eso consideramos que quizás nunca salió. Sino que lo sacaron. Aunque honestamente me parecería extraño que alguien conozca donde están todas las cámaras, solo un verdadero psicópata tendría la capacidad de memorizar todo eso.

Me mira. Fijo.

Psicópata.

Y sigue:

—¿Qué hacías esta madrugada?

Mi corazón se acelera. Pero no dejo que se note. Respondo sin titubear.

—Tengo un podcast, todos lo saben. Estuve en vivo como dos horas o más. Creo que fue entre las once y la una, si no me equivoco. En mi laptop debe estar la hora exacta. Los en directo no se hacen solos —le digo, con una risita casi arrogante.

Abro el historial de llamadas en el celular y se lo muestro para decirle que hice después. Lo acerco lo justo para que pueda leer "videollamada grupal", pero no para que lea el tiempo que duró la llamada. Enseguida lo guardo. Que no se le ocurra sumar minutos.

Él anota, tacha algo.

—Okey. Gracias por la colaboración. Disculpe las molestias.

—No hay de qué.

El oficial gira, se dirige hacia su patrulla. Pero se detiene a mitad de camino. Se da vuelta, con una expresión más relajada.

—¿Sabés? Creo que alguien como vos nos vendría bien en el servicio.

—¿Vos decís? Puede ser… —levanto una ceja, sonriendo—. Está entre mis planes, no voy a mentir.

Se ríe. Me devuelve el gesto y sube al patrullero.

Cierro la puerta en silencio. Me apoyo contra ella. Exhalo.

Un nudo gigante se disuelve en mi pecho.

Estoy viva.

Libre.

Y nadie sabe nada.

Miro la foto del abuelo, donde estaba el boleto de tren. Yo gané, pero él no… “Separados por el tiempo, unidos por el mismo caso”.

O quizá ganamos los dos, perdí una parte de mí, mi humanidad. Pero sigue siendo una victoria de todas formas, ¿no?

TRES SEMANAS DESPUÉS

Capítulo 35
17 de junio de 2025

Todos apretados en las butacas del teatro del colegio. El aire está cargado, no de calor, sino de esa tensión que hace que cualquiera se mueva más lento. En el escenario, los equipos esperan el resultado.

Las votaciones quedan 88–88–36.

Valeria y yo tenemos 88.

Jessica Miller, mi enemiga académica número uno, también 88.

Y un grupo que ni idea quiénes son con 36 votos. Ni me importa.

Los profesores cuentan otra vez. Uno le hace señas a la profe que está con el micrófono.

—Eh… bueno —dice—, parece que tenemos un empate.

Angie Díaz, la sombra de Jessica, no debe medir más de metro cincuenta. Da un paso al frente con su vocecita y dice:

—¿Puedo votar? Yo no voté aún.

La profesora asiente. Angie deja su voto. La profe vuelve al micrófono:

—Parece que tenemos a las próximas presidentas del centro de…

—¡No! —la interrumpo—. ¡Es trampa! Entonces yo también me puedo votar a mi misma.

Y lo hago. Empate otra vez: 89–89.

Jessica sonríe. Se acerca, me golpea el hombro y me susurra:

—Mejor suerte el próximo año, Vanzetti.

Deja su voto.

90–89.

—Valeria, votá vos también —le digo, desesperada.

Ella hace un gesto con las manos vacías.

—Ya nos voté antes.

La profesora anuncia el resultado con una sonrisa de cartón:

—¡Felicidades al equipo de Miller y Díaz! Y gracias a todos las demás participantes.

Valeria suspira.

—Bueno… lo intentamos.

Yo siento que se me quiebra algo adentro. No por perder, sino por saber que podría haber ganado si no hubiera estado metida en el caso… del as… ases… ni siquiera me atrevo a pensar la palabra entera.

Me bajo del escenario, paso detrás del telón y saco una pastilla del bolsillo. Me la trago sin pensarlo.

—¿Qué es eso? —La voz de Valeria me sorprende.

—¿Qué cosa?

—Lo que te acabás de comer.

—Chicle. De sandía.

—A vos no te gusta el chicle de sandía. Siempre decís que el sabor se va rápido.

—¿Dije sandía? Quise decir menta.

—¿Qué te tragaste, Luna?

—Nada. Lo juro.

Ella se acerca, me mete la mano en el bolsillo y saca una cajita. La lee.

—*Clonazepam*… ¡¿te estás drogando?!

—¡¿Qué?! No. ¡No son drogas!

—¿Por qué hacés esto? ¿De dónde las sacaste?

—Se las compré a Fierro.

Abre grandes los ojos.

—¿Fierro? ¿El que dijiste que era el segundo asesino?

Un escalofrío me recorre la espalda.

—No digas esa palabra… me hace peor. Son para el pánico, ¿okey?

—Luna, mirame.

—No puedo.

Me toca el hombro.

—¿Por qué no me dijiste? ¿Hace cuánto las tenés?

—Tres semanas…

Respira hondo.

—Entiendo que estás mal. Peor que yo, peor que todos. Y yo también lo estoy, no creas que mi cabeza es un parque de

diversiones. Pero se puede salir, ¿sí? Todo se puede superar. El tiempo sana. No tenés que apresurarlo.

Me quedo callada. No sé qué responder. Me levanto y la abrazo tan fuerte que siento que si la suelto me caigo.

—¡Salvat!

Grito sin darme cuenta. La profesora da un salto.

Me mira con cara de "¿qué te pasa?".

—Chicas, pueden salir a decir algunas palabras —dice la profesora, recuperando el control.

Salimos. Frente al resto de estudiantes y profesores, perdedoras. Siento cada mirada clavada en mí, pero trato de sostenerme.

Valeria empieza a hablar:

—Bueno, hola. Obviamente todos saben que tuvimos que ganar nosotras, somos mejores y más divertidas.

La mitad del público grita, aplausos. Parece empoderada, brilla.

—¡Y el año que viene vamos a ser más! ¡Vamos a tomar todo! Levanten la mano si están de acuerdo.

El público levanta las manos.

—¡Más alto! —grita Valeria.

Y lo hacen. El ruido me revuelve el estómago.

La profesora la interrumpe:

—Muchas gracias. Vanzetti, ¿querés decir algo?

Miro al público. Miro el micrófono. La distancia ya no son centímetros, son kilómetros. Todo vuelve a girar.

Doy un paso. Mi cabeza gira. Los colores cambian. Mis manos, la lengua, las piernas… todo se siente cortocircuitado.

—Hola —digo.

El sonido de mi voz me hace retroceder, el eco retumba. Mi mente vuelve a Nazario, su fantasma me sigue. Cinco segundos de silencio que parecen eternos.

—Perdón, me duele la cabeza. Sí… lo que dijo Valeria.

El público aplaude. No entiendo por qué aplauden. Los miro, pero no veo caras, solo sombras.

¿Qué me pasa?

—Gracias, adiós —digo.

Corro del escenario hacia el baño, esquivando personas. Escucho a Valeria decirle a la profesora algo sobre que me duele el estómago, pero no estoy segura. Mi cabeza da vueltas.

Llego al baño y vomito. La pastilla sale de mi boca. ¿Cuántas tomé?

Sale otra.

Y otra.

Y otra.

Mis manos se llenan de sangre, uñas, todo.

Me mojo la cara. Y todo desaparece. No hay sangre. No hay montones de pastillas.

Y Nazario está en la puerta del baño mirándome.

—¡Mierda! —grito.

—¿Qué pasa? —dice Nina.

—Perdón, vi mal. Quiero ir a casa —me recompongo, temblando.

—Ahora nos vamos. ¿Querés ayuda? ¿Estás bien? —pregunta Nina.

Salimos del baño. Un oficial está parado en la puerta. Mi mano se levanta sola y le doy un cachetazo.

Daniel se soba la cara.

—¡Qué te pasa! —grita Nina, empujándome.

Valeria aparece.

—Qué caraj… —dice, mirándome.

Vuelvo a meterme al baño.

—Perdón, vi mal otra vez —susurro, temblando.

Daniel sugiere rápido:

—¿La llevamos al médico?

Respiro hondo, intento calmarme, y salgo otra vez afuera:

—No. Yo sola puedo. Voy a estar bien. Tengo que dormir.

Algunos alumnos empiezan a salir del teatro, chocándose entre todos. Todo se mueve demasiado rápido, y siento que mi cabeza no alcanza a procesar nada.

Aparece Tobias Gravilov. Trae una caja en la mano. Me mira y dice algo:

—Uh, que ojeras que tenés. En fin, quería agradecerte por todo lo que hiciste. En realidad lo hizo mi abuelo, no yo. Tampoco me quiso

decir qué era. Solo dijo: "Dale esto a la muchachita del cementerio si la ves algún día".

Las palabras entran a medias, flotando. Mi cerebro se enreda. Mariano Gravilov… ¿me dio este regalo? ¿Es de él?

Tomo la caja. Está envuelta. Mis dedos tiemblan. Mi mente repite el nombre, mi corazón late demasiado rápido, demasiado fuerte. Miro alrededor. Mis amigos me observan, pero sus caras son difusas y borrosas.

Tobias se va otra vez, desaparece entre la gente, y yo me quedo ahí, con la caja en las manos, sintiendo que cualquier segundo se va a romper algo dentro mío. Mi cabeza da vueltas, mis pensamientos saltan: ¿Por qué a mí? ¿Qué hay adentro? ¿Será él? ¿O será peligro? ¿Qué estoy pensando siquiera?

El teatro sigue lleno de ruido, pero todo se siente distante.

Suena el teléfono. Un pitido seco que corta todo.

Lo busco en mis bolsillos. Nada. Otro pitido. Mi corazón empieza a galopar.

—¿Dónde está? —murmuro, casi sin voz.

Nina me agarra suavemente del brazo y busca conmigo. Lo encuentra en mi bolsillo y me lo entrega. Mis manos tiemblan. Trato de desbloquearlo, de mirar la pantalla…

Nina lo hace por mí. Lee el mensaje en voz alta:

—Es una invitación para la tele, hoy a la noche, para hablar sobre el caso del Carnero.

Mi cuerpo se congela. Mi respiración se acelera. La palabra "Carnero" se clava como un cuchillo directo en mi pecho. La cabeza me da vueltas, mi visión se estrecha.

No puedo… no quiero… no puedo enfrentar eso.

Me dejo caer al piso. Me encogo, me hago bolita. Las piernas se doblan, los brazos me aprietan. Tiemblo. Todo tiembla. La luz, los sonidos, los murmullos de todos, todo golpea mis sentidos al mismo tiempo.

—Luna… —dice Nina, con la voz temblorosa, intentando acercarse —, ¿estás bien?

No respondo. No puedo. La palabra sigue vibrando en mi cabeza y se mezcla: Carnero… Carnero… Nerocar… Crnaro… Nceacro…

Mi cuerpo entero se sacude con el temblor de lo que siento, de lo que no quiero enfrentar. Mi mente grita, pero ningún sonido sale. Solo la sensación de vacío absoluto mezclada con terror puro.

El mundo se estrecha a un punto y todo lo demás desaparece. Solo quedo yo, tirada en el piso, temblando, incapaz de levantarme, incapaz de mirar otra cosa que no sea esa palabra que me persigue desde siempre.

Capítulo 36

La tele.

¡La tele!

Me incorporo de golpe, mareada. Otra vez en el hospital… ¡No puede ser! Ahora todo el mundo va a saber que compré drogas. ¿Qué va a pensar mamá?

Pero… el lugar no es blanco. No hay camillas, ni monitores, ni olor a hospital. No es un hospital.

Abro los ojos del todo. Estoy en un palacio. Las paredes, los techos… todo parece de otro mundo. Miro a un costado y hay otra cama.

¿Dónde estoy?

No tengo hermanos. Valeria tampoco. ¿Por qué hay dos camas?

La puerta se abre. Nina entra, cargando un par de juegos de mesa.

—¿Cuándo te dormiste? —pregunta, con cuidado.

La miro, desconcertada.

—¿Cómo me trajiste? —digo, todavía sin creerlo.

Se sobresalta un poco:

—Pero Lu… vos me dijiste que querías venir a casa. Pasamos a tu casa a buscar tu laptop y todo.

Me toco la sien, intentando acomodar la cabeza.

—Me pasé… —murmuro.

Levanta una ceja, curiosa.

—¿Te pasaste con qué?

Me recompongo, intentando que mi voz suene normal.

—No, nada. Solo estaba pensando en voz alta.

Ella suspira y sonríe levemente:

—Bueno, al menos no te dormiste en mi cama y fue en la de mi hermana. ¿Sabías que en dos meses vuelve?

Intento seguirle la corriente, sonrío forzadamente:

—¡Ay! ¡Qué bueno!

Mi corazón sigue dando vueltas, mis pensamientos saltan entre el miedo, la culpa y el desconcierto. Y aun así, trato de respirar.

La puerta se abre y entra Daniel. Dice algo en italiano, suena suave, como una película vieja. Se inclina hacia Nina, va a besarla… pero entonces me ve.

Se endereza de golpe.

—Eh… hola —dice, incómodo.

—¿Qué hora es? —pregunto, con la cabeza todavía espesa.

—Diecinueve cuarenta y dos —responde Nina.

Me tomo la cabeza. El tiempo se siente roto.

Daniel sigue ahí, mirándome raro, y ve la laptop sobre la cama.

—¿Te compraste otra? —le pregunta a Nina.

—No… es mía —digo yo, sin pensar.

Nina agarra su celular y me muestra un video. En él, salto por la habitación gritando:

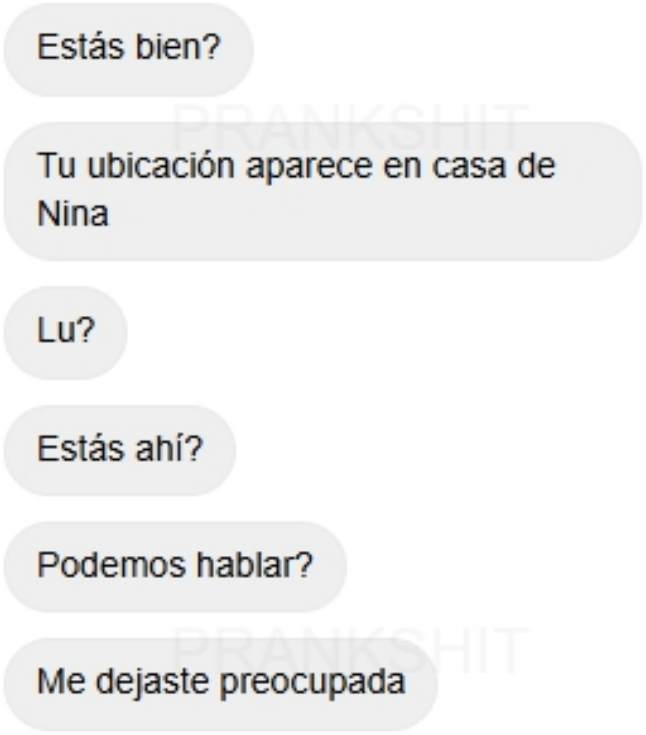
"¡Ahora puedo volar! ¡Adiós, Newton!"

No me río. ¿Qué tan fuerte me pegó la pastilla esta vez?

Daniel se muerde los labios, intentando no reír.

—¿Van a jugar a batalla naval? Yo quiero.

Agarro mi celular. Mensajes de Valeria:



Son de hace una hora.

—Nina, ¿y la caja que me dio Mariano?

—Ah, sí… está en algún lugar por acá. Casi la pisás mientras "volabas" —dice, haciendo comillas con los dedos.

Daniel se ríe ahora, sin contenerse.

La veo. La agarro. La desenvuelvo. Lo primero que sale es un papel: un número de teléfono y un "Escribime :)". Un escalofrío me recorre.

Abro la caja. Una foto: mi abuelo y… Nazario. Juntos.

La foto se mueve. Nazario cae de espaldas, el machete enterrado en el pecho.

Grito y tiro la caja. El corazón me late como un martillo. Parpadeo y la imagen vuelve a ser normal. La foto nunca se movió.

Soy yo. Mi cabeza. Mi maldita cabeza.

—Tengo que irme, chicos. Si quieren mañana nos encontramos.

—¿Y qué pasa con la tele? —dice Nina.

—No sé. Vengan a mi casa en unas dos horas.

—Vivimos de pasear en casas de otros últimamente —ríe Daniel.

Capítulo 37

Estamos los cuatro en mi habitación.

Ya me siento mejor; el efecto de la pastilla se fue.

Tengo una toalla en el pelo, el pijama puesto y todo huele a mi shampoo. Me gusta, pero no lo voy a admitir en voz alta.

—Entonces… ¿Qué te vas a poner? —pregunta Valeria, tirada boca abajo en mi cama.

—No sé. No quiero ir. No tengo ganas.

—¿Y tu mamá sabe?

—No sé cómo decirlo —respondo, mirando el piso.

Nina y Daniel se quedan en silencio, buscando crear una excusa mágica.

—Ya sé —dice Valeria.

Se levanta, abre la puerta, se aclara la garganta y suelta una voz rara, una mezcla chillona y grave que me hace querer tirarle algo:

—Mamáá́á, no quiero irrrrr.

Le pego en el hombro y le susurro:

—¡Yo no hablo así!

Desde abajo, la voz de mamá sube clara:

—Está bien, Lu. No vayas.

Valeria se aguanta la risa, con una sonrisa de victoria.

—Al parecer sí hablás así.

Abro mi laptop. La pantalla me recibe con una notificación que todavía no me creo: 47 mil seguidores en el podcast.

—Es hora de cambiarle el nombre a esta cosa —digo, sonriendo apenas.

No voy a hacer ninguna transmisión en el próximo mes, necesito descansar… pero igual quiero dejarlo actualizado. Además, ya preparé un archivo con todo lo que pasó. Nadie más puede leerlo ni saberlo más que nosotros cuatro. No quiero imaginar qué pasaría si otra persona leyera todo esto.

Nina me mira y pregunta:

—¿Algún día sabrán al 100% que ese hombre fue el verdadero…?

Suspiró, dejando que la certeza pese un momento sobre mis hombros.

—Sí —respondo—. La próxima vez que esté en directo voy a dejar pistas suficientes para que la gente conecte todo en su cabeza.

—¿Por qué usó cuernos en cada una de sus víctimas? —pregunta Vale.

—No lo sé, capaz nunca lo sepamos. Pero estaba loco, llegó a perder la cordura. Mejor volvamos al tema del cambio de nombre.

—Llámalo *Caso resolvido* —propone Daniel.

Empiezan las risas inmediatas.

—¿*Resolvido*? —repito, imitando el tono burlón de Valeria.

Nina se inclina hacia adelante:

—Poné *Crimi-Lunagia.*

Me quedo pensando. Me gusta, aunque suena un poco infantil.

Valeria empieza a soltar ideas sin respirar:

—*Luna Crimes, Abajo Mentiras, Luces, cámaras y acción, Disparo a la Luna, El eco del crimen, Dark Luna Crimes*…

—¡Ese! ¡Ese me gustó! —la interrumpo.

Valeria sonríe, satisfecha:

—¿*Dark Luna Crimes*? Es buenísimo, lo sé.

—No, el anterior a ese. Algo del eco… —le digo.

—¿*El eco del crimen*? —pregunta, arqueando una ceja.

Me giro hacia la laptop y empiezo a teclear. El título nuevo brilla en la pantalla, limpio y definitivo.

—Me encanta. *El eco del crimen*.

Y luego, después de terminar todas las páginas del documento, noto algo en mí que me eriza la piel: Nazario tenía razón, me parezco a él. Ambos queremos que solo se sepa lo que nos favorece, sin importar a quién ensucie ni quién haya sido el verdadero culpable.

Nadie se pregunta nunca por qué el detective sabe tanto, solo asumen que lo hace por justicia. Siempre fue más fácil que pases de página una y otra vez, sin siquiera dudar nada de lo que digo, ¿verdad?

FIN.